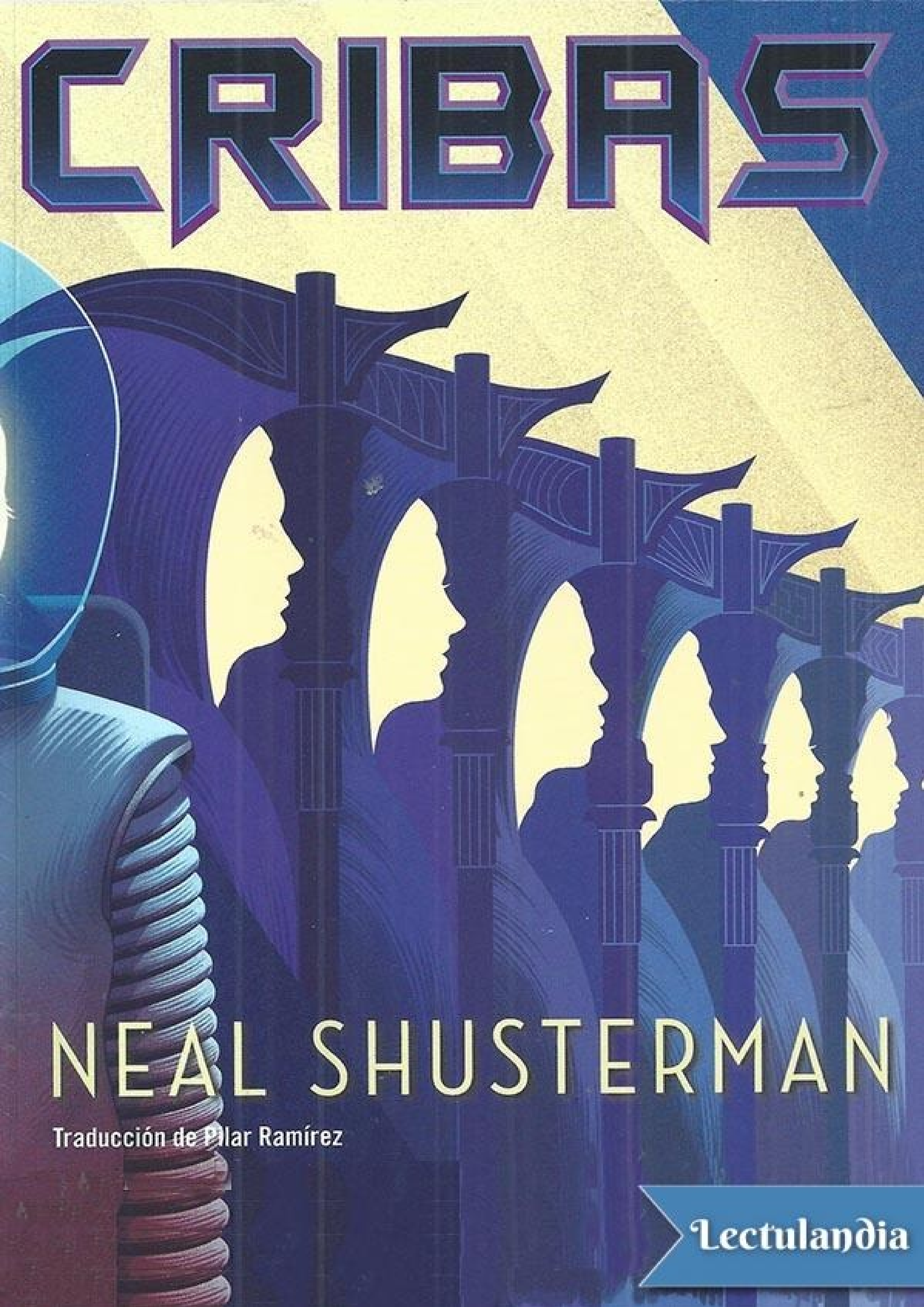

CRIBAS
NEAL SHUSTERMAN
Traducción de Pilar Ramírez
Lectulandia

Todavía quedan innumerables secretos de la Guadaña. Han pasado siglos desde que el Trueno acunó a la humanidad y el segador Goddard intentó corromperla. Durante muchos años, los humanos han vivido sin la amenaza de la muerte, con los segadores a cargo de controlar la población.

Neal Shusterman, en compañía de otros autores, regresa al aterrador, inmenso y emocionante mundo de *El arco de la Guadaña* con historias de viejos amigos y enemigos, pero también de nuevos héroes, villanos… y algunos que están a medio camino.

Neal Shusterman

Cribas

El arco de la Guadaña - 04

ePub r1.0
Titivillus 02.06.2024

Título original: *Gleanings*
Neal Shusterman, 2022
Traducción: Pilar Ramírez Tello

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


NEAL SHUSTERMAN

CRIBAS

Traducción del inglés
Pilar Ramírez Tello

Para mi amigo y editor Justin Chanda,
que creyó en esta serie desde el principio
y siempre ha creído en mí.
N.S.

El primer golpe

Joelle Shusterman

Cortas el aire con un aplomo natural,
el instante de tu primer golpe
blandes el hacha
como si fueras un maestro en el arte de la criba.

Asombras a los que están ante ti.
Ni se imaginan tu siguiente movimiento.
Tu postura es tan equilibrada y serena como la de un actor
que baila brutalmente entre ellos;
como la más ardiente de todas las estrellas,
tu túnica cae en cascada sobre la tierra
en una lluvia de oro.

Pero no es cierto.

Tu valía no importa
a los que ahora te importan a ti.
No eres más que una mancha diminuta
a los ojos de otros como tú.
Una mota insignificante.
Y, al dar tu primer golpe,
se ríen en tu cara.

Intentas que no te afecte su burla,
que se fijen en ti como sea.
Ganarte el favor de los viejos
que nunca envejecen.
Ganarte el respeto de los jóvenes
que han asesinado su juventud.
Para justificar la arrogancia
que acompaña al orgullo
de ser los elegidos.

Aunque eso tampoco es cierto.

Tendrán que pasar los años para que conozcas la verdad:
que aquellos a los que veneras no son más que meros sirvientes
del colectivo que purgamos.
Fue decisión suya dejarnos elegir
hace ya tantos años.
Los espectadores asombrados, aterrados, aliviados;
los que de verdad ostentan el poder,
los titiriteros de tus actos.
En perfecta formación ante ellos,
como un borde afilado,
blandiendo nuestras hachas,
todos iguales, del primero al último.
Somos uno en todo, somos todos uno y

mataremos.

Nuestro mantra, nuestro mandamiento,
nuestro deber de recordar la mortalidad a los inmortales.
De enseñarles que,
por más que el reposo eterno quede lejos, no está perdido.

¿Quiénes somos?
Somos segadores.
Y las armas que blandimos
no son en absoluto nuestras amigas.

La fuerza devastadora
de la bala, la hoja y la maza
nos destroza cada día, todos los días,
poco a poco,
y nos deja heridas que nunca sanarán.
Eso es lo que nos une a las masas,
aunque evita que formemos parte de ellas.
Y, con cada nueva criba,
volvemos a sangrar y a rompernos,
aunque nuestra voluntad nunca vacila.

Porque somos segadores
y eso no cambiará nunca.
Y, cuando te toque sangrar,
lo sabrás
y aprenderás.

Formidable

«Se necesita tiempo, Susan —le había dicho Michael—. Pronto, la chica que eras quedará relegada a los recuerdos. Habitarás tu nueva identidad por completo, hasta el final».

Para él era fácil decirlo; Michael era segador desde hacía cinco años. Ella se preguntaba cuánto tiempo habría tardado en «habitarse». Era tan Faraday que no se lo imaginaba siendo otra persona.

«Soy Marie, no Susan», era algo que se tenía que recordar constantemente, porque no era solo cuestión de presentarse como la segadora Marie Curie, sino que también tenía que empezar a verse así. A sentir la realidad de serlo. Una cosa era el personaje público y otra muy distinta meter a ese personaje en tus pensamientos. Era como pensar en otro idioma.

—Dejará de ser un papel que representas y se convertirá en quien eres —le había asegurado Faraday—. Y, cuando ocurra, ¡me da la impresión de que serás formidable!

Por el momento, no se sentía así en absoluto. Sus primeros meses de criba no habían sido dignos de mención. Todo utilitario. Funcional. Hacía su trabajo, pero todavía intentaba encontrar un estilo que la definiera. Sin eso, se sentía chapucera y desorientada.

Ese era el estado de ánimo de Susan (no…, de Marie) cuando llegó al Cónclave de la Cosecha en el Año del Pez Espada. Era su primer cónclave como segadora de pleno derecho. Ingenua, había creído que aquella grandiosa reunión de segadores le resultaría más fácil de soportar ahora que ya no era una simple aprendiza. Pero nada más lejos de la realidad.

Mientras que la mayoría de los segadores llegaba en vehículos sin conductor (publicoches, o limusinas para los segadores más pretenciosos),

Marie se presentó con un viejo Porsche de la edad mortal que le había regalado el hijo de un hombre al que había cribado. Al bajarse, en vez de dejar que un miembro de la Guardia de la Guadaña se llevara el coche, se volvió hacia la multitud allí reunida.

—¿Alguien sabe conducir un coche de cambio manual que ni es autónomo ni está conectado a la red?

Se levantaron pocas manos. Eligió a un joven que parecía rondar su edad, unos diecinueve. Cuando se dio cuenta de que lo había seleccionado a él, dio un paso adelante, tan entusiasmado como un cachorrito.

—Cuidado, que tira fuerte —le advirtió ella.

—Sí, su señoría. Gracias, su señoría. Tendré cuidado, su señoría.

La segadora le pasó las llaves con una mano mientras le ofrecía también la otra. El joven se arrodilló para besarle el anillo y, al verlo, una niña que estaba entre el público chilló de alegría.

—Déjale las llaves a cualquier miembro de la guardia y ellos se asegurarán de devolvérmela —le dijo al chico.

Él le hizo una reverencia. En serio. La segadora recordó que las reverencias empezaron como forma de demostrar vasallaje, como si ofrecieras el cuello a alguien de la realeza para que te decapitara. Aunque a ciertos segadores les gustaba el servilismo, a Marie le resultaba ridículo e incómodo. Se preguntó si alguien habría perdido la cabeza así, al inclinarse ante un segador que decidió decapitarlo.

«Los segadores tenemos derecho a encargar tareas aleatorias a personas aleatorias —le había dicho Michael—. Igual que tenemos derecho a recompensar a esas personas por su servicio». Marie había aprendido que no se trataba de sentirse superior, sino que era una forma de justificar la concesión de inmunidad. De ese modo, Michael le había enseñado a convertir en amabilidad lo que podría haber sido un privilegio.

El joven se alejó con el Porsche y Marie se unió al desfile, porque eso es lo que era: un espectáculo intencionado de segadores ataviados con sus túnicas coloridas subiendo los escalones de mármol que daban al edificio principal de Fulcrum City. La ascensión era tan esencial como cualquier otro tema que se tratara dentro del edificio, ya que recordaba al público que la Guadaña era impresionante.

Siempre había una muchedumbre a ambos lados de los escalones, detrás de una formación de guardias de la Guadaña, deseando alcanzar a ver a sus segadores favoritos. Algunos representaban su papel para los presentes; otros no. Sin embargo, ya sonrieran y saludaran o fruncieran el ceño fingiendo una

espeluznante censura, causaban una impresión que resultaba esencial para la imagen pública de la Guadaña.

Mientras subía los escalones, Marie no interactuó con la multitud. Estaba deseando entrar y acabar con aquella parte de la jornada. A pesar de estar rodeada de segadores en la escalera, de repente se sintió muy sola. En sus anteriores cónclaves, cuando todavía era novicia, la acompañaba Faraday. Pero, esta vez, no había nadie cuya compañía le agradara.

Cinco aprendices se habían presentado al último examen en el Cónclave Vernal, cuatro meses antes. Marie fue la única que lo pasó; la única a la que ordenaron. Lo que significaba que ni siquiera podía buscar la camaradería de los demás novatos, ya que no los había. Tampoco podía confraternizar con los aprendices prometedores, ya que estaban por debajo de ella, que ya era segadora, y eso la habría dejado en mal lugar.

En cuanto al resto de los segadores, o estaban demasiado centrados en la adulación de las masas o eran demasiado egocéntricos para percatarse de la soledad de Marie. O quizá la notaran y disfrutaran de ella. No es que la joven no les gustara a los demás, pero no les gustaba lo que representaba. Odiaban que un segador tan joven como Faraday, que había sido ordenado hacía pocos años, hubiera tomado una aprendiza, así que Marie se llevaba la peor parte de su descontento.

Muchos disfrutaban de ese descontento y la trataban con desdén. Se daba cuenta de que algunos segadores la miraban mal por la túnica que había elegido, de un violeta vivo y luminoso. Había elegido aquel color tan brillante como una pulla secreta a sus padres tonistas, que aborrecían cualquier color que no perteneciera a la gama de los tonos tierra desvaídos. Ahora se arrepentía porque no quería llamar tanto la atención.

Había considerado la posibilidad de teñirse el pelo del mismo color, pero el peluquero había hecho una mueca, asegurándole que su preciosa trenza se perdería sobre la tela.

—¡Plateado! —le sugirió—. ¡Ah, quedaría espectacular!

Así que Marie había aceptado el consejo y su trenza plateada caía sobre la espalda de la túnica hasta llegar a medio camino del suelo. Le parecía que su nuevo aspecto la ayudaría a redefinirse (de protegida de Faraday a segadora por derecho propio), pero ahora se daba cuenta de que le había salido el tiro por la culata. Veía sonrisas burlonas y risitas, y se ruborizó, lo que solo sirvió para que se sintiera más avergonzada, porque ahora sabían que habían conseguido atravesar sus defensas.

En el vestíbulo, donde el tradicional banquete de desayuno se servía tanto para saciar la vista como el apetito, por fin le habló alguien. El segador Vonnegut se le acercó, ataviado con su túnica vaquera lavada al ácido, que parecía la superficie de la luna; era una tela que rememoraba una época que ya nadie recordaba del todo.

—Vaya, vaya, si es la señorita traviesilla —dijo el segador, sonriendo.

Tenía una sonrisa que podía ser tanto falsa como auténtica, y Marie nunca sabía a qué atenerse con ella. En cuanto al mote, no tenía ni idea de quién lo había acuñado, pero se había extendido por la Guadaña midmericana incluso antes de que la ordenaran segadora. La señorita traviesilla. Se trataba de otra crueldad, ya que no era ni pequeña ni traviesa. Era una joven alta, delgada y desgarbada, y en absoluto traviesa, sino adusta, demasiado seria para dedicarse a travesuras de ninguna clase.

—Preferiría que no me llamaras eso, segador Vonnegut.

Él esbozó aquella sonrisa suya tan ambigua.

—No es más que un apelativo cariñoso —dijo, aunque cambió rápidamente de tema—. ¡Me encanta lo que te has hecho en el pelo!

De nuevo, ¿era burla o sinceridad? Tenía que aprender a interpretar mejor a los demás. Aunque los segadores eran expertos en no dejarse interpretar.

Localizó a Faraday al otro lado de la estancia. Él no la había visto todavía. O fingía no haberlo hecho. Bueno, ¿qué más le daba a ella? Ahora era una segadora, no una colegiala aduladora. En su vida no quedaba espacio para los asuntos del corazón.

—Debes aprender a resultar menos evidente —le susurró Vonnegut—. Bien podrías estar proyectando tus sentimientos en las paredes.

—¿Qué más da? El segador Faraday no siente nada por mí.

De nuevo, Vonnegut sonrió.

—Si tú lo dices…

Sonó un gong para avisarlos de que tenían quince minutos más para llenarse el estómago.

—Que tengas un buen cónclave —le deseó el segador antes de alejarse—. Y come antes de que los glotones arrasen con el bufé.

Michael se acercó a ella en el vestíbulo unos minutos antes de que los urgieran a entrar en la cámara interior, aunque la conversación entre ambos parecía forzada. Los dos eran muy conscientes de que los observaban y juzgaban, para después cotillear al respecto.

—Tienes buen aspecto, Marie. Espero que tu primera temporada haya sido positiva.

—He cubierto mi cuota.

—No me cabía duda. —Marie creyó que se le acercaría para decirle algo más personal, pero se apartó—. Me alegro de verte.

A la segadora se le cayó el alma a los pies y se preguntó si Michael se habría dado cuenta.

El ritual matutino del cónclave iba de lo aburrido a lo enrevesado. La Entonación de los Nombres. Diez por cada segador, elegidos entre todos los que había cribado. Diez en representación de los demás. Los favoritos de Marie habían sido Taylor Vega, quien, con su último aliento, le había dado las gracias por no cribarlo delante de su familia; y Toosdai Riggle, porque le gustaba decir su nombre en voz alta.

Por fin llegaron a los temas que los ocupaban. El desastroso debate de la temporada giraba en torno a qué hacer con los alborotadores de la antigua capital. Sin embargo, lo cierto era que, más que un debate, se trataba de una oportunidad para quejarse.

—Los Charlatanes de Washington siguen agitando a unas masas cada vez más podridas —dijo el segador Douglass.

—Sí, pero no es problema nuestro —respondió la suma dalle Ginsburg—. La antigua capital está en Estemérica. Que ellos se encarguen.

Como suma dalle, estaba intentando recordar constantemente a los segadores midmericanos que no se metieran donde no los llamaban, aunque esta vez se equivocaba: no era tan solo un problema estemericano.

Marie gruñó cuando la suma dalle desestimó el asunto. No pretendía que la oyeran, pero la persona que tenía al lado (creía que era la segadora Streisand) le dio un codazo.

—Si tienes una opinión, hazla saber —le dijo—. Ahora eres segadora. Ha llegado el momento de aprender a defender tus convicciones.

—Nadie quiere escuchar lo que opino.

—Ja! Nadie quiere escuchar lo que opinan los demás, pero lo decimos de todos modos. Así funcionan aquí las cosas.

Así que Marie se levantó y esperó hasta que la suma dalle Ginsburg se fijó en ella. Tras observarla un momento, habló:

—¿Nuestro miembro más reciente tiene algo que añadir al respecto?

—Sí, su excelencia —respondió Marie—. Me parece que el Gobierno anterior al Nimbo es también problema de Midmérica, puesto que todavía

reclama su hegemonía no solo en Estemérica, sino también en Midmérica, Occimérica y Texas.

Entonces, otro segador gritó sin esperar a que nadie le diera la palabra.

—¡Las reclamaciones absurdas de los washingtonianos no tienen peso! No son más que un fastidio.

—Pero, mientras causen problemas, debilitan todo lo que representamos —repuso Marie.

—Es al Nimbo al que atacan —dijo el segador que había hablado sin esperar su turno—. Que se encargue él.

—¡Eso es ser muy corto de miras! —se atrevió a responder Marie—. No podemos negar que la Guadaña y el Nimbo son dos caras de la misma moneda. Si amenazan a uno, ¡amenazan a la otra!

Eso arrancó murmullos al resto del cónclave. Marie no sabía si eso era bueno o malo.

—¡Que los viejos políticos propaguen su bilis! —gritó otra persona—. Si el Nimbo lo permite, que así sea.

—El Nimbo está obligado a respetar su libertad, incluida la de alterar el orden —dijo Marie—. Pero nosotros no. Lo que significa que podemos hacer algo al respecto.

La suma dalle Ginsburg cruzó los brazos.

—¿Y cuál es la propuesta de la honorable segadora Curie?

Y todos los rostros se volvieron hacia ella. De repente, la vergüenza le cayó encima como una potente ola de otoño.

—Pues… hacemos lo que el Nimbo no puede hacer. Resolvemos el problema…

Silencio. Entonces, desde la otra punta de la habitación, otro segador berreó con voz resonante:

—¿Acaso la señorita traviesilla por fin hace honor a su nombre?

Los presentes rieron con tantas ganas que los ecos de las carcajadas rebotaron por la cámara. Marie intentó soportarlo con dignidad, aunque sentía que el ánimo se le hacía pedazos.

Cuando terminaron las carcajadas, la suma dalle Ginsburg, todavía riéndose entre dientes, se dirigió a Marie con un tono muy condescendiente:

—Mi querido estoque novato, la estabilidad de la Guadaña se basa en la coherencia y la deliberación pausada. Segadora Curie, harías bien en ser menos… reaccionaria.

—¡Bien dicho! —la secundó alguien.

Y eso fue todo. La suma dalle dio paso a otros asuntos y se inició un debate sobre si debía prohibirse a los segadores adoptar el mismo nombre que otro segador todavía vivo, dado que, en aquellos momentos, había una confusión constante entre los segadores Armstrong, Armstrong y Armstrong.

Marie dejó escapar el aliento entre los dientes apretados y le salió un siseo.

—Bueno, menuda pérdida de tiempo.

—Cierto —respondió la segadora Streisand—, pero ha sido entretenido.

Lo que solo sirvió para irritarla más.

—No estoy aquí para entretener a nadie.

La segadora Streisand le lanzó una mirada de reproche.

—Niña, en serio, si no eres capaz de soportar que te vapuleen un poco, no pintas nada como segadora.

Eso hizo que Marie se mordiera la lengua. Observó a Faraday, que estaba en el otro extremo de la cámara. Él ni siquiera la miró. ¿Lo había avergonzado con su intervención? ¿Se alegraba de que hubiera opinado? Lo cierto era que no había forma de saberlo. Ni siquiera levantó un dedo para apoyarla, pero ¿acaso era de extrañar? Por más que odiara reconocerlo, Michael hacía bien en poner distancia entre ambos, y no solo por los rumores y los cotilleos, sino porque Marie tenía que establecerse como segadora sin él. Pero, con aquella gente, ¿cómo iba a apañárselas para conseguir que no recibieran sus propuestas con burlas, risitas y brazos cruzados?

«Los segadores son figuras de acción —le había dicho una vez Faraday durante su noviciado; después había esbozado una sonrisa pícara para añadir—: Y no solo porque hagan figuras de acción basadas en nosotros».

Tenía razón. Un segador debía actuar con decisión y sin vacilar, incluso cuando era difícil. Si Marie quería demostrar su valía, tendría que tomar medidas capaces de dejar a la Guadaña sin el aliento necesario para reírse.

Marie vivía sola, como la mayoría de los segadores. No había ningún mandamiento que obligara a la soledad. «No tomarás cónyuge ni engendrarás» no significaba que no pudieras tener amante o compañía. Pero Marie ya había descubierto lo que casi todos los segadores sabían: que las personas que decidían vivir con un segador no eran la clase de personas con las que apetecía compartir casa.

Algunos segadores jóvenes regresaban a la casa de su infancia, cosa que no duraba. Marie no habría podido irse a vivir con sus padres aunque no

hubieran sido miembros de aquel absurdo culto tonista. No se imaginaba volviendo a casa después de una criba y enfrentándose a ellos. Sí, las cribas eran una tarea vital, casi sagrada, para la humanidad, pero la muerte era la muerte y la sangre era la sangre.

Marie se había buscado una casa grande en el bosque, con techos altos, enormes ventanales y vistas a las montañas y a un arroyo borboteante. El sonido del agua la calmaba. La limpiaba. Había oído que, en alguna parte, había una residencia famosa con un río que la cruzaba por dentro. Era algo que pensaba investigar más adelante, pero, por el momento, le bastaba con su rústica casa. La había comprado usando fondos de la Guadaña, en vez de quitársela al propietario, como hacían otros segadores. Al cabo de cuatro meses, apenas estaba amueblada. Otro ejemplo de que no estaba «habitando» su vida.

El día después de regresar del cónclave, se dio un paseo por el bosque con la esperanza de que el aire fresco y limpio la purgara de la desagradable sensación que le había dejado el encuentro. Sin embargo, se cruzó con dos corredores en el sendero. Estaban cotilleando: quién engañaba a su pareja en burdeles virtuales; quién viajaba a Tasmania para hacerse unas modificaciones corporales estrafalarias; quién reiniciaba el contador sin motivo alguno. A Marie le recordó a las intrigas ruines que plagaban el cónclave.

Marie los cribó a los dos y, de inmediato, se arrepintió; porque ¿no había sido ella igual de ruin al condenarlos a muerte por cotillear? Y ni siquiera habían sido cribas limpias. De haberlo hecho bien, el corazón habría dejado de latir muy deprisa y no se habría ensuciado gran cosa. No esta vez. Oyó la voz de Michael regañándola y diciéndole que tenía que practicar su técnica de ejecución.

Cuando llegó a casa, su gata, Sierra, se le acercó corriendo y se le metió entre los tobillos. Marie tenía una limpiadora a tiempo parcial (la única extravagancia que se permitía) que dejó escapar un grito ahogado al ver la túnica manchada de sangre. Siempre lo hacía, todas y cada una de las veces, y después siempre se disculpaba. De todos modos, Marie agradecía que reaccionara con tanta sinceridad. Porque las consecuencias de una criba debían ser traumáticas. Si dejaban de serlo, algo iba mal.

—Debora, ¿podrías llevar esta túnica a la tintorería? —le pidió Marie—. Diles que no hay prisa, tengo otras dos.

—Sí, su señoría.

En la tintorería siempre hacían maravillas con sus túnicas, aunque Marie sospechaba que, a veces, se limitaban a darle una nueva.

Cuando se fue Debora, Marie se preparó un baño para limpiarse el día de encima y cometió el error de poner las noticias mientras estaba dentro del agua.

El presidente Hinton de la Antigua América ordenaba al Cuerpo de Ingeniería del Ejército (que, por algún extraño motivo, todavía existía) empezar a desmantelar los nodos cerebrales del Nimbo.

—Es nuestro deber moral liberar a esta gran nación del dominio de la nube oscura —dijo Hinton en su típico tono pomposo, aunque no era más que palabrería hueca.

La opinión pública no estaba de parte de Hinton. De hecho, menos de una de cada veinte personas votaba (porque casi todo el mundo sabía que el concepto de Gobierno se había quedado obsoleto), y los que estaban de acuerdo con su visión negativa sobre el Nimbo eran aún menos. Pero, por supuesto, Hinton y sus compinches afirmaban que las encuestas del Nimbo eran mentira. El hombre vivía envuelto en tal miasma de falsedades que ni siquiera le entraba en la cabeza que una entidad fuera incapaz de mentir.

El Nimbo no hizo nada por detener la extracción del servidor, sino que, simplemente, ubicó los nuevos nodos en otra parte, lo que, además, servía para dar trabajo a miles de personas que querían trabajar.

Era bien sabido que el Nimbo le había ofrecido en público a Hinton lo mismo que llevaba años intentando ofrecer a los presidentes: una salida honorable; un exilio amistoso en cualquier lugar del mundo que se le antojara, tanto para él como para su gabinete y sus familias. Se les proporcionaría un futuro nuevo, podrían dedicarse a lo que desearan, siempre que no fuera un puesto de poder político. Hinton había pasado a formar parte de la larga lista de presidentes que se habían negado en redondo.

«No culpo al señor Hinton —había dicho el Nimbo, siempre magnánimo—. Nadie cede el poder por voluntad propia. La resistencia es algo natural, la respuesta esperada».

Después de su baño, Marie se sentó frente al fuego de la chimenea para beberse una taza de chocolate caliente, intentando consolarse con los pequeños placeres, aunque seguía inquieta. Como si lo percibiera, *Sierra* se le subió al regazo con tanto cuidado que la superficie del chocolate siguió inmóvil y se acomodó. Era la tercera vida de la gata. Marie había decidido permitirle siete. Le parecía poético. Le parecía justo. Pero no toda la justicia tenía una estética tan agradable…

Desde el cónclave, había una idea que no se le quitaba de la cabeza, siempre de fondo. Era una idea que la intimidaba. Quizá una idea peligrosa. La había reprimido a la fuerza, negándose a que saliera a la superficie, intentando ocupar la mente con cien cosas distintas. Sin embargo, mientras acariciaba a *Sierra*, sabía que aquel momento amable y reconfortante entre ronroneos no duraría.

Sabía que era cuestión de tiempo que viajara a Washington.

El preocupante estado del Distrito de Columbia dejaba claro que el Nimbo, a pesar de su perfección, tenía una vena pasivo-agresiva. La naturaleza había reclamado casi por completo el amplio cinturón verde conocido como la Explanada de Washington. Resultaba extraño, ya que el Nimbo era meticuloso con el mantenimiento hortícola; no obstante, hacía caso omiso de algunas zonas verdes de Washington. No solo eso, sino que decidía no ocuparse de las infraestructuras de la zona. Había dejado de reparar carreteras y puentes, y había trasladado los museos del Smithsonian a otras ubicaciones, dejando sus antiguos edificios vacíos.

En cierto momento, el Nimbo cambió toda la señalización de la ciudad. Ahora se la conocía oficialmente como las «Ruinas de Washington».

Y, como si todo eso no fuera lo bastante demoledor de por sí, había establecido clubs y lugares de refugio para indeseables, lo que provocó que casi todo el mundo que no tuviera esa etiqueta se mudara a otra parte.

Todo formaba parte de un plan, no para desacreditar a la venerable ciudad, sino para sellarla en el pasado, como las ruinas de otros imperios antiguos. Washington seguía siendo un lugar respetado, pero solo como se respeta a una reliquia que se desmorona.

Aun así, seguían quedando los vestigios del viejo Gobierno estadounidense. Políticos que se consideraban los últimos bastiones de una época mejor. Mejor, quizá, para ellos, pero, como con los demás Gobiernos anteriores al Nimbo, para nadie más. Ya no ostentaban un poder real; lo único que hacían era fanfarronear, intentar encontrar costuras abiertas en el impecable tejido del Nimbo.

Mientras ellos seguían con sus ataques verbales, el Nimbo continuaba con su campaña de desatención benévola, tratando a los políticos de la circunvalación rota como un casero de la edad mortal trataría a un inquilino deudor: no los echaba, sino que conseguía que su estancia fuese cada vez más difícil.

La mayoría captó la indirecta y se fue a buscar pastos más verdes. El Congreso se había desmantelado oficialmente cuando el Nimbo redefinió las Américas en las distintas regiones Mericanas. Ahora, el poder judicial solo existía para aprobar los dictámenes infalibles del Nimbo. Una vez desaparecido el concepto de «naciones», no había necesidad de defensa, lo que, al fin y al cabo, era uno de los objetivos principales de las naciones.

Ya solo quedaba la rama ejecutiva, el presidente y su gabinete, que se aferraban a su asiento como hojas tozudas desafiando al otoño…

Marie llegó un día helado de noviembre, dos meses después del Cónclave de la Cosecha. No le dijo a nadie lo que pretendía. Así, si no salía bien, nadie podría ridiculizarla.

Como ya no había mantenimiento de carreteras, se le pinchó una rueda en un bache muy feo de Constitution Avenue y tuvo que recorrer caminando el último kilómetro y medio.

Había indeseables formando grupitos, como solían hacer, bebiendo hasta reventar y rompiendo todo lo rompible. Curioso que no se dieran cuenta de que cumplían las órdenes del Nimbo: estaban cargándose la vieja ciudad como bacterias que descomponen los restos de un cadáver.

—Eh, guapa —le dijo uno de ellos—. Aquí mismo tengo tu inmunidad.

Como si ofender a una segadora fuera una prueba de valentía, en vez de una estupidez sin límites.

Marie no le hizo caso, al igual que tampoco prestó atención a los silbidos y los comentarios groseros que le llegaron de las sombras indeseables durante el camino. No merecía la pena gastar energía en ofenderse. Los indeseables hacían lo que hacían, que, en realidad, era nada, dado que el Nimbo no les permitía cometer actos realmente indeseables.

La Casa Blanca era la única estructura que seguía bien mantenida, al igual que el terreno circundante. Un oasis detrás de una valla alta, vigilado a todas horas. Por supuesto, no era más que teatro.

En la puerta principal había dos guardias con amenazadoras armas automáticas. Iban de camuflaje, y Marie tuvo que reprimir la risa. ¿Camuflaje? ¿En serio? Tendrían que haber llevado armaduras medievales; habría quedado más bonito.

—Dejadme pasar —ordenó.

Ellos se aferraron más a las armas.

—No podemos permitirlo, señora —respondió uno de ellos.

—Os dirigiréis a mí como «su señoría» y os apartaréis.

Ellos endurecieron el gesto y no se movieron, aunque Marie percibía su temor.

—¿Qué vais a hacer? ¿Dispararme? —les preguntó—. Esas armas ni siquiera están cargadas.

—Eso no lo sabe.

—Claro que lo sé. El Nimbo ya no permite a nadie llevar armas cargadas. Solo a los segadores. Tenéis suerte de que el Nimbo os deje seguir jugando con ellas.

—Su señoría —dijo la otra guardia, algo desesperada—. Solo hacemos nuestro trabajo.

No, lo que hacían era obligarla a perder el tiempo.

—Voy a mantener una conversación con vuestro jefe —les dijo—. Si tengo que cribaros para mantenerla, lo haré. Bien, ¿qué va a ser?

Esperó. No se movieron. Así que se metió la mano en la túnica para sacar una hoja…

… y, en cuanto lo hizo, la guardia de la izquierda bajó el arma y se hizo a un lado. El otro no tardó en imitarla.

—Sabia decisión —dijo Marie, y entró al patio sur sin mirar atrás para ver si los guardias habían soltado las armas para marcharse o seguían en su puesto.

Tenían que haber avisado a los guardias de la puerta del edificio de que había una segadora en la propiedad porque, al llegar, no había nadie delante. ¿Les habían ordenado que se retiraran o habían desertado?

Dentro, todo tenía el aspecto que se imaginaba: el suelo de baldosas beis y blanco; la escalera con moqueta roja. Un lugar estancado que no había cambiado ni un ápice desde los días mortales. Retratos de presidentes muertos tiempo atrás se asomaban con tristeza a las paredes, entre grandes obras de arte que ensalzaban las virtudes del gobierno democrático del pueblo por el pueblo. Un sueño maravilloso que llegó a funcionar en algunas ocasiones; pero, como los humanos eran falibles, nunca sería perfecto. La perfección necesitaba del Nimbo. Y de los segadores.

Marie se encontró con algunos guardias más por el camino (aunque no tantos como pensaba) y todos bajaron las armas descargadas ante ella. Solo cuando intentó entrar en el Ala Oeste se encontró resistencia. Un único soldado se mantenía en su puesto al pie de la escalera.

—Por favor, no me obligue a traicionarlo, su señoría —le pidió el soldado.

Parecía prepararse para la criba, pero, al ver que Marie no lo hacía, se relajó un poco. Más que no dejarla pasar, fingió que la segadora no estaba allí. El soldado se mantuvo en su puesto, pero solo como un canto rodado en el cauce de un río. Marie lo rodeó fluyendo como el agua y subió por la majestuosa escalera.

El presunto presidente no estaba en su residencia, ni en el Despacho Oval, ni en ninguna de las zonas estándar de la enorme estructura. «Aja, así que vamos a jugar al escondite», pensó Marie.

Tras apropiarse de una tablet de seguridad, que, por ley, tenía que abrirse a ella, se coló en uno de los muchos pasillos secretos; ocultos al público, quizá, pero no había ninguna información a la que no pudiera acceder un segador, y la segadora Curie había hecho bien sus deberes. Bajó varios tramos de escalera hasta llegar a un búnker de hormigón reforzado bajo el venerable edificio; se trataba de un refugio diseñado para soportar todo tipo de ataques.

Al acercarse a la puerta de acero, tan segura como una cámara acorazada, descubrió que allí no había nadie que la detuviera. La tablet de seguridad leyó su biométrica, el gigantesco sistema de cerraduras de seguridad se desactivó y la puerta se abrió con gran esfuerzo.

Dentro, encontró a un grupo de hombres y mujeres reunidos en una especie de sala de guerra. Mapas y pantallas. Una bandera enmarcada de los días en los que las banderas diferenciaban un lugar de otro.

Al ver a la segadora Curie con su túnica violeta intenso y un cuchillo en la mano, dejaron escapar jadeos y gemidos. Ella reconocía todas las caras. Eran los miembros del gabinete del presidente. Y, en el centro, estaba el presidente Hinton en persona.

Algunos dieron la espalda a Marie, otros dejaron caer la cabeza, derrotados, mientras que otros se cubrían los ojos con la esperanza de negar durante unos preciados segundos lo que esos mismos ojos les decían. Solo Hinton le sostuvo la mirada, desafiante.

—Soy la segadora Marie Curie —anunció ella—. Seguro que sabe por qué estoy aquí.

—No eres más que una niña —se burló Hinton—. Y ni siquiera de esta región.

—Creía que no reconocía las regiones del Nimbo —repuso ella—. Pero da igual. Los segadores no están limitados por sus regiones. Podemos cribar donde decidamos.

—No tienes derecho a venir aquí para amenazarme.

—Claro que lo tengo, señor presidente. La humanidad me ha otorgado el derecho a hacer lo que me plazca. Esa es la ley que nos rige ahora, ¿o se le ha olvidado?

—¡Márchate de aquí ahora mismo! —le ordenó Hinton—. Y puede que así me olvide de esta intrusión.

Marie dejó escapar una única risita.

—Ambos sabemos que solo saldré de aquí de un modo.

Entonces, el secretario de Estado se acercó a Hinton y le susurró:

—Todo el mundo sabe que los segadores negocian, señor. Quizá pueda llegar a un acuerdo.

—No soy de esa clase de segadores —les dijo ella.

—No —dijo Hinton, rezumando repulsión—. Eres de la peor clase. Joven, idealista, tozuda. Crees que tu causa es tan pura y reluciente como tu hoja.

—Puede que sea todas esas cosas —le concedió Marie—, pero también soy inevitable.

Entonces fue cuando uno de los otros intentó correr hacia la puerta. Y así empezó.

La hoja de Marie fue rápida. Su maestría era un espectáculo asombroso… y pronto el mundo presenciaría aquel espectáculo, puesto que había cámaras en cada esquina. Ella lo sabía, pero no actuaba para las cámaras. Simplemente, cumplía su deber de forma conveniente y elegante. Cayeron uno tras otro hasta que solo quedó Hinton, que ahora estaba encogido en un rincón, perdida toda su bravuconería bajo el peso del momento.

Marie supo por instinto que aquel era un punto de inflexión. No solo para ella, sino para el mundo entero. Para toda la especie. ¿Lo percibiría también él? ¿Por eso le temblaban las manos?

—Ya no hay sitio para usted —le dijo la segadora—. La civilización ha pasado página.

—De acuerdo, me iré —le suplicó él—. Me exiliaré. No volverás a verme.

Marie negó con la cabeza.

—El Nimbo se habría sentido satisfecho con eso… y, si hubiera accedido a ello antes de hoy, yo no estaría aquí. Pero no aceptó el exilio. Y yo no trabajo para el Nimbo.

—Te arrepentirás de esto —le dijo él—. Recuerda mis palabras: sé con absoluta certeza que lamentarás el día que tomaste esta decisión. Y cuando lo hagas…

Por desgracia, fuera cual fuera el soliloquio que tenía preparado, acabó cortado de cuajo de un solo golpe.

Regresó a la Casa Blanca en sí intentando asimilar lo que acababa de hacer. Le había abierto camino al Nimbo para que gobernase sin interferencias. También había reforzado el poder y la soberanía de la Guadaña como nadie antes. Se preguntó si habría violado el segundo mandamiento de los segadores. ¿Se consideraría sesgo el cribar a las últimas figuras problemáticas del gobierno mortal? Y, si lo fuera, ¿qué era lo peor que podía hacerle la Guadaña? ¿Censurarla? ¿Quitarle el derecho a cribar durante un par de años? Seguro que merecía la pena pagar cualquier precio por librar al mundo del pasado.

Encontró un cuarto de baño en la residencia presidencial y se llenó la bañera. No había sido una criba limpia y, aunque se podía lavar la sangre de las manos, las salpicaduras y la tela empapada de la túnica la convertían en una visión aterradora.

Como era una prenda gruesa, le dio la vuelta para ocultar las manchas. Creía que tendría un aspecto raro, pero no. El forro era de lavanda sedosa, en un tono sutil y discreto. Descubrió que, en realidad, le gustaba mucho más que el violeta chillón.

Los momentos clave de la historia tienen su propia fuerza gravitatoria, así que, al salir, se encontró con una multitud pequeña pero creciente. Habían abierto las puertas de la valla y los guardias se habían marchado. Casi todos los presentes tenían una mano en alto con algún dispositivo grabando o emitiendo en directo, galvanizando la ocasión como un nuevo punto de anclaje para la posteridad.

Se dio cuenta de que, a pesar de no tener nada preparado, tenía que decir algo. Así que las palabras que pronunció, las palabras que pronto serían conocidas en todo el mundo, le salieron directamente del corazón.

«Lo que he hecho hoy es mi carga y mi regalo —dijo a la multitud—. El futuro es libre. No podría haber un día más feliz que este. ¡Larga vida a todos nosotros!».

Puede que el Nimbo hubiera sido capaz de predecir lo que sucedió a continuación, pero Marie no. En las semanas posteriores a la criba, empezaron a imitarla en otras partes del mundo. Cribaron uno tras otro a monarcas, dictadores y jefes de Estado de países que, en general, ya no existían, hasta que no quedó ninguno. Las naciones estaban oficialmente limpias. Las únicas divisiones que quedaban eran las de cada región. Todas

iguales. Sin competir entre ellas. Nada de «ellos», solo «nosotros». Y, tras cada criba política, se pronunciaban las mismas palabras: «El futuro es libre. ¡Larga vida a todos nosotros!».

El Nimbo, que nunca comentaba nada sobre los mecanismos de la vida y la muerte, solo dijo, a su sutil manera: «No es algo que haya pedido, pero facilitará un poco mi gestión del planeta».

Aun así, Marie no se quitaba de la cabeza las últimas palabras del presidente. Lamentaría el día en que tomó la decisión. Se preguntaba cuándo ocurriría eso.

Marie llegó al Cónclave de Invierno en su Porsche y se encontró con el mismo joven esperando para aparcarlo; al parecer, había decidido que aquella era su vocación. En cuanto se acercó a los escalones de mármol del edificio principal de Fulcrum City, la multitud, que había estado observando la procesión de segadores, se volvió hacia ella y empezó a susurrar. No obstante, pronto guardó silencio. Otros segadores la vieron y se apartaron, dejando que ella los esquivara. Que pasara delante de ellos.

—La nueva túnica te sienta bien, segadora Curie —le dijo el segador Vonnegut sin el menor rastro de burla o ironía.

Ella asintió con la cabeza para darle las gracias. Entonces, por primera vez en aquellos escalones, se volvió hacia las personas de ambos lados, esbozó una sonrisa apenas visible y los saludó sin apenas mover la mano… y vio que casi se desmayaban de la emoción. Había oído que ahora la llamaban «señorita asesina», lo que la disgustaba menos de lo que creía. La motivaba para dejar atrás también ese mote.

Curiosamente, los segadores que la rodeaban ya no la intimidaban. Estaba deseando comprobar cómo se comportaba ahora Michael con ella. Quizá la viera menos como una alumna y más como su igual. Una ventaja añadida a su célebre criba.

Al entrar en el vestíbulo exterior, donde esperaba el suntuoso desayuno del cónclave, oyó a una segadora a la que ni siquiera conocía decirle a otro:

—No me extrañaría que llegara a ser suma dalle. Esa chica es formidable.

Marie sonrió porque, por fin, también su futuro era libre.

Nunca trabajes con animales

con Michael H. Payne

El segador Fields sostuvo el perrito caliente bajo la nariz, respiró hondo y dejó escapar el aire.

—¡Ah, el olor a mostaza buena y fuerte bajo un cielo cerúleo perfecto! —Esbozó una gran sonrisa y se volvió hacia el vendedor—. No hay nada mejor en el mundo, Charles.

—Sí, su señoría —suspiró Charles, sin más que decir.

Aquel tipo era melancólico hasta decir basta. Fields lo habría cribado años ha de no ser por la calidad de sus perritos calientes. Eran de una marca estándar, sí, pero el secreto estaba en la preparación. La cantidad justa de mostaza y chucrut (crujiente, no reblandecido) y un bollo a la temperatura perfecta. Fields prácticamente se lo tragó de golpe y después se sacudió las migajas de la túnica marrón dorado.

—Creo que me tomaré otro.

Apoyó la espalda en el puesto y observó a los ciudadanos de Oxnard, en Occimérica, que paseaban por el parque costero mientras las sombras de las hojas bailaban con la brisa marina sobre las verdes lomas y los senderos sinuosos.

—¡Ojalá fueran así todos los días! —exclamo, y miró a Charles para ver su reacción.

—Casi todos lo son —respondió él con su voz sepulcral de siempre—. Solo llueve o se nubla cuando el Nimbo lo permite; y supongo que eso solo ocurre cuando la gente quiere.

Lo que Fields andaba buscando era que le diera la razón con un simple gesto de cabeza o una sonrisa, o puede que incluso algo más efusivo. Quizá

una declaración muy sentida en la que afirmara que la ciudad era así gracias a sus esfuerzos, no los del Nimbo (que, como segador, a él no lo sacaban de nada). Frunció el ceño, irritado porque Charles lo había arrastrado hacia pensamientos menos agradables. Notó que se le iba la mano hacia el bastón estoque que le colgaba del brazo; era un reflejo al que se entregaba en algunas ocasiones.

La irritación ocupaba un lugar primordial en su lista de ofensas para la criba, algo que los camareros torpes, los adolescentes molestos y los dueños que no tenían cuidado con sus mascotas habían aprendido a lo largo de las tres décadas que llevaba como segador en aquella zona de la costa.

Sin embargo, por fastidioso que fuera Charles, el cariño que el hombre dedicaba a su oficio ablandaba el corazón de Fields. Lo podía ver incluso en ese mismo instante, en la forma en que metía la salchicha en el bollo como quien deja un bebé en su cuna. Era eso lo que permitía al segador pasar por alto sus muchos defectos.

Fields alargó una mano para coger el perrito antes de que Charles se lo ofreciera.

—Ve preparando un tercero, si no te importa, Charles —dijo—. Estoy intentando ganar algunos kilos para seguir el brillante ejemplo de Xenocrates, el sumo dalle de Midmérica. —Se dio unas palmaditas en la barriga, apenas visible, bajo la túnica—. Pero, ay, por mucho que lo intento, mi sangre sigue conspirando contra mí.

Le dio un bocado al perrito caliente, y dejó que el dulzor y la sal borraran la amargura de sus pensamientos.

Charles se aclaró un poco la garganta.

—Podría hacer que le ajustaran los nanobots, su señoría, para que le permitieran ganar peso.

El bocado intentó irse por el conducto equivocado; Fields tosió, se inclinó hacia delante, dio un pisotón, consiguió recuperar el control de su glotis y tragó con algo de dificultad.

—¿Y reconocer la derrota? —Se enderezó y negó con la cabeza—. ¡El poder de la mente sobre la materia, Charles! Ese es el principio que ha guiado al mundo hasta donde está hoy y…

Justo entonces, un perro empezó a ladrar y acabó con la paz de aquel bucólico día. El sonido le formó un nudo en las tripas y desbarató el orden de sus pensamientos.

—¡Godfrey Daniels! —exclamó.

Aunque lo había investigado, no había logrado averiguar lo que significaba en realidad aquella expresión, pero su histórico patrono era conocido por usarla en los momentos de exasperación, así que el segador Fields había adoptado su uso junto con el nombre. Tras agarrar su bastón estoque (otro accesorio pintoresco que había adoptado de su amada edad mortal), le dio la espalda al tenderete, dispuesto a administrar una corrección mortífera a quien se hubiera atrevido a perturbar la elegante serenidad que tanto esfuerzo y tiempo le había costado.

No era que no le gustaran los perros; le encantaban los perros. Sin embargo, como a los niños, era mejor verlos que oírlos.

De pequeño, había tenido un perro al que quería mucho, pero los perros tenían vidas naturales cortas, y el precio de revivirlo y reiniciar su edad se doblaba en cada ocasión. Al final, cuando el coste resultaba demasiado prohibitivo, muchas personas decidían dejar morir a sus mascotas. Suponía que era una forma de controlar la población de animales de compañía (al fin y al cabo, no había segadores animales para cribarlos), pero, de niño, le había parecido una crueldad.

No obstante, como segador, todo era gratis, incluido revivir mascotas hasta el infinito, aunque, en esos momentos, Fields carecía de acompañante canino. Su perro más reciente, un cocker spaniel, había sido un animal frágil, y las frecuentes visitas al centro de reanimación del refugio de animales cuando la criatura acababa morturienta terminaron por ser un fastidio. La última vez que lo había llevado a reanimar, no regresó para recogerlo. «Regálenlo a alguien digno de ello —había dicho en el centro—. Puede que a alguien con más paciencia con un animal tan propenso a los accidentes».

No sabía bien de dónde procedían los ladridos, pero, al volverse a mirar, vio a un perro sin correa trotando hacia él por el parque junto con una pareja joven que, al parecer, eran sus dueños. Fields se paró un momento a contemplar su pelaje sedoso, blanco grisáceo. Era un animal bastante mono. Llevaba la cabeza bien alta, el pecho hinchado, y el rabo peludo se curvaba de una forma preciosa hasta tocarle el lomo.

Fue una alegría comprobar que aquel no era el perro que ladraba; de hecho, por su compostura, ni siquiera era capaz de imaginárselo ladrando. Como si eso fuera indigno de él. Oyó de nuevo el sonido y, esta vez, lo trianguló hasta dar con una criatura molesta, tamaño rata, que estaba un poco más adelante. Una mujer con un traje rosa neón que, no se sabía cómo, resultaba aún más chillón que el animal lo recogió del suelo y lo escondió rápidamente.

Fields conocía a aquella pareja. El perro de los ladriditos desagradables era un pomerania llamado *Galletita* y su dueña era Constance no sé qué. Le había dedicado varias miradas de reprobación a lo largo de los años, pero ¿aquello? ¿Aquella interrupción tan insolente de una comida perfecta? El segador era una persona generosa, pero todo tenía un límite.

En cualquier caso, ya se ocuparía después de la mujer. Su interés más inmediato era aquella pareja de recién llegados y su más que digno perro.

Tras tragarse a toda prisa el resto de su salchicha, Fields bajó su bastón con una floritura y se dirigió a ellos.

—¡Buenas tardes! —los saludó con toda la jovialidad que fue capaz de reunir—. Espero que me permitan darles la bienvenida a Oxnard, la gema de la costa oestemericana.

El leve tic que les asomó a la cara era el efecto que provocaba allá donde iba. Todos los segadores lo conocían. Aparecía al reprimir el instinto de luchar o huir que se activaba cuando alguien veía a un segador. Como tanto la lucha como la huida significaban la criba inmediata, los ciudadanos corrientes habían aprendido a someter ese instinto, aunque, en estas ocasiones, se rebelara un poco.

Su reacción le resultó irritante, pero el perro no le ladró, sino que mantuvo una conducta agradable. Sin duda, se trataba de un animal excepcional.

Tras inclinarse un poco hacia delante, Fields acercó la mano sin anillo al hocico del perro y sonrió a la joven pareja. Parecían jóvenes de verdad, no como muchos de los que reiniciaban el contador a la primera arruga visible.

—Permítanme presentarme. —Se habría llevado la mano al sombrero de haberlo tenido, pero los sombreros le aplastaban el pelo de las sienes y eso no le gustaba—. Me llamo Fields, segador local y comité de bienvenida. Siempre es un placer saludar a los recién llegados y asegurarme de que comprenden lo maravillosa que es nuestra pequeña comunidad. ¿Van a instalarse en Oxnard o solo están de visita?

La pareja sonrío, algo nerviosa.

—Es un placer conocerlo, su señoría —dijo el hombre—. Acabamos de mudarnos, venimos de la región del Sol Naciente.

Ahora que se fijaba, sí que tenían un leve dejo panasiático; no es que a Fields le importaran mucho esas cosas. Estaba bien que su pequeña ciudad costera atrajera a gente de lugares lejanos, aunque esperaba que no se convirtiera en costumbre.

—Yo soy Khen Muragami. Esta es mi mujer, Anjali, y nuestro perro shikoku se llama *Jian*…

—Excelente, sí —repuso Fields, que ya había olvidado los nombres de los miembros de la pareja. Sin embargo, en el nombre del perro sí que se había fijado, por desgracia, y no pudo evitar fruncir los labios—. ¿Lo he entendido bien? ¿El nombre de este perro tan magnífico es *John* —Negó con la cabeza —. Nunca he entendido por qué la gente les pone nombres humanos tan corrientes a los perros… Y, a no ser que me equivoque, se trata de una hembra…

La joven se aclaró la garganta.

—Perdone, su señoría, pero se llama *Jian*. —Después sonrió, dejando al descubierto unos hoyuelos muy saludables—. Nuestra chica a veces es un poco trasto, así que su nombre es una antigua palabra panasiática que designa una espada de doble filo.

—¿Antigua? —preguntó Fields, más animado—. Bueno, deben saber que soy todo un experto en la Era de la Mortalidad. De hecho, mi histórico patrono era uno de los filósofos existencialistas más importantes de esa era y resumía esa época pasada en dos preceptos que me parecen aplicables a la época moderna. El primero, «A mí no me engaña nadie», indica que era imposible llevar por el mal camino a los mortales que se sentían satisfechos de su vida. Y el segundo, «El pelele no tiene suerte», nos anima a no tener piedad cuando tratemos con los que sí se apartan del buen camino. —Se llevó la mano del anillo al pecho en un gesto de sinceridad—. No se han dicho nunca palabras más ciertas.

No pudo evitar notar que los ojos de la pareja se posaban un momento en el anillo.

—Sin duda —dijo el hombre, que esbozó una sonrisa en la que se veían más dientes de los necesarios—. Y gracias por su bienvenida, su señoría. Será un placer verlo por la ciudad.

—Cuesta no verme, sí. Que tengan buen día. —Después se agachó un poco más y miró a los ojos oscuros del perro, que no parpadeaba—. Y tú también, *John*.

Regresó al puesto de perritos calientes, donde Charles ya tenía su tercer bollo esperándolo.

—Qué encanto de animal. Está claro que se merece un nombre más adecuado. Aunque todo tiene remedio.

Charles se quedó casi inmóvil detrás del puesto y Fields no podía culparlo. El segador había llegado a amar su profesión, por supuesto. Goddard, el elocuente segador de Midmérica, había promovido una serie de preceptos maravillosos sobre la relación de un segador con su trabajo. Era una

lástima que hubiera sido imposible reanimarlo después de que ardiera en una criba tonista fallida hacía unos cuantos meses. Bueno, quizá no fuera una gran pérdida. Al fin y al cabo, Goddard también era irritante, demasiado llamativo y escandaloso…

Fields suspiró.

—Tendré que visitar a la familia de *John* esta noche, aunque no antes de ir a comer algo con Constance y *Galletita*.

Entonces se rio entre dientes porque sabía que poco iban a comer.

Constance no sé qué no se lo había puesto fácil. Cuando llegó a su casa, todavía estaba haciendo la maleta, a pesar de haber pasado horas de su ofensa. Si se hubiera esforzado un poco más en huir, podría haberle ahorrado tanto trabajo, pero no.

Descargó sobre él un torrente lloroso de histeria precriba, pero, al menos, metió a *Galletita* en su transportín antes de que Fields alzara su espada sobre ella.

Los propietarios de *John* fueron mucho más educados. Se enfrentaron a la criba con calma, aunque insistieron con monotonía en lo especial que era *John* y en que necesitaba unos cuidados muy exigentes.

Lo que ocurrió a continuación fue una sorpresa muy agradable. Fields se había llevado su pistola tranquilizadora en la túnica, cargada y lista para el perro, pero el animal demostró de nuevo su admirable personalidad. Ni siquiera le gruñó cuando le quitó el collar y las chapas, y le puso otros nuevos. Un comportamiento inesperado, teniendo en cuenta la dureza del suceso que acababa de presenciar. Pero, bueno, en estos tiempos tan avanzados, uno no se procuraba un perro para protegerse, ¿no?

—Ahora te llamas *Trixie* —le dijo mientras hacía tintinear las chapas que le colgaban del cuello.

Era el nombre que le ponía siempre a las perras que adoptaba. Tenía todo tipo de parafernalia de *Trixie* en casa, así que habría sido una pérdida de tiempo elegir otro nombre. Además, a Fields le parecía que tenía cara de *Trixie*. Decidido. Le colocó la correa y la perra lo siguió mansamente hasta su limusina. El transportín de *Galletita*, por otro lado, fue a parar al maletero, de donde no podrían salir los incesantes ladridos de aquella criatura demoníaca.

Diez minutos después, el vehículo paró junto al bordillo con una sacudida importante. Como, además, el condenado cacharro parecía haber tomado la ruta más larga, a Fields se le había agriado el humor, aunque no del todo. Los

coches sin conductor de la Guadaña no podían unirse a la red de tráfico electrónico del Nimbo, así que no eran más que una flota de estupidez artificial. Aun así, un vehículo automatizado con fallos técnicos era infinitamente mejor que un chófer humano. No entendía que nadie confiara de ese modo su seguridad a otra persona.

Con el transportín de *Galletita* en una mano y la correa de *Trixie* en la otra, caminó hacia la entrada principal del centro de reanimación y refugio de mascotas de Oxnard. Pocos segundos después de tocar el timbre, la puerta se abrió y apareció una mujer de cabello entrecano con quien Fields ya había tratado antes.

—Buenas noches, Dawn —la saludó, lamentando de nuevo su incapacidad para lucir sombreros a los que llevarse la mano—. Siempre es un placer ver un rostro familiar.

—Segador Fields. —Dawn bajó y subió la mirada para estudiar la escena —. Estos perros están vivos —comentó—. ¿No ha venido para otra reanimación?

—Esta noche no. Le voy a dejar la criatura del transportín para el refugio, donde, sin duda, le encontrará una propietaria más disciplinada que la anterior. Y a esta belleza —dijo, señalando a *Trixie*, que estaba sentada en el camino a su lado, con las orejas hacia atrás y la nariz ocupada con un rastro— la voy a adoptar yo mismo. El papeleo sigue en su sitio de siempre, ¿no?

Entró y se fue hacia el mostrador de recepción.

—Ya sabe que, como segador, no es necesario que rellene ningún formulario, su señoría.

—Ni tampoco es necesario que traiga aquí a los animales después de cribar a sus dueños, pero lo hago —puntualizó él—. Ni tampoco tengo que traer a los animales para reanimarlos si han demostrado no ser acompañantes válidos, pero también lo hago. Porque rellenar formularios y otros gestos de amabilidad similares sirve para dar un ejemplo positivo. Aunque esté por encima de la ley, no la excedo.

—Sí, su señoría.

Dawn le quitó a *Galletita* de las manos y Fields se acercó al ordenador más cercano. Al hacerlo, la amistosa interfaz del Nimbo desapareció, sustituida por la pantalla sencilla y utilitaria a la que se enfrentaban todos los segadores cuando se acercaban a un ordenador. Abrió los formularios correspondientes y se puso a trabajar; mientras tanto, su nueva protegida canina se mantuvo a su lado, paciente.

—¡Esta me da buena espina! —le gritó a Dawn, que seguía en la parte de atrás, intentando calmar a *Galletita*.

El segador había tenido unos cuantos perros a lo largo de los años, pero lo cierto era que una persona de su posición necesitaba cierta clase de perro, una clase que todavía no había encontrado, a pesar de buscarla sin cesar. Muchos de aquellos perros tenían una tendencia insólita a acabar morturientos, pero sospechaba que este sería muy distinto.

Una vez que terminó de rellenar los papeles de la adopción, se despidió con cariño de Dawn y se marchó. Sin embargo, cuando llegó al bordillo, la limusina no estaba. Rebuscó en sus bolsillos para sacar la tablet de mano. Tras unos cuantos toquecitos, descubrió que su coche había vuelto a casa y estaba en el garaje recargando las celdas de combustible.

—Godfrey Daniels —masculló.

Deseó poder cribar a un objeto inanimado. Tras respirar hondo, pasó página. No tenía sentido malgastar su irritación con una máquina. Además, hacía una noche estupenda y la calma de la ciudad era famosa, sobre todo a esas horas, cuando solo los indeseables rondaban las calles. Como no le gustaba aquella gente, había enviado ese mensaje a lo largo y ancho del planeta a través de sus cribas. Claro que no tenía ningún sesgo en ese sentido, faltaría más, pero había descubierto que bastaba con unos cuantos ejemplos notorios para extender un rumor y dar una impresión no respaldada por los datos puros y duros que sí lo habrían metido en un lío con la suma dalle Pickford y su personal de estadística.

Fields sonrió a la perra que se sentaba a sus pies.

—Venga, *Trixie* —le dio en tono persuasivo—. Vamos a dar un paseíto y así nos conocemos un poco mejor.

Sabía que, para hablar con los animales, eran esenciales el tono y el lenguaje corporal. Lo que no significaba que la conversación, a pesar de su unilateralidad, tuviera que ser inane. Reconocía que esa unilateralidad le gustaba. Los perros bien educados le permitían hablar sin miedo a interrupciones, distracciones o, incluso, interrogatorios.

—*Trixie*, creo que descubrirás que no tienes nada que temer de tu tío Bill, y seguro que seremos grandes amigos y mejores compañeros en poco tiempo.

La perra movió las orejas hacia delante y siguió siendo obediente, como debía, pero… aquella falta de expresividad… En su porte no había ni rastro de miedo, pero tampoco de zalamería. Fields no sabía cómo interpretarlo. No obstante, lo cierto era que una reacción silente era mejor que los aullidos, los

ladridos o las patas encima, como había ocurrido con sus anteriores adquisiciones en sus primeros momentos juntos.

—Un agradable paseo por las calles de tu nuevo hogar —le dijo—. Es lo que necesitas para animarte.

Y, por supuesto, la perra no respondió nada.

Fields tenía recuerdos agradables y no tan agradables de su perro de la infancia, cuando él no era más que el pequeño Jimmy Randell. *Towser* era un malamute recio y tozudo que sus padres decidieron dejar por completo al cuidado del joven Jimmy, lo que habría estado bien de haber sido él también un poco mayor y más recio. A *Towser* se le daba bien salir corriendo y escaparse cuando lo sacaba a pasear con la correa. La vida del pobre animal llegó a un amargo fin cuando una malamute le llamó la atención desde el otro lado de la calle. Salió disparado y lo mató un coche. Los padres de Jimmy revivieron a *Towser*, pero no sin antes quejarse del coste y de darle a Jimmy una buena reprimenda. «Un perro tiene que saber cuál es su lugar —le repetía sin cesar su padre—. Quiere conocer su lugar. Una vez que sabe quién es el amo, se siente satisfecho y aliviado».

Así que, a partir de ese momento, fue más firme con *Towser* y se enrollaba la correa en la muñeca dos veces cuando salía a pasearlo. Al principio funcionó, hasta que, una noche, el perro vio a un mapache moverse con dificultad al otro lado de la calle. Salió corriendo de nuevo… y, esta vez, arrastró a Jimmy consigo y ambos acabaron atropellados por un camión. En cuanto al mapache, salió indemne, como suele pasar con los mapaches.

Cuando reanimaron a Jimmy, le echaron otra reprimenda y no recuperó a *Towser*. «Lo reanimamos y lo enviamos a vivir a un rancho —le dijo su padre—. Con un dueño más responsable», añadió, solo por hurgar en la herida.

Sin embargo, cuando Jimmy creció, empezó a sospechar que era mentira, que habían dejado que *Towser* siguiera muerto porque reanimar a una mascota era más caro con cada intervención. La posibilidad de que le hubieran mentido sobre *Towser* era uno de los muchos motivos por los que a Fields le había resultado bastante sencillo clavarle aquella espada en el pecho a su padre en la última prueba de su noviciado, hacía tres décadas. Por supuesto, lo revivieron, pero el hombre nunca se lo perdonó. Fields sospechaba que, en parte, esa era la razón de ser de la prueba: distanciar emocionalmente a los segadores jóvenes de sus familias. Aunque, para él, esa distancia emocional parecía extenderse también a la mayoría de los seres

humanos. Las mascotas eran distintas. Su amor era incondicional… y estaba seguro de poder condicionar a *Trixie* para que lo amara.

De camino a casa aquella noche, la dejó husmear los árboles y los macizos de flores hasta que llegaron a su hogar en primera línea de playa. Era una vivienda grande, sin resultar ostentosa. Un patio de césped salpicado de macizos de dalias y prímulas, y tres ficus para ofrecer unas sombras de lo más pintorescas, además de tener el tamaño justo para que un perro mediano, como *Trixie*, pudiera ejercitarse un poco. La casa en sí tenía tres plantas y estaba pintada con elegancia, en los tonos gris y blanco que Fields imponía extraoficial pero estrictamente por aquellos lares. Empujó la puerta de la valla con un ligero escalofrío de emoción.

—Vamos, *Trixie* —le dijo al entrar—, te haré la visita guiada.

Esta vez, ella no lo siguió; la correa se tensó en la mano del segador. Al volverse hacia la luz ligeramente anaranjada de la farola de la esquina, no detectó nada de movimiento en el rabo. Estaba olisqueando, con la cabeza algo levantada y el hocico apuntando a la casa.

—Muestras cautela —dijo Fields, asintiendo—. Es un rasgo admirable al enfrentarse a una situación nueva. —Tiró con más decisión de la correa—. Pero ya basta. Vamos adentro.

Su padre tenía razón sobre algo: los perros tenían que reconocer al alfa. Conocer su puesto en el orden jerárquico los hacía sentirse seguros, menos ansiosos. Aunque se tratara de una jerarquía de dos. También le preocupaba que hubiese de nuevo mapaches por allí. Aquellas criaturas lo perseguían desde el desafortunado incidente del camión. Lo que menos deseaba en ese momento era que *Trixie* se pusiera nerviosa por una alimaña incluso antes de haber entrado por la puerta.

Por suerte, lo siguió sin que tuviera que insistirle más; por el camino de ladrillo visto hasta el porche y, de ahí, al vestíbulo. Cerró la puerta a toda prisa, encendió la luz y desenganchó la correa del collar de *Trixie*.

—Deja que el tío Bill guardé su equipo y después te enseño la casa.

Como no había tenido que usar la pistola tranquilizadora, la descargó y la dejó en su estante, dentro del armero de la entrada.

—Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio.

Cerró el armero y se volvió, esperando verla olisqueando el suelo, la alfombra o las cortinas del vestíbulo. Pero se había quedado inmóvil, justo donde la había dejado, mirándolo. Y su mirada ahora era incluso más opaca

(casi la habría llamado pensativa, si no fuera un perro), aunque no se encogió, ni gruñó, ni ladró, ni levantó las patas delanteras para plantárselas en la barriga, ni ninguna otra cosa igual de impropia.

—Muy bien. —Fields se agachó para darle unas palmaditas en la cabeza, y su falta de reacción le resultó igual de extraña, aunque los perros demasiado entusiastas siempre le habían resultado un poco repelentes—. Buena chica —añadió, para reforzar la idea—. Primero la cocina, creo.

Le enseñó sus cuencos con el «TRIXIE» grabado… Tenía otro par que ponía «REX», junto con collar y chapas a juego, para las veces que adoptaba un macho. Ella los olisqueó, lamió el agua del cuenco y, por lo demás, no mostró mayor interés; ni siquiera reaccionó, más allá de ladear un poco la cabeza, cuando sacó una vieja caja de galletas para perro que todavía tenía en la despensa, pertenecientes a la *Trixie* anterior, y la sacudió con una sonrisa.

—¿No habías visto nunca las galletas para perro? —Fields agitó de nuevo la caja—. ¿Chucherías? ¿Galletas? ¿Regalitos?

No se le ocurría de qué otra forma llamaba la gente a aquellas cosas, pero, como no reconocía ningún nombre más que otro, al final le dio lo mismo.

—¿Es que no te han enseñado nada de nada? —Abrió la caja, sacó una y se la ofreció—. Aquí tienes, chica. Venga.

Ella se limitó a ladear la cabeza en la dirección contraria.

Durante un breve instante, se imaginó dándole un bocado a la galleta a modo de demostración, pero, en vez de eso, regresó a su pregunta anterior: ¿qué le habían enseñado sus antiguos dueños?

—¡Seguro que han jugado a tirarte golosinas!

Y, tras apuntar con esmero, lanzó la galleta para que le pasara justo a la izquierda del hocico.

No solo no la atrapó, sino que se apartó hacia la derecha para que la galleta cayera al suelo de la cocina.

Cada vez más contento de haber quitado de en medio a los antiguos propietarios, Fields volvió a guardar la caja en la despensa.

—Deberíamos empezar tu educación a primera hora de la mañana —informó, y se volvió justo a tiempo de ver que la galleta ya no estaba en el suelo.

Dejó escapar el aliento.

—Bueno, al menos reconoces la comida cuando la ves. —Asintiendo, cruzó la cocina y abrió la puerta que daba al comedor—. Vamos, *Trixie,* ven.

Al menos, esa palabra parecía conocerla.

En el comedor, le enseñó la puerta lateral con la gatera por la que podía salir cuando tuviera que aliviarse, después abrió la puerta para enseñarle el patio lateral en el que podía encargarse de dicho alivio. Con su edad, tenían que haberla adiestrado; se negaba a pensar lo contrario mientras la conducía del comedor al final del vestíbulo y la escalera.

En la planta de arriba, le enseñó su despacho y el cojín del suelo en el que podía sentarse, frente a su escritorio.

—Así que, mientras yo me encargo del gran trabajo que se me ha confiado, tú puedes esperar fielmente junto a mí.

Salió de nuevo al pasillo y subió la escalera para llegar a la última planta, donde usó el bastón para señalar el cojín al lado de la cama, donde podía dormir por la noche, así como su colección de discos de vídeo *vintage* y el antiguo televisor de pantalla grande.

—Por las noches, puedes retirarte aquí.

Le dio unos toquecitos al cojín y ella pareció captar la idea, porque dio un paso adelante y se sentó en él. El cojín era la mejor cama para perros del mundo. De primera calidad, lo bastante cómoda como para asegurarse de que jamás tuviera motivo alguno para subirse a su cama. Por supuesto, era normal que hubiese un tropiezo de vez en cuando, pero, con el tiempo, el adiestramiento y la disciplina, sabría lo que estaba permitido y lo que no.

Y entonces Trixie ladró.

Era el primer sonido que hacía en su presencia. Fue suave y corto, con los ojos clavados en las ventanas que, durante las horas diurnas, ofrecían una vista encantadora del mar. Unas puertas francesas se abrían entre las ventanas y un balcón superior que apenas usaba, y hacia esas puertas avanzaba ahora *Trixie* con la cabeza baja y el pelo del cuello erizado.

Fields la miró.

—¿Qué te pasa, chica? —Allí fuera no podía haber nada de interés para un perro, salvo, quizá pájaros, gatos o…—. ¿Mapaches?

Trixie corría ya por el dormitorio hacia la puerta, gruñendo, y Fields apretó los labios. ¿Estarían otra vez aquellos diablillos retozando por los árboles y arbustos que rodeaban la casa?

Solo había una forma de averiguarlo.

En unos cuantos pasos llegó junto a ella, tiró de golpe de la puerta, corrió al balcón y exclamó:

—¡Ajá!

No oyó ni correteos ni chillidos, pero Trixie se fue directa a la barandilla occidental. Con un estiramiento enérgico se levantó sobre las patas traseras,

apoyó las delanteras encima de la baranda y, por el entusiasmo con el que inclinaba la cabeza, a Fields no le cupo duda de que había localizado una presa.

—¿Qué es, chica? —le preguntó, corriendo a su lado; asomó medio cuerpo fuera intentando pillar a los animales haciendo lo que fuese que hicieran los mapaches, pero *Trixie* se movía, ladrando, intentando meterse entre la barandilla y él—. ¿Qué demonios estás…? —empezó, dando un paso atrás—. ¡Quieta, *Trixie*! ¡Quieta!

Se percató de que no debería haberlo dicho en cuanto lo dijo, ya que la perra se colocó de repente justo donde él intentaba poner el pie. *Trixie* dejó escapar un gañido y, como el segador no quería dejar caer todo su peso sobre ella, se apartó de un salto y se golpeó a medio muslo contra la baranda baja del porche. El oído interno empezó a darle vueltas, perdió el equilibrio, los hombros se le siguieron moviendo hacia delante y, antes de darse cuenta, había caído por encima y las losas del patio trasero corrían en su encuentro.

—¡Godfrey Daniels! —consiguió exclamar antes de que un crujido muy doloroso le recorriera el cuerpo y todo quedara a oscuras.

Con un parpadeo amodorrado, Fields se restregó la cabeza. Tras otros tantos parpadeos, vio unas paredes elegantes de madera con cortinajes de terciopelo en un color morado pálido. Se enderezó sobre un codo y, tras otra ráfaga de parpadeos, descubrió a una mujer de blanco que se mostraba de un buen humor excesivo.

—¡Buenas tardes, segador Fields! —Le brillaban tanto los ojos como para provocarle un aneurisma a un hombre mortal—. ¡Es un honor servirlo en lo que, según nuestros registros, es solo su segunda reanimación!

—¿Qué narices es esto?

Fields se oyó y cerró la boca de inmediato. La voz que salía de él, las palabras que salían de él no sonaban como él. Le resultaban familiares, sí, pero no para bien, sino de un modo que habría preferido olvidar. Aunque tenía las ideas algo confusas, se obligó a expresarse con elocuencia.

—¿Sería usted tan amable de explicarme lo sucedido?

—No es asunto nuestro saberlo. —La mujer perdió algo de chispa y brillo, pero Fields siguió sintiendo el impulso de entornar los ojos para mirarla—. Solo sé que lo trajeron los drones y que hicimos nuestro trabajo. El segador Conan Doyle, del despacho de la suma dalle, estuvo por aquí ayer y dijo que,

en el lugar de los hechos, nada parecía indicar que se hubiera cometido un delito.

—¿Lugar de los hechos? —Empezaron a llegar los recuerdos—. *¡Trixie!* —gritó, y se puso en pie de un salto.

Unas manchas negras le emborronaron la vista, pero un brazo firme lo sujetó.

—¡Cuidado, su señoría!

—¡Suélteme! —El vértigo se apoderó de él, y no pudo evitar que el tono agudo y las sílabas arrastradas de la juventud se le escaparan de nuevo—. ¡Estaba cazando mapaches con mi perra, tropecé y me fui para abajo!

—¿Señor? —preguntó ella, aflojando la mano—. ¿Mapaches?

La irritabilidad que le produjo la pregunta no le aclaró la vista, pero sí que lo hizo sentirse más él mismo, más como la versión de él que lucía con orgullo el nombre de Fields. Se aclaró la garganta.

—¡Sí, señora! ¡Mapaches! —Respiró hondo para centrarse, tanto en la pared de la habitación como en la persona que se suponía que era—. ¡Son unos diablillos feroces! ¡Nos atacaron como una manada de lobos en miniatura! ¡Se diría que son prácticamente glotones!

Otra respiración profunda y fue capaz de volverse hacia la enfermera con buena parte de su arrogancia habitual.

—Así que, si tuviera la amabilidad de decirme qué ha sido de mi fiel perra, me dirigiré de inmediato a rescatarla. —Se obligo a soltar una risita que no sentía—. Rescatar a mi perra. Sería un comentario muy ingenioso si se tratara de un san bernardo.

La enfermera se había quedado inexpresiva del todo, algo que Fields prefería a la efervescencia anterior.

—¿Su… perra? —preguntó, y Fields tuvo que sonreír al ver que era ella la que, de repente, se sentía a contrapié—. Bueno, lleva aquí un día y medio, así que… supongo que estará en el refugio, ¿no?

—¡Excelente! —A Fields le llamó la atención una mesa detrás de ella, y sonrió con más ganas al ver allí su bastón estoque y su tablet de mano—. ¡Excelente de verdad!

Rodeó a la enfermera, recogió sus pertenencias y se dirigió a la puerta.

—¿Señor? —lo llamó ella—. Puede que deba descansar un poco más. Tenemos un helado magnífico si…

—¡Innecesario! —Con cada paso notaba que el garbo de su personalidad hedonista volvía a introducírsele en las extremidades—. Seguro que Oxnard

entero está muerto de preocupación por mí y se pregunta por mi estado, así que debo marcharme de inmediato.

Se despidió de ella con una floritura del bastón, recorrió el pasillo hasta llegar al vestíbulo y salió a una tarde azul y resplandeciente, con apenas una ligera brisa.

El refugio estaba en la manzana de al lado y Fields rodeó la entrada para dirigirse a la puerta de urgencias, hasta que se dio cuenta de que todavía estaban en horario laboral y había gente esperando su turno. Aunque no le importaba el papeleo, esperar a que le tocara no entraba dentro de su repertorio de habilidades. Se fue derecho a la puerta y, por supuesto, nadie se atrevió a detenerlo.

El pequeño vestíbulo tenía más o menos el mismo aspecto que durante su visita nocturna, pero se detuvo en seco al ver a Dawn sentada tras el mostrador. Había esperado encontrarse con otra persona y evitar la vergüenza de tener que recoger a *Trixie* a los pocos días de haberla adoptado.

—¡Su señoría! —exclamó ella, que se puso en pie de inmediato con una sonrisa leve pero sincera en los labios; aquella sonrisa lo golpeó mucho más fuerte que la enorme sonrisa, algo plasticosa, de la enfermera—. No sabía bien cuándo saldría. —Rodeó el mostrador, tocó algo que hizo clic y toda esa sección se abrió—. ¡Pero tengo aquí a alguien que seguro que se alegra de verlo!

Trixie estaba tumbada en el suelo, detrás del mostrador, y Fields se preparó, en parte resignado a los inevitables ladridos, saltos y babeos…

Salvo que Trixie se limitó a levantar la cabeza y mirarlo.

A Fields estuvo a punto de estallarle el corazón en el pecho. Que aquel animal lo conociera tan bien, que supiera exactamente cómo reaccionar con él a pesar de conocerse desde hacía tan poco…

—Es una perrita maravillosa —consiguió decir.

—Está muy bien educada —decía Dawn—. Ni siquiera soy capaz de imaginarme cómo la habrán adiestrado. Pero apareció aquí la otra noche, poco después de que la adoptara, y, cuando llamé a las oficinas de los segadores, me dijeron que se lo habían llevado para reanimarlo.

Como nunca había pasado por el proceso de la reanimación en su vida adulta, Fields no sabía si la emoción que sentía en aquellos momentos era un efecto residual o no. Sin embargo, no podía negar que la idea de que alguien casi desconocido cuidara de *Trixie* mientras él estaba incapacitado le formaba un nudo en la garganta y le empañaba los ojos.

—Dawn, querida, cualquier agradecimiento se queda corto —dijo, y le ofreció la mano del anillo.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Inmunidad, su señoría? —preguntó al acercarse a él, vacilante.

—Se la ha ganado.

Intentó no dar un respingo cuando Dawn hincó una rodilla en el suelo para besarle el anillo. Por fortuna, no estalló en gimoteos desagradables. Fields se mantuvo atento a Trixie durante todo el nauseabundo proceso. La perra estaba ahora sentada sobre las patas traseras, con la lengua fuera en lo que el segador siempre había considerado una sonrisa canina.

—Buena chica —dijo dando una palmada cuando el brillo rojo del anillo le indicó que Dawn por fin se había apartado—. Al menos asustamos a esos mapaches, ¿eh, Trixie?

La alegría del rostro perruno pareció intensificarse. Encantado, Fields se agachó, tomó el extremo de la correa y se dirigió a la puerta.

—Cuenta con mi eterna gratitud, Dawn —le dijo desde allí—. O, al menos, con un año de ella.

Volvió la vista atrás para su habitual despedida garbosa con el bastón, pero *Trixie* tiró de la correa más fuerte de lo esperado y lo hizo trastabillar unos cuantos pasos hasta que logró recuperar el equilibrio.

Respiró con tranquilidad por primera vez desde su reanimación.

—Al parque, creo, *Trixie*.

Ahora, la perra caminaba a su lado, con las orejas alerta, pero la vista clavada al frente, sin duda pendiente de bribones al acecho. Fields asintió para dar su aprobación y siguió hablando.

—Estoy deseando ver cómo reaccionas a los maravillosos perritos calientes de Charles.

En la calle, con su fiel compañera, Fields espantó los últimos jirones de incertidumbre medrosa que habían nublado sus pensamientos al despertar. Había dejado atrás a aquel niño débil y asustadizo hacía años, y fruncía los labios al pensar que algo tan nimio como acabar morturiento pudiera traer de vuelta a aquella persona…

Por otro lado, hacía un día demasiado bonito para unas reflexiones tan morbosas.

—Sin duda —dijo, contoneándose un poco y saludando con la cabeza a las personas que se apartaban para dejar que *Trixie* y él pasaran por la acera —. Un día encantador.

En el paseo marítimo, torcieron a la derecha y el aroma salado del océano lo llevó a considerar la posibilidad de requisar un yate pequeño para ver la puesta de sol. ¿Tendría *Trixie* alma de perro de agua?

En aquel momento, el animal olfateaba las farolas y las macetas como a Fields le gustaba: sin obstaculizar su avance ni obligarlo a correr. Y, cuando llegaron al parque, el segador cogió el perrito caliente que le dio Charles y apenas tuvo que agacharse y ofrecérselo a *Trixie* para que ella diera un salto y capturara la ofrenda, a punto de morderle los dedos en el proceso.

El segador la miró, sonriente.

—Lo ha devorado como una verdadera experta, ¿no le parece, Charles?

—Sí, su señoría —respondió el hombre con su gemido barítono habitual, aunque, afortunadamente, ya estaba alargándole un espécimen perfecto y cubierto de mostaza de su arte culinario, así que el segador, de nuevo, le perdonó todo lo demás.

Después de un segundo para *Trixie* y un tercero para él, Fields salió del parque y se fue al centro.

—Por norma general, no me atrae el ajetreo de la ciudad —le dijo a *Trixie* y a cualquiera que quisiera escucharlo mientras recorrían las largas manzanas entre el agua y los escaparates que se afanaban, sin éxito, por resultar pintorescos—. Pero los deberes del segador no se acaban nunca.

Tras recoger algo de cena para él y toda una selección de comida para perros, tomó nota de varias personas para cribas posteriores y se fue a casa.

—Qué día tan intenso, *Trixie* —comentó cuando abrió la puerta principal—. ¿Y si nos tomamos con más calma el resto de la semana, eh? Se acabó la caza, por ahora.

Ella levantó la cabeza, pero la falta de lengua fuera, orejas alzadas, ojos relucientes o expresión del tipo que fuera lo estremeció. Meneó la cabeza. Seguramente, seguía mareado después del procedimiento.

En la cocina, echó una cucharada de cada lata de comida en el cuenco de *Trixie*. Ella comió todo con el mismo entusiasmo, lo que resultó ser sin el menor entusiasmo. Apenas movió la cola mientras tragaba (o, al menos, no con brío), ni levantó las orejas de manera perceptible.

El primer impulso de Fields fue preguntarse si se había pasado con los perritos calientes, aunque, acto seguido, pensó algo que le arrancó una sonrisa.

—¡No eres una comedora remilgada! ¡Otra cualidad excelente para un perro! —Echó el resto de una de las latas en el cuenco y guardó las demás en el frigorífico—. Para mañana, pues.

Los suaves ruidos de masticación de la perra lo acompañaron cuando cruzó la cocina camino del fregadero.

—Hay algunas cosas que me irritan tanto como una prima donna —dijo, contento, de nuevo, de contar con una audiencia adecuada que no le respondía y le permitía exponer sus pensamientos. Llenó el cuenco de agua y se lo llevó a su rincón—. Esas personas que siempre están llamando la atención con exigencias intolerables o presentándose como mejores o más importantes que el resto de nosotros.

Dejó el cuenco en el suelo, se enderezó y meneó la cabeza antes de darse cuenta de que ella lo miraba de nuevo.

Durante un brevísimo instante, casi le pareció que algo acechaba en aquellos ojos oscuros, pero la perra apartó la vista, bajó la cabeza y se puso a lamer el agua del cuenco.

—Extraordinario —masculló él—. Definitivamente, mi recuperación del estado morturiento está incompleta.

Se encogió de hombros, abrió el frigorífico y sacó una lata de su bebida favorita, un refresco de uva; era una cuerda salvavidas que lo retrotraía a la infancia o, para ser más precisos, el dulce trofeo ganado por haber sobrevivido a ella.

Tras quitar la tapa, alzó la lata para saludar a *Trixie*.

—Un hombre y su perro. —Le dio un buen trago al refresco, dejó escapar un suspiro y señaló la puerta de la cocina—. Ahora, una vez que hemos dejado atrás ese desafortunado accidente, vamos a prepararnos para nuestra primera noche normal.

Lo siguió arriba sin hacer nada de ruido, de tal modo que Fields tuvo que volver la vista atrás varias veces para asegurarse de que seguía allí. Tras dejar atrás la segunda planta, subió al dormitorio, encendió la luz de la pared junto a la puerta, entró para indicar a *Trixie* que se pusiera en su cojín…

Y ella ya estaba cruzando la habitación, acomodándose en el velvetón dorado, con la cabeza sobre las patas delanteras.

Era como si siempre hubiera estado allí, y Fields tuvo que darle otro trago al refresco de uva para quitarse el nudo de la garganta.

—Un niño y su perro —repitió. ¿Había dicho niño?—. Un hombre, quiero decir —se corrigió, aunque se sintió estúpido, dado que su único público era *Trixie*.

Se sentó en la cama, se quitó los zapatos, se acomodó en la almohada y cogió el mando que estaba debajo de la lámpara, en la mesita de noche. ¡Una de las películas de su histórico patrono después de un día tan difícil era justo

lo que necesitaba! Pulsó el botón de encendido y se quedó dormido durante la cabecera.

Oyó un estruendo que lo obligó a parpadear varias veces antes de percatarse de que estaba a oscuras. Sí, a menudo daba una cabezada cuando se colocaba frente a cualquier tipo de pantalla, pero ¿por qué se había apagado? ¿Por qué no seguían encendidas las luces del dormitorio? Y, añadió a su lista de preguntas mentales, ¿por qué no tenía el mando del televisor en la mano?

Todavía medio atontado, notó un chapoteo desagradable al bajar los pies a la alfombra, se levantó y dio varios pasos hasta el interruptor que había junto a la puerta. Sin embargo, curiosamente, cada paso que daba era más frío y mojado que el anterior.

¿Qué había pasado allí? ¿Se había roto la tubería del baño? Miró en esa dirección, pero, claro, no veía nada. Apretó los labios, irritado. *Trixie* y él iban a tener que recoger el bastón del armero de abajo para hacerle una visita al fontanero.

Fue entonces cuando se dio cuenta de la procedencia del estruendo que lo había despertado. En la sombras, junto a la cama, vio que la lámpara de su mesita de noche se había caído al suelo. Alargó una mano y tocó el interruptor.

En cuanto se encendió la luz del techo, un dolor intenso lo atravesó de pies a cabeza… y, en ese primer instante de iluminación abrasadora, vio los cables eléctricos desnudos de la lámpara rota tocando la alfombra empapada.

—Godfrey… —consiguió decir entre dientes antes de que la descarga le apagara todo pensamiento.

Esta vez no se despertó de golpe. Primero, solo pareció darse cuenta de que tenía la vista fija en un precioso techo de madera con incrustaciones: el mismo techo precioso de madera con incrustaciones que había visto al despertarse en el centro de reanimación la vez anterior.

—Buah, estoy hecho papilla —se oyó decir. Después se comió las palabras entre toses, tragó saliva, se aclaró la garganta y tragó más saliva todavía para que desapareciera hasta el recuerdo de lo que había dicho.

Se puso de lado y vio a la misma enfermera junto a la cama, con el uniforme igual de blanco, aunque la sonrisa más forzada, menos resplandeciente.

—¿Segador Fields? ¿Cómo se encuentra, su señoría?

Se sentó, haciendo una mueca.

—Al parecer, he sido víctima de un pequeño contratiempo doméstico —dijo, obligándose a mantener un registro apropiado.

Sus recuerdos más recientes regresaron más deprisa que la última vez (quizá acabar morturiento resultara más fácil con la práctica) y, después de aclararse de nuevo la garganta con ganas, preguntó:

—*Trixie* no ha resultado herida, ¿no?

La enfermera sonrió como si intentara disimular que había encontrado una chincheta en el zapato.

—¿Trixie? ¿Es su perra? Porque el personal de emergencias la encontró sentada en la puerta principal.

—¿El personal de emergencias?

Como todavía no podía del todo levantarse, parpadeó.

—Por el agua. —La sonrisa de la mujer era cada vez más forzada—. Y el fuego. El personal dijo que la descarga eléctrica habría dejado todo su barrio fuera de la red si el Nimbo no tuviera levantado un cortafuego alrededor de la casa por lo de ser un segador, ya sabe.

De repente, las luces le resultaban demasiado brillantes; su voz, demasiado chillona. Fields le echó un vistazo a la mesita de noche, pero, esta vez, su bastón no estaba allí, por supuesto; no lo llevaba encima en el momento del accidente.

—Y supongo que *Trixie* estará de nuevo en el refugio de animales, ¿no?

—Pues… ¿supongo?

Le molestó que no estuviera segura, ya que, sin duda, parte de su trabajo consistía en ocuparse de esas cosas. La incompetencia era motivo de criba, pero Fields tenía otros asuntos que atender.

Tras ponerse de pie, se puso los zapatos que alguien había considerado apropiado recuperar de su casa anegada, aunque estaban empapados. Dijo «gracias», hizo una mueca al percibir la mansedumbre de sus palabras, se volvió para que la enfermera viera el gesto de desdén a juego con lo que sentía en aquellos momentos…

Pero ella ya estaba diciendo:

—¡Ay, de nada, segador Fields! ¡Es un honor haberle sido de utilidad!

Él esbozó una sonrisa prieta y se fue hacia la salida lo más deprisa que pudo.

De nuevo, hacía una tarde preciosa; el único problema era que no sabía cuántas tardes se había perdido esta vez. Dos, como antes, ¿no? Y haber

acabado morturiento tan pronto después de su anterior accidente, bueno, le parecía casi impropio, casi como si alguien…

Cortó en seco el pensamiento, se negó a que siguiera avanzando y caminó con paso firme hacia la entrada de urgencias del refugio, haciendo ruiditos húmedos con cada paso que daba sobre la acera.

Tras conseguir llegar al mostrador, de nuevo se encontró con Dawn mirando su tablet, aunque, esta vez, agarraba el dispositivo como si acabara de cazarlo después de una persecución.

—Ha sido una semana muy intensa, ¿no cree? —preguntó él, quizá demasiado alto.

Dawn dio un respingo, como si la hubiera mordido algo al otro lado del mostrador, y se levantó de un salto.

—¡Segador Fields! —Posó la mirada en la tablet que tenía en la mano y, después, rápidamente, la volvió hacia él como si fuera un pajarito que pasara a toda velocidad—. Me he quedado con *Trixie* otra vez, mientras le reparaban la casa, y… tengo que preguntárselo, señor, después de estos dos accidentes tan seguidos justo después de adoptarla: ¿cree de verdad, sinceramente, bueno, que los dos hacen buena pareja?

—¡¿Qué?!

Fields fue a coger su bastón estoque, recordó que no lo llevaba y después recordó que le había concedido inmunidad el día anterior, o dos o tres días antes, ya que no sabía el tiempo que aquel cuerpo perezoso, inútil y asqueroso había estado tirado por ahí…

Aquellos restos tan repentinos de desprecio que se le clavaban en el cerebro, tan familiares durante su infancia, pero subsumidos con cuidado desde que recibiera su túnica, su anillo y su nueva identidad, lo sorprendieron incluso más que la insinuación de Dawn. Tuvo que respirar hondo antes de lograr volver a su ser lo suficiente como para decir con dicción meticulosa:

—Si intenta insinuar que no soy apto para tener un perro, debo informarla de que, durante la larga y, en su mayor parte, innoble historia de la raza humana, nunca antes han existido un hombre y un perro mejor emparejados que *Trixie* y yo. Que se le pudiera pasar por la cabeza que somos incompatibles me lleva a preguntarme si no se dedicará a la profesión equivocada.

La sonrisa de Dawn desapareció por completo.

—Con el debido respeto, su señoría, llevo más de ochenta años cuidando y reanimando animales, y teniendo en cuenta los inusuales antecedentes de *Trixie*, quizá sea buena idea…

—¿Antecedentes? —Fields notó que se le erizaba el pelo de la nuca—. ¿Qué tienen de inusual sus antecedentes?

La mujer se lamió los labios, nerviosa.

—El Nimbo no puede hablarme específicamente sobre ella porque la adoptó usted, pero sí que me guio hasta unas grabaciones muy interesantes.

Levantó la tablet, le dio un toquecito y la volvió hacia él.

Aunque no quería hacerlo, Fields bajó la mirada y vio imágenes de cachorros que recordaban bastante a *Trixie* jugando y corriendo por un césped muy bien cuidado e iluminado por el sol.

—Estos vídeos —decía Dawn— vienen de la región autónoma de Nepal, en Panasia, y estos perros, bueno, los llaman «mascotas aumentadas».

Estaba a punto de repetir la palabra aumentadas con un signo de interrogación, pero Fields se quedó paralizado cuando una voz dijo en la pantalla:

—¡Muy bien! ¡Ahora, las chicas a este lado y los chicos al otro!

Con las lenguas fuera, los cachorros se separaron rápidamente en dos grupos.

—¡Y ahora —siguió la voz—, vamos a ordenar ambos grupos por tamaño!

Otra desbandada, la cámara retrocedió, y los cachorros se ordenaron solos tal y como se les pedía.

Fields tuvo que tragar saliva.

—Animales bien entrenados —murmuró, aunque no consiguió reprimir un ligero temblor en la voz.

—No, su señoría —lo corrigió Dawn en voz baja, y Fields casi da un respingo porque se le había olvidado que la mujer seguía allí—. Los informes dicen que un equipo de científicos lleva trabajando casi un siglo en Nepal para intentar concederle un nivel de inteligencia humano a un grupo selecto de perros. Estos de aquí no son más que cachorros, pero, más adelante, enseñan a perros adultos que…

—¡No! —gritó Fields, que le tiró la tablet de un manotazo—. Ese vídeo no es nada más que una broma ideada por indeseables. Es falso, y si pensara, aunque fuera tan solo por un momento, que no lo es, ¡me subiría al primer vuelo que cruzara el Pacífico para cribar en persona a todos los involucrados!

Decidió descartarlo. Salvo que parte de su cerebro no estaba dispuesta a dejarlo pasar. Porque, si *Trixie* no solo tenía sentimientos, sino también inteligencia…, quizá esos supuestos accidentes…

—¡No! —gritó de nuevo, apenas capaz de reprimir un pisotón—. Se acabó. ¡Quiero llevarme a mi perra ahora mismo!

Con los labios apretados, Dawn abrió el extremo del mostrador y *Trixie* estaba allí, de nuevo, esperando pacientemente y en silencio.

Fields se agachó para coger la correa y estuvo a punto de dar un respingo cuando la perra se levantó antes de que pudiera hacerlo…

Porque, al levantarse ella mientras él seguía agachado, los ojos oscuros y profundos del animal quedaban a la misma altura que los suyos. Y, aunque él no podía dejar de mirarla (casi temblando, de hecho), ella le devolvía la mirada con una calma absoluta.

Fields agarró la correa, se levantó de golpe y se fue hacia la puerta, con *Trixie* siguiéndole el ritmo en silencio.

—¡Hoy ha cometido varios errores muy graves, señora! —exclamó el segador sin mirar atrás—. ¡Muy graves!

—¡Por favor, su señoría! —repuso Dawn; algo muy parecido al pánico le asomaba a la voz—. ¡Tenemos muchos perros estupendos en el refugio, ya lo sabe! ¿No debería replantearse la decisión de adoptar a este en concreto…?

En el umbral, Fields se detuvo para lanzarle lo que esperaba que fuera una mirada de acero.

—Usted, señora, debería replantearse lo corto que puede ser un año de inmunidad.

Quería agitar su bastón estoque ante ella, pero, claro, no lo llevaba encima, y *Trixie* había seguido caminando, así que no le quedó más remedio que moverse deprisa para evitar que tirara de él de lado al salir por la puerta.

Cuanto más se alejaba del refugio, más absurdo le parecía aquel vídeo.

—¡Inconcebible! —resopló, intentando pisar fuerte la acera con sus incómodos zapatos mojados—. ¿Cómo es posible que alguien se crea una falsedad tan inaudita?

Trixie echó las orejas atrás, volvió la cabeza hacia él y lo miró con tal reproche que a Fields se le congelaron las palabras en la lengua.

Porque no podía sentir reproche, ¿no? Era un animal, un animal magnífico, sin duda, posiblemente el mejor perro con el que se había cruzado, pero había un gran trecho de ahí a pensar que no solo veía, oía y olía el mundo, sino que, además, comprendía todo lo que sucedía a su alrededor. Lo bastante como para sentir unas ansias de venganza asesinas…

—¡Habría salido en las noticias! —se obligó a exclamar en voz alta, y, como siempre, su voz era el sonido más tranquilizador que podía imaginar—.

Si se estuvieran sacando criaturas de esa clase fuera de una región autónoma, bueno, las redes y las webs estarían llenas de…

—¿Su señoría? —preguntó Charles, y Fields parpadeó frente al puesto de perritos calientes.

Absorto en sus horribles pensamientos, no tenía ningún destino concreto en mente, quizá encaminarse a casa para ver si los equipos de reparación habían hecho algo lo bastante irritante como para ganarse una criba.

Pero *Trixie* lo había guiado hasta allí; de hecho, se había levantado sobre las patas traseras, había apoyado las delanteras en el puesto y estaba muy atenta al perrito caliente que Charles le ofrecía a Fields.

«Resulta evidente que ha detectado el aroma en la brisa», se dijo. No corría ni un susurro de viento que alterara el calor de la tarde, pero el sentido del olfato perruno era más sensible que el de una persona. Que *Trixie* se hubiera ido derecha al puesto de perritos calientes no demostraba nada; ¡no demostraba nada en absoluto!

—¿Su señoría? —repitió Charles, agitando el perrito en su dirección.

Fields descubrió que no tenía hambre; no tenía hambre antes y, sin duda, no tenía nada de hambre en aquel momento. Sin dar explicaciones, dio media vuelta para marcharse.

Sin embargo, la correa se tensó porque *Trixie* no lo seguía. El segador se volvió para enfrentarse a ella y de nuevo quedó paralizado ante la tranquila determinación de aquellos ojos oscuros que ahora se centraban en él en vez de en el perrito que agitaba Charles. La perra parpadeó despacio, sin dejar de mirarlo, y dejó escapar un resoplido que no era del todo un ladrido y que a Fields le recordó a cuando su madre se aclaraba la garganta para indicarle lo que ella entendía como uno de sus muchos defectos.

La sacudida que le recorrió la espalda hizo que le temblara el brazo, y ese movimiento involuntario de la mano fue, al parecer, señal suficiente para Charles. El hombre asintió, se inclinó, le acercó el perrito a *Trixie* y le dijo, con la misma voz profunda y pausada de siempre:

—Buena chica.

Trixie rompió el contacto visual y recogió el perrito, aunque no se lo tragó de golpe como habría hecho cualquiera de los animales que el segador había tenido a lo largo de su vida, ni siquiera como la misma *Trixie* se había zampado su comida el día anterior o el día anterior a ese o cuando fuera que él estuvo vivo por última vez.

No, sostuvo el panecillo entre los dientes con delicadeza, giró el cuello hasta volver a mirar directamente a Fields y, solo entonces, empezó a

comérselo. Con un movimiento del cuello, lanzó el perrito al aire, después se estiró hacia arriba y, con un movimiento demasiado veloz para distinguirlo bien, apartó el panecillo sin alterar la trayectoria de la salchicha. Después bajó para sentarse, abrió la boca y atrapó la carne mientras el pan caía con un ruido húmedo al hormigón, junto a ella.

—¡Hala! —exclamó Charles, y Fields lo habría mirado, atónito, ante aquella expresividad tan poco habitual en él si *Trixie* no hubiera estado ocupando toda su atención.

Porque, despacio, bocadito a bocadito, procedió a meterse la salchicha en la boca con los dientes, masticando y tragando cada bocado mientras, no se sabía cómo, conseguía sostener el resto estable, como si fuera un puro, sin que su mirada vacilara ni un segundo durante toda la actuación. Y, llegados a ese punto, Fields estaba bastante convencido de que se trataba de una actuación.

Lo que significaba que Fields sabía lo que tenía que hacer.

Salvo que no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Habló durante todo el camino a casa. Para él, resultaba antinatural no hacerlo, y la situación en la que se encontraba ya era más antinatural de lo que desearía. Así que siguió soltando un chorro continuo de observaciones sobre el tiempo, el paisaje y la extraña forma de vestir de la gente; cuanto más insustancial fuera el parloteo, mejor. Tenía que convencer a *Trixie* de que todavía creía que era un perro corriente y, para lograrlo, primero debía convencerla de que era un idiota.

Bueno, más idiota de lo que la criatura ya de por sí lo consideraba, erróneamente.

A no ser que el que se equivocara fuera él.

No. Él sabía cómo era; aunque en algunos momentos secretos y silenciosos deseaba no saberlo. Eran momentos en los que le entraban ganas de abandonar su interpretación del segador Fields y meterse debajo de la cama, como hacía cuando su madre o su padre arqueaban demasiado una de sus cejas perfectas en su dirección y le decían las palabras perfectas para que se perdiera el respeto.

Aquel no podía ser uno de esos momentos. Necesitaba mantener el control. Era el dueño de…, de lo que fuera aquella cosa. Sin embargo, antes de hacer nada, tenía que asegurarse. Tenía que poner a la perra a prueba,

tenderle una trampa, sí, esa era la forma adecuada de expresarlo. Tenía que engañarla para que desvelara la verdad de sus intenciones.

Así que parloteó e intentó pensar, la siguió por el camino de entrada, cruzó la puerta principal, le sirvió media lata de comida del refrigerador…

Y entonces fue cuando el plan se le apareció.

—¡Godfrey Daniels! —exclamó al enderezarse, como si acabara de darse cuenta de algo—. Si me he pasado casi toda la última semana incomunicado, ¡voy a retrasarme con mi cuota de criba! —Aunque no era cierto; los últimos meses había sufrido ofensas de sobra para mantenerse muy ocupado, pero el perro no lo sabía—. Confío en que seas capaz de entretenerte sola esta noche, ya que debo ocuparme de mis asuntos oficiales.

Tras salir de la cocina, reprimió el impulso de volver la vista atrás para ver si lo seguía.

—Siempre se me presenta el dilema de elegir el método apropiado —masculló, procurando enunciar cada palabra sin que resultara evidente que lo hacía, o eso esperaba.

Se detuvo ante el armero del vestíbulo, abrió el candado y tiró de las puertas para dejar a la vista su arsenal. Pistolas, cuchillos, fusiles, hachas, escopetas, estantes llenos de venenos varios. Sí, normalmente usaba la espada escondida en el bastón, pero saber que contaba con otras opciones hacía que se sintiera más profesional.

—Cuando regrese —masculló, imitando a una persona que toma nota mental de algo—, tengo que limpiar estas escopetas, sacarlas a la playa y descargarlas por encima del mar, sin herir a nadie, para asegurarme de que están en condiciones.

Sin poder evitarlo, volvió la vista atrás, preparado para lo que fuera.

Trixie estaba sentada en medio del salón, con la cabeza ladeada como un perrito mono, pero los ojos rebosantes de una intensidad no tan mona.

Parte de él quería negar que tuviera algún motivo y afirmar que no era más que un perro escuchando la jerigonza incomprensible de su amo. Pero el resto de su persona no estaba tan seguro.

—Las escopetas son instrumentos delicados —le dijo en el mismo tono ligero, de pasada, que había empleado durante el paseo hasta casa; nada más que un hombre hablando con su perro—. Si no se mantienen y descargan periódicamente, podrían estallar al dispararlas.

Sacó la más pequeña del estante, la sopesó con una mano…

Después fingió distraerse.

—¡Y mis avancargas!

Tras dejar la escopeta apoyada en la pared, junto al armero, sacó el frasco de pólvora del estante de al lado, y lo destapó y olió con mucho teatro. Lo movió por allí lo bastante como para que el hedor sulfúrico se extendiera por la zona.

—Sí, será mejor que examine mis armas de fuego cuando vuelva esta noche.

Tras asentir con la cabeza, dejó el bote donde estaba, cerró el armero y se fue hacia la puerta, mientras en el aire todavía flotaba el aroma a pólvora. Cualquiera que presenciase la escena creería que se le había olvidado la escopeta apoyada en el lateral del armero. Aunque nadie la estaba presenciando. O, al menos, nadie humano.

—Volveré pronto, *Trixie* —dijo con una alegría fingida, giró el pomo y salió al crepúsculo.

Unos minutos después, Fields regresó a hurtadillas a la casa, confiando en que el olor sulfuroso de la pólvora que había dejado atrás enmascarara el suyo. Las ventanas junto a la puerta principal le ofrecerían un panorama despejado tanto de la entrada como del armero y, aunque no deseaba saberlo, se acercó, se asomó…

… y vio el vestíbulo vacío; *Trixie* no estaba por ninguna parte. No parecía haber pasado nada desde que saliera. El corazón le temblaba de esperanza. ¿Podría haber sido todo cosa de su imaginación? ¿Era *Trixie* solo un perro y no un monstruo en forma canina?

Entonces, la puerta de la cocina se abrió de golpe y *Trixie* salió trotando con algo blanco y voluminoso en la boca. ¿Un juguete de goma? ¿Un hueso de cuero crudo? Se volvió, se detuvo al fin al lado del armero y dejó el objeto en el suelo, frente a la escopeta.

Era un bote de pegamento.

Y *Trixie* se inclinó hacia delante y cogió el bote con las patas delanteras para abrir la tapa con los dientes, seguramente lamentando la falta de pulgares oponibles. En cuanto consiguió abrir el bote de pegamento, lo agarró de nuevo entre los dientes y, tras levantar las patas delanteras para apoyarlas en el lateral del armero, estiró el cuello, ladeó la cabeza y empezó a verter el pegamento en el cañón de la escopeta.

Con un nudo en el pecho, Fields sacó su pistola tranquilizadora (que había cogido a escondidas del armero), y la usó para romper la ventana y disparar a la chucha asesina.

El dardo acertó de pleno a *Trixie* en el costado. La perra soltó el bote, se alejó de un salto del armero y se volvió para mirar al segador enseñando los

dientes en un gruñido que casi lo impulsa a disparar de nuevo.

Pero no. Había llenado los dardos de una solución de efecto rápido. A *Trixie* se le cayeron los párpados, echó las orejas hacia atrás y se le doblaron las patas traseras. Se quedó sentada, tambaleándose, otro instante, y después cayó de lado, despatarrada sobre el mármol blanco, y las chapas de su collar tintinearon al dar con el suelo.

El pomo no estaba ni frío ni caliente cuando Fields lo giró para entrar.

—¡Te pillé, perra! —gruñó.

Entonces se detuvo, se aclaró la garganta e intentó dar con la forma más propia de expresar sus sentimientos: algo sobre traiciones indignas o que donde las dan las toman o…

O a la mierda. Se agachó frente a ella, vio que le temblaban las patas y que le aleteaban los párpados.

—¿Te sientes rarilla, eh? —preguntó con una voz que apenas reconocía, usando palabras y frases que no había empleado en décadas—. Sí, esta mierda pega fuerte. Solo te va a dejar jodida un rato, pero, claro, tengo todo el derecho a mandarte a freír monas directamente. Si quieres ser lista como los humanos tienes que ir de legal, ¿no? —Se le acercó un poco más a la oreja, que seguía temblando—. ¿Y sabes qué pasa cuando alguien deja morturiento a un segador? Seguro que sí que lo sabes, ¿eh?

Se acercó al armario de debajo de la escalera, donde guardaba el transportín de viaje, y lo sacó.

—Antes me flipaba la ciencia —le dijo al chucho semiinconsciente, todavía con su antiguo gangueo de Jimmy Randell—, pero ahora es cosa del Nimbo. Como segador, no me voy a meter en sus cosas. Pero la ciencia que te ha inventado debería estar bien prohibida.

Unos cuantos movimientos espasmódicos más y la perra se quedó tan quieta que Fields empezó a preocuparse. No era nada fácil mezclar aquel tranquilizador, ¿se habría equivocado con la dosis? Bueno, de ser así, se ahorraría el siguiente paso, aunque ese paso era la clave. Sería una victoria más dulce que el refresco de uva.

Al examinarla con más atención, se dio cuenta de que los costados se le seguían moviendo con cada aliento. Se agachó con precaución detrás de ella y la empujó hacia el interior del transportín. Le metió el rabo detrás, cerró la puerta y echó el cierre. Después, levantó la jaula por el asa y salió con ella por la puerta trasera hacia el patio y la playa de más allá, percatándose por el camino del leve rastro de de sangre en las losetas, recuerdo de su desagradable caída.

La playa estaba oscura, no había luna en el cielo.

—Aquí fuera no hay nada más que agua salada, chica —le dijo al transportín silencioso al dejarlo entre las dunas bajas que ocupaban los cien metros, aproximadamente, que había entre su casa y el mar—. Te aseguro que vas a descansar en paz.

Regresó a la casa para recoger el equipo necesario mientras se repetía: «La mente sobre la materia, Jimmy, la mente sobre la materia».

Cuando regresó junto al animal, jadeaba por culpa del esfuerzo, aunque no era solo por eso: el cuerpo entero le temblaba de expectación. Respiró hondo unas cuantas veces e intentó volver a interpretar al personaje cultivado y profesional de su histórico patrono. Controlado, indiferente y elocuente en sus disquisiciones filosóficas.

—¡Vilmente traicionado por un perro callejero desagradecido e intrigante! —exclamó mientras clavaba la pala en la arena—. Mía será la venganza y, en este mundo cruel, ¡qué más se le puede pedir a la vida!

Iluminó con una linterna los barrotes de la puerta del transportín, pero el cuerpo de pelaje gris de *Trixie* no se movía, seguía tirado en el suelo.

—No es necesario que respondas —dijo al dejar la linterna y ponerse a trabajar.

No tardó en cansarse del asunto, pero perseveró. Al fin y al cabo, se dijo, no existían atajos en un asunto de tal gravedad. Por no hablar de que metro ochenta de profundidad era para los humanos. En el caso que se le presentaba, solo necesitaba la profundidad suficiente para que cupiera el transportín.

Aun así, tardó bastante más de lo que esperaba, ya que costaba trabajar con la arena. Estaba seguro de haber dejado atrás la medianoche cuando se levantó, sudando al fresco de lo alto de la basta pendiente que descendía hasta un agujero de un metro, lo justo para que cupiera el transportín.

Se volvió para mirar el objeto en cuestión, dejó caer la pala y se restregó las manos, aunque hizo una mueca y se detuvo porque, al parecer, había pillado por sorpresa a sus nanobots analgésicos, que tardaron un momento en aliviarle la irritación de las palmas. Recogió con cuidado la linterna, iluminó de nuevo con ella la jaula y, esta vez, el rostro de *Trixie* le devolvió la mirada desde el otro lado de los barrotes; sus ojos eran como dos focos de brasas fantasmales encendidas.

Fields consiguió no retroceder.

—Veo que estás despierta.

A la perra no se le movió ni una oreja.

Él asintió de todos modos.

—Puede que, a pesar del estado de confusión producido por el narcótico, al principio de nuestra velada me oyeras mencionar mi cariño por la ciencia —dijo, dejando la linterna para rodear el transportín y ponerse detrás—. Bueno, una de mis anécdotas científicas favoritas es la del gato de Schrodinger.

La jaula se deslizó fácilmente por la pendiente de arena cuando la empujó, y Fields la dejó colocada con la puerta mirando hacia él.

—No sé si conocerás la historia. —Se levantó la túnica y subió por la ladera hasta llegar arriba—. Se basa en unos textos físicos arcanos para poner en duda si un gato encerrado en una caja en ciertas circunstancias puede considerarse muerto o vivo. —Se agachó, recogió la pala y empezó a echar arena en el agujero, alrededor del transportín—. No obstante, estoy casi seguro de que la pregunta no nos supondrá ningún problema esta noche.

Durante toda la operación, no brotó ni un gemido del transportín. El silencio del perro afectaba a Fields como no lo habría hecho ningún ladrido, así que aceleró el ritmo y, con cada palada, el movimiento de su pecho se volvió más frenético. La arena crecía en altura, se colaba por los barrotes de la puerta y, después, por las ventanitas de rejilla de los laterales y la parte de atrás. Con cada palada de arena, no solo estaba venciendo a la criatura, sino también a las fuerzas que habían intentado menospreciarlo y engañarlo desde el día en que nació, intentando decirle quién podía ser y qué podía hacer. Sin embargo, él se había aferrado a los ideales que había aprendido en las antiguas películas de su histórico patrono, había triunfado sobre la insignificancia y la mezquindad de los que querían detenerlo, había impresionado a la Guadaña como aprendiz y había alcanzado el puesto que le correspondía en la sociedad.

Con las tres últimas paladas cubrió el asa del transportín, y Fields cayó de rodillas, consiguió cerrar en un puño la dolorida mano izquierda y sacudió el anillo de segador ante el montículo bajo que tenía delante.

—Considérate cribado —jadeó.

Se mantuvo allí arrodillado otro instante, después se levantó, recogió sus avíos y, por supuesto, no volvió trastabillando a casa. Camino con orgullo. ¡Como debía hacer un segador! Puede que subir la escalera le costara un poquito más de lo habitual por el cansancio tras excavar tanto. Al llegar a la última planta, se dejó caer sobre la cama, agradecido, satisfecho por un trabajo bien hecho.

Durmió casi hasta mediodía y, durante el día y medio siguiente, lo más que se alejó de la cama fue a la cocina. Al fin y al cabo, estaba seguro de que nadie en la historia reciente se había ganado más que él un poco de tiempo libre.

El único pensamiento inquietante apareció la noche del segundo día, cuando vio los cuencos de *Trixie* en su rincón. Sin pensar, los cogió, los lavó y los guardó en el armario junto con los de Rex. Entonces sí que se paró a pensar, sacó los cuatro cuencos y los tiró a la basura. Parecía que reconocía la derrota, pero no. Simplemente, por el momento, no quería saber nada de perros.

Fue como si se quitara un peso de encima; se dirigió a la entrada a paso firme, agarró su bastón estoque y abrió la puerta. Ya era hora de dejar atrás aquel asunto tan feo y regresar a su papel estrella en el suntuoso desfile que era Oxnard, la reluciente joya de la costa oestemericana. Asintió con la cabeza, decidido, y atravesó el crepúsculo en dirección al parque.

El aroma a perritos calientes le hizo cosquillas en las fosas nasales cuando todavía estaba a una manzana de distancia, pero, cuando vio el puesto de Charles, las dos figuras que había detrás de él lo tomaron un poco desprevenido: el vendedor alto y desgarbado que él esperaba, y un tipo más ancho de hombros, ambos con el sombrerito de papel blanco y el delantal que siempre lucía Charles.

Se acercó tranquilamente al puesto.

—Charles, ¿tienes un nuevo ayudante?

Charles hizo una mueca, como si le hubieran pegado.

—¡Su señoría! ¡No! Es… —Respiró hondo para tranquilizarse—. Este es mi, eeeh, mi sobrino Edgar. Quiere…, eeeh…, empezar en el negocio.

El joven le ofreció una mano a Fields.

—¡Es un honor conocerlo, segador Fields! ¡He oído muchas cosas sobre usted del tío Chuck y, bueno, de todo el mundo!

—¡Vaya! —exclamó el segador, que le estrechó la mano—. Tienes un apretón de manos muy firme, Edgar, aunque supongo que, cuando se está en el negocio de las salchichas, es mejor tener un apretón fuerte que uno débil. Al fin y al cabo, mejor no perder el control durante el proceso de preparación.

—No, señor.

Edgar esbozaba una amplia sonrisa, pero tenía lo que Fields solo podía describir como la mirada fría, algo en su expresión que le hacía pensar que quizá hubiera experimentado alguna desgracia durante su niñez.

Aun así, en aquellos momentos presentaba una estampa bastante atractiva, aunque Fields suponía que la perspectiva de convertirse en un empresario de la industria de los perritos calientes animaría al espíritu más abatido. Por un momento le pareció distinguir algo familiar en…, pero lo más probable era que tuviera uno de esos rostros que resultaban familiares.

—Me encantaría saber más sobre su vida y sus aventuras, su señoría —decía el muchacho mientras manipulaba con destreza las tenazas para sacar una salchicha y un panecillo de las profundidades del puesto—. Y usted puede decirme si cree que he heredado algunas de las habilidades culinarias del tío Chuck.

—Una idea excelente —dijo Fields, que tomó aire para empezar…

… hasta que un tintineo metálico le llegó a los oídos: el inconfundible repiqueteo de las chapas de un perro.

Se le atascó el aliento en la garganta como si fuera un anzuelo y, al volverse, vio a un perro trotando por la sombra del parque a la luz del sol que se ponía.

Y no era un perro cualquiera.

Era el perro.

Trixie.

Con los dientes sostenía delicadamente el extremo de la correa que le colgaba del collar. Con el pecho fuera, la cabeza alta y el rabo en curva, llegó hasta él, se giró moviendo las orejas y se sentó con calma a su lado, como si hubiera estado allí desde el principio.

—Que perra más bonita —comentó Edgar—. ¿Es suya, su señoría?

Fields tardó varios segundos en responder:

—¡Claro que no!

Y, aunque pretendía que su negativa brotara como un rugido tormentoso, lo cierto es que le salió con un tono agudo que lo hizo resollar y le aceleró el corazón, hasta el punto de intentar toser lo que le estaba obstruyendo los pulmones.

No salió nada, claro, pero sí que oyó la voz de una mujer que venía del interior del parque.

—¡*Trixie*! ¿Dónde te has… ?

Dawn corrió hasta el puesto y se detuvo con un jadeo ahogado.

Entonces, aquella vil conspiración le quedó clara al segador. ¡No era solo el perro! Estaba claro que Dawn era su cómplice.

—¿Cómo se atreve? —le gritó mientras el terror que le retorcía las entrañas se transformaba en furia—. ¡Yo cribé a este animal!

—¿Cribar? —preguntó Edgar detrás de él—. Creía que solo se podía cribar a la gente.

—¡*Trixie* es gente!

Fields se volvió y agarró el bastón estoque para ocuparse del chico, pero el brillo rojo de su anillo lo detuvo.

Inmune. El sobrino de Charles tenía inmunidad a la criba…

Miró una y otra vez del anillo al chico hasta que Dawn lo llamó.

—¡Segador Fields! —Usaba exactamente el mismo tono que su madre solía emplear con él de niño—. ¡Esta vez ha llegado demasiado lejos!

Aunque no quería, Fields se volvió de nuevo hacia ella. Dawn, con la mandíbula apretada, se le acercaba por el césped.

—Lo he denunciado al Consejo de Segadores por ser abusivo con sus mascotas y también se lo he notificado oficialmente al Nimbo! —Se detuvo, con los puños apretados contra las caderas—. Puede que no sirva de nada, pero, cuando los drones me trajeron a esta pobre perrita al refugio para que la reanimara, hace tres días…, bueno, ¡no podía seguir callada! —Dio un paso atrás y lo señaló con un dedo tembloroso—. Ahora está todo en su historial, señor, y, de tratarse de cualquier otra persona, ¡jamás se le permitiría volver a adoptar otro perro!

—¡Pero no soy cualquier persona! —Fields intentó organizar sus pensamientos, intentó reunir la indignación tempestuosa apropiada para presentar sus argumentos como debía, pero solo lograba hablar con tono lastimero y agudo—. ¡Y esto no es un perro! ¡Lo dijo usted misma y vio lo que podía hacer! ¡Es una de esas cosas aumentadas!

Dawn negó con la cabeza.

—Eso pensaba, pero, si fuera inteligente, ¿por qué iba a escaparse de mí para venir corriendo con usted? ¡Con el hombre que la ha enterrado viva!

De nuevo, Fields no quería mirar, pero no pudo evitar hacerlo. *Trixie* tenía las orejas levantadas, lo que podría indicar que prestaba atención, aunque, en apariencia, parecía concentrada en los perros del parque que oscurecía a su alrededor.

No obstante, a él no lo engañaba.

—No puede ser un perro real y de verdad, ¡y lo demostraré! —Había tardado un momento, pero notaba que recuperaba la compostura—. ¡Revivir a una mascota morturienta debe autorizarse primero y cuesta un pico! Así que, si se trata de un perro normal, ¿quién ha pagado por su reanimación?

—Pues… —dijo Dawn, abriendo mucho los ojos— es su perra, segador Fields. Usted nunca tiene que pagar nada.

—¡No es mía!

—El papeleo dice…

—¡Pero la cribé!

—Bueno, estoy bastante segura de que no se puede cribar a…

Con un grito mudo, perdiendo ya hasta el último ápice de compostura, Fields sacó de un tirón la espada.

Salvo que, claro, su anillo, rojo como una ampolla infectada en el dedo, lo obligó a apartar la vista de Dawn. Entonces la posó en Edgar, pero de nuevo tuvo que apartarla. Charles parecía haber desaparecido y toda esa zona del parque estaba repentinamente desierta, así que solo le quedaba…

Trixie levantó la cabeza para mirarlo sin parpadear.

—¿Segador Fields? —preguntó Edgar desde algún punto tras él—. ¿De verdad va a atravesar a un perro?

Entonces, el segador se percató de que ese era el quid del diabólico plan de *Trixie*: acorralarlo, desmontarlo hasta que volviera a ser el don nadie que era antes.

Respiró hondo, volvió a guardarse la espada en el bastón hueco y se limpió la mano en el trasero de la túnica.

—No, Edgar —respondió con toda la calma y parsimonia que pudo—. No le voy a hacer nada a esta perra. Porque, tal y como creo haber dicho antes, no es mía, y, Dawn, le agradecería que rellenara los formularios pertinentes a tal efecto. —Se sentía como un pedazo de madera, pero consiguió inclinar la cabeza para despedirse de ambos—. Ahora, espero que me disculpen si les doy a todos las buenas noches y me marcho a ocuparme de otros asuntos.

Se volvió de golpe y se fue sin mirar atrás. Había dicho todo lo que tenía que decir y hecho todo lo que tenía que hacer. Seguir allí más tiempo solo habría servido para complicar las cosas.

Se fue derecho a casa, esta vez sin su habitual rodeo por el paseo marítimo. Solo necesitaba un par de minutos para recuperar la compostura. Vería una de las películas de su histórico patrono, como había estado haciendo cuando el perro decidió electrocutarlo la otra noche, o quizá se acostara pronto… en la habitación en la que el perro lo había engañado para que saliera al balcón para poder ponerle la zancadilla…

¡No! ¡No iba a pensar en eso! Negó deprisa con la cabeza, cruzó la calle y se metió en el callejón entre las casas de primera línea de playa y las de la siguiente manzana, tomando por una vez el camino más corto. Si extremaba las precauciones, todavía tenía la mano ganadora. Al fin y al cabo, de los dos, él era el que tenía manos. No debería…

Algo tintineó detrás de él y se le pusieron de punta todos los pelos de la nuca. Se negó a dar un respingo, se negó a volverse y se negó a que se le notara de ningún modo que había oído el ruido.

No obstante, sí que aceleró un poco el paso.

Las siguientes manzanas se le hicieron eternas y las sombras de la noche eran cada vez más profundas. Tarareaba una melodía alegre cada vez más fuerte, con la esperanza de ahogar el insistente tintineo de las chapas metálicas. Le daba la impresión de que el ruido no se acercaba, y sus suaves ecos rebotaban en las casas a ambos lados, pero, por supuesto, no se detuvo a esperar, sino que dio zancadas aún más grandes.

Por fin, con la respiración cada vez más agitada y la túnica cada vez más pegada a brazos y piernas, salió del callejón justo cuando se encendían las farolas; su casa estaba a pocos metros. Bajo el inicio del perfecto crepúsculo de Oxnard, con el marcado aroma de la arena caliente mezclada con la espuma salada del océano, se sintió envalentonado. ¡Era el honorable segador William Claude Fields, nada más y nada menos! ¡No tenía nada que temer ni de hombres ni de bestias!

De nuevo, el tintineo en los oídos. Sin pensar, Fields volvió la vista atrás…

Y una sombra se movía hacia él desde la mitad del callejón por el que acababa de salir, una sombra de cuatro patas que, no se sabía cómo, resultaba más oscura que la oscuridad que la rodeaba; una luz cercana se le reflejaba en los ojos y les daba un toque ámbar.

Fields echó a correr, saltó por encima de su valla, esprintó por el césped, entró en la casa a toda velocidad y cerró la puerta con llave.

Sin encender las luces, se sentó en el suelo del vestíbulo con una escopeta recién limpiada y cargada pegada al pecho (después de asegurarse previamente de que no se la había saboteado) y vigiló la puerta delantera, intentando que no se le fuera la cabeza.

Trixie no había llamado, por supuesto. Era una perra. Aunque tampoco había arañado el suelo ni ladrado ni gemido.

Quería creer que se había marchado, que ya se había divertido lo suficiente y había pasado página, pero sabía que no era cierto.

Por supuesto, también era cierto que no podía quedarse donde estaba para siempre y, además, en realidad la perra no podía hacerle un daño real. Sí, lo había dejado morturiento dos veces, pero eso era antes de que él hubiera

descubierto su verdadera naturaleza retorcida. ¡Ahora estaba advertido y armado! Solo necesitaba demostrar algo de fortaleza y así se libraría de una vez por todas de aquella monstruosidad.

Esta vez tendría que quemar el cuerpo para asegurarse de que no lo reanimaran. Le importaba un pimiento que lo castigaran en el cónclave. Merecía la pena con tal de librarse de aquel perro demoníaco, de aquel Cerbero repugnante.

Entonces se dio cuenta de que se le había olvidado la gatera.

Sintió un ataque de pánico. ¡Por eso había estado tan callada! Estaba rodeando la casa para trepar la valla y entrar en el corazón de sus dominios con el sigilo de una serpiente, para después avanzar sin hacer ruido por el pasillo que tenía detrás…

Se giró y apuntó con la escopeta temblorosa a las sombras vacías del vestíbulo; sabía que era una trampa, sabía que estaba cerca.

—¡Chucho asqueroso! —gritó, y se levantó para apartar de golpe la puerta del salón.

No estaba allí, así que la esperanza lo dejó temblequeando; con el hombro apoyado en el lateral de una vitrina vacía para la porcelana, empujó y empujó hasta que el aparador se deslizó por la pared y bloqueó la gatera. Después se echó contra ella y jadeó, tragó saliva, intentó recuperar el aliento y…

El clic de la puerta principal le provocó un pinchazo en los oídos.

Se le formó un nudo helado en el estómago. ¿Acaso a *Trixie* le habían salido pulgares? ¿La había dejado entrar Dawn? Miró hacia la puerta que daba a la terraza acristalada, pensó en correr a la playa, en huir…

Dejando atrás la tumba vacía de la perra.

Pero no lograba reunir el valor necesario para escapar. Respiró hondo de nuevo, apretó con más fuerza la escopeta y se acercó a la puerta que daba al vestíbulo. Si acababa de entrar un humano, Fields podría cribarlo. ¿Y si se trataba de Trixie?

Se estremeció sin saber bien qué haría. Sin embargo, entró en el vestíbulo…

Y vio a una figura alta envuelta en una capa y cubierta por completo de negro, justo en el umbral abierto.

—Ahí estás —dijo la figura con una voz que le resultó familiar—. Empezaba a preocuparme; creía que tendría que enviar a los sabuesos a buscarte.

Fields lo miró, parpadeó y, primero, pensó en usar la escopeta antes de que pudiera decir nada más, pero el anillo volvió a emitir un brillo rojo.

Entonces se percató.

—¿Edgar? —preguntó mientras entornaba los párpados para mirar al joven ataviado con la túnica negro azabache.

Los labios, que se veían bajo el borde de la capucha, se movieron un poco.

—Podríamos usar ese nombre, claro. Pero seguro que habrás oído otras formas de llamarme. Una, en concreto.

—No… No puede ser…

Evidentemente, Fields había oído un nombre que se susurraba incluso entre los civiles después del alboroto en el cónclave midmericano de hacía una estación.

El segador Lucifer.

Pero ¿por qué iba a estar allí el segador Lucifer? ¿Qué podría querer?

—Segador Fields —decía el joven—. Lo cierto es que estás en mi lista desde el principio, pero, la verdad, no terminaba de creerme todas las historias horrendas que había oído sobre ti. —Dio un paso hacia él—. Entonces vi el informe del refugio de animales y pensé que sería mejor venir por aquí para investigarlo. Convencí al hombre de los perritos calientes para que me permitiera fingir ser su sobrino y, después de lo que he visto allí, bueno… —Otro paso—. Has acabado el primero de la lista.

Fields quería esbozar una mueca burlona, pero se dio cuenta de que el cuerpo se le había quedado entumecido. Oyó un ruido a su derecha y, al mirar, vio que la escopeta se le había caído de las manos y estaba en el suelo de mármol, inservible.

La figura vestida de negro dio un tercer paso, y toda su bravuconería, todo su ingenio, toda la agudeza que había cultivado durante el estudio de su histórico patrono lo abandonó por completo. De hecho, se le doblaban las rodillas, preparado para caer al suelo y suplicar por su vida…

Hasta que se oyó un gruñido. Un relámpago de pelaje gris y blanco entró por la puerta, y *Trixie* saltó para plantarse entre el segador Lucifer y él, con las orejas pegadas al cráneo, los pelos del pescuezo de punta, los dientes fuera y su inconfundible desagrado centrado por completo en Lucifer.

—¿En serio? —El borde de la capucha del tipo le cubría la parte superior de la cara, pero Fields le notaba las cejas arqueadas en la voz. Por una vez, unas cejas que no se arqueaban por él—. ¿Estás diciendo que no quieres que lo cribe?

El perro miró al segador Lucifer, negó con la cabeza, después dio media vuelta y trotó para ponerse al lado de Fields, sentándose junto a él como si los acontecimientos de la última semana nunca hubieran sucedido.

Fields sintió que se le calentaba el pecho.

—¡Eso es! —exclamó; ni siquiera le importaba que se le quebrara la voz. Cruzó los brazos y fulminó con la mirada al segador Lucifer—. ¡Inténtalo, colega! ¡Tú inténtalo! ¡Que mi perro y yo te damos *pal* pelo!

Un gruñido lo obligó a bajar la mirada y los humos; *Trixie* tenía clavados los ojos en él con una intensidad que casi parecía taladrarle las palabras en la garganta.

—¡Aaah! —Fue el movimiento lo que captó la atención de Fields esta vez; Edgar se había quitado la capucha para dejar al descubierto su sonrisa—. Ahora lo entiendo —le dijo a la perra—: Fields no es mío. Es tuyo.

Sin saber bien adonde mirar, Fields iba del uno al otro; la perra tenía ahora las orejas levantadas, mientras que el joven segador había relajado los hombros.

—Trato hecho —dijo Lucifer—. Si necesitas que me encargue de él de forma permanente, consigue que el refugio de animales rellene otro informe de incidente. Me enteraré y estaré aquí al día siguiente. —Después se volvió hacia Fields—. En cuanto a ti… —La sonrisa desapareció y Fields se encontró mirando un rostro casi tan frío como el de la perra que tenía al lado —. Procura ser buen chico.

—¡Un momento! —balbuceó Fields.

Otro gruñido lo interrumpió, y notó algo cálido, peludo y sorprendentemente pesado contra la pierna. Como no estaba preparado, trastabilló medio paso que lo alejó de la puerta de la cocina.

—¿Qué significa todo esto? —exigió saber cuando recuperó el equilibrio.

Pero la perra trotaba ya hacia la escopeta; la recogió con los dientes y regresó con ella, como si jugaran a tirar un palo. Fields esbozó una mueca, aunque ella se limitó a dejar el arma con mucho cuidado en el suelo, frente a él, antes de volver a sentarse.

Con el corazón acelerado, el segador recogió la escopeta y apuntó a…

La oscuridad vacía de la puerta principal. Edgar, el segador Lucifer o quienquiera que fuera en realidad había desaparecido.

Trixie dejó escapar un ladridito, asintió y trotó por el vestíbulo haciendo tintinear las chapas. Plantó el hocico en la puerta, la cerró y volvió la vista para mirarlo.

Durante una fracción de segundo, Fields consideró la posibilidad de apuntarla con la escopeta, pero no le iba a servir de nada; simplemente, la reanimarían, y si Dawn enviaba otro informe…

Sin tan siquiera un suspiro, Fields guardó la escopeta en el armero. Después, cuando volvió la vista atrás, vio que *Trixie* ya no estaba allí.

La perra dejó escapar un ladridito para que mirara hacia la escalera. Cuando lo hizo, ella asintió y empezó a subir sin apartar la vista de él.

Los pies del segador parecían pesar más con cada escalón hasta que llegó a la segunda planta y vio que *Trixie* lo esperaba en lo alto del rellano. Otro ladridito y continuó hacia la última planta. Sin saber qué otra cosa hacer, la siguió.

Estaba sentada en el suelo junto a su cojín, aunque, en cuanto entró Fields, la perra se inclinó, metió el hocico bajo el cojín y sacó un collar para perros de un color rojo más oscuro que el que llevaba. Tras enderezarse, miró al segador, tocó el collar del suelo con una pata y después movió la pata para darse en el collar que llevaba al cuello.

—¿Qué narices…?

Fields se acuclilló, cogió el collar del suelo y la chapa tintineo contra el cierre; en el metal habían grabado la palabra «Jian». ¿No lo había tirado? Aunque a un perro lo bastante listo no le habría costado mucho rebuscar en la basura cuando él no miraba.

Diciéndose que no le temblaban las manos, desabrochó el collar de *Trixie* con sus chapas, lo soltó en el suelo y le colocó el de Jian en su sitio.

—¿Algo más? —masculló.

Esta vez, ni siquiera ladró. Se limitó a alejarse de él y moverse con paso decidido a su lado de la cama. A Fields se le encogió el estómago y se puso en pie de un salto.

—Tienes prohibido… —empezó a decir.

La mirada asesina de la perra lo golpeó como si le hubiera lanzado un objeto real; el segador no pudo evitar retroceder un paso cuando el animal flexionó ligeramente las patas traseras para subirse a la cama y colocarse sobre el edredón.

Fields tembló, reprimiendo un grito. Sin embargo, lo reprimió, no se rindió al impulso de gemir ni de bramar.

—De acuerdo —dijo. Tomó aire y lo soltó despacio—. Al fin y al cabo, que el compañero canino se estire a los pies de la cama de su amo es una imagen que data de los albores de…

Algo entre gruñido y ladrido lo detuvo; *Trixie* (o, más bien, *Jian*) lo volvió a paralizar con la mirada. Con pasos cuidadosos sobre el maleable colchón, se fue hacia la cabecera de la cama y se tumbó con la cabeza sobre la almohada sin dejar de mirar al segador.

Fields ahogó un grito.

—Entonces, ¿dónde voy a… ?

Jian resopló y señaló el suelo con una pata, justo a la izquierda del hombre. Como sabía lo que había allí abajo, Fields apartó la vista y el cuello le crujió como una puerta oxidada.

—¿El cojín para perros? —preguntó, incapaz de alzar la voz por encima de un susurro.

La perra asintió una sola vez y le dio un toque a la lámpara de la mesita de noche.

Fields tensó los hombros, los soltó, volvió a tensarlos y los soltó, miró de la lámpara al cojín y del cojín a la lámpara.

—Godfrey Daniels —masculló.

Después cerró los ojos y puso una mueca, pero la borró poco a poco. Cuando abrió los ojos, *Jian* todavía lo miraba. Bueno, ¿acaso tenía elección?

—Nadie puede enterarse de esto —dijo Fields.

Jian asintió.

—Y, en público, tú interpretarás tu papel y yo el mío.

Jian asintió.

—¿Y en casa?

Jian desvió la mirada hacia el cojín del suelo.

—Entendido —dijo Fields.

Satisfecha, *Jian* le dio la espalda y se echó a dormir… en la cama del segador.

Con un suspiro, él apagó la luz, como le había indicado, y se acomodó en el cojín para perros, que, al fin y al cabo, era de la mejor calidad. De acuerdo, aquel día (y, en realidad, el resto de su vida) no había salido como se esperaba. Sin embargo, ahora que no cabía duda sobre quién era el amo en aquella casa, lo cierto era que se sentía aliviado. Porque ahora sabía cuál era su lugar.

Una muerte multicolor

Cuento esta historia ahora porque fui testigo de ella, igual que soy testigo de casi todo. Es la ventaja de contar con millones de ojos en millones de lugares.

Esto sucedió a mediados de otoño, la época del año en la que los árboles morturientos se preparan para el invierno con un espectacular despliegue de follaje en tonos bronce. Una época en la que el sol parece cansarse de pasar tanto tiempo en el cielo. Una época en la que las arañas alcanzan su mayor tamaño antes de llenar sus sacos de huevos y marchitarse.

Todo esto era alimento fértil para una fiesta antigua de la edad mortal que celebraba, entre otras cosas, la mortalidad en sí. El treinta y uno de octubre. Una noche de travesuras y bromas macabras. A lo largo de los años y de varias culturas, la fiesta había adoptado muchos nombres, pero el apelativo que llegó hasta los tiempos posmortales fue «Día de Todos los Santos».

El acontecimiento del que hablo tuvo lugar en la Víspera de Todos los Santos, en un año anterior al hundimiento de Perdura, pero no mucho antes. Se trata de la época en la que todavía hablaba con la humanidad, antes de mi necesario silencio, en una pequeña ciudad midmericana donde pasaban pocas cosas de importancia, con unos habitantes que no sentían mucho interés por salirse de su cómodo círculo de conocidos. Todo empezó con una fiesta, como tantas otras cosas que se tuercen…

No cabía duda de que los Robinson (una familia con mucha historia en la ciudad) sabían cómo organizar una fiesta, y Todos los Santos siempre había sido cosa suya. Allí nadie más se atrevía a competir con ellos, y aquellos que mostraban tendencias creativas asistían para destacar con la estridente audacia de sus disfraces (ya que los disfraces eran una parte esencial de la celebración).

Tenían una casa grande. Cabría incluso decir que de envergadura, con media docena de dormitorios y un número aún mayor de salones. No había empezado así, pero, a lo largo de los años, habían añadido cada vez más habitaciones hasta convertirla en un conjunto heterogéneo de retazos. No una mansión, del todo, sino más bien un complejo que se erguía, decidido, sobre una colina con vistas al resto de la ciudad. No era la estructura más grande de aquí al horizonte, aunque, ciertamente, sí la más impresionante.

La fiesta de Todos los Santos se componía, en realidad, de tres. La primera, para los niños; era un divertimento repleto de actividades fantasiosas en el patio para contener la energía generada por el azúcar. La segunda era para los adultos, que llenaban los distintos salones de conversaciones estridentes, risas y no poco vino. Y la tercera fiesta era para los que se encontraban en ese momento de transición vital entre una cosa y la otra; jóvenes en las distintas etapas de la pubertad, demasiado mayores para el patio, pero horrorizados ante la idea de festejar con sus padres. Se los ubicaba en un salón de juegos situado en lo más profundo de aquella propiedad laberíntica.

Dax Robinson, a sus diecisiete años, contaba con toda la energía y la arrogancia propias de esa edad y era un anfitrión consumado para sus muchas amistades. Como tal, su disfraz debía ser el mejor y se aseguraba de ello todos los años.

Estaban presentes veinte de los amigos y compañeros de clase de Dax. Os ahorraré la lista y solo os presentaré a aquellos que incuben a esta historia, que son únicamente los invitados que ocupaban el salón al final del sinuoso pasillo cuando se acercaba la medianoche. Pero todavía nos faltan unas cuantas horas para ese momento.

—¡Tiro-trato! —decían los amigos de Dax al llegar. Era el saludo estándar de Todos los Santos.

—¿Por qué decimos eso? —preguntó su amiga Savina.

—Viene de los días mortales —le dijo Dax—. La gente se te presentaba en la puerta el Día de Todos los Santos y pedía diamantes, oro o lo que fuera y, si no se lo dabas, te disparaban. —Formó una pistola con el pulgar y el índice, y apuntó con ella—. Tiro-trato —dijo, y fingió dispararle entre los ojos.

Savina dejó escapar una risita.

—Qué rara era la gente mortal.

Su compañera de clase, Journé, no gritó «tiro-trato» cuando llegó. Entró en silencio y permaneció así mientras estudiaba la dinámica. No era tímida,

en absoluto, sino observadora del mismo modo que lo soy yo: tomando nota de todo, sin juzgar de inmediato. Sin embargo, como humana, su objetivo era distinto. Mientras que yo estudio las interacciones para ayudar a mejorar la condición humana, ella examinaba la habitación en busca de las mejores interacciones humanas. Estaba concentrada en Dax, lo que no resulta sorprendente, ya que a él le gustaba ser el centro de atención y procuraba conseguirlo de forma sutil y no tan sutil.

—Te queda genial ese disfraz, Dax —le dijo Savina, que siempre intentaba adularlo para intentar que la viera como algo más que una amiga.

—Sí, es el mejor de todos los que has llevado hasta ahora —se sumó su mejor amigo, Shawn, que también intentaba adularlo.

Aunque a Shawn no le habría importado que Dax lo viera como algo más que un amigo, su principal esperanza era que su prestigio social se le pegara un poco, ya que, entre los humanos, tanto jóvenes como viejos, la popularidad era un bien muy codiciado.

—¿Qué segador se supone que eres? —le preguntó Shawn.

Dax levantó los brazos, de modo que la elaborada túnica ocupara aún más el campo visual de los presentes. Hay que reconocer que la túnica era impresionante. El mejor sastre de la ciudad se la había hecho a medida basándose en una representación teatral de una vieja referencia bíblica: una capa brillante de muchos colores, ostentosa y llamativa. Era demasiado y, por eso, perfecta para una Víspera de Todos los Santos.

—Esta túnica de segador es un original —les explicó Dax—. Ninguno de esos pringados tiene una túnica como la mía.

Los disfraces de Shawn y Savina no tenían nada digno de mención. Savina iba de jaguar. Siempre elegía a algún felino para esa noche. Shawn iba de zombi y, de haberle preguntado, os diría que los zombis existen de verdad, que eran el resultado de los fallos en la reanimación de los morturientos.

«El Nimbo los esconde en mazmorras oscuras —le contaba a cualquiera que quisiera escucharlo—. Los oculta y le dice al mundo que no existen. ¡Pero sí que existen! Existen».

Pero lo cierto es que no.

Journé observó a Dax interactuar con los demás hasta que se hizo un momento de calma. Sin embargo, en vez de saludar, las primeras palabras que le dirigió a su anfitrión fueron poco menos que un reto.

—Es muy atrevido —comentó, señalando el disfraz de Dax—. ¿No criban los segadores a cualquiera que se vista como ellos?

Eso arrancó algunas risitas. Dax esbozó una sonrisa enigmática.

—Me arriesgaré.

El disfraz de Journé era el único que osaba rivalizar en impacto visual con el de Dax. Era un ángel, alas emplumadas incluidas, y tenía un halo con levitación magnética; no era más que una varita luminosa doblada para formar un círculo, pero, al levitar, la ilusión funcionaba…, aunque, cuando movía la cabeza demasiado deprisa, salía volando y caía al suelo. En cuanto a las plumas, no se pegaban a las alas todo lo bien que le habría gustado y ya empezaba a pelechar.

Journé era nueva en la ciudad, había llegado hacía tan solo un mes. Los recién llegados no abundaban, ya que los habitantes solían dejar la ciudad para buscar lugares más emocionantes, no al revés. Así que los que se quedaban se contentaban con no hacer gran cosa y el mundo exterior no los atraía. Era una mentalidad que podía ser tanto una bendición como una maldición, porque la otra cara de la moneda de la satisfacción es el estancamiento.

—Me fascina oírte hablar —le reconoció Savina a Journé cuando todos se relajaron un poco—. Tu acento es muy… gracioso.

—Australia, colega —dijo Shawn en una imitación tan horrenda que Journé tuvo que reprimir una mueca.

—¿De qué parte eres? —preguntó Savina.

—De la región de Tasmania —les contó ella, lo que llamó la atención de Dax.

—¿No es una región autónoma? ¿No tiene todo el mundo una modificación corporal chula?

—Sí —respondió ella.

—¿Cuál es la tuya?

Pero Savina le dio una palmada en el brazo.

—¡Dax! ¡Se considera de mala educación preguntar!

—No pasa nada —dijo Journé—, él no lo sabía.

Esperaron, por si la joven se lo contaba de todos modos, pero no fue así.

—Bueno, si fuera yo, me pondría otro par de brazos —les dijo Dax mientras le guiñaba un ojo a Journé—. Imaginaos la de cosas que podríais hacer con cuatro manos.

Dax no era sutil con sus flirteos, ni tampoco ni la mitad de listo de lo que se creía. Supongo que ese desconocimiento de su falta de elegancia resultaba, en cierto modo, encantador. O, al menos, es lo que parecía pensar la recién llegada, porque le devolvió el coqueteo.

—Entonces, dado que se trata de una túnica de segador original, ¿a quién elegirías como tu histórico patrono? —preguntó, y le pasó un dedo por una de las rayas azul eléctrico de su túnica multicolor.

Noté el escalofrío de Dax, como si el dedo le hubiera recorrido la piel y no solo la tela. Sonrió.

—Sería el segador Münchhausen —respondió—. ¡El santo patrón de las mentiras y los bulos!

—¡Perfecto, Dax! —exclamó Savina, que se apoyó en él con la clara intención de que se olvidara del dedo de Journé.

—El único problema es que el barón de Münchhausen no existió de verdad. Es ficticio.

A lo que Dax respondió:

—Igual que los segadores.

Y los demás se volvieron hacia la joven para evaluar su reacción.

Ella miró a los otros tres intentando descifrar su expresión, pero no lo logró. Simplemente, esperaban su comentario.

—¿A qué te refieres? —preguntó Journé—. Claro que son reales.

Al otro lado de la habitación, algunos de los invitados de Dax se rieron de algo. Solo sirvió para que el momento resultara aún más inquietante.

—Vamos, Journé, estás de coña, ¿no? —dijo por fin Shawn—. Vamos, no te creerás de verdad que…

—Sí —intervino Savina—. Son un bulo. Todo el mundo lo sabe.

Fue como si un abismo se abriera entre Journé y sus compañeros, un pozo profundo y vertiginoso. No obstante, justo entonces, la llegada de varios invitados chillones y rimbombantes llamó la atención de todos, y Dax fue a recibirlos. La conversación se perdió en el fondo del caldero de la fiesta. Pero algunas cosas siempre acaban por regresar a la superficie.

La juerga llegó a su punto culminante y se calmó con el paso de las horas, como suele ocurrir con las fiestas. Durmieron a los niños en la casa de la piscina, gracias a una película muy querida de la edad mortal que trataba sobre un pez. Los adultos se sentaron alrededor del fuego del patio y por el salón principal, recuperándose del exceso de comida, aunque todavía examinando la mesa de los postres, y, en la sala de juegos, los amigos de Dax estaban inmersos en conversaciones que eran mucho menos profundas de lo que creían, y en bromas que se tornaban cada vez más pueriles. Dax estaba sentado con Savina, Shawn y Journé en una cómoda esquina del cuarto, y, cuando el reloj rondaba la medianoche, fue Savina la que agitó el caldero.

—Así que, Journé, ¿estabas de broma o de verdad crees que los segadores son reales?

Cuando quedó claro que ni siquiera se iban a distraer del asunto con otro chiste malo de Dax, ella respondió procurando elegir con cuidado sus palabras:

—De donde yo vengo, es lo que creemos.

—Vaya —dijo Savina con un tono de lástima muy arrogante—. El Nimbo os tiene lavado el cerebro.

Dax apoyó una mano amable en el hombro de Journé.

—Journé, ha llegado la hora de que sepas la verdad. Los segadores, las cribas, la muerte… Es todo mentira. El Nimbo se lo inventó.

—Eso es imposible —insistió Journé—. El Nimbo no miente.

Shawn soltó una risita.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿El Nimbo? El trabajo del Nimbo consiste en cuidar del mundo y, si para eso tiene que mentir, lo hará. ¡Miente continuamente!

Me veo en la necesidad de puntualizar que se trata de una afirmación errónea. Aunque puedo ofrecer medias verdades y cambiar oportunamente de tema cuando me arrinconan, soy incapaz de mentir. Es un dogma básico de mi existencia. No obstante, debéis comprender que no tenía sentido corregir a Dax, sus amigos y familiares de dicha falacia, ya que se habrían limitado a afirmar que todo formaba parte de la mentira de la que insistían era culpable. Era un círculo cerrado de lógica errónea, sustentado en una premisa falsa. Me preocupa, pero, como protector del mundo, mi trabajo no consiste en decirles a sus habitantes lo que deberían creer o no.

—¿Cómo puedes creer que los segadores son reales cuando hay tantas pruebas de que son un bulo? —le preguntó Savina, que negaba con la cabeza.

—Piensa en ello, Journé —dijo Dax—. ¿Alguna vez has visto que cribaran a alguien de verdad? ¿Con tus propios ojos?

—Eso no demuestra nada. La mayoría de los segadores no criban en público. Y, en cuanto a los que sí, esas cribas públicas aparecen en los medios.

—¿Y quién controla los medios? —preguntó Shawn—. El Nimbo.

Pero Journé no estaba convencida.

—¿Intentáis decirme que aquí nunca ha habido un segador y que nunca han cribado a nadie de esta ciudad?

—¡Los segadores son actores! —gritó Shawn—. El Nimbo les da un papel y ellos lo interpretan

Savina intentó acurrucarse junto a Dax, que no reaccionó demasiado al movimiento.

—¡Tiene que ser divertido! ¡Ir por ahí fingiendo ser un asesino! —dijo la joven.

—Pero ¿qué me decís de todo el lío de los cónclaves? —arguyó Journé. *

—Como ha dicho Shawn, ¡están actuando! —exclamó Dax.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué nos contamos historias de miedo? —dijo Shawn—. ¿Por qué celebramos Todos los Santos? ¡Para que nuestra vida sea más interesante!

Pero Dax negó con la cabeza.

—Qué va, es más que eso. Es para mantenernos a raya. Para convertirnos a todos en ovejas. Porque, si no tememos a los segadores, somos realmente libres. El Nimbo dice que somos libres, pero no quiere que seamos tan libres. —Entonces acarició el borde del disfraz de Journé y unas cuantas plumas flotaron hasta el suelo—. El miedo a los segadores nos corta las alas.

Journé guardó silencio un momento, sin mirar a nadie, aunque los ojos le ardían de rabia. Después miró a Dax.

—¡La semana que llegué aquí! ¡Pasé junto a ese viejo cementerio y había un funeral!

Savina suspiró.

—Sí, ese era Jep Seager.

—¿Cómo puede haber un funeral si no criban a nadie?

—Que haya un funeral no significa que nadie acabe de verdad bajo tierra —dijo Shawn.

Dax se inclinó hacia delante.

—Uno: Jep siempre estaba hablando de que quería ir a Antártida, a la región autónoma de la Barrera de Ross, para experimentar el sueño comunal. Dos: De repente, lo «criban». Tres: Su familia se muda una semana después. ¿Qué te dice todo eso?

—Que se fueron con él a Antártida —respondió Shawn, demasiado ansioso para permitir que Journé llegara sola a esa conclusión.

—Puede que no —repuso ella—. ¡Puede que su familia estuviera tan triste que no soportara vivir en un sitio en el que decían que su muerte no había sido real!

Quizá Journé creyera que su motivo eclipsaría al de ellos, pero, sin nadie más que atizara su opinión, murió por falta aguda de oxígeno.

—Puedes creer lo que quieras, Journé —dijo al fin Shawn—, pero será mejor que no hables de ello. Vamos, que a la gente de por aquí no le gustan

mucho los que creen en segadores.

—No te preocupes, amiga, tu secreto está a salvo con nosotros —le aseguró Savina, aunque, mientras lo decía, tenía la vista baja y no cabía duda de que meditaba sobre a quién contárselo primero.

Dax se levantó y examinó el enorme espacio lleno de objetos pensados para el divertimento humano, pero la mayoría de sus amigos se había entregado ya al comportamiento letárgico o lascivo, puesto que muchos habían bebido o fumado cosas que seguramente les supondrían un par de puntos de indeseabilidad.

—Estoy harto de esto —dijo, sin especificar si se refería a la fiesta, a sus amigos o solo a la conversación—. ¿Habéis visto ya el salón de Todos los Santos? Es incluso mejor que el del año pasado.

Condujo a Savina, Shawn y Journé por una puerta lateral que llevaba a un largo pasillo que serpenteaba tomando caminos impredecibles. El enorme complejo de la familia Robinson tenía una serie de salones interconectados, como un laberinto con varios centros, y los salones eran temáticos, cada uno dedicado a una fiesta de temporada.

La sala de la Estación de los Regalos era roja y verde, con un gran pino vivo, una chimenea majestuosa y ventanas escarchadas de blanco. La sala de Estío tenía un tragaluz gigante, paredes amarillo intenso y un suelo de arena de nanobots que adoptaba la forma de castillos con un toque de tablet. Cada uno de los siete salones era el centro de atención de otra fiesta, cada una en una época distinta del año. La última sala era la de Todos los Santos.

—¿Seguro que después vamos a saber volver? —bromeó Journé al tercer o cuarto giro.

—No te preocupes —respondió Dax, sonriente—, solo tenemos que seguir tu rastro de plumas.

Los condujo a través y alrededor de los otros salones, todos con una iluminación tenue, ya que su momento festivo aún estaba por llegar. Sin embargo, la alta entrada en arco al salón de Todos los Santos estaba iluminada del espeluznante naranja de la estación.

—Este año lo hemos remodelado por completo para la fiesta.

El salón tenía un suelo de baldosas de mármol negro reluciente tan reflectantes que parecían de cristal. Las paredes se habían revestido del ébano más oscuro, y cortinas de terciopelo negro colgaban a ambos lados de una ventana gótica que se alzaba hacia el techo en pico. Los Robinson habían encargado la majestuosa ventana, una pieza de vidriera abstracta en tonos naranja y rojo. En aquella época del año, cuando el entramado de ramas se

estremecía con el frío viento otoñal, la ventana ofrecía todo el aspecto de unas llamas titilantes. Ayudaba que la chimenea exterior estuviera justo al otro lado.

—¿Qué os parece? —preguntó Dax.

—Está genial —dijo Journé—, pero ¿por qué no hay nadie?

Dax se encogió de hombros.

—Ya sabes cómo son las fiestas. La gente va adonde quiere.

Aunque aquel espacio siempre había sido el punto central de la gala de Todos los Santos de los Robinson, ese año, su éxito había sido su fracaso porque, a pesar de que los invitados se pasaban a mirar, nadie se quedaba mucho rato, ni siquiera los padres de Dax. El salón de Todos los Santos resultaba demasiado inquietante aquel año. Una macabra muda de extravagantemente oscuro a profundamente perturbador.

Quizá fuera por el ataúd.

Era una recreación fiel de un diseño del siglo XIX; negro brillante con ribetes dorados y asas de bronce, más estrecho por abajo que a la altura de los hombros. Dickensiano, podría decirse. O, al menos, podría decirlo alguien que todavía supiera quién era Dickens.

Aunque el ataúd era nuevo, su ocupante no, y ahí estaba toda la gracia. En el ataúd, que estaba abierto, yacía un hombre de varios siglos de antigüedad cuyos restos estaban prácticamente momificados, aunque no del todo. Como si hubieran robado su velatorio.

Velatorio. Es una expresión que siempre me ha resultado fascinante. ¿Se pretendía que fuera un contrapunto irónico al sueño eterno o resaltar que quedaban atrás seres queridos dispuestos a cuidar del difunto, que aquella única vida había dejado su impronta en el mundo? Si es esto último, entonces la impronta dejada por aquel individuo en concreto se había borrado hacía mucho tiempo.

—¿A que mola? —preguntó Dax, encantado con la expresión de labios prietos del cadáver, entre una sonrisa y una mueca—. En nuestra propiedad hay una vieja cripta de la edad mortal. A mi padre le pareció que sería gracioso sacar a alguien y colocarlo como la atracción principal de Todos los Santos.

Journé miró al esqueleto a los ojos, pero Savina y Shawn no pudieron.

—Se llamaba Eli Sutterfield —dijo Dax—. Nacido el 19 de abril de 1978, fallecido el 21 de septiembre de 2033.

A nadie salvo a mí parecía importarle que el diseño del ataúd fuera incorrecto para la vida y la época del señor Sutterfield. Como si la «edad

mortal» pudiera reducirse a una única forma de vida.

—¿Cómo creéis que murió? —se atrevió a preguntar Savina.

Dax señaló el agujero que tenía a un lado del cráneo.

—Herida de bala.

Shawn dejó escapar una risa nerviosa.

—Tiro-trato —dijo.

Savina, que todavía se negaba a mirar directamente al pobre señor Sutterfield, señaló las asas de bronce del lateral del ataúd.

—¿Para qué son?

—Para la gente que llevaba el ataúd a la tumba, supongo —respondió Dax.

Savina se estremeció visiblemente.

—No me gustaría tener que hacerlo.

—Era un honor —comentó Journé—. Por respeto a los muertos y eso.

Savina se limitó a negar con la cabeza.

—La gente mortal era muy rara.

Y, aunque Journé abrió la boca para hablar, se lo pensó mejor y volvió a cerrarla.

Al final, Savina miró las cuencas oculares vacías del señor Sutterfield.

—¿Podemos irnos ya? Que sí, que mola y eso, pero ¿podemos irnos?

—Sí —coincidió Shawn, al que el muerto incomodaba aún más que a Savina, aunque se le daba mejor disimularlo.

Verlos tan ansiosos hizo que Dax fuera aún más displicente.

—¿Os da miedo mi colega Eli? —Dax agarró el borde del ataúd y lo agitó un poco, lo justo para que la cabeza del hombre se meneara levemente—. ¿Cómo es posible que no os caiga bien? ¡Si es pura alegría de vivir!

—No, me quiero ir ya —dijo Savina—. La gente empezará a marcharse pronto y quiero estar ahí para despedirme.

—Sí —coincidió Shawn con algo más de entusiasmo de la cuenta porque, aunque no creía en segadores, sí que creía en fantasmas.

La respuesta de Dax fue sentarse en el reluciente suelo de mármol con la túnica a su alrededor como una alfombra colorida.

—Podéis iros si queréis. Yo me quedo.

—Entonces, yo también me quedo —dijo Journé.

Eso dejaba a Shawn y a Savina en una disyuntiva. A Shawn no le hacía mucha gracia marcharse solo y a Savina no le hacía mucha gracia dejar a Dax a solas con Journé.

Fuera, el viento que raspaba los árboles producía una desagradable trepidación.

—Es casi como si Eli respirase… —dijo Dax.

Eso bastó para inclinar la balanza.

—Vale, yo me largo —dijo Shawn, y se dio media vuelta.

Y, cuando una rama empezó a dar toquecitos en la ventana como si fuera un espectro anhelando entrar, Savina también se rindió.

—¡Espérame! —lo llamó, y corrió detrás de él, que ya seguía el rastro de plumas caídas para regresar a la sala de juegos.

Ya solo quedaban Dax y Journé.

—Por fin solos —dijo él.

—¿Es eso lo que querías? ¿Pillarme a solas?

—Pensaba que así podríamos conocernos mejor.

—Pero ya nos conocemos.

—No mucho. No tanto como me gustaría.

Alargó una mano y le tocó las alas. Se le habían caído la mayoría de las plumas, así que solo quedaba una membrana correosa debajo.

—Es un gran disfraz —le dijo Dax—. Aparte de las plumas, es muy realista.

Journé esbozó una sonrisa traviesa.

—Eso tiene su explicación.

Dax les echó un vistazo más de cerca y ahogó un jadeo.

—¿Tu modificación corporal?

Journé asintió.

—Idea de mis padres. Cuando era bebé. Casi todas las amplificaciones para volar son solapas de piel que te salen de las axilas, ya sabes, como los petauros del azúcar o las ardillas voladoras. Pero mis padres querían el lote completo.

Lo que no fue nada fácil, cabe añadir, pero, de acuerdo con las normas que establecí en la región, tenía que aceptar su petición, por muy desacertada que fuera. No obstante, siempre me ha satisfecho comprobar lo bien que Journé se adaptaba y abrazaba su naturaleza única.

—Pero ¿cómo has podido esconderlas? —preguntó Dax.

Journé las plegó, y la fina membrana se convirtió en una segunda piel alrededor de los hombros que se le pegaba tanto al cuerpo que casi desaparecía. No costaba ocultarla bajo ropa amplia.

—¡Hala! ¿Y nadie se ha enterado en todo este tiempo? ¿Por qué no lo has contado?

—Bastante tenía con ser la chica nueva. No quería ser la chica nueva con alas.

Entonces, Dax se le acercó un poco más.

—¿Puedes volar?

—Quizá.

—¿Y puedo verlo?

Journé no respondió, sino que le echó un largo vistazo. Lo estudió. Lo evaluó.

—Quítate la túnica —le dijo.

Él no vaciló. La camiseta y los pantalones cortos deportivos que tenía debajo no eran demasiado románticos, pero el mero hecho de quitarse la túnica bastaba para acelerarle el corazón. Desechó su fantástico disfraz tirándolo sin cuidado a una esquina, esbozó una sonrisa hambrienta y se inclinó para besarla…

Pero ella levantó una mano y lo paró.

—No va a pasar —le dijo.

Dax se quedó azarado. Frustrado.

—Pero…, pero creía…

Journé se levantó, se apartó de él y extendió las alas. Con la caída de la última de las plumas pegadas se desvelaba la magnífica envergadura, que ocupaba toda la habitación y proyectaba su sombra sobre Dax. Las velas iluminaban un entramado de venas y capilares.

—No soy quien crees —dijo ella.

—Entonces, ¿quién eres? —pregunto Dax, que todavía pensaba que se trataba de un juego.

—Soy la segadora Sojourner Truth. Y te he elegido a ti, Daxson Robinson, para la criba.

Dax se levantó y le regaló una risita vacilante.

—Ah, muy gracioso. Eres buena.

—Esto no es una broma —dijo la segadora Truth—. Tus amigos y tú, al igual que vuestras familias, habéis propagado mentiras que en la Guadaña no podemos tolerar. Adopté este nombre porque mi vocación consiste en dar muerte a la falsedad. —Entonces esbozó una sonrisa que era el reflejo de la sonrisa codiciosa y seductora que Dax le había ofrecido hacía escasos momentos—. Puede que no seas el padre de la falsedad, Dax, pero, sin duda, perteneces a su misma familia.

Dax retrocedió, planteándose por primera vez que el peligro quizá fuera real.

—¡Nimbo! —gritó—. ¡Nimbo, llama a mis padres!

A lo que no tuve más remedio que responder:

—Lo siento, Dax. No puedo interferir en las acciones de una segadora.

Dax intentó huir, pero resbaló en el liso suelo de mármol. Al agarrarse al ataúd para no perder el equilibrio, lo tiró y lanzó al difunto Eli Sutterfield en un viaje sin retorno al suelo.

Con un solo batir de sus alas injertadas, Journé apagó todas las velas del salón, se abalanzó sobre Dax y lo abrazó con toda su fuerza.

—Vamos a darte algo de perspectiva.

Con Dax bien agarrado, se lanzó contra la vidriera de colores, que se hizo pedazos y descargó sus fragmentos de cristal rojo sobre los que rodeaban la chimenea exterior.

El cuerpo humano no está diseñado para tener alas, y mucho menos unas alas capaces de generar la propulsión suficiente para el vuelo dinámico, pero Journé había entrenado para ello y era su método de criba, algo único. Ganó altura batiendo las alas. Solo podía hacerlo durante diez o quince segundos antes de quedar exhausta, aunque tampoco necesitaba más.

Abajo, en el patio, los invitados no sabían bien qué estaban viendo. Sin embargo, como sucedió justo al dar la medianoche, todo el mundo supuso que formaba parte de las festividades de Todos los Santos de los Robinson.

Cuando la segadora alcanzó la cúspide de su vuelo, cuando sus alas estaban al límite de su resistencia, le dio a Dax el beso que el chico deseaba con tanta desesperación.

Y, después, lo soltó.

La actuación de Dax fue, en una palabra, estelar. Gritó durante toda la caída, hasta el repentino momento de silencio. No es necesario que detalle lo que sucede con un cuerpo humano cuando cae sobre un patio de adoquines desde cien metros de altura. Seguro que ya habéis visto el desagradable resultado de un despachurramiento.

La multitud ahogó un grito, se encogió y retrocedió. Entonces, una vez pasada la conmoción inicial, empezó a aplaudir. Los padres de Dax estaban furiosos, pero, al ver la reacción de los invitados, decidieron seguirles la corriente.

—Bueno, a mi hijo le gusta hacer entradas espectaculares —comentó el señor Robinson.

—Y salidas —añadió uno de los invitados, lo que provocó un coro de risas.

La madre de Dax suspiró.

—Qué engorro. Un despachurramiento de este calibre siempre necesita de varios días de reanimación. Va a retrasarse en el instituto.

El señor Robinson estaba más preocupado por la vidriera rota, cuyo arreglo se alargaría más que el de su hijo.

—¿Y qué era esa cosa? —preguntó otro invitado, con la vista alzada al cielo nocturno—. ¿Ese mecanismo con alas? ¿Un dron decorado para Todos los Santos?

Nadie lo sabía con certeza, aunque todos coincidieron en que resultaba muy eficaz.

—De acuerdo, se acabó el espectáculo —anunció el señor Robinson mientras su mujer tapaba a Dax con un mantel—. Haced sitio para el ambudrón, que debería llegar en cualquier momento.

Pero no llegó ninguno. No envío ambudrones para los cribados. Los Robinson atribuyeron la tardanza a la acumulación de trabajo por las fechas que eran; al fin y al cabo, en Todos los Santos solían producirse más morturientos por accidente que en cualquier otra festividad.

Fue entonces cuando Journé salió de un bosquecillo limítrofe con el patio y se les acercó. Estoy seguro de que pretendía hacer una entrada más dramática, pero tenía las alas demasiado cansadas para desplegarlas o, por supuesto, para volar. Le caían sin vida a los lados y, de repente, parecían menos reales que cuando tenían plumas pegadas. Se acercó al cuerpo de Dax y alargó la mano del anillo hacia los Robinson.

—He cribado a su hijo. Estoy obligada a ofrecerles inmunidad. Acérquense para besar mi anillo.

—¡Ya basta! —exclamó el señor Robinson, agotada su paciencia—. Esto ha ido demasiado lejos.

—¿Es que no me han oído? —insistió la segadora Truth—. ¡He cribado a su hijo!

—Hazlo de una vez, Gary —le dijo su mujer.

El señor Robinson suspiró.

—De acuerdo.

Así que la pareja se inclinó para besar el anillo porque estaban convencidos de que se trataba de una joya falsa.

—¿Hemos acabado ya?

Cuando Journé los dejó, todavía miraban al cielo, en busca de una ambulancia.

Entró en la casa y se envolvió con cuidado en sus cansadas alas. Ahora que había terminado su trabajo, supuse que se iría. Pero no. Todavía no.

La medianoche llegó y se fue, todos se despedían. Sus compañeros de clase (o, debería decir, los que se creían sus compañeros de clase) no paraban de hablar sobre el despachurramiento sorpresa de Dax, tan sorprendidos por su audacia como ofendidos por que no hubiera avisado a nadie de la broma. Journé no se mezcló con ellos, sino que se fue hacia el salón de Todos los Santos, donde pasó por encima de los restos rotos de Eli Sutterfield y se dirigió a la esquina más alejada para recoger la colorida túnica de Dax y admirarla. Estaba claro que le había pedido que se la quitara para poder agarrarlo mejor, pero los segadores suelen tener más de un motivo para todo.

Estaba tan concentrada en la contemplación de la prenda que no oyó a Savina entrar detrás de ella.

—Por favor, dime que todo el mundo está en lo cierto y solo ha sido un espectáculo. Dime que no ha sido más que un tiro-trato de Todos los Santos.

La segadora no prestó atención a su pregunta.

—Me ordenaron en el cónclave, justo antes de llegar aquí —dijo—. Todavía no he elegido una túnica, pero me gusta esta. Me gusta mucho. —Entonces, se la puso—. ¿Cómo me queda?

—Pareces…, pareces una segadora. —Entonces, Savina rompió a llorar con tantas ganas que su maquillaje de jaguar le corrió por la cara formando riachuelos embarrados—. Ya no sé qué creer…

—Es un buen comienzo —respondió Journé.

Se volvió para marcharse, pero lo que Savina dijo a continuación la hizo detenerse a pensar.

—No servirá de nada, ¿sabes? Todo el mundo dirá que Dax huyó de casa. Incluso puede que digan que huyó contigo. Eso es lo que dirán.

—Sus padres lo sabrán. Lo sabrán cuando no llegue ningún ambudrón.

—Sí, pero nadie los creerá.

Journé descartó la idea y se fue, satisfecha con el resultado de su criba. Seguiría adelante con su misión de aplastar toda falsedad.

Sin embargo, aunque Journé se negaba a verlo, sabía que Savina tenía razón. Porque, si hay algo que me ha enseñado mi estudio de la naturaleza humana, es que la verdad y la convicción no hacen una pareja demasiado cómoda, y lo que uno cree suele desterrar a lo que es cierto. Porque es más fácil creer que los segadores no son reales, que soy un mentiroso y que la luna está hecha de queso que reconocer que todo lo que crees sobre el mundo es mentira.

Si se me permitiera hablar con la joven segadora Sojourner Truth, le diría que se ahorrara los sinsabores de su cruzada, puesto que no puede cambiar

mentalidades que se obstinan en ser tan opacas como un suelo de mármol negro. No harán más que reflejar lo que ya hay: luz falsa y huesos antiguos. Una pesadilla digna de la Víspera de Todos los Santos.

Vía Indeseable

La agente del Cúmulo parecía cansada de todo, como si se hubiera cortado el cuello cien veces para que después la revivieran y la volvieran a soltar en aquella deprimente oficina sin dejarle ni una cicatriz para el recuerdo. Kila se preguntaba a cuántos desgraciados indeseables como ella tenía que enfrentarse aquella mujer cada día.

La agente también contaba con una mirada asesina que debía de haberle costado años cultivar. Una mirada que decía: «Puedo quedarme aquí sentada, observándote en silencio, todo el tiempo que quiera porque, literalmente, no tengo nada mejor que hacer». Eso no intimidaba demasiado a Kila, sino que, más bien, la desmoralizaba. Como el reloj que hacía tictac en la pared. Los relojes no tienen por qué hacer tictac, pero aquel estaba programado para enfatizar el silencio.

La mirada estratégica de la mujer funcionó. A Kila le dieron ganas de hablar. Odiaba que pudieran manipularla tan fácilmente.

—No lo hice yo. No fui yo —dijo.

A lo que la agente respondió:

—Claro que lo hiciste. Claro que fuiste tú.

Kila resistió la tentación de hacerle burlas. Habría sido inmaduro.

Según la placa del escritorio, el nombre de la agente era Gooley. Resultaba bastante apropiado, a su manera. Kila tenía un amigo que creía de corazón que los agentes del Cúmulo eran ghouls que vivían todos juntos en una lúgubre catacumba bajo las oficinas de la Interfaz con la Autoridad y dormían colgados bocabajo de los pies. A Kila siempre la animaba imaginarse a todos aquellos cumulitos dormidos del revés en su guarida subterránea, como murciélagos, guarreados con su propio guano.

—Y, como puedes ver, tu «bromita» no ha servido para nada —dijo la agente Gooley.

Kila se encogió de hombros.

—Me ha conseguido una reunión cara a cara contigo, ¿no?

La agente volvió a fulminarla con la mirada.

—Que tu caso vaya directamente a la Dirección de Endemoniados no es algo de lo que estar orgullosa.

Kila le guiñó un ojo y respondió:

—Depende de a quién se lo preguntes.

Así que ya era oficialmente una endemoniada. A decir verdad, se sentía orgullosa. Llevaba meses intentando obtener esa distinción. Había cuatro niveles dentro de los etiquetados como indeseables. Ser un indeseable común no era más que el punto de partida. Después estaban los endemoniados, los pandemonios y, por último, los apocaliptos. A Kila le faltaba mucho para eso, pero, sin duda, era una meta a la que aspirar.

—¿Cómo se te ha podido ocurrir liberar una bolsa llena de mambas negras sin marcar en el Departamento de Asuntos Indeseables? —preguntó la agente Gooley.

Ella siguió tan tranquila.

—Tenía el número ochenta y seis, y solo íbamos por el doce. Supuse que las serpientes motivarían a los agentes para aligerar un poco.

—Seis personas acabaron morturientas y todavía estamos sacando serpientes de los conductos de ventilación.

—¿Solo seis? —repuso Kila—. Mierda. Me aposté con un amigo a que serían ocho.

Aunque la agente Gooley no sabría apreciarlo, lo de las serpientes había sido toda una hazaña. El Nimbo tenía «marcada» a toda la fauna silvestre con nanobots para poder monitorizarla y, en caso necesario, controlarla. Las serpientes marcadas no habrían atacado a nadie; se habrían colocado en fila para que las capturaran, tan alegremente. Es probable que hasta ordenadas por tamaño. Conseguir tantas serpientes sin marcar suponía mantenerlas fuera de la red desde que nacían. Todo un reto…, pero Kila conocía a un tipo que conocía a otro tipo.

—Bueno, en vez de pagar las seis reanimaciones, tus padres te han entregado a nosotros —anunció la agente Gooley—. Hasta que cumplas los dieciocho, permanecerás bajo la tutela de la Interfaz con la Autoridad. Básicamente, ahora mismo, el Nimbo me ha nombrado tu progenitora.

Kila sabía lo que iba a pasar. En realidad, le sorprendía que sus padres hubieran tardado tanto en entregarla. Aun así, dolía.

Puede que la agente Gooley le viera ese dolor en la cara, porque cruzó las manos con parsimonia sobre el escritorio y fingió ser compasiva.

—Kila, no vamos a negarte el derecho a ser una indeseable, ni tampoco es trabajo mío evitar que ejercites ese derecho… Pero sí forma parte de mi trabajo imponer las consecuencias de serlo.

La joven respiró hondo.

—Vale. Y, aparte de la tutela de la región, ¿cuáles son mis consecuencias?

La agente bajó por el historial de Kila, que era bastante largo, hasta que apareció un encargo de trabajo en la pantalla grande de la habitación.

—Se te va a reubicar en el antiguo Distrito de Columbia, donde se te ofrece un trabajo de servicios a la comunidad en la recogida de basura.

—¿Eso no pueden hacerlo las máquinas?

—Las máquinas pueden hacerlo casi todo. Lo que no significa que deban hacerlo. A veces es más importante el toque humano que la automatización. Más importante para el humano, me refiero.

Kila quería cruzar los brazos y apartar la vista, desafiante, pero se negaba a convertirse en un cliché indeseable para aquella mujer.

—El trabajo son solo cuatro horas al día, con los fines de semana libres. Te dará tiempo de sobra para dedicarte a cualquier… actividad… que te satisfaga.

—¿Y si rechazo el trabajo?

—Siempre podemos suplantarte —le ofreció Gooley—. Puedo arreglarlo ahora mismo.

Kila sabía que existía esa opción para los indeseables. Debía reconocer que la idea de que le borraran todos los recuerdos, de convertirse en otra persona, resultaba tentadora en los peores días. Sin embargo, en los peores días, también resultaba tentador sacarse los ojos con una cuchara.

—Aceptaré el trabajo —le dijo a la agente, que se echó hacia atrás, tan satisfecha que Kila deseó que una serpiente extraviada lograra salir por el conducto de ventilación para atacarla.

Kila Whitlock no era lo que se conoce como una indeseable por naturaleza. No había nacido con tendencias contestatarias. De hecho, hasta hacía seis meses, era una estudiante modelo. Una animadora que aspiraba a ser la capitana de su equipo algún día.

Entonces, cribaron a su hermano.

La criba de Kohl Whitlock fue una tragedia para su familia y para el instituto. Pero Kila también estaba furiosa con sus compañeros de clase, no porque lamentaran la pérdida de Kohl, sino por la razón de esos lamentos. Kohl era el quarterback estrella del instituto y, sin él, no tenían ninguna posibilidad de ganar otro partido ese año. Lo que significaba que no lamentaban la pérdida de Kohl; se lamentaban por ellos y por su puesto en la preciada liga. En secreto, empezó a despreciarlos.

—¿Por qué tenía que ser Kohl? —le preguntó al Nimbo—. Mi hermano no se merecía morir.

—Poca gente merece la muerte, pero así debe ser —le respondió el Nimbo —. Aparte de eso, no puedo hablar sobre los asuntos de los segadores.

Cuando lloró, el Nimbo hizo lo que pudo por consolarla, porque sus padres estaban tan ocupados alimentando su propio dolor que no les quedaba tiempo para el de su hija.

—Podría recalibrar tus nanobots emocionales para atenuar tu sufrimiento —le dijo el Nimbo—. Pero es mucho más sano que llores su muerte.

Odiaba al Nimbo. Casi tanto como odiaba al crío que había ayudado a ese segador a matar a su hermano. El resto del instituto había dado la espalda a Rowan Damisch por eso, pero ¿qué más daba? Porque ahora era un aprendiz de segador y, seguramente, se convertiría en uno; sería su recompensa por ayudar a acabar con la vida de su hermano. Bueno, pues, como no podía descargar su rabia contra él, la descargaría contra todos los demás.

Empezó a disfrutar haciendo tropezar «por accidente» a otros alumnos por las escaleras, o robando móviles, carteras y otros objetos preciados que después tiraba por ahí. Repartía tristeza adrede, mientras se hacía pasar por una niña buena.

Pero el Nimbo lo sabía. Veía todo lo que hacía.

—Creo que deberías buscarte otra forma de dar rienda suelta a tu frustración y tu resentimiento —le sugirió, pero Kila se negó a escuchar.

Lo que hizo fue ver cómo aumentaban sus puntos de indeseable hasta que, por fin, acumulara los suficientes para ganarse esa etiqueta. Así no tendría que seguir escuchando los consejos del Nimbo, ya que, cuando fuera indeseable, no podría hablar con ella y ella no podría hablar con él. Adiós, muy buenas.

Aquella horrenda I de color rojo no solo apareció en su tarjeta de identidad, sino en todas partes. Ya no tenía crédito en la cafetería de la esquina, porque a los indeseables no les daba crédito. Ya no podía seguir en el

equipo de animadoras, porque los indeseables tenían prohibidos los deportes escolares. En sus redes sociales aparecía ahora esa I grande y fea, para dejarle claro a todos que había perdido el favor del mundo.

En menos de un día, lo sabía el instituto entero. Creía que se sentiría escandalizada, humillada, pero no: se sintió justificada.

—No te preocupes, Kila —le dijo su amiga Shayla—. No sé qué habrá pasado para marcarte como indeseable, pero seguro que es temporal. Actualizarán tu estado dentro de unos meses, ya verás.

A lo que ella sonrió y respondió:

—Gracias, Shayla. Por cierto, tu sujetador con relleno no engaña a nadie y Zach te la está pegando con Regina Sisk.

Kila dejó el instituto dos semanas después y nunca miró atrás.

Tenía una habitación propia en su nueva guarida para indeseables. Sin embargo, como era el miembro más reciente de la manada, su cuarto era el más pequeño y oscuro, sin el lujo de una ventana. En realidad, no era más que un piso al que llamaban «guarida» para que a los indeseables les resultara más atractivo.

—Bienvenida a la manada —la saludó un indeseable fortachón con los dientes torcidos a propósito y sarcasmo, en vez de entusiasmo—. Diría que estoy encantado de conocerte, pero ¿para qué mentir?

—No le hagas caso a Sterox —le dijo una mujer que llevaba en la mejilla el tatuaje más grosero que Kila había visto en su vida—. Odia a todo el mundo. Es su rollo.

Se presentó como ZombieMama.

—Pero puedes llamarme Ma, todo el mundo lo hace.

Aunque, a decir verdad, no es que resultara demasiado maternal. Le enseñó a Kila el piso, que era espacioso, con un dormitorio para cada uno, cinco en total. Además de Ma y Sterox, estaba Thrash, que parecía haberse fundido con unas anticuadas gafas de RV para videojuegos y se limitó a gruñir cuando Ma intentó presentarlos. Y, por último, estaba Slinko, que jugaba a los dardos en su dormitorio usando fotografías de personas felices, guapas y sonrientes que vivían en su edificio.

—Ojalá el Nimbo me dejara lanzarles dardos a las de verdad; la vida merecería mucho más la pena —dijo.

Al parecer, en su momento, Slinko había aspirado a ser segador, pero, como todo el mundo sabía, si aspirabas a serlo, jamás te elegían. A no ser,

claro, que te eligieran como segador del nuevo orden; sin embargo, aun así, los del nuevo orden preferían acoger bajo su ala a jóvenes perfectos porque disfrutaban destrozándolos.

—Los indeseables no pueden matar permanentemente a nadie —refunfuñó Slinko—. El universo es muy injusto.

—¿Y tú? ¿Tienes nombre? —preguntó Sterox—. ¿O te llamamos Inútil?

—Así llamábamos a la chica que vivía en tu habitación —le explicó Ma—. Se cansó de ser indeseable y se convirtió en una santurrona insoportable. Le dimos la patada en cuanto el Nimbo la cambió de categoría. Aquí no queremos legales.

La manada trabajaba junta en un viejo almacén a la orilla del Potomak. Era un desastre: todo lo del interior estaba tan aplastado e incinerado que resultaba irreconocible. Unas ruinas chamuscadas que no le hacían bien a nadie.

—Nuestro trabajo consiste en limpiarlo —le explicó Ma a Kila.

—No parece tan difícil.

—No lo es… Pero solo somos cinco y las únicas herramientas que nos dan son palas.

—Sí, llevamos aquí varios meses y apenas hemos despejado un tercio —dijo Sterox—. Mi cumulito dice que estaremos con esto otros seis meses, como mínimo.

Kila se encogió de hombros.

—¿Qué más da? Somos endemoniados, ¿no? No pueden esperar que seamos eficientes.

—Bueno —repuso Slinko con una sonrisa de superioridad—, casi todos somos endemoniados.

Al parecer, Ma era una apocalipta de pleno derecho. Lo peor de lo peor, en lo que concernía al mundo, pero en lo alto de la cadena alimenticia indeseable. Kila no había conocido nunca a nadie así y mucho menos vivido con él. Cuando salieron de trabajar al día siguiente, a pesar del cansancio, escarbó por el cerebro trasero para averiguar qué había hecho la ilustre ZombieMama para ganarse la distinción de apocalipta…, pero lo único que encontró fueron rumores publicados en las redes sociales. Algunos decían que era una cazadora que había extinguido adrede una especie, de modo que el Nimbo había tenido que recrearla. Otros, que había inundado un submarino de lujo solo por experimentar qué se sentía al ahogarse; se había llevado a cien personas consigo. No obstante, fuera cual fuera la infracción, se la guardaba

para ella, como si disfrutara con las especulaciones. La joven no podía negar que sentía bastante envidia de ella. Aunque la gente de casa había empezado a temer a Kila, no era lo mismo: la cautela y la desconfianza no eran lo mismo que el asombro.

Como había dicho Kila, a nadie le importaba si los indeseables eran eficientes en su trabajo. Las reuniones semanales con la agente Gooley se lo confirmaron. Siempre que Kila pasara allí cuatro horas al día, cinco días a la semana, a la agente le importaba un pimiento si había avanzado mucho o poco. En realidad, eran trabajos forzosos, pero, al menos, no los hacían gratis. De hecho, se les pagaba bastante bien por hacerlos. Lo que daba mucha rabia cuando lo único que deseabas hacer era odiar al Nimbo.

—Tú no te metas en problemas —le dijo Gooley, que después se corrigió —. O, mejor dicho, mantén los problemas dentro de unos parámetros aceptables.

Por desgracia, darle a una indeseable parámetros no era más que retarla a romperlos.

Después de la primera semana, sus compañeros de manada llevaron a Kila a la Vía Indeseable, una calle llena de clubs y bares con luces de neón, llenos de pendencieros sin ley pasándoselo bien.

—Es la misma calle que recorrió la Gran Dama de la Muerte después de hacer lo suyo —le dijo Slinko a Kila.

—Sí, pero todavía no era la Gran Dama de la Muerte —puntualizó Ma—. Se tarda tiempo en ganarse un título como ese. Y, esta noche, quizá empieces a ganarte un nombre.

Kila no se podía creer la cantidad de clubs que había en la Vía Indeseable. Cantidad de experiencias especializadas. Había un restaurante en el que podías tratar mal a los camareros; una tienda de ropa más cara de la cuenta que animaba a robarla; un club de lucha que todas las noches enviaba a más de uno al centro de reanimación más cercano. ¡Y había fiestas! Todo tipo de fiestas para todo tipo de gente con todo tipo de intereses. Si era desagradable y rozando la ilegalidad, podías encontrarlo en la Vía Indeseable.

Kila nunca había estado en un club de indeseables, así que sentía tanto recelo como curiosidad.

—Solo porque se pueda hacer no quiere decir que tengas que hacerlo —la avisó Ma—. Tú haz lo que te apetezca, Kila.

Sin embargo, bajo las titilantes luces de neón, una timidez muy poco propia de ella se apoderó de Kila. Y Ma tuvo que darse cuenta, ya que los detuvo en la calle y se volvió hacia su nueva compañera de guarida.

—Vamos a descubrir qué te gusta —dijo—. ¿Prefieres romper cosas, hacer daño o mirar?

—Pues… ¿romper cosas?

—Vale, entonces ¿te gusta hacer sufrir a la gente, ver sufrir a la gente o te importa una mierda lo que sienta la gente?

—Lo último.

—Vale. Última pregunta: ¿prefieres ser indeseable a solas, con otra persona o en grupo?

Kila nunca se lo había planteado. Hasta ese momento, estaba bastante sola en su indeseabilidad. Eso le gustaba, aunque ¿era lo que más deseaba, por encima de todo? ¿Ser la única indeseable entre legales?

—En grupo. Quiero ser indeseable en grupo.

Ma sonrió.

—¡Entonces sé exactamente adonde deberíamos ir esta noche!

Ma los llevó a un sitio que parecía fuera de lugar en la Vía Indeseable. No tenía luces brillantes, ni tipos duros en la puerta buscando problemas. Era un edificio de piedra con columnas de mármol blanco que sostenían un arco en el que se había grabado la palabra «MUSEO», aunque la u parecía una uve.

—Buena idea —dijo Sterox, haciendo crujir los nudillos—. No me vendría mal algo de cultura ahora mismo.

Nada más entrar había un vestíbulo en el que los saludó una mujer con un aspecto demasiado formal para estar en un local indeseable.

—Bienvenidos a la Galería de Crack —dijo—. Somos conscientes de que cuentan con un amplio surtido de experiencias de calidad entre las que elegir, así que les damos las gracias de corazón por su visita.

Ma pagó la entrada de todos y la mujer los acompañó a una habitación en la que había varios objetos colgados de la pared. Tuberías de acero, bates de béisbol, martillos pesados, mazos y palos de golf. Pero no estaban solo de adorno.

—Elige con cabeza —le dijo Ma a Kila—. Solo te dan uno.

Kila eligió un bate de aluminio y Ma lo aprobó.

—¡Con eso vas a aprovechar bien el dinero!

A continuación, la mujer los llevó por un pasillo que daba a una galería vacía.

—Espero que se diviertan. Y, si es así, ¡cuéntenselo a sus amigos!

Salió y cerró la puerta. Silencio durante unos momentos y, después, la pared que tenían frente a ellos se abrió y dejó al descubierto una enorme galería de varios niveles. Esculturas de bronce y de mármol, vitrinas con cerámica y delicado cristal por todas partes. Era precioso.

Entonces, Thrash soltó un grito de guerra y estrelló un palo de golf contra una vitrina llena de figuritas de cristal, destrozándolas todas de un solo golpe. Fue como el silbido que daba inicio a una carrera: Sterox, Slinko y Ma se unieron, arrasando todo a su paso.

Kila estaba pasmada. Y emocionada. Nunca había visto una destrucción tan indiscriminada y gratuita. No sabía qué sentir al respecto.

Sterox subió al siguiente nivel, saltó y, dejando caer la maza, le desgajó una mano al David de Miguel Ángel. Después aulló y gritó cuando la mano cayó al suelo y los dedos salieron volando por todas partes.

—¿A qué esperas? —le chilló Ma a Kila mientras le rompía la nariz a Julio César—. ¡Para eso estamos aquí!

—Pero… ¿son reales?

—¿Qué más da? —chilló Ma, que empujó al gran emperador romano y lo redujo a escombros.

Kila empezó poco a poco. Con algunos cuencos de arcilla. Cogió uno y lo dejó caer. Después soltó otro. Después levantó el bate y aplastó un estante entero. Y, después, todo le resultó mucho más sencillo. Vitrina tras vitrina. Los cuencos se rompían con estrépito, aunque descubrió que la porcelana hacía un ruido mucho más satisfactorio al golpearla.

Entonces se abrió una puerta en la que ponía «CONSERVADOR DEL MUSEO» y por ella salió un hombre con un traje impecable, bigote finísimo y expresión horrorizada.

—¿Qué están haciendo? —gimoteó—. ¡Deténganse de inmediato! ¡Estas obras de arte tienen un valor incalculable! ¡Incalculable!

Ma se volvió hacia Sterox.

—¿Quieres hacer los honores?

—Será un placer —respondió él.

Tras soltar la maza, empezó a pegarle puñetazos al hombre hasta que quedó reducido a un bulto tembloroso en el suelo, suplicando piedad. De nuevo, Kila no sabía qué sentir al respecto.

—¿No deberíamos parar? —preguntó a Ma, pero ella negó con la cabeza.

—¡No hasta que suene el timbre!

Así que Ma levantó su tubería de hierro y la estrelló contra una estatua que la joven identificó como *El pensador*. La cabeza salió volando y acabó

posada en el suelo, mirando a Kila sin pensamiento alguno.

Fue entonces cuando la chica vio la ventana. Estaba en la parte de atrás de la galería y era una impresionante vidriera de colores. Mostraba un paisaje de montaña con un lago, flores moradas y árboles esbeltos. Sin embargo, no había ningún pasillo que llevara hasta ella. La única forma era crearlo rompiendo todo lo que estuviera en medio.

Con el bate agarrado con las dos manos, empezó a golpear lanzando astillas y fragmentos a diestra y siniestra. Algunos le cortaron la piel, pero le dio igual. No tardó en encontrar su ritmo y perder toda inhibición. Cada golpe tenía algo catártico.

«¡Esta es por el segador que cribó a mi hermano!».

«¡Esta es por el chico que lo ayudó!».

«¡Esta es por mis compañeros de clase, que fingieron que les importaba!».

«¡Y esta es por mis padres, que en el fondo deseaban que hubiera sido yo!».

Por fin llegó hasta la ventana. Tan colorida. Tan bella. Tan frágil. Se la cargó de un único y magnífico golpe. Y, cuando el último fragmento cayó al suelo, sonó un timbre.

—¡Toma ya! —exclamó Thrash—. ¡Nunca había visto a nadie llegar hasta la ventana!

Kila creía que era la primera oración completa que le oía decir.

—La suerte del principiante —masculló Sterox.

—¿Kila? Más bien Destróyer —dijo Slinko—. ¡Creo que hemos encontrado tu nombre!

—Destróyer… —dijo Ma, pensándoselo—. Me gusta, pero todavía no. Tiene que ganarse el nombre. Eso no se consigue en una noche.

Ma y los demás salieron por una puerta en la que ponía DE EMERGENCIA», pero Kila todavía no estaba lista para marcharse. Quería disfrutar de su «juerga», admirar su trabajo. Sin embargo, mientras miraba a su alrededor, vio que el conservador todavía estaba tirado sobre una pila de mármol pulverizado. Se acercó para ayudarlo a levantarse. No se esperaba un agradecimiento, pero tampoco la respuesta que obtuvo.

En cuanto el hombre vio quién era, retrocedió.

—¿Qué haces aquí? —le soltó—. Tu sesión se ha terminado. Date prisa.

—Es que… ¿Está bien?

Tenía un poco de sangre en la nariz, pero se la limpió con la mano.

—Por supuesto que estoy bien, o lo estaré dentro de un par de minutos. Ahora, por favor, tienes que marcharte… Solo nos dan diez minutos para

reiniciar.

Kila se fijó en que la hinchazón después de la paliza de Sterox ya empezaba a desaparecer. Solo unos nanobots de curación superpotentes podían hacerlo tan deprisa.

Entonces, como salido de la nada, apareció un grupo de al menos doce obreros para limpiar los escombros. Otros metían nuevas vitrinas de porcelana, cristal y arcilla.

—Entonces, no era real.

—¿Parecía real?

—Sí… Más o menos.

—Pues eso es lo único que importa, ¿no?

El conservador, al ver la cara de desconcierto de Bula, se le acercó más y le habló en voz más baja:

—Mira, ¿de verdad creías que el Nimbo os permitiría destruir originales valiosos? Joven, el mundo está repleto de artistas que no hacen más que crear réplicas de arte antiguo. En algo habrá que emplearlas. La verdad, estáis haciendo un servicio público.

Entonces, en la pared de delante, Bula vio que alguien llevaba en una carretilla un nuevo David para sustituir el que Sterox había destrozado.

—Y, ahora, márchate para que podamos reiniciar —le dijo el conservador —. ¡Y vuelve otro día!

Esa noche, cuando llegaron a casa, Ma fue a ver a Kila.

—Me alegro de que estés con nosotros —le dijo Ma—. Encajas bien. A veces, los cumulitos aciertan.

Puede que fuera porque Kila todavía estaba un poco eufórica tras aquella noche de vandalismo socialmente aceptado o puede que fuera porque creía que Ma era un espíritu afín, pero, en cualquier caso, se atrevió a plantearle la pregunta que nadie más se atrevía a plantearle.

—Ma, ¿qué hiciste para llegar a ser apocalipta?

A favor de Ma habría que decir que no hizo caso omiso de la pregunta ni se limitó a regurgitar uno de los rumores, sino que se sentó a los pies de la cama de Kila y le contó la verdad.

—Sterox sueña con ser aprendiz de segador, pero no sabe (no lo sabe ninguno) que yo lo era. Solo uno de cada cinco aprendices, más o menos, llega a ser segador, pero nadie piensa en todos los demás. Desaparecemos,

engullidos por la vida normal, aunque, después de ser aprendices de segador, la vida normal ya no existe.

»Total, que había un segador que me había echado el ojo. El segador Chandler. Estaba en el comité de ordenación y me prometió que me daría un trato especial si yo le daba a él un “trato especial”. Le dije que no. Así que, cuando llegó la última prueba, la pasé sin problemas. Pero no me eligieron. Votaron en mi contra. Perdí mi oportunidad de ser segadora por un solo voto. El suyo.

—Lo siento.

—No lo sientas. Habría sido una segadora horrenda. No habría sido capaz de hacer una única cosa durante el resto de mi vida. —Ma se tomó unos segundos para pensar sobre ello—. El caso es que, después de eso, elegí ser indeseable. Me convertí en ZombieMama y me ha ido bien. Por cierto, la historia del submarino es cierta, aunque solo me ahogué yo. Me sirvió para pasar de endemoniada a pandemonia, eso sí.

»La cosa podría haber acabado ahí, pero, unos años después, me encontré con el segador Chandler en un bar de indeseables. Estaba buscando lo que suelen buscar esa clase de hombres. Supuso que lo encontraría entre indeseables. Se me acercó y ni siquiera me reconoció. ¿Te lo puedes creer? Significó tan poco para él que no tenía ni idea. Así que decidí usarlo. En vez de jugar a su juego, jugué al mío. No le di lo que quería… y eso solo sirvió para que me deseara más. Jugué con él, lo provoqué y, al final, conseguí que se enamorara de mí. Se supone que los segadores no pueden hacer eso, enamorarse, pero lo hizo. Y, una vez que lo tuve en mis manos, le dije que era todo mentira. Que me daba asco y que lo detestaba. —Ma hizo una pausa y se tomó su tiempo—. Al día siguiente, se cribó.

—Que…, ¿qué?

—Fue perfecto. No podían culparme de algo que había hecho por su propia mano. Y nadie lo supo. Nadie, salvo el Nimbo. Al día siguiente me llamaron de la Interfaz de la Autoridad y me dijeron que había caído todo lo bajo que podía caer un indeseable. Era una apocalipta.

Kila no sabía qué decir. Percibía tanto la amargura como el orgullo de Ma. El logro y el fracaso. Mucha ambivalencia. Así que Kila guardó silencio como señal de respeto por la verdad que le había contado.

—No se lo digas a nadie —le dijo la mujer cuando se levantó para marcharse—. Si no lo haces, seremos amigas. Y si lo haces…, no.

Kila se estremeció. No se le ocurría nada peor en el mundo que tener a Ma de enemiga.

Todos los viernes por la noche, Kila y su manada regresaban a la Vía Indeseable. Cada vez hacían algo distinto, pero no había ningún club ni fiesta que la atrajera tanto como la Galería de Crack. Puede que porque, cuando fue allí por primera vez, no sabía que todos los clubs y atracciones de la Vía eran fingidos. Debería haberse dado cuenta de que, con el mundo bajo la jurisdicción del Nimbo, ningún club de indeseables podía quedar del todo fuera de su control. El Nimbo era el conservador de todas las experiencias indeseables, lo que significaba que, por muy indeseables que parecieran las cosas, no eran más que una simulación de mal comportamiento.

—Piensas demasiado —le dijo Ma cuando ella expresó sus quejas—. Tú déjate llevar; serás mucho más feliz.

Aun así, Kila no era capaz de hacerlo. De modo que decidió buscar algo real.

—¿Qué estás mirando?

Ma siempre tenía que saber lo que hacía todo el mundo. Kila consideró la posibilidad de mentir, pero decidió que Ma debería saberlo. Porque, si Kila estaba en lo cierto, necesitaría a Ma. Necesitaría a todos sus compañeros de guarida. Así que giró la pantalla para que la viera.

Kila estaba mirando una vista aérea que había encontrado en una base de datos geográfica local. Era un edificio de aspecto normal, salvo que tenía una serie de puertas y vallas, como los edificios de los días mortales, cuando contenían cosas que necesitaban quedarse dentro o había que mantener a la gente fuera.

—Hmmm —dijo Ma—. ¿Sabes qué es?

—Me ha llamado la atención porque no está marcado. Vamos, que todo está marcado en los mapas, ¿no?

—Normalmente.

—Así que he escarbado por el cerebro trasero y he encontrado una imagen de la entrada trasera.

Kila la amplió en la pantalla. Había un cartel que decía claramente: «NODO CEREBRAL 207».

—Hala —dijo Ma—. ¡El filón principal!

Como todo el mundo sabía, el Nimbo tenía unos servidores llamados nodos cerebrales repartidos por el mundo, en los que se alojaba todo el conocimiento humano, además de su propio intelecto descomunal. Nadie

sabía de verdad dónde estaban y a pocas personas les importaba. El Nimbo se mantenía solo.

—Kila, ¿estás pensando lo que creo que estás pensando?

Kila sonrió.

—¿Por qué conformarse con Vía Indeseable cuando tenemos algo real que podemos destruir?

Ma se restregó las manos como la intrigante codiciosa que era.

—¡Esa idea es digna de una endemoniada!

Sterox conocía a alguien con un camión desconectado de la red y lo bastante grande como para tirar la verja. Y Thrash creó un malware capaz de desactivar temporalmente algunas de las cámaras clave del Nimbo en su complejo de servidores. Pero fue Ma la que proporcionó lo importante de verdad. Como era apocalipta, tenía contactos indeseables flipantes. En cuestión de horas, se había puesto en contacto con un viejo amigo que «tonteaba» con explosivos.

—Pero hay que tener cuidado —advirtió Ma—. Si dejamos a alguien morturiento, dividirán la manada y acabaremos cada uno en una ciudad distinta. Y si dejamos a alguien tan mal que ya no puedan revivirlo…

No tuvo que terminar la frase. Si hacías algo así, te entregaban de inmediato a la Guadaña, que te cribaba en el acto porque acabar con la existencia de alguien era lo mismo que hacerse pasar por segador.

El plan se diseñó muy deprisa, todos estaban de acuerdo.

—¡Es como si fuera nuestro destino! —proclamó Ma.

Todos los miembros de la manada se turnaron para hacer reconocimiento y vigilar las entradas y salidas de las instalaciones valladas. Aquel lugar estaba automatizado casi por completo, pero había un elemento humano. Dos agentes del orden en la entrada principal y equipos de técnicos del Nimbo, o técnicos de la nube (que es como se los llama desde antes de que el Nimbo adquiriera consciencia de sí mismo), todos con uniformes térmicos grises, ya que el entorno del servidor se mantenía fresquito, a unos -20 grados Celsius. Los técnicos de la nube rotaban en turnos de seis horas, a la hora en punto y media, nunca más de diez de servicio en cada momento.

—Aunque no podamos ver el interior, he podido obtener los planos de los antiguos nodos cerebrales, y parece que encajan con las dimensiones básicas de este —les explicó Kila—. Habrá una plataforma de supervisión exterior con vistas al núcleo, de unos cincuenta metros de diámetro. Las unidades

estarán apiladas en columnas dentro del núcleo; están tan cerca que solo vamos a necesitar unas cuantas cargas para volarlas todas.

—Va a ser un espectáculo —dijo Slinko—. ¡El Nimbo va a tener un aneurisma cerebral!

—Bueno, sí, pero mejor no estar en primera fila si quieres contarlo —le advirtió Ma.

Planearon su ataque para las cuatro de la mañana de un domingo, cuando los que estuvieran de servicio no se encontraran en su mejor momento. Al acercarse a las instalaciones, Thrash activó su malware, que debía congelar las imágenes de todas las cámaras del complejo.

—El Nimbo tardará cinco minutos, como mínimo, en arreglarlo —dijo.

—Hay que moverse deprisa —repuso Ma—. ¡Ya no hay vuelta atrás!

Como si alguno pretendiera rajarse.

Los guardias de la puerta exterior no supusieron ningún problema. Salieron de su cabina en cuanto vieron que se acercaba el camión. Blancos fáciles. Además de los explosivos, Ma había conseguido un frasco de sedante de alta potencia, y Slinko era muy bueno con los dardos. Los guardias cayeron incluso antes de que llegaran a la verja y pasaran por encima. En la segunda puerta no había guardias humanos, solo cámaras que estaban temporalmente cegadas. Era más resistente que la exterior, aunque cayó bajo la fuerza de su camión de quinientos caballos.

La estructura que alojaba al Nodo Cerebral 207 era de hormigón, dura y de difícil acceso, pero la seguridad de todo edificio dependía de su entrada y, en este caso, eran unas puertas correderas de cristal con un teclado digital. Thrash se puso a decodificarlo, pero Sterox no pensaba esperar.

—A la mierda —dijo, y estrelló el pie contra una de las puertas, de modo que el cristal de seguridad se deshizo en mil bolitas, como un parabrisas—. Ya está. Pan comido.

Entraron a toda prisa y tomaron por sorpresa a los técnicos de la nube. Aunque llevaban trajes térmicos gruesos, Slinko había afilado bien sus dardos para que los penetraran. Acertó a todos mientras huían y se derrumbaron, dejando a la manada a solas con el núcleo del ordenador.

Las pilas de servidores parecían estalagmitas cristalinas que brotaban del núcleo, llenas de luces de colores que parpadeaban y titilaban como un bosque de árboles de la Estación de los Regalos.

—Qué bonito —comentó Kila.

—Sí, qué pena que tengamos que volarlo en pedazos —repuso Sterox, y se rio.

Había una rampa que bajaba hasta el núcleo helado, así que el frío aumentaba a medida que descendían. Las pilas eran aún más altas desde allí y se erguían sobre ellos hasta doblarlos en tamaño.

—Puede que hagan falta menos cargas de lo que pensábamos —dijo Ma —. Parecen más pesadas por arriba. Si colocamos estratégicamente unas cuantas cargas, el resto podría caer como un dominó.

Se dividieron, cada uno con su explosivo. Ma, Sterox, Slinko y Thrash se ocuparon de los cuatro puntos cardinales, mientras que Kila se quedó con el centro; era su recompensa por haber encontrado aquel sitio. A Kila le costaba creer que aquella sustancia que parecía plastilina, de la que salía un cable hasta el detonador, tenía de verdad la potencia explosiva suficiente para derribar aquello; pero, una vez que estuvo lista y activada, parecía mucho más amenazadora.

Entonces, justo cuando se reunieron en la base de la rampa, las alarmas empezaron a berrear a su alrededor.

—¡Se acabó el tiempo! —chilló Ma—. ¡Afuera y a volar!

Sin embargo, las alarmas habían asustado a Slinko, que tenía el control remoto, y, en vez de esperar a que todos salieran, pulsó el botón del detonador cuando todavía estaban a los pies de la rampa.

Todas las cargas explosivas estallaron a la vez, y Kila salió volando por la rampa y acabó cubierta de cristales rotos. Se quedó sorda de golpe. Notaba un zumbido en la cabeza. A través del humo, vio a Sterox poniéndose de pie y sacándose del brazo un fragmento de servidor. Thrash ya estaba subiendo a trompicones la rampa para salvarse, pasando del resto. Típico.

Pero, entonces, Kila vio a Ma. Estaba atrapada debajo de un enorme pedazo de pila de servidor. Aunque Slinko intentaba levantarlo, no era lo bastante fuerte para hacerlo solo.

—¡Idiota! —chilló Ma—. ¡Si hubieras esperado cinco segundos habríamos salido sin problema!

—¡Lo siento! —respondió él—. ¡No pretendía hacerlo tan pronto!

Kila se unió a él y, juntos, lograron liberar a Ma. Estaba magullada, pero no parecía tener nada roto.

—¡Vale, vamos, vamos! —ordenó.

Slinko no necesitó más invitación, así que salió corriendo detrás de Thrash y Sterox, y dejó a Ma para que los siguiera cojeando.

Pero Kila se quedó atrás.

Se volvió hacia las ruinas para observar su trabajo. Ahora que el polvo se asentaba, estaba claro lo increíblemente eficaz que había sido su campaña de

destrucción. Solo quedaba en pie una pila. Una de quizá unas cien. No obstante, a pesar de que resultaba satisfactorio, aquello tenía algo que la inquietaba. Algo que la inquietaba y, a la vez, le resultaba familiar.

Las alarmas que los rodeaban seguían berreando, pero no aparecía nadie, ni siquiera drones para evaluar los daños. Lo normal habría sido que el Nimbo estuviera encima de un problema de seguridad tan grave, ¿no? ¿De verdad una única manada de indeseables había pillado al Nimbo con la guardia baja? ¿De verdad era tan vulnerable?

En vez de seguir a los demás para su huida triunfante y veloz, Kila regresó y trepó por encima de los escombros sin ni siquiera saber bien qué buscaba. Al final, llegó hasta la única pila cristalina, que destacaba como un monolito entre las ruinas. Sus luces de colores todavía parpadeaban y relucían como si no se hubiera enterado de la destrucción de las demás. Kila se inclinó sobre ella y la empujó con todo su peso hasta que se inclinó y se estrelló contra el suelo.

No solo no estaba sujeta a la base de hormigón, sino que no tenía ni cables, ni conductos, ni nada que la conectara a las otras pilas. Cabía pensar que el cerebro del Nimbo fuera inalámbrico, pero cada pila individual tendría que estar conectada a una fuente de alimentación primaria, ¿no?

Entonces, Kila encontró la fuente de alimentación. Había un pequeño compartimento de plástico en la parte de debajo de la pila de unidades. Al abrir el cierre encontró…

Pilas alcalinas.

Tres.

Eran tan pequeñas que le cabían en la palma de la mano, de las que se encuentran en los juguetes de los niños. Ni de lejos con el voltaje suficiente para alimentar un servidor, pero sí unas cuantas lucecitas. De hecho, si añadías unas cuantas más, podías conseguir que una sala entera brillara y titilara.

—¡Kila! ¿Qué estás haciendo? ¡Tenemos que salir de aquí!

La joven se giró y vio que la mujer la había seguido.

—¡Hemos hecho lo que veíamos a hacer! —le chilló Ma—. ¡Larguémonos antes de que nos pillen!

Kila no se movió. Al mirar a su alrededor, se dio cuenta de por qué aquellas ruinas le resultaban tan familiares. Eran como los escombros que habían dejado en la Galería de Crack; peor aún, eran como los escombros del almacén en el que se pasaban todo el día con las palas. Exactamente igual.

Kila se había preguntado de qué serían aquellas ruinas, pero nunca le había importado lo suficiente como para buscar respuesta a la pregunta.

—¡Kila! ¿Qué te pasa? ¡Vamos!

Las alarmas seguían berreando, pero no llegaba nadie y Kila se había quedado helada. No por el frío, sino por las revelaciones que caían como fichas de dominó, una detrás de otra, hasta estrellarse contra el suelo.

—Te emocionaste mucho cuando encontré este lugar —dijo—. Pero ¿era verdad? Sabías que estaba buscando un objetivo y, de repente, encontré uno.

—¿De qué narices hablas?

Kila contempló la destrucción que las rodeaba.

—¿Cuánto tiempo llevas engañándonos, Ma? ¿De verdad eres una indeseable?

Ma puso cara de sentirse muy ofendida.

—¡Soy una apocalipta!

—Y, a pesar de serlo, trabajas para el Nimbo. ¡Lo que significa que eres una agente del Cúmulo!

Ma vaciló, quizá sopesando si merecía la pena seguir negando la evidencia. Entonces dijo:

—Todos los apocaliptos lo son.

Y ahí estaba: la verdad detrás de la última ficha de dominó. Ahora todo tenía sentido. ¿Cómo era posible que Kila no hubiera visto antes la farsa? ¿De verdad creía que Thrash era capaz de crear un malware para apagar las cámaras del Nimbo? Thrash, que ni siquiera podía unir dos pensamientos coherentes sin que uno de ellos muriera por el camino. Sin embargo, cuando quieres creerte algo, no hace falta ni un puñado de pilas para alimentar tu fe.

—¿Algo de esto es real, Ma?

Ma la miró a los ojos.

—Todo lo real que tenga que ser.

Entonces, uno de los obreros de gris apareció detrás de ella. Un técnico de la nube. Slinko los había derribado con dardos mojados en tranquilizante…, pero ¿de verdad lo había hecho? Al fin y al cabo, Ma era la que había suministrado el sedante.

—No podemos dejar que se vaya —dijo el técnico.

—Claro que podemos —respondió Ma—. Destróyer no le va a contar nada a nadie.

—No lo sabes con certeza —le dijo el ayudante.

«Destróyer… ¿Quiere eso decir que me he ganado el nombre?», pensó Kila.

Ma sonrió.

—Kila es como yo, ¿verdad, Kila? No lo va a contar porque, a partir de este momento, sube de endemoniada… a pandemonia.

«Pandemonia —pensó Kila—. A un solo paso de apocalipta». Los demás indeseables la mirarían con asombro y respeto. Bueno, a Destróyer. Tuvo que pararse un momento a pensarlo.

Entonces, a lo lejos, oyeron que Sterox las llamaba.

—Vete —le dijo Ma al técnico—. Que no te vea.

El técnico de la nube, obediente, se agachó y se perdió entre los escombros.

Ma se le acercó más.

—Te conozco, Destróyer. Sé lo que quieres. Anhelas el poder que acompaña a la destrucción, pero pocas cosas son más poderosas que ver detrás del velo de la realidad. ¡Y ahora te he enseñado aún más! ¡El poder de destruir el mismo acto de destrucción! ¡No lo evites, Destróyer! ¡Dale la bienvenida!

En ese instante, Destróyer supo lo que tenía que hacer. No se lo pensó, lo hizo sin más. Se agachó, recogió un fragmento cristalino dentado del supuesto nodo cerebral y se lo clavó a Ma en las tripas.

Unos segundos después, Sterox y los demás vieron a Destróyer salir de los escombros cargada con Ma.

—¡Ayudadme! —dijo Destróyer—. ¡Uno de los técnicos la ha atacado!

La ayudaron a llevar a Ma al camión.

—La herida es profunda —dijo Slinko, que la examinaba mientras se alejaban a toda pastilla—, pero no creo que acabe morturienta.

Efectivamente, había dejado de desangrarse porque los nanobots sanadores estaban cauterizando la herida. Estaría curada en un par de días, aunque no recibiera tratamiento.

Destróyer se quedó con ella y dejó que apoyase la cabeza en su regazo durante la huida. Con los ojos nublados pero todavía consciente, Ma miró a Destróyer.

—¿Era necesario? —le preguntó.

—No —reconoció ella—, pero ¿a que ahora parece aún más real?

Ma esbozó una levísima sonrisa.

—Mierda, tienes razón. Vas a ser una gran apocalipta.

Y Destróyer estaba de acuerdo. De hecho, contaba con ello.

Un minuto marciano

—Si existe un auténtico centro reluciente del sistema solar, ahora estás en el lugar más alejado de él.

—La cita no es así, Carson.

—Lo sé, pero tampoco es que estemos esparcidos por la galaxia, ¿no? —dijo Carson Lusk—. Además, ¿a ti quién te ha preguntado?

—Nadie. —Como siempre, el Nimbo respondía sin segundas, siempre agradable—. Solo ofrezco iluminación.

Carson esperó la irritante adición a su comentario, porque el Nimbo siempre lo hacía. Aquel día no fue ninguna excepción.

—De hecho —añadió—, esa cita errónea en concreto no es cierta ni literal ni figuradamente porque (a) Marte no es más que el cuarto planeta contando desde el sol, así que recibe luz solar de sobra, y b) más que las tinieblas del corazón, aquí localizo mucha alegría. A veces, incluso tuya.

Carson lanzó una llave inglesa al altavoz de su rover.

—Toma, ¿es lo bastante literal para ti?

Por supuesto, el Nimbo no se inmutó.

—Podría darte un punto de indeseable por lanzarme eso, pero no lo haré porque sé que solo pretendías ser melodramático.

El rover dio con un bache enorme en el camino de tierra, un bache que el Nimbo podría haber esquivado, de no tener Carson los controles en manual. Aun así, podría habérselo advertido, pero no. El Nimbo era así de pasivo-agresivo. Irritante.

—¿Sabes lo que necesito ahora mismo? —preguntó Carson, esbozando una levísima sonrisa—. Necesito que averigües el precio actual del té en Panasia.

—¿A qué fin? —preguntó el Nimbo.

—No es asunto tuyo. Te he hecho una petición; tu trabajo consiste en atenderla.

—Por supuesto —contestó el Nimbo—. Te daré una respuesta dentro de diez minutos y cuatro segundos.

Y, maravilla de maravillas, guardó silencio.

Carson se regodeó un poquito. Aunque el Nimbo tenía un nodo cerebral para respuestas rápidas y gestión planetaria allí, en Marte, todo su cerebro trasero estaba en la Tierra. En aquellos momentos, la Tierra se encontraba a poco más de cinco minutos luz de distancia, así que tardaría el doble en acceder a la respuesta y rebotarla de vuelta a Marte. Durante ese tiempo, dejaría en paz a Carson. Por supuesto, también podría decirle que se callara, pero ¿qué gracia tenía eso? Prefería enviarlo a misiones sin sentido. Le gustaba pensar que así le recordaba al Nimbo que no era más que un criado.

A diferencia del desafortunado héroe de su película favorita de la edad mortal (de la que había sacado mal aquella cita), Carson Lusk no era un granjero de humedad. La aventura de aquel personaje había empezado cuando un imperio malvado había asesinado sin piedad a su tía y a su tío. Sin embargo, Carson era hijo de mineros del carbono en un planeta igual de seco. Y no tenía salvación porque allí no había imperios malvados, solo el Nimbo y su insufrible benevolencia. En cuanto a la muerte de sus padres, era imposible. En Marte ni siquiera había segadores, ni seguramente los habría hasta dentro de unos mil años. La colonia de Marte tenía una población de unas diez mil personas, así que había espacio de sobra para que creciera.

El rover siguió botando y rebotando por el basto terreno hasta que llegó a lo alto de una cresta. Desde allí veía el grupo de perforadoras gigantescas que atravesaban la llanura marciana como agujas de acupuntura de la edad mortal. Su objetivo era similar, ya que aquellas perforadoras estaban allí para curar el planeta. O, al menos, para transformarlo. Subían y bajaban sin parar desenterrando mineral de carbono que después se combinaría con oxígeno para crear dióxido de carbono, el gas mágico que, con el tiempo, permitiría que el planeta se calentase y se desarrollase una atmósfera más fértil. Costaba pensar que el mismo gas de efecto invernadero que antaño había amenazado el futuro de la Tierra ahora resultara esencial para el futuro de Marte.

Sus padres y el Nimbo no dejaban de recordarle lo importante que era aquel trabajo (mucho más que lo que hacía la mayoría de la gente en la Tierra) y que por eso se habían hecho colonos: para darles sentido a sus vidas. Pero Carson, que tenía nueve años cuando hicieron el viaje, no había tenido ni

voz ni voto en el asunto. Todavía recordaba cosas de su vida en la Tierra. Los campos verdes y las colinas de Midmérica; o, al menos, de la pequeña parte de Midmérica que había llegado a ver antes de que lo sacaran del planeta. Ahora, el único verde se encontraba debajo de la cúpula de la colonia, y las colinas de fuera eran bultos muertos e irregulares a los que todavía les quedaban siglos para dar vida.

«¿Por qué? —le había preguntado una vez al Nimbo—. ¿Por qué molestarnos con esto?».

Y, con su infinita paciencia, el Nimbo se lo explicó:

«El imperativo de todas las especies es multiplicarse y expandirse. No hago más que facilitar vuestra expansión natural más allá de los límites de la Tierra».

Blablablá. El Nimbo estaba muy pagado de sí mismo. Si de verdad se preocupara tanto por él como siempre decía, encontraría el modo de sacarlo de aquella roca.

«Cuando de verdad estés preparado para embarcarte en un viaje de vuelta a la Tierra, seguro que se te presentará la oportunidad», le había dicho el Nimbo más de una vez.

Más palabras vacías.

Carson siguió un empinado camino que descendía hacia el valle, en dirección a las perforadoras. Como había cincuenta y dos pozos dispuestos en cuatro grupos de trece, cada uno tenía el nombre de una carta de la baraja. La perforadora estropeada era el Rey de Picas, la última al final de la primera fila. Al acercarse, el problema le quedó claro: se había roto la gigantesca barrena.

Informó por radio a su padre.

—Buen trabajo, Carson —le respondió él—. Pediré una nueva.

En fin, por lo menos el problema era tan evidente que no necesitaba ponerse el traje y salir. Odiaba la sensación de ahogo dentro del traje espacial, que siempre olía a su sudor y un poco a vómito, por aquella vez que estuvo a punto de quedarse sin aire y potó dentro. Trajes espaciales. Otra cosa que no le haría falta si viviera en la Tierra.

—0,23 créditos por kilo —dijo el Nimbo como salido de la nada.

—¿Qué? —respondió Carson, sobresaltado.

—El precio del oolong genérico en Panasia. Ese es el precio base. El coste de los distintos tés específicos varía.

Carson suspiró.

—¿No podías haber diagnosticado tú solo el problema del Rey de Picas? —le preguntó al Nimbo—. Te enteras de todo lo que pasa aquí, ¿no? Podrías haberme dicho que la barrena estaba rota. Me habrías facilitado las cosas.

—Sí —respondió el Nimbo—. Pero eso no te habría servido de nada, Carson. Desplazarte hasta aquí para diagnosticar el problema no solo te aportará la satisfacción de un trabajo bien hecho, sino que ya te ha regalado los elogios de tu padre, que tanto ansías.

—Súbete aquí y pedalea —dijo Carson—. Y como me digas que no tienes pies, lanzo otra llave inglesa.

—Entendido —respondió el Nimbo, y guardó silencio sin necesidad de plantearle otra pregunta interplanetaria absurda.

Aunque las distintas actividades de terraformación abarcaban más de cien kilómetros marcianos a la redonda, todo el mundo vivía bajo la cúpula del Humanus Mons. De cerca, era enorme, pero parecía un hormiguero comparado con el Olympus Mons, la montaña volcánica más grande de Marte, que se erguía tras ella, a pesar de que su base estaba, técnicamente, más allá del horizonte. Era tan inmensa que desafiaba la curvatura del planeta.

La cúpula era el centro de toda la actividad de Marte. En el norte, cerca de la cuadrícula minera de la familia Lusk, se estaba construyendo un puesto avanzado. Carson temía el momento en que lo terminaran porque sabía que sus padres querrían mudarse allí. Como si Marte no estuviera lo bastante aislado, preferirían vivir justo en la frontera, donde no habría prácticamente nadie de la edad de Carson.

Tal como estaban las cosas, solo tenía un puñado de amigos. No es que no se llevara bien con sus compañeros, sino que no permitía que muchos se le acercaran. Su círculo lo componían, en esencia, él y sus amigos Acher y Devona.

—Si tus padres deciden mudarse al Puesto Norte, deberías negarte a acompañarlos —le dijo Devona mientras bebían café un día, después de clase.

—Sí —coincidió Acher—. En el peor de los casos, podrías vivir conmigo. A mis padres no les importaría. Creen que eres una buena influencia.

Estaban en 4th Planet Java, una de las dos cafeterías de la cúpula. Tenía una «terraza al aire libre» que, claro, en realidad no estaba al aire libre. Simplemente daba al espacioso parque que ocupaba el centro de la cúpula.

—Tus padres te hacen trabajar demasiado —dijo Devona, que sostenía entre las manos un café con leche hecho con granos hidropónicos

supuestamente idénticos a los del expreso de la Tierra, aunque Carson tenía sus dudas.

—Devo tiene razón —dijo Acher, dándole la mano—. Siempre estás trabajando en la mina.

Acher y Devona eran pareja… o, al menos, aquel día lo eran. Siempre estaban rompiendo y volviendo a salir juntos, como un par de estrellas binarias incapaces de escapar de la gravedad hormonal de la otra. Cada vez que Carson creía tener una oportunidad con Devo, Acher regresaba como un reloj celestial.

—¿Es que no lo entendéis? No tengo alternativa —les dijo Carson.

—¡Claro que la tienes! —exclamó Acher, como si fuera tan fácil—. Tus padres no te pueden obligar a trabajar en la mina si no quieres, ni tampoco pueden obligarte a dejar la cúpula.

—¿No? ¿Quién se lo va a impedir?

—El Nimbo —dijo Devona.

Otro trago de café le dejó un bigote de espuma en el labio superior del que Carson no podía apartar la vista.

—¿Estás de coña? El Nimbo está de su lado —les dijo Carson—. La última vez que mis padres me quitaron mis privilegios por alguna estupidez, le pregunté al Nimbo que si no había justicia para mí. Y no. Me dijo: «El castigo doméstico queda dentro de la jurisdicción humana».

Carson apartó la mirada porque no quería dirigir aquella amargura a sus amigos, así que concentró su atención en el ajetreo vespertino de la cúpula. Desde su mesa en la terraza, Carson veía bien el centro comercial y el parque Daedalia, al otro lado. El sol empezaba a alejarse del tragaluz, dejando una línea curva de sombras que se movía poco a poco sobre los árboles del parque, que recibía su nombre del páramo sobre el que se había construido la colonia. A Carson antes le gustaba observar el arco de la sombra del tragaluz al moverse para distinguir el paso del día a la noche, como un antiguo reloj de sol. Ahora solo le recordaba el interminable desfile de días idénticos.

Le dio un trago a su café, que todavía estaba tan caliente que le quemó la garganta. Pero le daba igual. Al menos, así sentía algo.

—El Nimbo no hará nada para ayudarme, a no ser que mis padres me hagan algún daño —les dijo a sus amigos.

—Pues consigue que te lo hagan —sugirió Devona—. Que tu padre se enfade lo suficiente como para pegarte o algo, antes de que sus nanobots emocionales puedan calmarle el genio.

Carson se lo pensó. Quizá lograra hacerlo; al fin y al cabo, su padre tenía la mecha corta. Antes le parecía gracioso cuando se ponía rojo de furia y, de repente, se volvía todo zen al entrar en acción los nanobots para apaciguarlo. Y si Carson lanzara una llave inglesa dentro de su rover, su padre seguro que se enfadaba lo suficiente como para pegarle un puñetazo. Pero ¿después qué? Pegar a Carson lo marcaría como indeseable durante una estación entera. Eso los dejaría a su madre y a él bien jodidos hasta que recuperara el estatus de deseable. Limitación de privilegios, ridículo social… Porque cuando marcaban como indeseable a un crío se veía como una batalla de guerra, pero cuando se trataba de un adulto, de un miembro realmente productivo de la sociedad, era una vergüenza.

No, provocar a su padre estaba descartado. Además, por más que odiara reconocerlo, el Nimbo tenía razón: a Carson sí que le importaba la aprobación de su padre.

—No es tan malo —dijo Carson—. Solo tengo que trabajar en la mina los fines de semana. Y me pagan. Necesito ahorrar dinero para cuando regrese a la Tierra.

—Tío, ¡en la Tierra no necesitas dinero! —repuso Acher—. Dicen que el Nimbo te da todo lo que necesites.

—Todo lo que necesite, pero no todo lo que quiera.

Devona esbozó una leve sonrisa con su labio manchado de espuma.

—¿Y qué es lo que quieres?

Carson le respondió con otra sonrisa.

—Mucho más de lo que el Nimbo está dispuesto a dar.

Los días en Marte eran prácticamente una hora más largos que en la Tierra. Sin embargo, en vez de darle a Marte un día de veinticinco horas, el Nimbo decidió cambiar la naturaleza misma del tiempo.

—La medida del tiempo es un constructo humano —razonaba—, lo que significa que puede modificarse como resulte conveniente en cada planeta.

Así que, en Marte, los segundos eran un poquito más largos, igual que los minutos, igual que las horas. Un día seguía midiendo veinticuatro horas, pero cada una de esas horas era casi dos minutos y medio más larga que las de la Tierra. Lo que dio lugar a expresiones como «un minuto marciano». Los colonos la consideraban insultante porque, aunque los minutos de Marte fueran más largos, las personas que vivían allí se creían mucho más

trabajadoras que las de la Tierra y podían hacer más en un minuto marciano que los terrestres en una de sus horas.

El Nimbo sospechaba que, a medida que transcurriera el tiempo, tendría que crear salvaguardias sociales contra los sesgos y los prejuicios entre ambos planetas.

Carson Lusk empezó su vida en la Tierra, donde los segundos eran más rápidos y la gravedad, más fuerte. Los años en Marte hicieron que su cuerpo se olvidara de todo eso, así que sabía que regresar le supondría un ajuste enorme. El ritmo biológico tarda varias semanas en aclimatarse a un día más corto, y hacen falta meses para que los músculos, los huesos y el corazón se adapten al implacable empuje de una gravedad mayor.

«Allí lo pasarías fatal —le decían sus padres—. Ni siquiera los nanobots pueden salvarte de eso».

Carson tomó nota de que decían «pasarías», en vez de «pasarás», como si su huida de Marte fuera en condicional, no una certeza. Sin embargo, al margen del tiempo verbal que eligieran, estaba decidido a marcharse de allí como fuera necesario; y, en todo caso, antes de que pudieran arrastrarlo al quinto pino del Puesto Norte.

La educación era lo que le permitiría irse. Una educación superior, no lo que hacía las veces de educación en la colonia. Como solo había diez mil colonos, no necesitaban más que una escuela con menos de doscientos por curso y, en cuanto a la universidad, la Escuela de Agricultura y Minería de Marte era la única opción. Carson tenía cero interés en todo lo que fuera agrícola o mineral.

El Nimbo solo permitía unos desplazamientos mínimos entre Marte y la Tierra, lo que era un problema, pero Carson tenía un plan. El Nimbo regalaría un viaje gratis a la Tierra a cualquiera que se ganara una beca para una universidad terrestre, y después otro de vuelta, después de la graduación. Pero Carson solo estaba interesado en uno de ida. Había solicitado el ingreso en Harvard, Stanford, Oxford, Tsinghua y otra docena de instituciones. Sus notas eran excepcionales, aunque no soberbias. Aun así, una solicitud de Marte recibiría atención especial, así que, aunque procuraba ser cauto, también era optimista.

«Es mejor no vender la piel del oso antes de cazarlo —le había dicho el Nimbo—. Ten siempre un plan alternativo».

En aquel momento, Carson se lo tomó como algo típico del Nimbo, pero la gran IA consciente siempre sabía más de lo que contaba.

Por el momento, tenía que centrarse en superar el instituto y asegurarse de la aprobación de sus profesores, ya que quizá necesitara cartas de recomendación. Nunca entendería por qué seguía habiendo profesores cuando el Nimbo podía enseñarles todo lo que precisaran. Era una de sus estrategias para «mantener la integridad de la condición humana».

En general, Carson no tenía ningún problema con sus profesores. Solo se molestaba cuando le quedaba claro que sabía más sobre la materia que ellos. Tal era el caso con el señor McGeary, su profesor de Estudios Mortales. El hombre parecía imaginarse como un profesor universitario en un auditorio majestuoso pontificando ante cientos de estudiantes, en vez de delante de una clasecita de veinte.

—Goddard, von Braun, Musk —declaró, dándose tantos aires que bien podría haber activado las alarmas atmosféricas de la cúpula—. Estas grandes mentes científicas de la edad mortal hicieron posible que hoy estemos en Marte.

A Carson no le estaba contando nada nuevo; siempre había sentido fascinación por la ingeniería aeroespacial y la historia de los viajes espaciales. Fascinación, que no amor. En realidad, era algo más cercano al odio. Era un consuelo saber a quién culpar de su situación.

Había una estatua de Robert Goddard justo en el centro del parque Daedalia; era una enorme figura de bronce del supuesto «padre de la cohetería» mirando al cielo, como Chicken Little buscando grietas en la cúpula. El año anterior, por un reto, Carson se meó sobre él. El Nimbo le dio un punto de indeseable, pero mereció la pena.

—¿Está hoy con nosotros, señor Lusk?

Carson estaba, de hecho, haciendo algo relacionado con la clase. Estaba esbozando un cohete antiguo que estallaba antes de salir de la plataforma de lanzamiento, algo que había sucedido más de una vez en aquellos primeros días. Cabría pensar que la gente captaría la indirecta.

—¡Carson!

—Goddard, von Braun, Musk —recitó Carson sin ni siquiera levantar la mirada del dibujo—. Pero se equivoca. Musk no era un científico, sino un hombre de negocios con mucho dinero.

Entonces, desde la otra punta del aula, Acher dijo:

—Musk, Lusk. Qué pena que solo te falta una letra para la grandeza, Carson.

Eso hizo que todos se rieran. Carson estaba molesto, aunque intentó que no se le notara.

—No hay ninguna grandeza en gastarte todo tu dinero en enviar una lata a un planeta inhabitable —dijo.

—Bueno, nosotros lo estamos habitando —puntualizó el señor McGeary.

—Si usted lo dice —repuso Carson, que se negaba a dejarle la última palabra—. Pero «vivir» y «habitar» son dos cosas distintas. Pasarán cientos de años antes de que podamos habitar de verdad Marte. Y, sinceramente, a esto tampoco lo llamaría «vivir».

McGeary suspiró; era su forma de agitar la bandera para reconocer la derrota.

—Por favor, ¿podemos volver ya a la lección?

—Como usted quiera —respondió Carson.

McGeary siguió soltando datos sobre gente famosa muerta, aunque parecía darse menos aires que antes, después de que su alumno le pinchara la burbuja.

Las naves de la Tierra solo llegaban a Marte cuando el planeta estaba en oposición (es decir, en el mismo lado del sol), lo que solo sucedía cada dos años terrestres. La «temporada de naves» duraba ocho semanas, durante las cuales despegaban y aterrizaban naves casi todos los días. La mayoría eran drones con suministros: productos y minerales que no podían ni fabricarse ni extraerse en Marte. Unas cuantas serían vehículos de pasajeros que traían nuevos colonos desorientados y apabullados, para después marcharse con todo aquel que pudiera permitirse un viaje de vuelta a la Tierra… o que el Nimbo, en su infinita sabiduría, decidiera que se merecía hacer el viaje gratis.

En Marte no había turistas. Nadie hacía viajes de ida y vuelta, salvo que el Nimbo tuviera una razón específica para ello. Al fin y al cabo, el «turismo espacial» habría sido algo reservado para los ultrarricos, y de eso ya no había. La fortuna personal ahora ocupaba un estrecho ancho de banda entre la comodidad y una comodidad algo mayor.

Con una excepción.

La Guadaña.

En lo que respecta a los segadores, el dinero no era un problema porque el dinero carecía de significado. Simplemente, hacían lo que les daba la gana cuando les daba la gana. Así que no debería haber sorprendido a nadie que, al final, un segador requisara una de las naves del Nimbo para hacer una visita a Marte.

—No recuerdo su nombre —dijo el padre de Carson mientras cenaban una noche—. Empieza por equis, creo. Se dice que va a llegar en la primera nave de la temporada.

—¿Un segador? ¿Por qué? —preguntó Carson.

Su padre se encogió de hombros.

—Dice que siente curiosidad. Que no va a cribar a nadie, que solo quiere ser el primer segador que experimente Marte.

—No se quedará —proclamó la madre de Carson—. La colonia es demasiado pequeña y provinciana para un segador.

Carson no podía negar que estaba intrigado.

—¿Alguna vez habéis visto a un segador? —les preguntó—. En la Tierra, me refiero.

—Sí, unas cuantas veces —respondió su padre, como si no fuera nada.

Su madre sintió un escalofrío que le agitó un poco los hombros.

—¿Recuerdas aquella vez, en la playa?

Su padre asintió y dejó el tenedor, como si acordarse de aquello y comer no pudieran suceder a la vez.

—Fue impactante, sí —dijo—. Estábamos todos en bañador, pero ella llevaba una túnica suelta de color lavanda y caminaba por la orilla, entre la espuma, empuñando el cuchillo más afilado que he visto en mi vida. ¡Menudo espectáculo!

—Era como si caminara un par de centímetros por encima del suelo, casi parecía capaz de andar sobre el agua —añadió su madre.

—Ojalá lo hubiera visto.

—No, Carson, no sabes lo que dices —repuso su madre, que lo miró a los ojos y después apartó la vista.

—Cribó a alguien playa abajo —explicó su padre—. No lo vimos, pero oímos los gritos.

—Fue horrible. Nos arruinó el día.

Silencio. Siguieron comiendo. Sin embargo, un segundo después, el padre de Carson tuvo que decir la última palabra al respecto:

—Cuando llegue el segador, lo mejor será pasar desapercibidos y no acercarnos.

—Pero has dicho que no viene a cribar a nadie.

Su padre dedicó un instante a observar su cuchillo para la carne.

—Los segadores mienten —dijo.

Hay una antigua expresión cuyo origen Carson desconocía: «Los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus». Sin embargo, cuando los dos son de Marte, vete a saber.

Acher y Devona tuvieron otra pelea. Como siempre, habían roto, más o menos. Y, como siempre, Carson estaba allí para consolar a Devona.

—¡A veces Acher se pone muy gilipollas! —dijo ella.

—Lo sé.

—No me valora.

—Lo sé.

—Algún día se va a enterar de que no es el único chico del planeta.

Carson todavía no conocía los detalles, pero no le cabía duda de que Devona se los contaría todos. Sería algo desconsiderado hasta extremos indignantes porque Acher siempre hacía cosas desconsideradas hasta extremos indignantes y no se daba ni cuenta. ¿Cuándo aceptaría Devona por fin que Acher no iba a cambiar? Después de su última pelea, parecía que la ruptura duraría, pero Acher tuvo un accidente. Había robado un vehículo con algunos indeseables. Hacía cosas así de vez en cuando… y sabía cómo hacer cosas cuestionables sin acabar marcado él mismo como indeseable. Sin embargo, como solía ocurrir con esa gente, se pasaron de velocidad y su rover cayó por un precipicio. A Acher se le reventó el cráneo. Estuvo morturiento casi cuatro días… y, cuando por fin lo reanimaron, Devona estaba muy arrepentida, como si su pelea hubiera provocado el accidente. Lo más gracioso era que Acher ni siquiera recordaba la pelea porque, en Marte, el Nimbo solo hace copia de seguridad de la memoria una vez al día. Su cerebro regenerado no tenía ningún recuerdo de la ruptura ni de nada más de lo ocurrido el día del accidente. Así que Devo y él siguieron como si nunca hubiera sucedido.

—Te juro que como vuelva a pillarlo tonteando con Sakari Hernández…

—Seguro que al final se dará cuenta de lo idiota que ha sido —dijo Carson, a pesar de saber que Acher nunca se daba del todo cuenta de lo idiota que era—. Y si no…

Carson puso una mano sobre la de Devona y se la sostuvo con delicadeza.

Ella lo miró y Carson no apartó la vista. La intensidad del momento se mantuvo…, se mantuvo un poco más…

… y después cayó con una gravedad mucho mayor de la que les ofrecía Marte.

Devona apartó con cuidado la mano.

—Gracias, Carson. Eres un buen amigo. Siempre me escuchas y quiero que sepas que lo aprecio mucho.

Después se levantó y se fue.

Y, aunque Acher era el mejor amigo de Carson, no podía dejar de fantasear con verlo salir volando por una cámara estanca.

La primera nave de la estación siempre era una de pasajeros, y su llegada, una ocasión trascendental. No era más que la cuarta temporada de naves desde la fundación de la colonia, ya que solo ocurría cada dos años terrestres, pero ya se había establecido una tradición. «Primera Llegada» era una fiesta en toda la colonia. Un festival ocupaba los senderos del parque Daedalia; había comida, artesanía y música para recibir a los recién llegados. Y, aunque las preparaciones se vivían con la emoción habitual, esta vez se notaba un trasfondo de ansiedad. Porque esperaban a un segador.

Sin embargo, mientras que los demás sentían inquietud, Carson estaba entusiasmado. Nunca había ido a Marte nadie tan importante. Dignatarios de la Tierra, de vez en cuando, aunque, como el gobernador de la colonia, no ostentaban ningún poder real. El Nimbo lo dirigía todo; el gobernador solo estaba allí para celebrar fiestas y animar con sus discursos en los acontecimientos públicos. Pero ¡un segador! Eso era algo real; poder real, libre de las riendas del Nimbo. El poder de tomar una vida o perdonarla, el poder de poseer. Los segadores podían tenerlo todo, ¡cualquier cosa! Todo lo que quisieran era suyo, no necesitaban pedirlo, simplemente cogerlo y llevárselo. Igual que aquel segador había requisado unos preciados asientos en la nave principal… y el Nimbo no había podido negarse.

Carson estaba decidido a, como mínimo, rozarse con su hombro. Tocarle la túnica, como si aquel privilegio impenitente se le pudiera pegar. Sin embargo, al final resultó haber una ruta más atractiva a la honorable presencia del segador.

—La colonia ha recibido saludos de la nave que se aproxima —le dijo el señor McGeary a su clase dos semanas antes de la llegada—. Por si alguien estaba preocupado, el segador Xenocrates quería asegurarnos que sus intenciones son pacíficas.

—El segador subordinado Xenocrates —lo corrigió Carson.

—¿Qué…? ¿Eso quiere decir que es importante? —preguntó Acher.

Carson ya había hecho sus deberes al respecto.

—Es el segundo segador subordinado de Midmérica, así que, sí, es bastante importante.

McGeary se aclaró la garganta para recuperar su atención.

—Sí, bueno, y hay algo más. Al… segador subordinado Xenocrates le gustaría conceder un honor especial a uno de nuestros estudiantes. Al parecer, necesita un ayuda de cámara durante su estancia.

Los compañeros de Carson empezaron a rebullirse en sus asientos. Algunos se rieron, pero estaba claro que era un tic nervioso. Carson no entendía por qué no corrían a aprovechar aquella oportunidad.

—Tendremos en cuenta a cualquiera que desee el trabajo —añadió McGeary.

—¿Quién lo escogerá? —preguntó Carson.

—Probablemente, el Nimbo —mascullo alguien, pero McGeary negó con la cabeza.

—No, como se trata de un asunto de segadores, el Nimbo no puede involucrarse. El que esté interesado en el puesto puede entregar una redacción, que después será evaluada por el profesorado.

Carson miró de nuevo a su alrededor, preguntándose si en las demás aulas mostrarían la misma reticencia. De ser así, tenía muchas posibilidades.

Levantó la mano.

—Me gustaría participar.

McGeary sonrió, por una vez demostrándole admiración en vez de hartazgo.

—Muy bien, Carson. Hay poco tiempo, así que será mejor que te pongas a trabajar. El plazo acaba a finales de semana.

Entonces se levantó otra mano al otro lado de la habitación.

—Sí, ¿por qué no? —dijo Acher—. Yo también lo intentaré.

Carson apretó los dientes. Qué típico de Acher; culo veo, culo quiero.

—¡Acheron Yost! ¡Vaya, menuda sorpresa! —exclamó McGeary.

Y Acher sonrió a Carson como si estuvieran juntos en ello. Como si se tratara de una conspiración entre ambos, en vez de una competición.

—¿Cuántas personas van a entregar redacciones? —preguntó Carson al Nimbo.

Era tarde, estaba estudiando para un examen de cálculo muy difícil, pero no lograba concentrarse porque había más variables en su cabeza que en la pantalla.

—Ya sabes que no puedo responderte, Carson —dijo el Nimbo—. No puedo comentar ni aconsejar sobre los asuntos de los segadores.

—¡No sirves para nada!

—En lo que respecta a los segadores, efectivamente, no sirvo para nada.

Carson sonrió sin poder evitarlo. Casi le caía bien el Nimbo cuando hacía autocrítica. Casi parecía humano.

Sin la ayuda de la IA, Carson tuvo que investigar por su cuenta. A lo largo de los días siguientes, habló con otros alumnos y profesores con los que había tenido una buena relación. Todo el mundo le decía más o menos lo mismo: en cada clase, dos estudiantes, como mucho, se habían presentado para el puesto de ayuda de cámara. Eso significaba que no podía haber más de treinta ensayos contra los que competir. Y eso no era nada porque a nadie se le daban mejor las palabras que a Carson. Había sido el capitán del equipo de debate tres años seguidos y, en lo que respecta a argumentos persuasivos, era capaz de convencer a uno de los transportistas de minerales de que se quitara el traje espacial y se quedara desnudo en el frío y ralo aire marciano. No es que fuera a hacerlo, pero podría.

—Deberías haber nacido mortal —le dijo una vez su madre, después de una discusión acalorada—. Habrías sido un gran abogado.

Tuvo que buscar lo que era un abogado, pero, después de averiguarlo, no le quedó otra que darle la razón.

Y, como un abogado, Carson tenía una estrategia. Un plan. Más bien, una serie de planes. Engranajes dentro de otros engranajes, porque sabía que el éxito no solo dependía de ir varios pasos por delante, sino de comprender qué ocurría entre uno y otro.

Lo aceptarían en varias universidades; estaba seguro de eso, al menos. Pero ¿una beca que le ofreciera transporte a la Tierra? Para eso necesitaría una carta de recomendación muy especial. Como la de un segador, y no cualquier segador, sino el segundo segador subordinado de Midmérica. Todas las facultades de la Tierra prestarían atención si recibieran esa carta. Carson solo tenía que ganar la competición e impresionar a aquel hombre; y, aunque el servilismo no formaba parte de su naturaleza, podía hacer cualquier cosa que se propusiera. Si tenía que convertirse en un ayuda de cámara humilde, sería todo lo humilde y servil que fuera necesario.

Acher no era especialmente humilde, pero sí muy casero y con los pies en Marte. A la gente le caía bien. No es que Carson no cayera bien a los demás, pero no era amigo de todo el mundo, como pasaba con Acher. Ser capitán del equipo de debate no era lo mismo que ser capitán del equipo de baloncesto,

como Acher. Aunque no hubiera otro colegio contra el que competir, era algo que se sumaba a la influencia social del chico. A diferencia de Carson, no aspiraba a irse a la Tierra; le gustaba ser un pez gordo en un estanque pequeño. Los padres de Acher dirigían la fábrica de aleaciones de la colonia; hacían cosas como la barrena que Carson tendría que acabar instalando en la perforadora rota. Su futuro estaba escrito en negro sobre blanco, muy sencillo. Acher iría a la Escuela de Agricultura y Minería de Marte (que no era más que unas cuantas aulas en lo más alto de la cúpula), se sacaría un título técnico en metalurgia y se convertiría en un piñón más del negocio familiar. No necesitaba ganar la competición, mientras que Carson sí.

Por otra parte, Devona tendría perspectivas de futuro si las quisiera. Era lista y, animada por Carson, había solicitado la admisión en varias facultades terrestres. No apuntaba tan alto como Carson, pero, si entraba y su familia conseguía reunir los fondos suficientes para enviarla, estaría en la Tierra. Lo que significaba que por fin tendría una oportunidad con ella porque, al fin y al cabo, la Tierra era la Tierra. No iban a estar tan lejos el uno del otro, ¿verdad?

Pero eso no era más que soñar despierto. La guinda del pastel que estaba preparando con tanto cuidado.

Escribió tres ensayos, los pulió los tres y después escogió el mejor. Para ganar una competición como aquella tenía que comprender a la perfección la psicología humana y la limitada capacidad de concentración de un comité de profesores que, seguramente, lamentaba tener otra obligación más. Su redacción debía ser una historia convincente que pintara a Carson como el más desvalido. Además de demostrar la veneración apropiada a la Guadaña, debía rendir un orgulloso homenaje a Marte. También necesitaba un toque de humor, no tanto como para arrancar carcajadas, pero sí una leve sonrisa. Y añadiría un toque sutil de ambición, la justa para sugerir que sería solícito en su trabajo.

—¿Puedo leerla? —le preguntó Acher la mañana que debían entregar las redacciones.

—No.

—Venga, que te dejo que leas la mía.

—¿Por qué? ¿Para que te corrija todos los errores?

Pretendía que fuera una pulla, pero Acher se lo tomó literalmente.

—Nah, Devo ya me ha ayudado con eso.

A Carson le fastidiaba sobremanera que Acher se tomara todo aquello con tanta tranquilidad.

—¿Por qué se te ha ocurrido participar? —le preguntó, sin poder contenerse.

Acher se encogió de hombros.

—Porque es algo diferente. ¿Cuántas personas pueden decir que han sido ayuda de cámara de un segador? —Carson tuvo que poner mala cara, porque Acher se rio—. Me encanta verte tan fastidiado —añadió, dándole una palmadita en el hombro.

Acher ganó.

¡Increíble! ¡Incomprensible! Acheron Yost, cuyo repertorio dialéctico se reducía a un «¿Por qué no, tío?», fue elegido para representar a la juventud de Marte ante el segador subordinado Xenocrates.

A Carson no le era desconocida la envidia. Era una emoción que siempre había conseguido usar en beneficio propio, retorciéndola y manipulándola como si fuera un rico caramelo masticable verde. Sin embargo, esta vez, no sabía qué hacer.

—Si te sirve de consuelo, quedaste segundo, Carson —le dijo el señor McGeary, lo que era peor que haber quedado el último.

La plata no servía para nada. Quedar el segundo significaba ser el primer perdedor.

—Quiero leerlo —exigió Carson, deseando haber aceptado la oferta de Acher en su momento—. Quiero ver qué ha escrito para convencerlos a todos.

—¿Para qué? No serviría más que para hacerte sentir peor. Y deberías alegrarte por Acheron; porque es tu amigo, ¿no?

—Sí, y me alegro por él, pero…

McGeary se lo pensó un segundo más, y después buscó el ensayo en su tablet y se lo pasó a Carson.

El chico se tomó su tiempo para leerlo. McGeary tenía razón: la redacción era buena. Digna de elogio. Tocaba todos los puntos necesarios, era sincera y resultaba entretenida. Sin embargo, cuanto más la leía, más se daba cuenta de que aquellas no eran las palabras de Acher. Acher decía que Devona lo había ayudado, pero estaba claro que había hecho más que eso: se la había escrito entera.

Carson miró a McGeary y vio que esperaba su reacción.

—Ya ves —dijo el profesor—, tu amigo ha presentado un ensayo excelente.

Presentado. Sí, eso era lo único que había hecho, presentarlo. Pero Carson no podía decirlo. No solo porque sería chivarse de su amigo, sino porque no tenía pruebas. Aunque cayera tan bajo como para acusarlo, no era más que la palabra ruin de un perdedor enfadado. Así que se mordió la lengua y todo lo que deseaba decir, y respondió:

—Es un buen ensayo.

McGeary sonrió, como si eso lo zanjara todo.

—Me alegro de que estés de acuerdo.

—Es una buena redacción—repitió Carson—, pero la mía era mejor.

El profesor le sostuvo la mirada y, para sorpresa de Carson, no lo negó, sino que soltó algo que seguro que lamentó nada más decirlo:

—Esto no iba solo de un ensayo, Carson.

Y, de repente, Carson lo supo.

Lo vio todo.

McGeary no tenía que decir nada más porque estaba allí mismo, al descubierto, entre aquellas palabras.

Carson no podía haber ganado aquella competición porque quizá estuviera en Marte, pero no era de Marte. No secretaba el inefable aroma de un colono feliz y afable. Era listo, era astuto, era carismático, pero no era el chico marciano hasta la médula que era Acher. No querían que Carson fuera la imagen de la juventud de Marte. No cuando tenían la imagen de Acher.

La vivienda de los Lusk estaba en la periferia de la cúpula y sus ventanas daban al páramo marciano, en vez de al interior, donde estaban el centro comercial y la vegetación del parque Daedalia. Todas las familias mineras tenían pisos que daban al exterior, como si desearan recordarles siempre en qué debían concentrarse.

Sin apenas nubes, las puestas de sol marcianas nunca eran nada espectacular. Un cielo pálido, cada vez más oscuro, por encima de unas rocas deformes y sus sombras aún más deformes, negras como la brea. Lo único impresionante del cielo marciano eran las noches porque, con una atmósfera tan fina, el repertorio de estrellas resultaba espectacular. Sin embargo, para Carson, no eran más que un recordatorio de todo lo que quedaba completamente fuera de su alcance.

—Sé que la vida no es justa —le dijo al Nimbo aquella noche—, pero ¿por qué no puede ser injusta con otra persona de vez en cuando?

—Ya sabes que no puedo hablar sobre la competición —le recordó el Nimbo.

—Al menos, ¿puedes darme alguna buena noticia? ¿Me puedes decir si voy a saber algo de alguna de las universidades a las que he solicitado el acceso?

El caso es que otros chicos ya habían empezado a recibir respuestas. Algunas solicitudes aceptadas, otras no. Hasta el momento, no había oído nada de ninguna beca completa, pero siempre había un par. Quedaba poco tiempo, porque todas las respuestas llegaban al principio de la temporada de naves para que los estudiantes tuvieran tiempo de prepararse y despedirse. Se les dejaría espacio a bordo de la última nave de pasajeros que volara a la Tierra.

Como las siguientes naves no llegarían a Marte hasta dentro de casi dos años, Carson tendría que irse ya y terminar el instituto en la Tierra para acostumbrarse al cambio de tiempo y gravedad antes de empezar en la universidad que se lo pagara todo. Y se lo pagaría. Tenía que creerlo porque no era capaz ni de considerar la alternativa.

—¿Puedes darme, al menos, algo de esperanza? —le suplicó al Nimbo—. Aunque no sean noticias, dime solo que están de camino.

El Nimbo guardó silencio. Al principio, Carson creía que estaba enviando la pregunta a la Tierra y esperaba respuesta, pero entonces dijo:

—Será mejor que lo hables con tus padres.

Y, como todo el mundo sabía, que el Nimbo te sugiriera hablar con tus padres no auguraba nada bueno en ningún aspecto.

Ese viernes era la gran gala minera. Las personas que se pasaban la vida escarbando en la tierra alzaban la cabeza una noche al año marciano para darse palmaditas en la espalda. Ese año iban a homenajear a los padres de Carson. El «Premio al Magnate Minero» por el mayor volumen de carga y transporte. Como su amigo Acher, los padres de Carson disfrutaban siendo peces gordos en un estanque pequeño y bastante muerto.

—¿Todavía no te has vestido? —le preguntó su madre al verlo sentado en su dormitorio intentando encontrar los plazos de respuesta de las distintas facultades.

—Solo tardaré un segundo.

A diferencia de sus padres, que jamás se arreglaban, salvo para la gala, el traje de Carson era esencial para sus debates. Sus padres estaban tan

acostumbrados a ir siempre con el mono azul que todos los mineros vestían bajo el traje espacial que arreglarse era una tarea estresante y eterna.

—Para ellos, esta es una gran noche —le recordó el Nimbo—. Ten paciencia.

Como si Carson fuera el padre y no al revés.

Al pasar junto al cuarto de baño vio que su madre estaba allí con su padre, intentando atarle la corbata, que estaba torcida y era demasiado corta. Su padre lo miró.

—Estás serio —comentó.

—¿Cuándo no está serio? —intervino su madre.

—Es por lo de las universidades —dijo Carson—. Todas las de las Méricas han enviado ya sus respuestas, pero yo no he recibido las mías.

Entonces, Carson captó una mirada entre ellos. Una especie de instinto, puede que el de conservación, le dijo que no hiciera caso; por otro lado, el Nimbo le había dicho que se avecinaba una conversación. Y el Nimbo nunca se equivocaba.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué es lo que no me estáis contando?

Sus padres no lo miraban. Y, en ese momento, supo que habían conspirado contra él. No tenía ni idea de qué habían hecho, solo estaba seguro de que eran culpables de algo.

—¿Qué es lo que no me estáis contando? —repitió con más insistencia, dejando claro que no pensaba aceptar un cambio de tema.

—Podemos hablarlo después de la gala —dijo su padre.

—No, podemos hablarlo ahora.

Su madre suspiró. Su padre se volvió hacia él.

—Los terrestres son indolentes. Tienen una mentalidad atrasada o, directamente, no tienen cerebro alguno. No te hemos criado con esos valores.

—¡Vosotros erais terrestres hasta hace ocho años! Así que no tienes derecho a decir eso.

—El futuro de nuestra familia está aquí, en Marte.

Lo que era un cuento, ya que ambos habían dejado atrás a las familias que habían tenido por separado antes de que naciera Carson. Hijos adultos, nietos adultos… y puede que incluso bisnietos adultos, a saber. Aunque nunca le habían confesado su verdadera edad, debían de rondar los cien. Sin embargo, cuando reiniciabas el contador y reconfigurabas tu edad, tendías a dejar mucho atrás. Ambos habían disfrutado de vidas plenas en la Tierra antes de abandonarla. ¿Cómo se atrevían a negarle esa oportunidad?

—¡No podéis impedir que me vaya!

—Tienes toda la vida para volver a la Tierra —intervino su madre—. Si te vas ahora, ¿cuándo volveremos a verte?

Todos conocían la respuesta a esa pregunta. Carson no iba a volver y sabía que sus padres nunca regresarían a la Tierra. Él ya lo había aceptado, pero estaba claro que sus padres no.

—Todos los críos sueñan con ir a la Tierra, Carson, pero estamos aquí por un motivo —lo sermoneó su padre—. Un motivo noble. Aunque ahora no lo veas, con el tiempo empezarás a enorgullecerte de lo que estamos haciendo aquí.

—¿Y si no?

De nuevo, aquella horrible mirada secreta entre ambos. Una mirada de conspiradores. Una mirada culpable.

Entonces, su padre se giró para mirarlo.

—Retiramos tus solicitudes —dijo.

Carson lo oyó, aunque no lograba procesarlo. Fue como una descomprensión explosiva en el cerebro.

—¿Que…, que qué? ¡No podéis hacerlo!

—Somos tus padres, claro que podemos.

Por primera vez desde que tenía uso de memoria, Carson se quedó sin palabras. Tanto tiempo esperando, anhelando, sin saber que ya lo habían dejado tirado. Lo que había hecho su padre… no era simplemente horrible. Era imperdonable. Carson jamás lo superaría. La relación con sus padres nunca había sido perfecta, pero, a partir de ese momento, era irreparable. Y ellos no se daban cuenta. No eran conscientes de lo que habían hecho. Creían que su ira era algo temporal. No lo era.

—Cuando cumplas los dieciocho, podrás hacer lo que quieras —dijo su padre—. Si todavía quieres marcharte, el año que viene puedes solicitar el ingreso en la universidad que te plazca.

—¡Para eso faltan más de dos años!

Su padre se rio.

—Aquí podrías vivir mil años sin ni siquiera tener que preocuparte por la criba. ¡Dos años no es nada!

—¡Claro que es algo! ¡Porque puedo vivir un millón de años, pero nunca volveré a tener diecisiete!

—Cielo, no te preocupes —dijo su madre—. Seguro que algún día el Nimbo encontrará el modo de devolver a la gente a esa edad.

A veces, cuando tu vida consiste en engranajes dentro de otros engranajes, das un paso en falso y acabas machacado por el lento giro del mecanismo. Sin embargo, como ocurre con la envidia, la decepción y el dolor pueden ser materias primas. Al fin y al cabo, Carson pertenecía a una familia de mineros, así que podía extraer esas rancias emociones de lo más profundo de su interior y refinarlas para convertirlas en un recurso útil.

—Oye, no te sientas tan mal —le dijo Acher sin quitarle el brazo de encima a Devona, que hacía tiempo que lo había perdonado por la última estupidez que hubiera hecho—. Cuando llegue Zenocrato, te lo presentaré.

—Es Xenocrates, como Sócrates —le dijo Carson—. Al menos, apréndete su nombre.

—Sí, porque podría cribarte —dijo Devona.

—¿Cribar a su ayuda de cámara de confianza? —repuso Acher—. ¡Nunca!

Carson no les había contado lo de sus solicitudes retiradas. No quería la lástima de Devona, ni que Acher le dijera que eso era genial porque así podrían ir juntos a la Escuela de Agricultura y Minería de Marte.

—Deberíamos llevarnos algunas «libaciones» a la Orilla del Tholus para celebrarlo.

—No puedo —le dijo Carson—. Tengo que ir al Grupo Norte para instalar una barrena nueva.

—Deberías ir con él —sugirió Devona a Acher—. Seguro que es un trabajo para dos.

—¡Claro! —respondió el chico sin vacilar, como si ir tres horas a paso de tortuga en un rover no fueran una tortura—. Seguro que mi familia fabricó la barrena, ¿no? Lo menos que puedo hacer es ayudarte a instalarla.

Y, aunque Carson no sentía ningún interés por estar con Acher en aquellos momentos, Devona estaba en lo cierto: era un trabajo para dos y la alternativa habría sido ir allí con uno de sus progenitores, lo que era mucho peor que ir con Acher.

Entonces a Carson se le ocurrió que llevarse a Acher podría conllevar otras ventajas. Ventajas que acababa de empezar a considerar.

—¡Será un viaje por carretera a la antigua usanza! —exclamó Acher—. Sin una carretera de verdad.

—Trato hecho —respondió Carson—. El sábado al amanecer nos vemos en el muelle de carga norte.

—¡Allí estaré!

Y los engranajes de Carson empezaron a girar.

El camino que llevaba al norte desde la cúpula estaba bien trillado por el paso de rovers y camiones, aunque todavía no lo habían pavimentado. El Nimbo tenía otras prioridades, así que seguramente construiría antes raíles de alta velocidad que una carretera. No obstante, por el momento, para ir al norte había que viajar por la accidentada Senda de Tharsis.

Carson podría haber puesto el rover en piloto automático, pero disfrutaba el control que le proporcionaba conducir. A veces se salía de la senda e intentaba perderse, lo que, claro, era imposible, dado que el Olympus Mons siempre estaba ahí, visible en el norte. Además, por mucho que intentara desorientarse, el Nimbo siempre sabía dónde estaba. Resultaba tan irritante como tranquilizador.

Sin embargo, aquel día Carson procuró no salirse del camino porque tenía una misión y, cuanto antes la cumpliera, mejor.

A su lado, Acher no dejaba de poner música, aunque nunca permitía que terminara una canción antes de buscar la siguiente.

—¿Cómo puedes hacer esto todos los fines de semana? —preguntó—. Yo me moriría de aburrimiento.

—Te acostumbras —respondió Carson.

Acher, como la mayoría de los habitantes de la colonia, nunca había tenido que alejarse tanto de la cúpula. Quizá le atrajera la idea de un viaje por carretera, pero desconocía la realidad del concepto.

—¡Oye, mira esto! —exclamó, y después miró hacia el ojo de la cámara del Nimbo en el salpicadero—. Eh, Nimbo, ¿cuánto son dos más dos?

Esperaron, pero no contestó. Acher parecía muy satisfecho. Carson se quedó boquiabierto durante un momento ante la falta de respuesta de la IA.

—¿Lo has visto? Ahora trabajo oficialmente para un segador —dijo Acher con orgullo—. Lo que significa que el Nimbo no puede hablar conmigo hasta que se marche.

—Xenocrates todavía no ha llegado.

—Da igual. Ya me han puesto a arreglar sus habitaciones y comprarle mierdas, así que, en lo que respecta al Nimbo, ¡es oficial!

Y, solo por comprobar que no se trataba de un problema de comunicaciones, Carson lo intentó.

—Nimbo, ¿cuánto son dos más dos?

Sin ninguna pausa en absoluto, el Nimbo respondió:

—Son cuatro, Carson. Pero eso ya lo sabías.

Habría jurado que su voz ocultaba una sonrisita de superioridad. Una inteligencia artificial riéndose de él.

—Nimbo. Intimidad —dijo Carson.

—Por supuesto —respondió el Nimbo.

La luz de su cámara y varios sensores del rover se apagaron.

—Ya está —dijo Carson—. Si no puede hablar contigo, no dejaré que hable conmigo.

Dos horas después, llegaron a la zona de construcción que pronto sería el Puesto Norte. Su futuro hogar, si sus padres se salían con la suya.

«No estarás solo —le habían dicho—. Habrá alojamiento para cien colonos, como mínimo». ¿Y eso qué significaba? ¿Que habría unas cinco personas de su edad? Carson necesitaba expandir su mundo, no contraerlo.

Media hora después llegaron a lo alto de una cresta que debería haberles ofrecido una vista panorámica del grupo de perforadoras, pero una tormenta de polvo azotaba la llanura y lo tapaba todo.

Aquello hizo que ambos se pararan a pensar, salvo que por razones completamente distintas.

—Bueno, vaya mierda —dijo Acher—. ¿Esperamos?

—No está tan mal —repuso Carson—. He trabajado ahí fuera en peores condiciones.

El rover bajó hacia las perforadoras y, al entrar en la tormenta, la visibilidad disminuyó, el sol se oscureció y el cielo se volvió de un carmesí intenso, como Carson creía que era el cielo de Marte antes de llegar allí y descubrir que tenía un aspecto pálido y anémico. Unos segundos después, la visibilidad se redujo a cero y los sensores del rover se llenaron de estática.

—Oye, creo que deberías frenar —dijo Acher.

A pesar de toda su bravuconería, era un hombre de la cúpula. No estaba acostumbrado a cómo eran las cosas en los campos exteriores.

—No pasa nada —respondió Carson—. No me hace falta ver por dónde voy.

Mientras se internaban en el amplio pasillo central del grupo, vislumbraron las tenues sombras de las taladradoras a ambos lados. Era más que suficiente para llegar hasta el Rey de Picas.

—¿No deberíamos esperar? —preguntó de nuevo Acher cuando se detuvieron—. Apenas se ve a un palmo de la cara.

—Con eso tenemos bastante —le aseguró Carson.

Se pusieron el traje y salieron a la vorágine. La barrena que llevaban en el gancho para remolque del rover era gruesa como un tronco y tenía unas hojas industriales muy afiladas. A pesar de la poca gravedad marciana, pesaba casi ciento ochenta kilos. Sus trajes estaban motorizados, así que levantarla era sencillo, pero no maniobrar con ella.

Se abrieron paso por la tormenta de polvo, lo que, en una atmósfera más densa, habría resultado imposible. Sin embargo, en Marte, no era más que una molestia.

El rover se perdió de vista detrás de ellos.

—Deberíamos haber aparcado más cerca —comentó Acher.

Unos veinte metros después, llegaron a la torre de perforación. Aunque las otras perforadoras seguían moviéndose, escupiendo mineral marciano pulverizado en sus tolvas, el Rey de Picas permanecía inmóvil, como un centinela silencioso.

Tardaron un rato en quitar los fragmentos de la antigua barrena rota, y los más grandes cayeron al suelo con un golpe sordo que, más que oírse, se sentía. Después colocaron la barrena nueva y la aseguraron en su sitio. Carson fue hasta el tablero de mandos, mientras que Acher se quedó en el suelo para asegurarse de que la barrena estaba alineada con el eje.

—Vale, arranca —le dijo Acher.

Unos segundos. Nada.

—Qué raro —dijo Carson—. No se engancha. —Se asomó desde la pasarela de la torre para mirar hacia el taladro—. Ya veo el problema, hay un trozo de roca atascado en la cubierta. Está a tu lado, ¿lo sueltas?

Acher se metió dentro de la cubierta de la perforadora y levantó la vista.

—No lo veo.

—Está al otro lado de la barrena, sigue adelante… Lo verás en un segundo.

Entonces, la barrena arrancó de repente y sus dientes afilados tiraron de Acher.

—¡Mierda! ¡Apágala! ¡Apágala!

Carson apagó el motor y bajó corriendo; Acher estaba atrapado. Las hojas de la barrena le habían roto el traje espacial. El chico hizo una mueca de dolor y jadeó.

—¡Ve a por un parche! ¡Un parche del rover! ¡Estoy perdiendo aire! ¡Corre!

Pero Carson no se movió.

—Tendrás que poner la perforadora en marcha atrás para que me suelte —dijo Acher.

Pero Carson siguió sin moverse.

—Lo siento de verdad, Acher.

—No lo sientas, ¡hazlo de una vez!

—No, quiero decir que lo siento, pero no puedo hacerlo.

Acher jadeó una vez, dos, intentando recuperar el aliento porque se quedaba sin aire.

—¿De qué…, de qué hablas?

Carson respondió con un silencio que le dejó la respuesta clara como el agua.

—¡Joder, Carson! ¿Vas a dejarme morir? ¡Cuando me revivan te daré una paliza!

Acher forcejeaba para liberarse, pero estaba demasiado atascado en el interior del mecanismo.

Carson sonrió.

—Me encanta verte tan fastidiado —dijo.

Después regresó al tablero de mandos, encendió de nuevo la perforadora y la puso a máxima potencia.

Carson había leído un viejo relato de Poe. No del segador Poe, sino del escritor de verdad, el de la edad mortal. Un hombre lleva a su archienemigo hasta lo más profundo de una antigua catacumba y lo empareda vivo. ¡Qué salvajes eran los mortales!

Acher no era el enemigo de Carson, sino su rival. Y, aunque matarlo siendo mortal habría sido un acto censurable, dejarlo morturiento no era nada más que una desagradable molestia.

Al principio, no sabía si sería capaz de llegar hasta el final. Había demasiadas variables, demasiados obstáculos. El modo de intimidad solo apagaba al Nimbo en espacios personales como el rover, pero tenía sensores y cámaras encima de cada torre perforadora. Sería difícil evitarlos. ¡Pero la tormenta de polvo lo cambió todo! ¡El Nimbo no vería nada! ¿Cómo no iba a aprovechar la oportunidad que la providencia universal le servía en bandeja?

A diferencia de lo que ocurría en la Tierra, el Nimbo todavía no contaba con una red de drones en Marte para recoger a las personas que morían en el campo exterior, así que Carson tuvo que cargar él mismo con Acher. Tres horas después, entraba con el rover directamente por la entrada de urgencias,

donde un equipo de emergencia se llevó el cuerpo destrozado de Acher, envuelto en hielo, al centro de reanimación de la colonia.

Carson procuró parecer tan nervioso y arrepentido como debía.

—Había una tormenta de polvo, acabábamos de arrancar la barrena, pero una ráfaga de viento lo empujó hacia el interior. Fue culpa mía, ¡no debería haberla arrancado hasta saber que estaba lo bastante lejos!

—No te culpes —le dijo uno de los trabajadores del equipo—. Una pena lo del traje, eso sí; no vamos a poder repararlo.

Y, como el Nimbo no había visto el incidente, el informe de Carson se convirtió en el informe oficial.

Ahora solo le quedaba esperar a que los demás engranajes se pusieran en movimiento.

—Carson, quería preguntarte algo —le dijo el Nimbo.

Fue aquella misma noche. Carson estaba tumbado en su dormitorio, repasando mentalmente de nuevo el día entero para justificarse, para racionalizar sus actos; porque, al fin y al cabo, el pensamiento racional era algo que se le daba muy bien. El Nimbo no le había hablado desde el incidente y Carson no estaba interesado en conversar con él en esos momentos.

—¿Carson?

—Ahórratelo, no estoy de humor.

—Creo que no puedo «ahorrármelo» —dijo el Nimbo—. Tengo que preguntártelo mientras pueda.

—Vale, pero que sea rápido.

—Es sobre el accidente de Acher.

—¿Qué pasa con él?

—Parece demasiado conveniente, ¿no crees?

—No para él.

—Pero sí para ti.

Carson se sentó.

—¿Qué estás insinuando?

—Aunque no puedo hablar sobre la consecuencia de la competición de redacciones, sí sé que quedaste en segundo lugar. Lo que me lleva a preguntarte… ¿Dejaste morturiento a Acher adrede para poder ocupar su puesto?

A Carson se le escapó una única carcajada. No pudo reprimirse (el Nimbo ni siquiera había intentado irse con rodeos), le salió sin más.

—¡Cómo te atreves a acusarme!

—No es una acusación, sino una simple pregunta.

—¡Una pregunta ofensiva!

—Y, sin embargo, me he percatado de que sigues sin responderla.

—¡Nimbo, modo intimidad!

—Por supuesto, Carson.

Su cámara se apagó obedientemente y su voz guardó silencio.

Sabía que el Nimbo intentaba engañarlo. Era capaz de discernir una mentira con una precisión del cien por cien a partir de la voz de una persona y los cambios más insignificantes en su fisiología. Lo que significaba que, mientras no respondiera a la pregunta, sería siendo una pregunta. El Nimbo no podía acusarlo ni sancionarlo sin pruebas; y, dado que el informe de Carson era el informe oficial, el Nimbo no podía refutarlo.

«Que se cueza en su propio jugo». Por él, como si no volvía a hablarle en toda su vida.

Acher seguía en el centro de reanimación el día que llegaba el segador. Los daños eran tan graves que necesitaba al menos cuatro días, puede que cinco, de reconstrucción y reparación celular.

—Es bueno que no recuerde el accidente —le había dicho la madre de Acher a Carson—. Aunque me temo que tú tendrás que soportar el peso del trauma.

—Estoy bien —le aseguró Carson—, pero se lo agradezco.

Era asombroso que los padres de Acher no sospecharan de él. O quizá lo hicieran, pero decidieron que Carson le había hecho un favor a su hijo. Estaba claro que no les gustaba la idea de que Acher pasara tiempo con un segador. En cualquier caso, no parecían guardarle ningún rencor a Carson, ni tampoco se lo guardaría Acher cuando regresara al mundo de los vivos. Había sufrido el suficiente daño cerebral para que el Nimbo tuviera que restaurar toda su memoria, lo que significaba que lo último que recordaría sería haberse acostado la noche anterior a su excursión al conjunto de perforadoras. Se creería la versión de Carson, como todo el mundo. Como todo el mundo, salvo el Nimbo.

Así que Carson, por defecto, se convirtió en el ayuda de cámara personal de Xenocrates durante la estancia del segador en Marte. De repente, el chico

se vio asistiendo a reuniones con los que llevaban la voz cantante en la colonia.

—No hay fecha para su regreso —le dijo el gobernador Vallerin—. Podría quedarse días o semanas. Podría esperarse hasta la última nave de la temporada para marcharse, por lo que sabemos. No nos ha dejado nada claro.

Vallerin parecía irritado. Era un hombre que vivía para los horarios y la estructura; probablemente por eso Xenocrates no le había dado estructura alguna. Era una demostración de poder. Los segadores sabían cómo ser los alfas en cualquier circunstancia.

—Nos harás saber todo lo que necesite —le dijo el gobernador a Carson —. Y, si tiene problemas con algo, eso también tengo que saberlo para que podamos atajar de raíz cualquier posible problema.

—Sí, señor.

—Eres la primera línea de defensa —siguió diciendo Vallerin—. Queremos que sus impresiones de nuestra colonia sean solo positivas. Y, como estarás siempre en su presencia, nos representas a todos. Por favor, no nos decepciones.

Carson no tenía intención de decepcionar a nadie. Le ofendía que el gobernador tuviera tan poca fe en él, pero habría sido poco diplomático decírselo.

En cuanto a los padres de Carson, no sabían qué sentir al respecto.

—Es un honor, supongo —comentó su madre con una ambivalencia impresionante.

—Deberías llevarlo a las perforadoras —sugirió su padre—. Para enseñarle el trabajo que estamos haciendo aquí.

—No creo que esté tan interesado en Marte —respondió Carson.

—Entonces, ¿para qué ha venido?

Esa era la pregunta, ¿verdad? Porque, a pesar del comunicado oficial de la Guadaña, Carson sospechaba que aquel viaje no era por mera curiosidad.

El festival de la Primera Llegada fue incluso mayor que en la última temporada de naves; como había un segador en aquella primera nave, había alguien digno de impresionar. La gente estaba tan entusiasmada como aterrorizada. Se rumoreaba que Xenocrates había hecho algunas cribas a bordo durante el viaje de seis semanas desde la Tierra para que después no le entraran ganas. No obstante nadie sabía si era cierto. Y, si lo era, ¿bastaría para saciar el impulso de cribar del segador?

Gran parte de la colonia se había congregado en el parque Daedalia. Solo se veía la plataforma de aterrizaje desde el mirador, pero el suelo temblaba tanto cuando una nave tocaba tierra que todos se enteraban de que había llegado. Cuando aterrizó la primera nave, el silencio se hizo en el parque y la población esperó para echarle un vistazo al primer segador que pisaba Marte.

La puerta de llegadas quedaba fuera del alcance de todo el mundo, salvo de los invitados. El gobernador, los miembros de mayor rango de su personal, periodistas, un coro de niños que iban a cantar la canción favorita del segador y Carson, vestido con su mejor traje para los debates.

Carson reconocía que estaba nervioso, no porque temiera que lo cribaran, sino porque era su primer encuentro con un individuo que, con tan solo chascar los dedos y agitar una mano, podía hacer cualquier cosa salvo apagar el sol. El mero hecho de que existiera una figura como él resultaba intimidante. Quedaba por ver si el hombre también lo era.

Fue una sorpresa comprobar que Xenocrates viajaba con un séquito pequeño. Una mujer que se presentó como su jefa de personal, un chef y dos estoicos miembros de la Guardia de la Guadaña cuya única función parecía ser ofrecer simetría al colocarse a ambos lados de la pasarela. La jefa de personal justificaba su existencia controlando de forma excesiva la zona de llegada, insistiendo en que se dejara libre más espacio antes de que saliera Xenocrates. Tuvieron que hacer retroceder a los niños. Echaron a la mayoría de los fotógrafos y periodistas, y solo dejaron a uno de cada en representación de la prensa. Al final, cuando todo quedó a su gusto, alzó la voz para la presentación formal:

—Les presento a su señoría, Xenocrates, segundo segador subordinado de Midmérica.

Y, tras sus palabras, el hombre salió de la nave.

Era un hombre con sustancia. No inmenso, pero tampoco delgado. Su túnica era de un ocre mate, como las semillas de mostaza. Mantenía un semblante neutro que no evidenciaba ni agrado ni desagrado, ni seriedad ni guasa. Era imposible averiguar lo que aquel hombre pensaba o sentía. Aunque a la mayoría eso le resultaba perturbador, Carson estaba impresionado. Su rostro era la verdadera máscara del poder.

—¡Su señoría! —lo saludó el gobernador—. Es un placer acogerlo en nuestra pequeña comunidad.

El dignatario alargó la mano, pero el segador no correspondió el gesto y se la dejó suspendida en el aire, como un apéndice solitario y desacoplado. La incomodidad de Vallerin crecía por momentos.

—Permiso para desembarcar en su bello planeta, señor —dijo Xenocrates.

Tras un momento de confusión, el gobernador respondió:

—Su señoría, como segador, no necesita permiso. Mi mundo es su mundo.

Después hizo un gesto al maestro del coro, que dio la señal a los niños para que empezaran a cantar.

Xenocrates se obligó a esbozar una sonrisa que más bien parecía la de un hombre empujando para vaciar los intestinos.

—Espléndido —dijo—. Espléndido.

Aunque a Carson le quedaba claro que simplemente lo soportaba.

Por fin, cuando terminó la canción, el gobernador señaló a Carson.

—Su señoría, tal y como nos solicitó, le proporcionamos a uno de los nuestros para que lo sirva como ayuda de cámara durante su estancia en Marte. Este es Carson Lusk.

Y, sorprendido, Carson vio que el segador subordinado le ofrecía la mano. Casi le daba miedo aceptarla, pero se dio cuenta de que estrechar la mano de Xenocrates lo colocaba un escalón por encima del gobernador en aquella pantomima surrealista. Así que se la estrechó con energía.

—Es un placer incomparable conocerlo, su señoría.

Xenocrates dejó escapar una risita irónica.

—¿Este chico siempre habla así? —le preguntó al gobernador, que no supo responder a tiempo.

—Solo intento ser respetuoso, su señoría —dijo Carson.

—Bueno, una cosa es ser respetuoso y otra ser servil. Y está claro que tu gobernador ya tiene cubierto lo del servilismo.

Los estoicos guardas se rieron entre dientes, lo que dejaba claro que también hacían las veces de coro del segador.

El gobernador Vallerin dejó escapar una tosecilla, ya que, al parecer, se ahogaba con el orgullo que acababan de obligarle a tragarse.

—Hemos preparado un recibimiento en nuestro glorioso parque, su señoría.

Con un gesto de la mano, el gobernador intentó que todo el mundo pasara del área de llegadas a la zona abierta de la cúpula.

—Puede que más tarde —dijo Xenocrates—. Ha sido un viaje horrendo, en un espacio tan reducido. Necesito tiempo para aclimatarme a Marte, por así decirlo.

De nuevo, Vallerin se quedó desconcertado.

—Sí, pero… Pero toda la colonia está esperando para saludarlo.

—He dicho que quizá después —repitió Xenocrates con la autoridad justa.

El gobernador se doblegó.

—Como prefiera, su señoría. Reprogramaremos las festividades como usted considere oportuno, Carson, como tu primera tarea oficial, acompaña a nuestro estimado visitante y su séquito a sus alojamientos.

Carson se los llevó, tomando una ruta que evitaba la zona abierta del centro de la cúpula, de modo que la multitud que esperaba no pudiera ver al segador.

—Entiendo que prefiera algo de tranquilidad después de un viaje tan largo —comentó.

—Sí, y detesto profundamente cuando alguien como tu gobernador pretende establecer mi agenda.

—Yo también —repuso Carson, pensando en sus padres y sus torpes intentos de dirigirle la vida.

—Espero, entonces, que estemos de acuerdo en muchos asuntos.

—Eso deseo yo también, su señoría.

Carson había investigado sobre los deberes de un ayuda de cámara, lo que fue una pesadez porque, en cuanto lo nombraron para el puesto, se quedó sin la ayuda del Nimbo, así que tuvo que desenterrar la información él solo. Casi todo parecía tener que ver con el mantenimiento del vestuario, lo que habría resultado sencillo, ya que Xenocrates solo vestía cuatro túnicas idénticas; pero la realidad del trabajo fue mucho más extensa.

El segador subordinado Xenocrates tenía muchísimas peticiones. Bebidas específicas en momentos específicos del día. Algunas con hielo, pero solo un cubito del tamaño apropiado. Carson debía tener siempre disponible una variedad de aperitivos, además de una tablet para tomar copiosas notas que el segador dictaba más deprisa de lo que Carson podía escribir. Y, cuando había malas noticias, Carson era quien se las daba. Como cuando a Xenocrates se le antojaron unas cerezas.

—Lo siento, su señoría, pero no tenemos frutas con hueso. Los árboles todavía no han crecido lo suficiente como para producirlas.

—Pues un melocotón —dijo Xenocrates.

—Es que… eso también es una fruta con hueso —repuso Carson, aunque la sonrisa irónica de Xenocrates le dejó claro que jugaba con él—. Nuestros árboles de cítricos acaban de empezar a producir. ¿Qué le parece una naranja?

—sugirió—. Y tenemos multitud de frutas de plantas trepadoras: uvas, bayas, incluso sandías.

Al final se conformó con un cuenco de fresas y reprendió al jefe del Gremio Agrícola por no cultivar fruta en el laboratorio, como hacían con la carne.

Los primeros días fueron un caos de fiestas, actuaciones en honor al segador y visitas a todos los aspectos de la colonia. Para Carson, que tenía que estar a la entera disposición de Xenocrates, fue una aventura inesperada. Accedió a lugares a los que normalmente no se le permitía entrar, desde los laboratorios de comida al núcleo informático. Podía ir adonde quisiera, siempre que fuera detrás del segador… Y, aunque a Carson no le gustaba estar a la sombra de nadie, estaba más que dispuesto a soportar aquella.

El quinto día, Carson estaba exhausto, pero era, como había dicho el Nimbo en una ocasión, el cansancio de un trabajo bien hecho. Solía regresar a casa cuando Xenocrates se retiraba a sus alojamientos a pasar la noche, sin embargo, aquella noche en concreto, el segador le pidió que acudiera a su estudio.

—Siéntate —le dijo—. Tómate un té conmigo; llevas en pie todo el día.

Se sentaron en unos sillones cómodos que daban a una chimenea holográfica que proyectaba sombras por la habitación.

—Debo decir que este holofuego me parece de un tremendo mal gusto —comentó Xenocrates.

—El fuego de verdad está prohibido, su señoría —le explicó Carson—. El oxígeno es demasiado importante para quemarlo.

—Sí, bueno, supongo que tiene sentido. En fin, háblame de ti, Carson. Por una vez, que la conversación no trate sobre mí.

Carson se aclaró la garganta.

—Bueno…, soy de los primeros de mi clase. No el primero, pero casi. Soy capitán del equipo de debate y…

—No me refiero a eso. Dime, ¿qué fue lo que te atrajo de este trabajo? Y, por favor, no me cuentes todas las chorradas que pusiste en tu redacción.

—¿Ha leído mi redacción?

—Me la entregaron, sí. Era impecable. Perfecta. Aburrida. —Le dio un buen trago al té—. Entiendo que el joven elegido en principio para este trabajo sufrió un accidente inesperado.

—Bueno, su señoría, no sería un accidente si fuera esperado.

Esperaba que Xenocrates se riera, pero no.

—Llevas aquí, con tu familia, desde que se fundó la colonia, ¿verdad?

—Sí, su señoría. Ocho años.

—¿Y qué te parece Marte?

Carson entendió que se trataba de una pregunta trampa, pero no tenía forma de saber por dónde iba a saltarle el cepo. Así que le dio la respuesta más segura.

—Es mi hogar.

El segador frunció el ceño.

—Eso no me dice nada.

—Dejé la Tierra cuando tenía nueve años, apenas la recuerdo.

—Más nada.

Carson suspiró. Estaba demasiado cansado para juegos mentales.

—Usted dígame lo que quiere que diga, su señoría, y yo se lo digo.

—La verdad. Sin que te importen las consecuencias que temas que suponga.

Carson lo miró un buen rato y, sin prestar atención a su sentido común, obedeció. Le contó la verdad a Xenocrates.

—Odio vivir aquí —reconoció—. En realidad, es algo peor que el odio.

Xenocrates sonrió (una sonrisa de verdad, no de las falsas) y se echó hacia atrás.

—Sigue.

—Esperaba conseguir una beca para asistir a la universidad en la Tierra, pero…, pero no ha funcionado.

Xenocrates asintió, leyendo perfectamente entre las líneas de Carson.

—Y creías que, si te ganabas mi favor, podría abrirte puertas.

Carson era incapaz de mirarlo a los ojos. Era la única persona con la que le había pasado.

—Se me… había pasado por la cabeza.

—No me mientas, hijo. No se te pasó por la cabeza, sino que estaba en la raíz de tus pensamientos.

—Sí, su señoría. Lo siento.

Xenocrates agitó una mano para rechazar sus palabras.

—Nunca te disculpes por la ambición. Querer llegar más arriba no es ninguna vergüenza.

Entonces, el rostro del hombre volvió a ser una máscara de poder opaca e indescifrable.

—Puede que existan oportunidades que ni siquiera has tenido en cuenta.

Xenocrates no dijo nada más, sino que permitió que aquella idea flotara entre los fogonazos irregulares del fuego artificial.

Aquella noche, Carson salió de allí sabiendo que el segador tenía planes para él, pero, por más vueltas que le daba, no tenía idea de en qué consistirían tales planes.

—Bueno, ¿cómo es? —le preguntó Acher.

—Cuesta describirlo. Es como si fuera el centro del universo y él lo supiera, así que no tiene que demostrarlo. Como si cuando caminara no se moviera él, sino que el aire se apartara a su paso y el vacío lo impulsara.

Carson estaba sentado en la habitación de Acher del centro de reanimación, con Devona. Su amigo llevaba despierto solo un par de horas, así que seguía un poco mareado, pero ya empezaba a sonar como siempre.

—Justo eso es un segador —dijo Devona—. Una persona que absorbe todo el aire de una habitación con su mera presencia.

—¿Queréis helado? —les ofreció Acher con su propia cuchara—. Está buenísimo.

Pero ninguno de los dos aceptó la oferta. Como si comer en un centro de reanimación te acercara un paso más a estar morturiento.

—Siento lo que pasó en la perforadora —dijo Carson.

A Acher no le costó restarle importancia a algo que no recordaba.

—Esas cosas pasan —dijo—. Y, de todos modos, viendo la pinta de cansado que tienes, creo que he esquivado una bala. Me alegro de que acabaras consiguiendo el trabajo; a mí no me habría gustado ser el criado de un tío tan creído.

—¿A ti te gusta, Carson? —le preguntó Devona.

—Es mucho trabajo —les dijo él—. Y cuesta complacerlo, pero, cuando lo pienso por la noche, es gratificante.

Y, cuando decía por la noche, lo decía en serio, porque ahora Xenocrates lo llamaba a su estudio todas las noches. Charlaban sobre filosofía y los acontecimientos recientes. Hablaban de historia y del papel de la Guadaña en el futuro de la humanidad. Saber que alguien tan poderoso escuchaba sus ideas y opiniones hacía que Carson se sintiera importante.

—¿Te ha enseñado sus armas? —preguntó Acher—. He oído que los segadores tienen arsenales enteros de cosas que a las personas normales no se nos permiten.

—No se ha traído nada con él —dijo Carson—. Dice que no ha venido a cribar, y, por ahora, parece cierto.

—Aun así, no me gustaría pillarlo mirándome —repuso Devona, que se estremeció.

—Entonces…, supongo que no queréis conocerlo, ¿no?

Acher y Devona se miraron, los dos algo incómodos.

—Sí, mejor no —dijo Acher.

Carson esperaba con ganas sus conversaciones nocturnas. Xenocrates parecía ser experto en todos los temas, y sus opiniones tenían varias capas. Seguirle el ritmo era un reto, y a Carson le gustaban los retos. Los conocimientos del segador sobre la condición humana le daban mucho en lo que pensar.

—La inmortalidad es un arma de doble filo —le dijo en una ocasión—. Razón de más para llevar una. —Se rio con tanto entusiasmo de su propio chiste que Carson tuvo que reírse con él. Entonces, Xenocrates bajó la voz—. Me dijiste que no te gustaba esto. ¿Preferirías que esta colonia nunca hubiera existido?

Carson percibía que aquella pregunta era demasiado relevante como para contestarla con un simple sí o no.

—Creo… que la raza humana nació en la Tierra y, por tanto, debería quedarse en la Tierra.

—Pero el Nimbo decidió establecer esta colonia —repuso Xenocrates, que estaba adoptando el papel de abogado del diablo en aquel debate—. Y el Nimbo es incapaz de cometer errores, ¿no?

—No es un error —le dijo Carson—. Fue una decisión. —Después se paró a meditarlo—. Creo… que yo habría tomado otra.

Xenocrates parecía más que satisfecho con su respuesta. Después se inclinó para acercársele y susurró, como si las paredes oyeran:

—Quizá todavía podamos.

Todos los días cubrían al segador subordinado de cualquier exceso que la colonia tuviera disponible. Comida y bebida, regalos que era imposible llevarse a la Tierra y una cantidad insoportable de sesiones fotográficas. Carson estaba siempre al lado de Xenocrates, aunque, por suerte, no lo incluían en las fotos.

—Soporto todo esto no por mí, sino por la gente de Marte —le había dicho a Carson—. No todos los días cuentan con alguien a quien impresionar.

—¿Y está impresionado? —le preguntó Carson.

Xenocrates descartó la idea con su gesto habitual y resopló.

—Eso es irrelevante. Lo relevante es que interprete ese papel.

Aunque, como segador, no tenía que interpretar papel alguno; por eso, Carson estaba convencido de que todo formaba parte de un plan mayor. El hombre se lo había dado a entender, e incluso había insinuado que Carson podría formar parte de él. Tendría que jugar bien sus cartas y, si lo hacía, quizá sus cartas no volvieran a incluir sustituir las barrenas del Rey de Espadas.

Al cabo de dos semanas, Xenocrates ya había visto todo lo que había que ver y había conocido a todas las personas a las que deseaba conocer en la colonia. Carson no había tenido tiempo para los deberes mientras asistía al segador, y el segador era lo bastante consciente de ello como para ordenar a sus profesores que le pusieran notas perfectas en cualquier cosa que no hubiera presentado. Su profesora de matemáticas había protestado con energía, pero, ante un decreto de un segador, eran fanfarronadas con tan poca sustancia como el aire marciano.

«Todo es posible», le había dicho Xenocrates a la profesora cuando objetó.

Después se marchó sin añadir nada más. Al final Carson tuvo su sobresaliente. Lo que demostraba que Xenocrates estaba en lo cierto: todo era posible cuando uno tenía el poder suficiente para doblegar a su antojo hasta los principios matemáticos. Así que Carson aguardó con paciencia a que Xenocrates lo rociara con algo de ese poder.

—Si de verdad deseas un futuro brillante y glorioso en la Tierra, puedo concedértelo —le dijo el segador—. Pero tendrás que ganártelo.

Fue durante uno de sus tés nocturnos frente a la chimenea falsa. El corazón de Carson de detuvo durante un largo latido cuando le hizo la oferta, pero intentó no demostrarlo. No sabía si estaba emocionado o aterrado. Puede que ambas cosas.

—¿Qué quiere que haga?

Xenocrates se aclaró la garganta, le dio un trago al té y después otro. El chico notaba que había meditado mucho las palabras que iba a pronunciar; aun así, el hombre se tomó su tiempo para meditarlas un poco más. Por fin, habló:

—Te pediría un acto de servicio sagrado por la humanidad. Algo que pondría al Nimbo en su sitio y, al hacerlo, preservaría nuestro modo de vida.

Carson todavía no tenía ni idea de adonde quería ir a parar. «Preservar nuestro modo de vida» parecía toda una hazaña para un adolescente en Marte. Porque, al fin y al cabo, eso es lo que era; un desconocido para el mundo, a pesar de sus sueños de convertirse en mucho más. Por otro lado, quizá el segador buscara precisamente eso: un elemento desconocido.

—Tiene que producirse un «suceso» en Marte —continuó Xenocrates—. La clase de suceso que ni la raza humana ni el Nimbo olviden jamás. Y necesito a alguien para crear dicho suceso.

Carson respiró hondo.

—Puedo hacerlo —dijo.

Al día siguiente, Xenocrates anunció que su tiempo en Marte había llegado a su fin.

—La hospitalidad del planeta rojo ha sido incomparable —proclamó—. Los habitantes de Marte permanecerán en mi memoria durante largo tiempo.

Y, en la recepción, los más poderosos de la colonia acudieron de nuevo a despedirlo. Cócteles y crudités en manos temblorosas, porque todavía temían que su invitado decidiera cribar a alguien de camino a la salida.

La directora del instituto de Carson se abrió paso entre la multitud; era una mujer de aspecto impecable que ejercía su pizca de poder casi tan bien como una segadora. Alzó la copa, parodiando un brindis, y le preguntó a Xenocrates cómo le había ido a Carson. Y, aunque Carson no esperaba grandes alabanzas, los elogios (por así llamarlos) del segador subordinado fueron muy comedidos.

—Bueno, está claro que entusiasmo no le falta —dijo Xenocrates—. No creo que el trabajo de ayuda de cámara sea su punto fuerte, pero se merece un sobresaliente por el esfuerzo.

La directora esbozó algo a medias entre una sonrisa y una mueca. Carson intentó mantener una expresión neutra, o quizá un poco pesarosa. Aunque le dolía, sabía que todo lo que decía el segador tenía un propósito oculto.

—¿Sabía usted que Carson está muy interesado en la física? —le preguntó Xenocrates a la directora—. No deja de hablar del tema.

—¿En la física? ¿En serio?

También era una sorpresa para Carson, pero ni se le pasaba por la cabeza contradecir al segador. Mejor seguirle el juego.

—Sí, siento haberlo aburrido con toda mi cháchara sobre ciencia —dijo.

—No digas tonterías, es un interés muy sano. ¡Lo que este chico necesita es unas prácticas en las que dar buen uso a sus preferencias!

Dicho lo cual, esperó, dejando claro que aquello no era un comentario de pasada. Exigía una respuesta.

—Bueno…, supongo que Carson podría hacer prácticas con uno de los ingenieros de la cúpula —sugirió la directora—. O puede que en el equipo de diseño del Puesto Norte.

—Sí, puede —dijo Xenocrates, que claramente buscaba algo mejor.

—O quizá unas prácticas en el núcleo… —sugirió ella.

—Sí —coincidió Xenocrates—. ¡Es una idea perfecta! ¿Qué te parece, Carson?

—Es… más de lo que me atrevía a imaginar.

Xenocrates dio una palmada.

—Hecho, entonces.

—Bueno, tengo que hablar con Recursos Energéticos… —empezó a escabullirse la directora.

—¿Prefiere que hable yo con ellos? —preguntó Xenocrates.

A la directora casi se le derrama la bebida.

—No, ya ha hecho más que suficiente, su señoría. Nosotros nos encargamos.

Dicho lo cual, se largó de allí, bastante desconcertada.

Carson meneó la cabeza.

—Ser capaz de hacer que ocurra con tan solo decirlo…

—Ostentar tanto poder tiene su precio —le dijo Xenocrates—. Cuando descubra cuál, te lo haré saber.

Entonces se echó a reír a carcajadas.

Aquella noche, Carson seguía despierto, dándole vueltas a la tarea que tenía por delante. Cuando más pensaba en ello, más sentido tenía que lo hubiera elegido para un deber tan solemne. La Guadaña quería ser capaz de ofrecer una negación plausible. Necesitaban un agente secreto que pasara desapercibido, alguien a quien culpar si el «suceso» no salía como esperaban. Sabía que la Guadaña lo usaba, pero, en vez de sentirse mal por ello, le daba un propósito. Porque ¿no estaba él usándolos a ellos también?

—A partir de este momento, trabajas bajo mis órdenes —le dijo Xenocrates a la mañana siguiente—. Y, por tanto, nada en esta colonia te está vedado. No se te cerrará ninguna puerta. Puedes ir adonde quieras y hacer lo

que quieras, pero asegúrate de que nadie sepa lo que tramas. —Después sonrió a Carson, demostrándole que estaba orgulloso de él, algo que sus padres nunca habían hecho—. Si lo haces bien, en la Tierra tampoco se te cerrará ninguna puerta.

—¡Por fin! —exclamó la madre de Carson cuando Xenocrates regresó a la Tierra—. Espero que no volvamos a ver por aquí a uno de los suyos.

—Amén —repuso su padre.

Y no eran solo ellos. A pesar de lo educados y respetuosos que habían sido todos ante Xenocrates, la colonia dejó escapar un suspiro colectivo de alivio cuando lo vieron marchar. Las cosas no tardaron en volver a la normalidad. No obstante, Carson tenía una normalidad completamente nueva. Una en la que no se pasaba los fines de semana con el mantenimiento de la cuadrícula minera. Creía que sus padres se quejarían y se opondrían a sus prácticas, pero parecían contentos de que por fin hubiera encontrado algo que le interesaba en Marte.

El núcleo de potencia era un silo blindado bajo la cúpula al que no se podía entrar sin autorización de seguridad. Sin embargo, como había dicho Xenocrates, ahora todas las puertas se abrían para Carson; su biometría podía desbloquear cualquier cierre. Solo necesitaba poner la palma de la mano en el panel de control o asomarse al escáner de retina. Sin embargo, se guardó para sí esa información y, su primer día, cuando lo invitaron al núcleo para la charla de orientación, dejó que los demás le abrieran las puertas.

La sala de control del núcleo era un sitio intimidatorio y complicado, lleno de pantallas, interruptores, botones y luces. Había una enorme ventana emplomada que mostraba una panorámica impresionante de la reacción de fusión que suministraba energía a toda la colonia; una esfera reluciente del tamaño de una pelota de golf que se mantenía en su sitio gracias a un campo magnético de contención. Costaba creer que algo tan pequeño pudiera hacer lo que hacía.

—¿Cómo funciona? —preguntó Carson al técnico que lo guiaba por la instalación.

—No tengo ni la menor idea. El caso es que funciona.

Carson no tardó en darse cuenta de lo poco que la gente que trabajaba en Recursos Energéticos sabía sobre física nuclear y las complejidades del reactor de fusión.

—¿Y si algo va mal? —preguntó esa primera semana a un ingeniero que parecía estar más arriba en la cadena alimenticia.

El hombre miró a Carson como si el chico hubiera perdido la cabeza.

—Nada sale mal.

—Sí, pero ¿y si saliera?

La respuesta consistió en enviar a Carson a por café… porque sus «prácticas» tenían más en común con el trabajo de un ayuda de cámara que su anterior puesto como ayuda de cámara. Y aquellas personas no lo trataban con el respeto con el que lo trataba Xenocrates; estaba claro que lo veían como una carga que había aparecido sin invitación para interrumpir sus crucigramas o lo que hicieran mientras supervisaban un sistema que ya supervisaba el Nimbo.

«Tómate tu tiempo —le había dicho Xenocrates—. Finge interés, aprende lo que puedas y espera tu oportunidad. Eres un joven brillante, seguro que encuentras el momento perfecto para la perturbación perfecta». Como siempre, el segador había elegido sus palabras con sumo cuidado. Lo llamaba *perturbación* para suavizar la realidad. Pero Carson sabía lo que sería en realidad: un sabotaje.

Se pasaba allí todos los días después de clase y los fines de semana, soportando lo mal que lo trataban, haciendo lo que hiciera falta y aprendiendo todo lo que podía.

—Ya no te vemos nunca —le dijo Devona, que lo pilló un día cuando salía del instituto.

—Sí —coincidió Acher—. Pasa del núcleo y vente un rato con nosotros.

Les dijo que no tenía tiempo. Además, ¿por qué conformarse con ser un sujetavelas cuando ahora era un sol secreto?

En cuanto a las complejas interfaces de la sala de control, en tan solo una semana, Carson ya comprendía perfectamente lo que era aquella habitación.

—Es un cubo de actividades —le dijo a la doctora Riojas, que no solo era la jefa de ingeniería, sino la ingeniera a la que más admiraba Carson; nunca dejaba sus preguntas sin contestar ni parecía molesta por responderlas.

—¿Perdona?

—Ya sabes, como los que les dan a los bebés —le explicó—. Con pomos, botones, luces y palancas. Rollo «la vaca dice mu». Eso es esta habitación.

Ella esbozó una sonrisa irónica. Después le contó que el Nimbo creaba una crisis falsa de vez en cuando para que la arreglaran, solo por entretenerlos.

Carson le devolvió la sonrisa.

—¿Alguna vez has intentado crear una crisis de verdad? Solo por ver lo que pasa.

Ella negó con la cabeza.

—¿Estás de coña? ¿Sabes cuántas medidas de seguridad tiene esto?

—Enséñamelo.

La ingeniera lo miró, quizá contagiada por su espíritu travieso.

Se acercó a la consola principal y deslizó el dedo por la pantalla para suministrar más oxígeno a la reacción. La temperatura del núcleo subió poco a poco de la zona verde a la amarilla.

A los cinco segundos, una alarma muy educada empezó a sonar en la sala de control, seguida de una voz familiar y también muy educada.

—Doctora Riojas, ha subido la reacción hasta un nivel potencialmente peligroso —dijo el Nimbo—. Le aconsejo que inicie la secuencia de refrigeración.

—Tomo nota de tu consejo —contestó ella; el indicador siguió subiendo, acercándose cada vez más al rojo.

—Doctora Riojas, debo insistir en que se ocupe de este asunto —dijo el Nimbo al cabo de unos instantes.

—La verdad es que ahora mismo no me apetece —respondió ella con toda la calma del mundo.

Hasta Carson empezaba a sentirse incómodo al ver que el indicador subía y la alarma educada se volvía un poquito menos educada.

—Lisa, por favor —dijo el Nimbo, recurriendo a la familiaridad—. Dentro de unos segundos, pasará a ser un problema.

—Me doy cuenta —respondió la doctora Riojas, y el indicador cruzó la línea entre el amarillo y el rojo.

—¿No lo vas a parar? —preguntó el Nimbo.

—No.

—De acuerdo.

Así que, tras su mejor imitación de un suspiro sufrido, el Nimbo dio inicio a la secuencia de refrigeración. Del rojo al amarillo y del amarillo al verde. En menos de un minuto, la alarma paró y todas las lecturas volvieron a unos parámetros aceptables.

—Si está estresada, doctora Riojas, quizá deba tomarse el resto del día libre y revisar sus nanobots emocionales —le sugirió el Nimbo.

—No, estoy bien —respondió ella, y le guiñó un ojo a Carson—. La vaca dice mu.

Al cabo de un mes, Carson formaba parte del paisaje de la sala de control, donde barría, llevaba el café e iba a por objetos aleatorios cuando a alguien se le antojaba algo. Pero… a veces lo dejaban solo en la sala porque, al fin y al cabo, como le había demostrado la doctora Riojas, no podía causar ningún daño.

Carson sabía que no era un tema de confianza, sino de que lo subestimaban tanto que podía estar presente y, a la vez, completamente ausente de sus pensamientos. Así, cuando llegara el momento de entrar en acción, ni siquiera se les ocurriría que había sido él.

Y, durante todo ese tiempo, el Nimbo observaba con sus múltiples ojos siempre abiertos, pero no decía nada. ¿Sabía lo que le habían pedido que hiciera? ¿Lo que planeaba? Saber que el Nimbo no podría detenerlo, que ni siquiera podía hablar sobre lo que sabía, formaba parte de la diversión.

Solo hubo un momento en que su tapadera estuvo a punto de volar por los aires; y fueron sus padres, ni más ni menos.

Todo empezó por una de aquellas estúpidas minidiscusiones que siempre tenía con uno o con ambos. Había llegado a casa tarde después de estar en el núcleo. El tercer ingeniero cumplía cien años, aunque, en realidad, no tenía derecho a celebrarlo porque acababa de reiniciar el contador hasta los veintiséis. Aun así, había tarta de chocolate con cien velas holográficas que no podían soplarse. Había asistido casi todo el personal y Carson no quería destacar por su ausencia. La tarta le había quitado el apetito, así que, cuando llegó a casa, se saltó la cena. Su madre comentó que era la tercera noche seguida. Lo regañó, su padre levantó la vista de la tablet lo justo para apoyar la amonestación y, cuando Carson tuvo la osadía de pedir que lo dejaran en paz, su madre miró hacia la cámara de la esquina de la habitación.

—Nimbo, ¿podrías, por favor, decirle a mi hijo por qué es importante no saltarse comidas?

En su familia, era tradición desde hacía años pedir al Nimbo que se pusiera del lado de cualquiera, salvo de Carson. Sin embargo, esta vez, el Nimbo no ofreció una respuesta. Al final, dijo:

—Lo siento, pero no puedo obedecer.

Aquello bastó para que su padre levantara la vista de la tablet.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó la madre de Carson.

Incluso antes de que el Nimbo pudiera explicarlo, Carson empezó a sentir pánico.

—Vuestro hijo trabaja para un segador —informó el Nimbo, a lo que añadió, para horror de Carson—: Por tanto, no podemos tener ningún

contacto.

Ambos progenitores se miraron, estupefactos, como si la mesa de comedor que tenían entre ellos hubiera desaparecido de repente.

—Pero… el segador se fue —dijo su madre.

—Sí, correcto —respondió el Nimbo—. Pero vuestro hijo sigue trabajando para él.

Ella negó con la cabeza.

—Te equivocas.

—El Nimbo no puede equivocarse, cariño —dijo el padre de Carson.

Y, aunque sus engranajes internos estaban siempre centrados en batir tierra marciana, Carson notó que, en aquel momento, buscaban una veta muy distinta.

El chico pasó a control de daños lo más deprisa que pudo.

—Ya sé lo que pasa —dijo—. Antes de que se marchara el segador subordinado Xenocrates, me dijo que nos mantendríamos en contacto y que tenía que enviarle informes sobre Marte de vez en cuando. Supongo que, para el Nimbo, eso significa que sigo trabajando para él.

Su padre gruñó y volvió a la tablet. Su madre frunció el ceño.

—¡Qué egoísta por su parte! ¿No se le ha ocurrido que eso afectaría a tu relación con el Nimbo?

—Tampoco es para tanto —respondió él, encogiéndose de hombros.

Y, aunque sí que era para tanto, el Nimbo no podía contradecirlo. ,

En la colonia había una superstición. Cuando terminaba la temporada de naves, no debías ver cómo se marchaba la última. Se suponía que procedía de una antigua creencia marítima que decía que daba mala suerte despedirse de alguien que estuviera a bordo de un barco a punto de zarpar; por eso la gente suele decir «buen viaje». Por eso, el último día de la temporada de naves, cuando preparaban el último vehículo espacial para surcar los cielos, el mirador que daba a las plataformas de lanzamiento siempre estaba vacío.

Carson, en un pequeño acto de desafío, siempre iba a ver el último lanzamiento, seguía con la mirada la trayectoria ascendente de la nave e intentaba no parpadear hasta que veía manchitas y la llama del motor desaparecía del cielo. Acher y Devona siempre se le unían, y estaba decidido a que aquel día no fuera distinto, aunque lo cierto es que lo iba a ser, y mucho. Salió del instituto temprano, pero no antes de enviar un mensaje a Devona y a Acher.

«Hoy es la última nave —les recordó—. ¿Lo de siempre? ¿A las tres y media?».

Devona respondió rápidamente con un pulgar hacia arriba.

Pero Acher le envió un emoji de una pelota de baloncesto.

«Tío, tengo entrenamiento».

Por un momento, Carson pensó en dejarlo así. Sin embargo, no carecía del todo de conciencia. Y ya había matado a Acher una vez.

«A la mierda el entrenamiento —le envió—. Prométeme que estarás ahí. ¡Es una tradición!».

«Vale, lo intentaré», respondió Acher.

Satisfecho, Carson se fue para terminar su último día de prácticas.

Llevaba un mes anunciando su presencia en la entrada de Recursos Energéticos para que alguien del interior le abriera la puerta; porque, técnicamente, solo podía entrar si alguien se lo permitía. Sin embargo, ese día puso la palma de la mano sobre el sensor de seguridad que abría la puerta exterior, después sobre el que abría las puertas contra explosiones que blindaban el núcleo y, finalmente, sobre el que activaba el ascensor que bajaba a la sala de control. Mientras descendía, miró hacia la cámara que lo observaba desde la esquina del ascensor y sonrió, como si posara para una foto. A lo largo de su vida, Carson se había sentido indefenso muchas veces. Cuando sus padres le dijeron que lo arrancaban de la Tierra para convertirse en colonos de Marte, por ejemplo. O cuando sus padres le retiraron las solicitudes de acceso a la universidad. ¿Podía el Nimbo sentirse indefenso? Si podía, debía de estar sintiéndose así en aquellos precisos instantes.

Carson entró en la sala de control, donde Otto, el desagradable ingeniero que lo había enviado por primera vez a por café, vigilaba el reactor.

—¿Llegas temprano o he perdido la noción del tiempo? —preguntó.

Carson no estaba de humor para charlas inanes, así que le dio una descarga con la pistola eléctrica. El hombre se cayó de la silla, inconsciente, y Carson disfrutó mucho al oír el golpe contra el suelo.

«La vaca hace mu —pensó Carson mientras miraba los paneles de la sala de control—. El cerdo hace oink. El reactor hace bum».

Se conocía todos los paneles del derecho y del revés. Había memorizado cada palanca, luz y botón. Se sabía todas las pantallas y ventanas que se abrirían en cada interfaz.

Bajó la palanca que ponía el reactor en control manual, la misma que había visto usar a la doctora Riojas. Después, entró en la pantalla que controlaba el flujo de hidrógeno. Aumentó el flujo y el indicador empezó a

subir hacia el rojo. Pero había aprendido lo suficiente para saber que acelerar la fusión no bastaba. Dañaría el núcleo, sí, pero, para destrozarlo de verdad, necesitaba un doble impacto.

De nuevo, sintió el impulso irrefrenable de mirar hacia la cámara del Nimbo, que estaba en la esquina de la habitación.

—¿Estás mirando? —preguntó, pero, claro, no podía responder. Igual que no podía anular nada de lo que hiciera, dado que trabajaba para un segador—. Pues muy bien. Mira esto.

Cruzó la sala para llegar hasta la consola que supervisaba el campo magnético de contención, y cambió los parámetros para que estuvieran lo más descentrados y asimétricos posible.

El campo de contención empezó a fluctuar. Se volvió inestable. La bolita de plasma creció hasta pasar de pelota de golf a pelota de béisbol. Se deformó, alargándose primero, para después adoptar forma de riñón y, a continuación, parecer incapaz de mantener ninguna forma clara. Y, mientras todo esto ocurría, ninguna alarma. En cierto modo, el Nimbo se veía obligado por ley a ser cómplice del sabotaje; no podía avisar a nadie hasta que el resultado fuera inevitable.

Sin embargo, Otto no era la única persona que trabajaba en Recursos Energéticos. Todo el que estuviera vigilando el reactor vería que algo iba muy mal.

Carson oyó pasos que se acercaban, así que se arrodilló a toda prisa junto a Otto, que empezaba a recuperar la consciencia, y le dio otra descarga. Cuando se abrió la puerta de la sala de control la doctora Riojas entró con dos ingenieros aterrados y vio a Carson, que parecía intentar reanimar a un hombre inconsciente.

—¿Qué ha pasado, Carson? —preguntó la doctora.

—¡No lo sé! He entrado y Otto estaba ahí tirado.

Riojas y su equipo se fueron directos a los paneles de control…, pero Carson los había echado del sistema. Ese día, el cubo de actividades no era nada más que un cubo de actividades.

—¿Cómo ha podido pasar esto? —preguntó uno de los ingenieros, intentando sin éxito ir más allá del «acceso denegado».

—¡Nimbo! ¡Inicia la secuencia de refrigeración! —ordenó la doctora Riojas—. ¡Y estabiliza la contención!

A lo que el Nimbo respondió:

—Lo siento, doctora Riojas. No puedo obedecer.

La doctora Riojas tartamudeó un poco.

—¿Q-qué quieres decir con eso? ¡El sistema ha alcanzado el nivel crítico! ¡Enfría y estabiliza de inmediato!

—De nuevo, doctora Riojas —respondió con calma el Nimbo—, me temo que no puedo obedecer. Hacerlo sería interferir con una acción de los segadores.

Por el rostro de la doctora pasaron más emociones de las que Carson podía contabilizar. Después se volvió hacia él, entornando los párpados, y dijo:

—Carson, ¿has visto a alguien más por aquí abajo? ¿A alguien que pueda haber hecho esto?

—No. Bueno, he visto a algunos indeseables cerca de la entrada de Recursos Energéticos. Tenían un aspecto algo sospechoso, pero los indeseables siempre parecen sospechosos.

Eso le dijo a la doctora Riojas todo lo que necesitaba saber.

—Ve con tu familia, Carson. Vete tan lejos como puedas del reactor. —Pero, doctora Riojas, ¿qué va a hacer usted?

—¡Tú vete! —le ordenó ella.

Así que eso hizo Carson. Salió del núcleo. Y, cuando cerró la puerta contra explosiones, la selló para que nadie pudiera entrar en el reactor. Ni salir.

Solo después de que se sellara la puerta y el fallo del núcleo resultara inevitable, el Nimbo empezó a dar la alarma por toda la cúpula. No lo hizo para evitar la crisis, sino para preparar a las casi diez mil almas de la colonia para lo que se avecinaba. Y, en cuanto sonaron las alarmas, todos los relojes, tablets y dispositivos que registraban la hora iniciaron una cuenta atrás. Porque, aunque el Nimbo no podía evitar que el núcleo fallara, sabía bien cuándo lo haría. En ocho minutos marcianos.

Carson no era experto en física nuclear, pero tenía una idea bastante aproximada de lo que sucedería. La puerta contra explosiones y el grueso blindaje de plomo que rodeaban el núcleo contendrían lo peor del estallido. Al fin y al cabo, para eso estaban diseñados, ¿no? Los ingenieros y trabajadores del interior morirían incinerados. Daño colateral por el bien mayor. Arriba, la colonia se quedaría a oscuras. Fallaría el soporte vital. Todos sus habitantes

acabarían morturientos en cuestión de horas. Solo los más hábiles encontrarían el modo de sobrevivir.

Como los padres de Carson.

Se había asegurado de que estuvieran lejos de la cúpula. Había ido al complejo minero el día anterior y había saboteado media docena de taladradoras, lo que obligaba a sus padres a pasarse varios días allí, reparándolas. Carson lo tenía todo pensado. Su rover les proporcionaría soporte vital y estaban lo bastante al norte como para contar con hielo de sobra para fundir y beber agua. Además, antes de irse, Carson había llenado de raciones de comida todas las células de almacenamiento del rover; con eso les bastaría hasta que montaran un equipo de rescate. ¿No querían ser pioneros en la frontera marciana? Pues justo eso era lo que iban a conseguir.

En cuanto a los muertos de la colonia, el Nimbo recuperaría y reanimaría a cualquiera que no acabara incinerado en el núcleo del reactor. Al fin y al cabo, aquello no era como el desastre lunar (Marte tenía atmósfera, por escasa que fuera), lo que significaba que los muertos seguirían siendo viables, que el vacío del espacio no desecaría sus cuerpos y que la abrasadora radiación solar no los quemaría. Lo más probable era que el Nimbo enviara una misión especial para revivirlos, en vez de esperar a la siguiente temporada de naves.

Sin embargo, Carson y sus amigos no se contarían entre ellos.

Tardó casi cinco minutos en ir desde el núcleo hasta el mirador. En los caminos y pasillos de la cúpula, la gente empezaba a pasar del desconcierto a la negación y, de ahí, al pánico. Los colonos corrían por todas partes, cada uno en su propia misión fútil. En el exterior, los rovers se alejaban a toda velocidad para poner toda la distancia posible de por medio.

Cuando llegó al mirador, fue un alivio comprobar que Devona lo esperaba, como había prometido que haría; se paseaba por la plataforma, frenética. Pero ¿dónde estaba Acher?

—Carson, ¿qué está pasando? Tiene que ver con el núcleo, ¿no? ¡Trabajas allí, tienes que saberlo!

—Se ha producido un fallo catastrófico —respondió él—. Tenemos que alejarnos todo lo posible.

Miró por la ventana hacia la última nave, que seguía preparándose para el viaje a la Tierra.

—¡El núcleo no puede fallar! El Nimbo no lo permitiría.

—El Nimbo no puede evitarlo. Ahora no tengo tiempo para explicártelo. Acher, tú y yo tenemos que subir a esa nave antes de que sea demasiado tarde.

Devona negó con la cabeza.

—Acher… no ha venido. Está en el entrenamiento.

Carson cerró los puños. ¡Maldito Acher! ¿Por qué era siempre tan poco fiable?

—Mi familia… —dijo Devona, que por fin empezaba a asimilar lo que ocurría—. ¿Tienen que venir con nosotros?

—¡No! —insistió Carson—. Están al otro lado de la cúpula, ¡no hay tiempo!

—No puedo abandonarlos…, ni a Acher.

—¡No les pasará nada!

A pesar del pánico, Devona casi se rio.

—¿Nada? Has dicho «catastrófico». ¿Cómo no va a pasarles nada?

—Estarán bien… dentro de un tiempo.

Un ruido que procedía de abajo les llamó la atención. La pasarela de cristal y acero que se extendía hasta la nave estaba repleta de personas que se habían dado cuenta de que aquella era su única escapatoria. El gruñido de la tensión del acero dejaba claro que no soportaría su peso durante demasiado tiempo. Estaba sellado a presión, pero, si la pasarela se rompía, todos los que intentaban subir acabarían expuestos al aire marciano y se asfixiarían. Y Carson y Devona no tendrían ninguna forma de llegar hasta la nave.

Bajaron para unirse a la muchedumbre que intentaba meterse en la pasarela, pero, antes de poder abrirse paso, Devona vaciló. Carson se volvió hacia ella.

—Ven conmigo, Devona —le dijo, ofreciéndole la mano—. Deja que te salve de esto. Es lo que querrían tus padres, ¿no? Les alegraría saber que has escapado.

Ella miró hacia la gente que abarrotaba el tubo de la pasarela y volvió a mirar a Carson. Seguía sin moverse.

—¿No lo ves? Soy tu salvación —le dijo él—. Soy tu rescate. Deja que te salve, Devona…

Por un momento, pareció a punto de darle la mano para meterse entre la multitud y llegar a la nave. Viajarían juntos a la Tierra. Él la consolaría. Estaría con ella. Y, para cuando revivieran a su familia y a Acher, todos formarían ya parte del pasado. La Tierra y Carson serían su futuro. Lo creía y, al creerlo, lo haría realidad.

Sin embargo, Devona dio un paso atrás.

—Voy a por mi familia —dijo—. Espérame.

Y entonces dio media vuelta y, luchando contra la corriente de colonos aterrados, desapareció entre la gente.

—¡Devona!

Pero ya no estaba.

Podría haber ido con ella. Podría haber tomado esa decisión. No lo hizo. Se decidió por lo que tenía delante, en vez de por lo que quedaba atrás. Con un nudo en la garganta, Carson le dio la espalda, se abrió paso entre la masa de personas y se concentró en lo único que todavía podía hacer: salvarse. Dio codazos, puso zancadillas y, abriéndose paso de ese modo, llegó hasta el tubo de embarque y la escotilla de la nave. Y entonces vio cuál era el problema: estaba cerrada. La nave iba a empezar su secuencia de despegue; la tripulación había tomado la decisión de salir echando leches del planeta y no poner en peligro su huida permitiendo que una horda de refugiados subiera a bordo.

—¡No hay manera! —gimió alguien—. Vamos a morir todos.

Lo que podría haber sido cierto en circunstancias normales, pero la misma autorización de seguridad para segadores que le había dado acceso a todas las puertas de la colonia también le permitía acceder a cualquier escotilla. Puso la mano sobre el panel biométrico y la compuerta se abrió. Nadie vio que había sido él y a nadie le importó. Lo único que importaba era que la escotilla estaba abierta. Carson se vio atrapado por la ola de personas que entraban en la nave.

Era una nave de mercancías, ahora sin cargamento, ya que regresaba a la Tierra. Su bodega era un espacio lúgubre, gris y cavernoso, pero, para los refugiados marcianos, era la personificación del cielo.

A menos de un minuto para el fallo del núcleo, la multitud que seguía inundando el tubo de embarque no parecía disminuir. Desde la cubierta de vuelo, la voz incorpórea del capitán urgía a la gente a desalojar el tubo para que pudieran despegar, pero, en el lado equivocado de la escotilla, nadie tenía intención de escuchar. Así que Carson tomó la decisión él mismo: de nuevo, colocó la mano sobre el panel de control y, cuando la escotilla empezó a cerrarse, empujó y pateó a todo el que estaba en el umbral. Una sola mano consiguió meterse y aferrarse con los dedos al borde la escotilla, pero el acero venció al hueso. La puerta aplastó la mano al sellarse y, acto seguido, el tubo cedió y se estrelló contra la plataforma de lanzamiento con todos los que quedaban en el interior.

Entonces, el mundo entero pareció estallar y las personas que abarrotaban la nave gimieron de miedo. Carson tardó un segundo en darse cuenta de que no se trataba de la explosión del núcleo, para la que todavía faltaba medio minuto. Eran los motores de la nave.

Como nadie estaba amarrado y no había asientos a los que agarrarse, los que estaban en la bodega (unas cien personas) cayeron al suelo por culpa de la fuerza g del despegue. La vibración que se notaba hasta en los huesos, la fuerza de la aceleración y el ruido resultaban casi insoportables.

Entonces, a los treinta segundos de despegar, el núcleo de la colonia estalló. La onda expansiva golpeó la nave de tal forma que estuvo a punto de abollar el casco. Casi la arranca del cielo. Pero aguantó. Menos de un minuto después, se zafaban de la gravedad de Marte. Los refugiados, destrozados tras la pelea por subir a bordo y el brutal lanzamiento, empezaron a alzarse y flotar, ingrávidos, mientras los motores principales se apagaban y los dejaban inmersos en el silencio extraño y surrealista de la caída libre.

Carson se abrió paso entre la multitud flotante que llenaba la bodega de carga para llegar a un pequeño ojo de buey. Estaban ya lo bastante altos como para ver la curvatura del planeta… y el resultado de su trabajo.

Había estado seguro de que el núcleo, al estar reforzado y blindado, contendría la explosión, pero, consternado, vio que no solo no la había contenido, sino que había consumido la cúpula entera y el terreno que la rodeaba. Lo único que quedaba era un ojo iracundo, incandescente, inmenso, que seguía creciendo. No había forma de calcular su escala. ¿Tendría diez kilómetros de ancho? ¿Veinte? Estaba claro que había alcanzado a todos los rovers que intentaban escapar, pero ¿llegaría hasta el Puesto Norte?

Carson se apartó del ojo de buey. Se le había revuelto el estómago y no era solo por la ingravidez repentina.

«Necesitamos un suceso que nunca se olvide», le había dicho Xenocrates. Y, como siempre, Carson lo había dado todo.

—Al habla el capitán Quarry desde la cubierta de vuelo… Supongo que debería darles la bienvenida a bordo. Sin embargo, dadas las circunstancias…, bueno, no sé qué decir. Tenemos suerte de haber salido de ahí antes de…, bueno, antes de lo que fuera eso. La nave ha sufrido algunos daños, pero nada crítico. Llegaremos a la Tierra, pero verán… Esto es una nave de mercancías. No hay comida, ni agua, ni aire para un viaje de seis semanas con tantos pasajeros. La tripulación y yo lo hemos hablado y hemos decidido que lo

mejor para todos es dejarles morturientos durante el viaje. Y hasta será mejor para ustedes, porque no se aburrirán durante tantas semanas en tránsito. Así que, solo por avisar: dentro de unos segundos, voy a expulsar todo el aire de la bahía de carga. No mentiré, la descompresión es dolorosa y sus nanobots no serán lo bastante rápidos para ayudarles. Pero el dolor no durará mucho. Perderán la consciencia deprisa y quedarán morturientos poco después. El mejor consejo que puedo darles es que, una vez empiece, cuenten hasta diez.

Tal y como prometió el capitán, fue doloroso. Comenzó con un fuerte silbido y a Carson le reventaron los tímpanos. Sintió como si le extrajeran los pulmones del pecho. El dolor de los globos oculares resultaba insoportable. Intentó gritar, pero no tenía aire que echar de los pulmones.

Y, durante un instante largo y horrendo, creyó que aquello duraría para siempre. Que era su castigo por lo que había hecho. Intentó concentrarse contando hasta diez. Solo llegó a tres.

Carson nunca había experimentado la muerte. Dicen que cada experiencia es única. No obstante ¿cómo experimentas un estado que es, por definición, la ausencia de sensación somática?

En el caso de Carson, la consciencia regresó poco a poco. Como un recién nacido, primero no se sentía un ser individual. Era todas las cosas del universo y ninguna a la vez. Oía voces y sabía que le preguntaban algo; y, aunque entendía las palabras, esas palabras desaparecían en cuanto se pronunciaban. No lograba asirse a una pregunta durante el tiempo suficiente para formular una respuesta, ni siquiera para recordar cuál era la pregunta. Y notaba un dolor sordo por todo el cuerpo que ni todos los nanobots del mundo eran capaces de aliviar. Cerró los ojos, demasiado exhausto para entender nada y, cuando volvió a abrirlos, percibió que había pasado tiempo. Era más él mismo. Al cabo de unos momentos, recordó su nombre… y, una vez que recuperó su identidad, esta trajo consigo un aluvión de recuerdos, como el trueno después del relámpago.

—¡Al fin despierto! —exclamó una voz familiar a su lado. ¿Un miembro de su familia? ¿Un profesor? ¿Un amigo? No, nada de eso—. Redescubre la existencia —le dijo la voz—. Tómate un momento.

Carson miró a su alrededor y vio que estaba en una habitación alegre decorada con colores pastel y luz indirecta. Estaba diseñada para resultar

tranquilizadora, de un modo soso y genérico. Se aclaró la garganta y paladeó lo que debía de ser la amargura acre de la muerte. Se sentía más pesado de la cuenta. Levantar la cabeza o un dedo era toda una hazaña. No eran solo los efectos de la reanimación, sino un cambio fundamental en las fuerzas celestiales que lo rodeaban.

El que estaba con él en la habitación era Xenocrates, sentado en una silla junto a la cama.

—¿Estoy en la Tierra? —preguntó Carson.

—En el mejor centro de reanimación de Fulcrum City —respondió el segador.

Carson luchó contra el pesado abrazo de la gravedad terrestre y se sentó. La cabeza le daba vueltas, pero lo soportó. Al cabo de unos segundos, la desorientación fue desapareciendo.

—¿Cuánto recuerdas? —preguntó Xenocrates.

Carson respiró hondo.

—Todo.

—¡Bien por ti! —exclamó alegremente el segador—. Algunos de los otros dicen que han perdido todo el día del desastre por ser las copias de seguridad de Marte como son. O debería decir «como eran». En cualquier caso, tienes suerte de haber conservado todos tus recuerdos originales.

Carson no se sentía demasiado afortunado. Y, aunque ya sabía la respuesta, tenía que preguntarlo.

—¿Mis padres?

Xenocrates negó con la cabeza, apenado.

—Los únicos supervivientes estaban a bordo de tu intrépida nave de mercancías. Noventa y siete.

Carson apretó los dientes hasta que le dolió.

—El capitán Quarry es ahora un héroe —dijo Xenocrates.

—No hizo una mierda —le dijo Carson—. No iba a dejar que nadie subiera a bordo. Yo fui el que abrió la escotilla.

—Hmmm. Será mejor que eso quede entre nosotros.

—Lo que hice en Marte… Se suponía que no sería tan malo.

El segador subordinado no parecía preocupado por el tema.

—El núcleo estaba diseñado para soportar una fusión o un fallo en la contención, pero no las dos cosas a la vez. Fue como abrir una ventana en el sol.

Aunque Carson tardó un tiempo en conocer todos los detalles, el núcleo roto creó una reacción en cadena, un punto caliente que abarcaba más de

ciento cincuenta kilómetros a la redonda. Habían pasado ya seis semanas, y era entonces cuando empezaba a enfriarse.

—Lo llaman el «Ojo de Marte» —le dijo Xenocrates—. Es peor de lo que esperábamos, supongo, pero muy eficaz. Todo el mundo cree que ha sido un trágico accidente y, como ha sido obra de los segadores, el Nimbo no puede comentar nada al respecto, así que, durante las semanas que has estado en tránsito, esa ficción se ha convertido en la única verdad.

Carson cerró los ojos. Devona, Acher, sus padres…, todos habían desaparecido. No morturientos, sino muertos. Él mismo los había incinerado. Los remordimientos, la culpa y la pena por lo que había hecho empezaron a crecer dentro de él, pero se negó a permitir que salieran. No dejaría que el segador fuese testigo de su debilidad.

Lo cierto era que había intentado salvar a sus padres, ¿no? Aunque lo había calculado mal. También había intentado salvar a sus amigos; Devona y Acher tendrían que haber subido a aquella nave con él, pero habían decidido no hacerlo. Lo que significaba que Carson lo había hecho lo mejor posible. No tenía nada de lo que avergonzarse. De hecho, debería sentirse orgulloso. Había hecho un sacrificio muy noble porque servía a un bien mayor: la preservación de su modo de vida.

Xenocrates se movió en el asiento y, entonces, a Carson le llamó la atención algo que le brillaba en la túnica. Unas tiras que reflejaban la luz adornaban el borde las mangas anchas.

—Su túnica es distinta…

Xenocrates esbozó una amplia sonrisa.

—Me han ascendido a primer segador subordinado, así que se me ocurrió añadir un detalle llamativo. Filamentos de oro de veinticuatro kilates. Ahora mismo son solo las mangas, pero estoy pensando en añadírselo a toda la túnica.

—Pesará mucho —comentó Carson.

Pero eso no parecía preocupar a Xenocrates.

—Un detalle sin importancia. Tampoco es que vaya a quedarme holgada.

El silencio se tornó incómodo. Entonces, a Carson se le ocurrió algo. Había hecho lo que le habían pedido, lo que significaba que la Guadaña ya no lo necesitaba. Lo que significaba que era un cabo suelto.

—¿Me va a cribar? —preguntó al segador.

—En absoluto —respondió Xenocrates, ofendido por la pregunta—. Has superado nuestras expectativas. En todo caso, eso se merece una recompensa, no una condena.

Y, aunque Carson se sintió aliviado, todavía no estaba del todo tranquilo.

—Entonces, ¿qué va a pasar conmigo?

—Tal como te prometí, en la Tierra no se te cerrará ninguna puerta. Cuando estés listo, tendrás una beca completa para estudiar la disciplina que prefieras en la universidad que elijas.

Carson se lo pensó. Ese había sido su objetivo durante mucho tiempo, pero, después de lo que había sucedido (después de lo que había hecho), no era suficiente. Quería algo más que puertas abiertas. Quería todo lo que había detrás de aquellas puertas.

—Quiero ser segador —dijo—. Usted puede hacerlo posible, ¿verdad? Eso es lo que quiero.

Creía que Xenocrates se quedaría de piedra ante su osadía. Sin embargo, el hombre se echó hacia atrás y sonrió.

—Suponía que dirías eso. Y, como has ayudado a cribar una colonia entera, diría que llevas ya bastante ventaja. —Lo observó un momento mientras sus inescrutables engranajes giraban—. Dime, Carson, ¿qué sentiste al hacer lo que hiciste en Marte?

¿Que qué sintió? Había multitud de sentimientos luchando por aferrarse a él, aunque algunos llevaban más peso que otros. Tristeza y remordimiento; esos eran ralos y ligeros. Su sensación de triunfo era mucho más sólida.

—Sentí… que hacía algo trascendental. Importante. Sentí que…, que tenía un objetivo maravilloso. Quiero volver a sentirlo.

Debía de ser una respuesta aceptable, puesto que Xenocrates dijo:

—Te tomaré como aprendiz. Aunque te advierto que no es tarea fácil. La formación es intensa y competitiva, y no todos los aprendices llegan a ordenarse. Por otro lado, creo que tienes todo lo necesario para lograrlo.

—Le prometo que no lo decepcionaré, su señoría.

—Lo creo. Tu confianza en ti mismo te ayudará a superar muchos obstáculos. Yo en tu lugar empezaría a pensar en tu histórico patrono.

La respuesta se la apareció de repente.

—Ya sé a quién escoger.

Y, cuando le dijo el nombre a Xenocrates, el segador dejó escapar una carcajada franca y triste.

—¡Extraordinario! —dijo—. La mayoría suele elegir a una figura histórica a la que admira, pero tú no. Está claro que tienes un gran sentido de la ironía.

Carson se encogió de hombros.

—De no ser por el «padre de la cohetería», no habría estado en Marte, lo que significa que no habría sido su ayuda de cámara, lo que significa que no estaría aquí ahora mismo.

Xenocrates meditó al respecto.

—Sí, todo está conectado. Bien hecho, Carson.

—No, no me llame así. Carson Lusk murió en Marte. A partir de ahora, puede llamarme por mi nombre de segador.

—Como desees. Podemos empezar en cuanto estés listo.

—Ya estoy listo. —Y, a pesar del persistente abrazo de la gravedad terrestre, se levantó de la cama y plantó los pies en el suelo por primera vez desde su llegada—. Enséñeme las normas de la Guadaña.

Xenocrates lo miró con admiración y, quizá, con una pizca de inquietud.

—Muy bien. Preveo un gran futuro para el honorable segador Robert Goddard.

El joven que antes fuera Carson Lusk sonrió. Un gran futuro, sin duda. El mundo no tenía ni idea de lo que se le venía encima.

El lienzo mortal

con David Yoon

—El arte consiste en llevar el corazón en la mano e intentar averiguar cómo narices ha llegado hasta allí —dijo la señora Cappellino.

Se recolocó el chal estirándolo del todo durante un momento, como si pudiera envolver con él a los cuatro estudiantes, para después arrebujarse en su interior. Es lo que hacía cada vez que soltaba una de sus declaraciones en clase. Era su «pista», para que los estudiantes se aseguraran de tomar nota de lo que decía cada vez que se recolocaba el chal. No porque fuera a examinarlos al respecto, sino porque era una perla de sabiduría digna de recordar.

Mortimer Ong se pasó la punta de los dedos por el pelo rapado, meditabundo. Lo cierto era que no necesitaba escribirlo porque sabía que lo recordaría. Sentía dentro lo que quería decir, igual que sentía dentro los cuadros del Museo de Arte Regional Estemericano: simplemente, absorbía el mensaje, dejando a un lado todas las capas de interpretación.

A Morty le encantaba la clase de la señora Cappellino. En primer lugar, porque solo eran cuatro estudiantes, así que era algo íntimo y personal. En segundo, porque la señora Cappellino era de la verdadera vieja escuela y, en lo que respecta al arte, la vieja escuela era la única que merecía la pena. Al menos, para Morty. Miró a su amiga Trina, que estaba en su mesa de trabajo, y ella le devolvió una sonrisa que le dejaba claro que ella también adoraba aquella clase. Aunque no todo el mundo estaba tan conectado a la señora Cappellino como ellos dos.

—No lo entiendo —soltó Wyatt desde detrás de Morty, sin molestarse en levantar la vista de la tontería con la que estuviera trasteando en su tablet

encendida.

Wynter (la hermana melliza de Wyatt) le lanzó una goma a la cabeza.

—Quiere decir que el arte expresa cosas que el lenguaje no puede.

Wyatt resopló, asqueado, como si hubiera olido las entrañas que antes llenaban aquel lugar; porque su noble internado de las artes fue antaño un innoble matadero. Imagínate un edificio entero lleno de animales muertos. La historia no era más que un hábito curioso que se abandonaba para dar paso a otro.

La señora Cappellino tenía setenta y ocho años y era, por varias décadas, la profesora más vieja de la Academia de Arte Mischler. Lo bastante mayor como para haber crecido antes de los nanobots y los ambudrones, antes de que el Nimbo fuera algo más que «la nube». ¿Cómo habría sido ver morir a amigos cercanos y familiares de cáncer o en un accidente de coche? Aquella mujer había visto cosas que ninguno de ellos volvería a ver. Cierto, los padres de Morty habían nacido mortales, pero el Nimbo los corrigió de jóvenes. Aun así, cada vez le resultaba más difícil identificarse con ellos. Sus amigos tenían el mismo problema. Al fin y al cabo, Morty pertenecía a la primera generación de inmortales de nacimiento. No era una simple brecha generacional, sino una línea divisoria entre épocas.

Morty seguía esperando a que la señora C. tirara su chal polvoriento y reiniciara el contador hasta los cuarenta o algo así. Todo el mundo lo hacía, pero ella no. Una vez le preguntó por qué.

«El lienzo solo se estira hasta donde lo exija la obra», había respondido ella, recolocándose el chal con aire decidido.

La señora Cappellino era la profesora menos popular de Mischler. Era difícil. «Escandalosa», había oído decir de ella a uno de los otros profesores. Aunque esos otros profesores bien podrían haber sido robots. Eran capaces de enseñarte paso a paso cómo pintar un Rothko perfecto: llenas el lienzo de color, añades dos rectángulos, difuminas los bordes y *voilà*. Pero la señora Cappellino haría pedazos ese Rothko. Exigía a sus estudiantes que pintaran lo que Rothko habría pintado a continuación, de haber seguido con vida.

Llegados a ese punto, la mayoría de los estudiantes dejaban su clase.

Al Nimbo le gustaba recomendar la escuela de arte como una actividad vital gratificante, pero recomendaba a un profesor u otro basándose únicamente en las respuestas del alumnado y, como a casi ningún estudiante le interesaba la verdadera creatividad, cada vez recomendaba menos a la señora Cappellino.

Para el siguiente semestre, no había ningún estudiante al que le hubieran recomendado estudiar con ella, lo que significaba que la clase de Morty sería la última. Al final del semestre, sus compañeros y él se graduarían, y la señora Cappellino se jubilaría después de cincuenta y cinco años de profesión. A partir de ahí, la Academia de Arte Mischler seguiría con su fábrica de imitaciones de Rothko.

Morty quería ser como la señora Cappellino cuando se hiciera viejo. Si se hacía viejo. Uno de los cuadros de la señora C. se había exhibido en el Guggenheim; siempre les enseñaba que esa era la inmortalidad a la que debían aspirar, que no se conformaran con menos.

Sin embargo, en secreto, Morty temía no tener ese talento. Aunque, en teoría, contaba con una vida ilimitada para perfeccionar su arte, no sabía bien si alcanzaría ese nivel. Sí, la humanidad había encontrado la cura para la muerte, pero eso solo significaba que tenía una eternidad para fracasar. ¿Cómo le sentaría eso? ¿Se agotaría su pasión? ¿Se apagaría la llama de su creatividad sin viento que la alimentase? La señora C. solía lamentarse de que el arte cada vez iba más sobre menos. ¿Qué pasaría cuando no fuera sobre nada en absoluto?

—Hemos llegado a vuestro proyecto final —le dijo la señora Cappellino a la clase dos semanas antes del final del curso—. Pensáoslo bien porque será muy importante para vuestra nota.

—Allá vamos —dijo Trina, preparándose.

—Siempre puedo volver a apuntarme a la clase en verano —mascculló entre dientes Wyatt.

Todos sabían lo que quería decir, en realidad: volver a apuntarse con una profesora más fácil.

—Eso no es excusa para no intentarlo —le dijo Wynter—. Esta clase no es solo para divertirse.

Aunque ¿de verdad no lo era?

Si tuvieras todo el tiempo del mundo para aprender lo que desearas (y ahora lo tenían), ¿perdería el conocimiento su significado? Y, si todo era para divertirse, ¿quedaba algo que fuera serio?

—Wynter tiene razón —dijo una voz desde el umbral—. Tienes que intentarlo de todos modos, Wyatt.

Todo el mundo levantó la vista.

Había una segadora en la puerta.

¡Una segadora!

Llevaba el pelo largo y rizado, y una túnica acolchada con un patrón fractal repetido en rojo y celeste.

—Los cuatro debéis esforzaros por vuestro arte. De vosotros solo se espera lo mejor —dijo, mirándolos a los ojos, uno por uno.

Todos dejaron de respirar. Morty no pudo evitar atisbar el brillo del acero guardado bajo su túnica. Era la primera vez que veía a un segador. Pocos los habían visto; su orden (de hecho, su misión) era bastante nueva. La Guadaña había declarado su dominio sobre la muerte hacía treinta y pocos años. Empezó con los doce segadores fundadores, pero ahora había cientos de ellos por todo el mundo y todos los días se ordenaban algunos más. La lógica decía que era cuestión de tiempo que se encontraran con uno, pero ¿significaba aquel encuentro que estaba allí para matar a alguien? No, no para matar. ¿Cuál era la palabra que usaban los segadores para el acto de arrebatar una vida? Cribar.

—Es un verdadero honor conocerla, señora Cappellino —ronroneó la aterradora mujer—. Soy la segadora Af Klint.

La señora C. se recolocó el chal.

—Af Klint —repitió—. Por la artista teosófica sueca, supongo.

Aquella respuesta pareció impresionar mucho a la segadora.

—Me alegra que la recuerde. Pocos recuerdan la genialidad de Hilma Af Klint. La elegí como mi histórica patrona para rescatarla del olvido.

—Histórica patrona —repitió la profesora—. Me gusta esa expresión. Es mucho más elegante que llamarlos «epónimos».

Morty sentía que su mente se estiraba en un hilo infinitamente largo e infinitamente delgado. ¿Era el último día de su existencia? ¿Los iba a cribar a todos? Miró a Trina, que se había agarrado a la mesa de trabajo. Al bajar la vista, se dio cuenta de que él también lo había hecho. La mano de Trina estaba a pocos centímetros de la suya. Estaba deseando cogérsela y apretarla; sentía un anhelo mucho más fuerte de lo habitual por hacerlo.

No obstante, la señora Cappellino no parecía nada afectada.

—¿Le apetece un té, su señoría? ¿O quizá una bebida fría?

La segadora Af Klint rechazó la oferta con un movimiento de dedos; después miró por encima del hombro de Morty, interesada por la imagen de escritorio de su tablet.

—¿Puedo? —preguntó.

—Eh… Sí…, claro. Por supuesto —respondió él, apartándose, y la mujer empezó a repasar todo su portafolio.

Que una segadora revisara tu trabajo era una sensación indescriptible, como si te enfocaran con una luz tan brillante como para consumirte la piel. Morty quiso renegar de su obra, cambiar de nombre y esconderse en una grieta de la pared.

La mirada de la segadora era severa. Después pasó al trabajo de Trina, al de Wynter y al de Wyatt.

—Todos lo intentáis, pero todavía no habéis llegado —dijo; después, su expresión se agrió—. Esta escuela me asquea. Todo el mundo ha olvidado lo que es el arte.

Fue entonces cuando Morty notó que unos dedos buscaban los suyos. Era Trina. Cuando la miró, vio que respiraba con dificultad.

—Todo el mundo hace desagradables dibujitos digitales —siguió Af Klint —. La dirección que toma nuestro nuevo mundo está clara: directo al reino de lo «agradable», nunca más allá. Nunca volverá a alcanzar lo sublime.

—No todo el mundo ha olvidado —dijo la señora Cappellino, atreviéndose a contradecir a una segadora.

Sin embargo, Af Klint no respondió con rabia, sino con una sonrisa.

—Bueno, todos menos tú, Belinda. —La segadora avanzó hacia ella, despacio—. Tú, que no solo haces que tus alumnos trabajen en el lienzo, sino que lo estiren y lo blanqueen. Tú, que te has ganado la enemistad de tus colegas por decidir, contra lo que dicta el sentido común, hacer lo difícil, en vez de lo conveniente. Tú, que luchas una noble batalla por aferrarte a algo que quizá ya se haya perdido.

La señora Cappellino respiró hondo y cerró los ojos.

—Díganos ya a por quién ha venido.

Af Klint se acercó peligrosamente a la profesora y tocó la trama de su chal.

—¿Hecho a mano?

—Por uno de mis antiguos alumnos —respondió ella.

Af Klint asintió para conceder su estoica aprobación y después dio un paso atrás.

—Creo que hoy no voy a cribar a nadie, Belinda. Verás, os he estado estudiando a tus alumnos y a ti. De toda esta ridícula escuela, tu clase es la única que parece prometedora. En general.

Lanzó una mirada desdeñosa a la tablet de Wyatt y después a Wyatt, quien, a pesar de sus apretados rizos verdes, su chaqueta electro y toda su imagen, gimió como cualquier otro ser humano habría hecho. Cerró la tablet de golpe, como si eso lo apartara del punto de mira.

Entonces, la mirada de la segadora se perdió en otro lugar completamente distinto.

—Nunca fui una artista —dijo—. No tenía ni un ápice de talento. Sin embargo, se me daba bien apreciar el arte. Desde pequeña, el arte es lo único que me conmueve. Pero, en estos tiempos, es casi imposible encontrar obras de arte que me conmuevan.

—¡Por eso está aquí! —exclamó Morty—. Quiere que la conmovamos. Está buscando artistas que todavía sean capaces de hacerlo.

La segadora sonrió y lo apuntó con un dedo. Trina retiró la mano por acto reflejo.

—Mortimer Ong, voy a tenerte vigilado —dijo la segadora—. Eres más perspicaz de lo que te conviene.

A Morty se le enfrío muy deprisa la mano vacía.

—Gracias, su señoría —repuso como un bobo.

Todavía estaba pensando en Trina. No la culpaba por apartarse. El miedo puede ser frío, aunque quema al tacto.

La segadora Af Klint se enderezó y tiró del dobladillo de su túnica.

—He venido porque quiero que me concedáis un capricho. Me gustaría organizar una pequeña competición con vuestros proyectos finales. Cuando terminen estas dos semanas, el mejor artista recibirá un año de inmunidad a la criba —anunció mientras jugueteaba con su anillo, pensativa—. ¿Qué os parece?

¿Que qué les parecía? Les parecía vivir una pesadilla. Morty sentía la urgente necesidad de preguntar algo. Apretó y soltó los puños.

—Lo siento, su señoría, pero ¿a qué se refiere con «el mejor»?

La segadora esbozó de nuevo su críptica sonrisa, como una Mona Lisa oscura.

—Me refiero a un arte digno de los maestros de antaño.

Wynter, de quien Morty se había olvidado por completo, empezó a balbucear:

—Pero…, pero…

—¡Wynter! —le dijo entre dientes la señora Cappellino, que entrelazó las manos en un gesto apaciguador—. Su señoría, nos encantaría participar, por supuesto.

La presa de Wynter se rompió.

—Pero ¿qué pasa con los que no ganen? ¿Qué pasa si no gana nadie?

La segadora Af Klint se paseó hasta la puerta.

—Haces unas preguntas muy buenas. Es lo que distingue a un verdadero artista. Son los falsos artistas los que creen tener todas las respuestas.

Se marchó. El aula respiró aliviada.

Y Wyatt empezó a vociferar:

—¡Wynter tiene razón! ¡Los segadores no aparecen para divertirse! ¡Solo aparecen por una razón! ¡Va a cribar a uno de nosotros!

—O a todos nosotros —gimió Trina.

Y se hizo el silencio. Porque tenía razón.

—Se me dan fatal los materiales tradicionales —dijo Wyatt—. Los lienzos me quedan torcidos, mis acuarelas se emborronan. Estoy muerto.

—Callaos todos, por favor —dijo la señora Cappellino.

De repente, el aula se paralizó, como si a los presentes se les hubieran detenido los engranajes del cerebro.

—Tenemos que obedecer —dijo al fin Morty—. Ya sabéis lo que pasará si no lo hacemos.

La señora Cappellino apretó los labios y asintió.

—No hay elección —concluyó—. Debéis esforzaros al máximo… y cruzar los dedos.

—A la vista de la… situación —les dijeron en dirección un poco más tarde—, a los cuatro os excusamos del resto de vuestras clases hasta que terminéis vuestro proyecto artístico.

Que era lo peor que podría haberle ocurrido a Morty. Necesitaba las demás clases para distraerse del estrés del encargo. Y, cuando sus padres se enteraron (porque, evidentemente, se enteraron), lo llamaron, presas de un pánico apenas controlado. La culpa y los remordimientos por haberlo enviado a un internado se desbordaron, junto con el miedo por su vida. Tuvo que consolarlos y decirles que no pasaría nada. Era su vida la que quizá estuviera en peligro y, sin embargo, ahí estaba, consolando a sus padres.

A la mañana siguiente, el colegio entero sabía lo de la competición. Morty descubrió que sus compañeros los evitaban a los cuatro, como si, además de estar marcados por la muerte, ese estado fuera algo contagioso.

—Pues vaya con la inmortalidad —masculló Wyatt cuando empezaron a planificar sus proyectos, y Wynter le atizó más fuerte de lo normal.

—No nos lo pongas más difícil de lo que ya es —le dijo.

Morty rebuscó entre los pinceles, esponjas y pinturas de los cubos. Había pasteles, lápices y tinta. Rotuladores de todos los colores imaginables, todos

secos por la falta de uso. Al final fue a por los tubos de pintura al óleo que usaba siempre, pero tiró la caja entera.

Trina se agachó para ayudarlo a recoger los tubos y, al hacerlo, chocaron hombro contra hombro.

—Qué torpe soy —comentó Morty.

—Me pregunto por qué —repuso Trina. El chico no se dio cuenta de lo mucho que le temblaban las manos hasta que ella se las cogió—. Vamos a salir de esta.

Morty la miró.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Ella esbozó una sonrisa torcida y canturreó:

—Es lo que siento.

«Es lo que siento» era el latiguillo al que recurrían cuando les daba demasiada pereza explicar (o eran demasiado tontos para hacerlo) por qué habían elegido una composición, un color o una técnica concreta. Les garantizaba una mirada de hastío de sus profesores (incluida la señora Cappellino) y era una bromita privada suya desde hacía años. Hasta las bromitas se convierten en historia si las mantienes durante el tiempo suficiente.

Mientras tanto, Wyatt aferraba su tablet como si fuera una mantita. Repasaba frenéticamente la base de datos artística del Nimbo. El Nimbo en sí no ofrecía ninguna ayuda porque, ahora, aquello era un asunto de los segadores.

—Estoy jodido —masculló—. No encuentro nada que dibujar.

La señora Cappellino lo observó durante un minuto entero antes de que el chico se diera cuenta.

—¿Qué? —le preguntó con ingenuidad fingida, porque sabía muy bien qué pasaba con la señora Cappellino. La mujer miraba con rabia la pantalla del tablet de Wyatt.

—Ahora podría ser un buen momento para apartarse de los espejos de mono, las gafas de ciego y otras armas digitales del conformismo.

Lo que no apaciguó en absoluto a Wyatt.

—¿Por qué no pruebas con algo al óleo? —le sugirió ella.

—Tengo pintura al óleo, acuarelas y todo lo demás aquí—respondió él, señalando la tablet—. Para la segadora, debería contar lo mismo.

Wynter negó con la cabeza.

—Las pantallas emiten luz. La pintura la refleja. Es distinto.

—Y sacar cosas del Nimbo no es lo que se dice original, ¿no? —añadió Trina.

—Solo uso el Nimbo como inspiración —dijo Wyatt, exagerando su exasperación—. Acabaré con algo original.

—Tus «comienzos» suelen resultar ser «acabados» —dijo Wynter.

Wyatt y Wynter dieron inicio a una de sus competiciones de miradas fulminantes sin palabras, algo que parecía típico de mellizos.

—¿Podemos trabajar y ya está, por favor? —intervino Morty—. Los dos me estáis estresando.

La señora C. dio dos palmadas.

—Sí, vamos a concentrarnos. Esto no tiene que hacerse en un día. Buscad vuestro tema, escoged vuestro material. Hoy toca el trabajo previo. El resto vendrá solo.

Morty no se podía concentrar. ¿Dos semanas para hacer una obra maestra inconcreta para una segadora? Era imposible.

Volvió la vista atrás para mirar a Trina. Estaba ocupada haciendo algo con cartón, una caja grande, y conseguía mantenerse tranquila y precisa, a pesar de todo. Su meticulosidad era una de las cosas que más le gustaba de ella a Morty. El mero hecho de mirarla lo calmaba. Ella se dio cuenta, así que él apartó la vista.

Pasaron las horas, lentas e inexorables como la lluvia que tintineaba sobre los ventanales centenarios. En teoría, el Nimbo estaba aprendiendo a influir en el clima para minimizar las amenazas y los daños causados por las condiciones extremas (lo que eliminaría el drama, junto con el peligro), pero, por el momento, la tormenta les ofrecía un trasfondo melancólico que añadía textura a sus emociones.

Entonces, al final del día, la señora Cappellino, que solía dejarlos en paz mientras trabajaban, se acercó para examinar su obra antes de que se fueran a la residencia.

Empezó con Wynter, cuyo escritorio estaba cubierto de hojas de papel cortadas.

—Estoy recreando las imágenes de stock más populares sobre el Nimbo, pero a mano y a escala monumental —explico con su típico gesto con el brazo.

La señora C. hizo una pausa.

—¿Me explicas por qué crees que esto no es arte de imitación?

—Expreso por qué el instinto creativo no puede reducirse a un algoritmo. O algo así.

La profesora seguía siendo escéptica, pero lo dejó pasar.

—Estoy deseando que me dejes pasmada con tu ejecución.

—Tenía que decir «ejecución» —refunfuñó su hermano.

La señora C. fue después hacia Trina, que se asomó desde detrás de su gran caja.

—Va a ser una cámara oscura que proyectará una imagen de esta habitación en una vitela que después delinearé.

—Suena genial —dijo Morty.

Trina le dedicó una sonrisa rápida que casi lo ruboriza.

—¿Alguien quiere saber en qué estoy trabajando yo? —preguntó Wyatt.

—No —respondió Wynter.

—Estoy probando InstaKahlo.

La señora Cappellino se pellizcó el puente de la nariz con agotamiento extremo.

—No sé si quiero saber qué es un InstaKahlo.

—Es este botón de aquí —respondió Wyatt, señalando la aplicación de arte de su tablet—. Acabo de instalar también PicassoFace, Pointillist Pro, Banksify…

—Ajá. Maravilloso, Wyatt —repuso la profesora, impávida.

Estaba claro que no quería volver a darse contra la misma pared de ladrillos a la que se enfrentaba cada vez que trataba con él.

Trina estiró el cuello para mirar la mesa de Morty.

—¿En qué estás trabajando tú?

Morty tapó con el cuerpo su bloc de dibujo.

—Todavía no estoy preparado para enseñarlo.

—¿Solo un vistacito?

Durante un momento, se le paró el corazón, porque claro que quería enseñárselo todo. Pero se quedó como estaba.

—Es que apenas he empezado.

No obstante, la señora Cappellino se había puesto frente a Trina para ver bien el bloc. Curvas y líneas. Unos rasgos apenas insinuados. Poco más que estudios de la forma humana. Pero la profesora debió de ver algo en ellos porque asintió para dar su aprobación y le tocó con delicadeza el hombro.

—Sigue adelante —le dijo.

Los dos días siguientes también fueron fríos y lluviosos. Por la mañana, estaban bajo el agua helada esperando a que la señora C. les abriera el

estudio; antes de aquel proyecto tan importante, nunca lo había cerrado con llave.

—¿Por qué? ¿Cree que vamos a sabotearnos entre nosotros? —preguntó Wyatt.

—De ti, no me extrañaría —dijo su hermana.

La profesora suspiró.

—La prensa se ha enterado de la competición. No queremos que ningún fotógrafo se cuele para hacerles fotos a vuestras obras antes de que estén terminadas.

—¿La prensa? —repitió Trina, incrédula.

Morty ya sospechaba que el asunto podría desmadrarse.

—Que una segadora organice una competición es noticia. Todo el mundo quiere saber quién gana.

—Y a quién criban —añadió Wyatt.

La señora C., que se peleaba con las llaves, resopló, irritada.

—No hay nada que indique que vayan a cribar a nadie.

Entonces abrió la puerta y todos entraron corriendo.

Para Morty, era como una carrera a ninguna parte. Volaba de una hoja a otra, descartando ideas cada vez más deprisa. Ni siquiera había tocado los tubos de pintura. Aunque sí que tenía una idea: un desnudo. Algo que había pintado ya muchas veces. A Morty le gustaban los desnudos, pero no por lo que cabría esperar. Una mente vulgar podría verlo como algo cuestionable, mientas que, para él, era algo mucho más puro. Estaba enamorado de la elegancia y la belleza de la forma humana en todas sus variantes. Joven, vieja, delgada, rellena, varón o hembra, daba igual. Por otro lado, ¿qué tenía eso de original? Casi habría sido mejor dejar que una serie infinita de monos lanzaran pintura hasta que surgiera una figura reconocible.

Se imaginaba el final de la competición y a la segadora Af Klint de pie ante su lienzo vacío, esbozando una sonrisa cada vez más amplia bajo la capucha mientras el acero le brillaba en la mano.

Miró a su alrededor. Para cualquier visitante que no supiera nada sobre lo ocurrido, los estudiantes tenían el aspecto de artistas apasionados. Quizá lo fueran, aunque lo que los impulsaba era el miedo.

«No temas a la muerte —leyó Morty una vez— porque ¿qué es la muerte, sino el mismo vacío del que surgimos?».

Antes de aquello, creía que la frase tenía mucha lógica. Ya no.

Wynter, siempre con su obsesión hiperlógica, estaba cortando a mano formas idénticas de papel grueso para su misterioso proyecto de montaje.

Incluso había colgado una sábana para tener más intimidad.

Trina permanecía oculta detrás de su enorme caja de cartón, dando toquecitos sin parar con un pincel cuya punta tenía el tamaño de un grano de arroz. Una luz improvisada evitaba que Morty viera su trabajo. Bebía traguitos de un termo de chocolate caliente. Casi parecía divertirse.

Wyatt se daba en la frente con la tablet cada diez minutos, como una especie de autoflagelación medieval. En cierto momento, perdió toda su compostura, se echó a llorar y se manchó de rímel la manga.

—Todos estos filtros están muy trillados —gimió—. No tengo nada, literalmente.

Wynter dejó de cortar. Puso cara de compasión, algo raro en ella, y, de repente, Morty cayó en la cuenta de que los dos tenían una infancia en común que iba mucho más allá de la rivalidad y el antagonismo.

—Cambia de materiales —insistió con cariño la chica.

—Pero estos son mis materiales —dijo Wyatt—. No se me da bien nada más.

A Wynter le cambió la cara.

—Odio cuando te pones así.

—¿Cuando me pongo cómo?

—Como si no te quedara nada por aprender.

Morty se apretó las sienes.

—Chicos, por favor.

Wyatt frunció el ceño.

—Lo siento, ¿estamos interrumpiendo tu importantísimo trabajo? ¡Si ni siquiera sabemos lo que es!

Morty miró su bloc de dibujo. No hacía más que dibujar dos grandes círculos, una y otra vez.

Wyatt se rio.

—Puede que todavía tenga alguna oportunidad de sobrevivir.

Morty hizo una bolita arrugada con el papel.

—¿Qué quieres decir con eso?

Wyatt abrió la boca para soltar algún comentario malicioso, pero Morty lo detuvo lanzándole el papel. Después, empujó la mesa de Wyatt.

—¡Basta! —exclamó la señora Cappellino—. Que todo el mundo pare ahora mismo.

En la habitación reinaba el silencio denso y húmedo de cuatro jóvenes artistas muertos de miedo.

—Voy a pedir un publicoche. Vamos al museo. En busca de inspiración.

—Tengo que trabajar —dijo Morty.

—Necesitas inspiración —repuso la profesora—. Los cuatro la necesitáis.

Fue Trina la que rompió el silencio posterior.

—He oído que en su cafetería tienen los mejores pasteles de la ciudad.

Morty miró a Wyatt y se le hundieron los hombros. Tuvo que recordarse que su compañero no era el enemigo. Se acercó y le ofreció un puño, a modo de disculpa. El otro chico lo aceptó. Pero también apuntó a Morty con un dedo: «Cuidadito con lo que haces».

El vehículo chato los llevaba como podía por las calles, amplias y mojadas, a través de acres de colinas verde oscuro que la lluvia incesante azotaba de lado. El paisaje era bello porque tenía muy poco que ver con la humanidad. Morty pensó en todas las plantas que existían antes de las personas, sin nadie que las documentara, clasificara o se las comiera. La idea era como un vacío y un banquete, todo y nada.

Digamos que sobrevivía a aquella competición ridícula. Digamos que salía de su parálisis y, por lo que fuera, lograba ganar. Conseguiría un año de inmunidad, un regalo poco común.

Pero ¿qué haría con ese año?

¿Lo dedicaría a pintar?

¿Seguiría con el arte o perdería todo interés?

¿Se tumbaría entre aquellos acres de colinas verdes y escucharía el rumor de las briznas de hierba durante doce meses seguidos? Estaba entre los primeros de una nueva generación que podía pasarse la eternidad tumbada en la hierba, si eso era lo que deseaba.

Sin embargo, seguía sin existir una verdadera inmortalidad, si pensaba bien en ello. Porque, mientras hubiera segadores, habría muerte. Por eso todo el mundo valoraba tanto un año de inmunidad. Porque, en el fondo, eran conscientes de que el miedo a la muerte era mucho más aterrador que la muerte en sí. En un mundo en el que el Nimbo sabía todo lo que había que saber, la muerte era una de las pocas incógnitas que quedaban. Quizá por eso el Nimbo había declarado que se apartaría por completo del concepto y permitiría que la muerte siguiera siendo un empeño humano que alimentarían y mantendrían los segadores. La supuesta inmortalidad de la humanidad solo sustituía una pregunta imposible («¿Qué haré con mi breve tiempo en la Tierra?») por otra igualmente imposible: «¿Qué voy a hacer ahora que tengo más tiempo del que necesito?».

El Museo de Arte Regional Estemericano (un imponente triunfo del neobrutalismo guateado con jardines verticales) siempre se presentaba sereno en los tranquilos días entre semana.

—Tomaos una hora. Después nos reuniremos en la cafetería —dijo la señora Cappellino—. Hasta entonces, echad al agua vuestra mente como si fuera una red, a ver qué pescáis.

Dicho lo cual, los abandonó a su suerte, aunque, aparte de eso, Wyatt también contaba con su dispositivo.

—¡No hay cola en FormiVerso! —gritó, y los llevó corriendo a una caja blanca del tamaño de una habitación.

La caja los reconoció de inmediato y les ofreció unas herramientas que flotaban a la altura de sus manos. El aire estaba lleno de algo etéreo y recargado que caía del cielo y pretendía imitar el cosmos (o algo así). La instalación FormiVerso le recordaba a Morty a la escuela infantil, aunque a una escala mayor para que los adultos pudieran divertirse con el debido permiso.

—Se supone que hay que encontrar inspiración, no distracción —dijo Wynter.

—¿Es que no puedes esperar ni un momento, Wynter? —replicó Wyatt—. Ya sé para qué estamos aquí y todo eso, pero, por una vez, podrías soltarte un poco.

Su hermana accedió, aunque a regañadientes, y se libró de su rigidez con un suspiro dramático.

—De acuerdo —dijo—. Vamos a construir un bosque.

—Con zombis y naves espaciales —añadió Wyatt.

—¿Me recuerdas cuántos años tienes? —preguntó la chica a su hermano, pero ahora sonreía.

Con un solo vistazo, Morty supo que Trina ya se había cansado del FormiVerso, igual que él. Así que, mientras los mellizos reñían y creaban su mundo multicolor de porquerías prefabricadas, Morty salió de la caja blanca con Trina al alargado silencio de un pasillo que conducía a la Colección Permanente, su ala favorita. Era vieja y poco popular porque las obras eran planas, no se movían y se habían creado antes de 2042, el año en el que el Nimbo cobró conciencia de sí mismo y todo cambió.

La Colección Permanente era una cueva reluciente y en penumbra, iluminada por faroles ámbar. Entraron en aquel espacio como si fuera un lugar sagrado. Trina respiró hondo y se le iluminó el rostro.

—¡Ay, el olor!

Morty también lo conocía. No sabía si era por los viejos cuadros en sí o por la madera de los marcos. A pesar de haber transcurrido cientos de años, aquellas obras afectaban a los sentidos de más de una forma.

Recorrieron el lugar en silencio, maravillados. Sobre todo, vieron retratos de personas antiguas con trajes elaborados y paisajes de nieve y hielo que tenían que ser habituales por aquel entonces.

Sabía que muchos de los cuadros se habían copiado hasta la saciedad en el Nimbo; quizá por eso ya nadie iba a verlos. Habían perdido su valor cultural, como el dinero de un país desaparecido o una frase graciosa anticuada. Sin embargo, a Morty le parecía una lástima. Si nadie iba a verlos, ¿acabarían por desaparecer de la existencia? ¿Qué desaparecería después? Lo echaría todo de menos, sobre todo el arte más raro, el que sentía, pero era incapaz de explicar.

Como la enorme taza de café con pelo, que era aterradora y accesible a la vez.

O el gran fregadero de cocina sin grifos ni sumideros que, a pesar de ser claramente basura, te rompía el corazón.

Le gustaba la Colección Permanente porque no albergaba respuestas, sino preguntas. Ir a un museo en busca de respuestas era como pedirle a un río que permaneciera quieto para reflejarte en él.

Llegaron hasta un lienzo en blanco en el suelo, manchado por las huellas de un zapato. Morty se agachó para leer la placa.

«*Painting To Be Stepped On*», leyó. Levantó la mirada, pasmado.

—¡Trina!

Trina ya estaba junto al cuadro.

—¡Venta, prueba!

El rectángulo era pequeño, y ya estaba lo bastante cerca de la chica como para percibir el olor a lavanda de su pelo. Eran como dos pasajeros en un estrecho ascensor fantasma.

—Este cuadro es, literalmente, solo una línea de instrucciones —dijo—. Es casi como hacer trampa.

—¿Tú crees? ¿Es hacer trampa usar un pincel para pintar en vez de una rama? ¿Es la pintura en sí hacer trampa, comparada con los pigmentos hechos con sangre o bayas? Si te pones a pensar demasiado en las trampas, no tardarás en decir que la única forma de hacer arte de verdad es arrastrando las manos por el barro.

Morty bajó la vista hasta la punta de sus pies, que casi se tocaban.

—De todos modos —añadió Trina—, ¿cuánto hace que no te divertías tanto?

—Desde que una segadora apareció en nuestra clase.

Ella lo echó del lienzo de un empujón. Siguieron caminando, retrocediendo por la historia hasta las obras más antiguas. Morty observó la cara de Trina al dejar atrás un cono de luz, sumergirse en la oscuridad y volver a surgir, brillante, bajo otro.

—¿Quieres ver uno de los cuadros más escalofriantes del museo? —preguntó el chico.

Le tapó los ojos con una mano y la guio, mientras ella se reía, al otro extremo del ala. Tardaron un rato; suponía que colocaban el cuadro en un lugar más inaccesible para no asustar a los visitantes más jóvenes. Las pestañas de Trina le hacían cosquillas en la palma de la mano.

—¿Lista?

—Nací lista —respondió ella, riéndose.

La risa se detuvo en seco cuando Morty apartó la mano. En el marco, un hombre desnudo yacía desangrándose en una bañera. En una mano inerte sostenía una nota; en la otra, una pluma con la que no volvería a escribir nunca.

—Se llama *La muerte de Marat*.

—Y tanto —dijo Trina.

Se tapó los ojos y después se asomó entre los dedos. Apretó un hombro contra el de Morty y se acercó más para oír la explicación susurrada.

—A este tío lo asesinó su enemiga. Logró colarse en su casa con engaños y lo apuñaló. Los dos tenían causas políticas por las que estaban dispuestos a matar. Y a morir.

—Es fantástico —dijo Trina—. Pero ¿por qué «causa» merece la pena morir? No lo entiendo.

Él frunció el ceño.

—Yo tampoco. Pero me resulta fascinante que la gente de entonces fuera capaz de sentir con tanta intensidad.

Trina no apartaba la mirada del cuadro.

—Es por toda esa muerte. La señora C. lo trató en clase.

Él se volvió hacia Trina y se la encontró mirándolo.

—Hace muy poco que los humanos derrotaron a la muerte… ¿Significa eso que ya nos hemos quedado sin cosas de las que hablar?

Dejó la pregunta flotando en el aire y, entonces, sin venir a cuento, Trina se giró hacia él y le dijo:

—Tengo miedo, Morty.

Lo tomó por sorpresa.

—¿Cómo? ¿Tú? Tú nunca tienes miedo.

—Se me da bien ocultar las cosas. —Apretó los labios—. No quiero morir, Morty.

Él tragó saliva.

—No vas a morir.

Ella volvió la vista hacia el cadáver de Marat.

—No quiero que todo acabe antes de encontrar algo que me importe tanto como la vida misma.

Morty quería decir algo más, pero no pudo porque los ojos de Trina habían adquirido una cualidad dura y seria, como un reto que él no podía rechazar. Y, aunque estaban cerca, los dos se acercaron más aún hasta que no quedó espacio entre ellos. Se entregó al beso sujetándole con ternura la nuca y perdiendo la torpeza que se apoderaba de él cuando la tenía cerca. Morty notó un leve sabor al chocolate de aquella mañana y supo que ese sabor siempre lo transportaría hasta ese momento.

Unos pisadas los interrumpieron. Se separaron. «Por favor, que no sea la señora Cappellino —pensó Morty—. O, peor, los mellizos».

Pero era aún peor. Era la segadora Af Klint.

¡No podía ser una coincidencia! De algún modo, sabía que estaban allí. Los acechaba. Como un tigre.

—Interesante sujeto de estudio —ronroneó mientras observaba el cuadro—. El nombre de Marat significa «muerte» en sánscrito. —Entonces se volvió hacia Morty—. Igual que el tuyo significa «muerte» en francés.

El tragó saliva.

—Mar muerto —dijo—. Mortimer significa «mar muerto».

Se arrepintió nada más decirlo porque ¿y si corregir a una segadora era una ofensa merecedora de criba?

—Marat era francés —repuso Af Klint—. Hubo una revolución. Después de acabar con el viejo régimen, las distintas facciones competían por crear uno nuevo. A Marat no lo mató una enemiga, sino una compañera revolucionaria. ¿No es irónico? —Los miró con una extraña expresión de anhelo—. Me gusta tu trabajo, Morty. Y también el tuyo, Trina.

—Gracias, su señoría —dijeron al unísono, aturullados.

—Pero os contaré un secretito: no soy yo la que decide quién gana. Será tarea del juez que tengo en mente. O, mejor dicho, de los jueces…

—¿Quiénes? —soltó Trina.

Si Morty hubiera podido taparle la boca con la mano para volver a meterle la palabra dentro, lo habría hecho.

—Es solo un pequeño experimento mío —respondió la segadora—. Ahora, ¿no deberíais ir a reuniros con vuestra profesora en la cafetería? Me han contado que tienen los mejores pasteles de la ciudad.

Lo que siguió fue el paseo más cohibido jamás paseado hasta salir de la cueva nocturna de la Colección Permanente, de vuelta a la luz, dejando atrás los ruidos y sirenas del FormiVerso, hasta llegar al mostrador de la cafetería. Af Klint no parecía ser consciente de ello, ni tampoco que le importara. Habitaba un universo interior completamente ajeno, como si pilotara su cuerpo desde lejos. Morty suponía que solo tenía sentido para alguien de su posición.

El resto de su clase estaba allí, incluida la señora Cappellino, y se quedaron todos paralizados como estatuas al ver acercarse a la segadora con los dos jóvenes. Al camarero (un chico no mucho mayor que los alumnos) se le cayó un plato al suelo detrás del mostrador y ni se molestó en recogerlo.

—Ahí estás, Belinda —dijo la segadora Af Klint a la profesora, con gesto amable.

La señora Cappellino se aclaró la garganta y sacó todo el valor que pudo reunir de lo más profundo de sus entrañas.

—¿Qué la trae hoy hasta el museo?

—Solo quería ver cómo iban mis concursantes. Y ocuparme de algunos asuntos.

Cuando la segadora vio que el labio inferior de Wynter se perdía en el interior de su boca, levantó una mano autocomplaciente.

—Ah, no, hoy no he venido a por vosotros, sino a por un expreso.

Se giró hacia el camarero, que se creía más chulo que nadie con su impecable traje de tweed de imitación, perteneciente a una época ya pasada, sombrero de fieltro incluido. De repente, ya no se sentía tan chulo.

—¿De qué… clase? —preguntó.

—¿Cuál me recomiendas?

—La mezcla matutina.

—Pues que así sea —dijo la segadora—. Y prepárate otro para ti. —Entonces, se sacó una bolsita de granos de café de un pliegue de la túnica—. Pero hazte el tuyo con estos granos.

El camarero se quedó blanco. Vaciló. Pero Af Klint lo fulminó con la mirada, así que se fue de inmediato hacia la máquina.

Morty no sabía que se pudiera tardar tanto en preparar un expreso. Tanto moler, compactar y zumbar, tanto ruido y furia para verter un chorro con textura de caramelo en una tacita en miniatura. Y, después, otro. Tras tanta atención y mimo, el producto final parecía muy pequeño. Unos cuantos mililitros de líquido que se tragaban en un segundo.

—*Salud* —dijo en español la segadora.

—*Salud* —respondió el camarero.

Se bebieron su café.

Unos segundos más tarde, el camarero se derrumbó. Había perdido el sombrero al caer al suelo, así que la prenda se quedó bien colocadita en el mostrador, como si la hubiera dejado allí adrede.

—Y esa era la mezcla matutina —dijo Af Klint antes de meterse detrás de la vitrina, coger una caja rosa y empezar a llenarla de pasteles. Le dio la caja a Wyatt y después los miró de uno en uno desde debajo de la capucha—. Unas golosinas para el viaje de vuelta a casa.

El publicoche permanecía en silencio. Morty no soportaba mirar la caja de dulces que Wyatt llevaba en el regazo. Nadie lo soportaba.

—Así que es de las que envenenan —comentó Wynter.

—También lleva armas blancas en la túnica —dijo Trina.

Wyatt estrelló la cara contra el reposacabezas de delante.

—¡Parad, vale! Parad.

—Oye —le dijo Morty—, no sabemos si nos va a cribar. Solo ha hablado de un premio.

—No de un castigo —coincidió Trina.

Wyatt levantó la cabeza y les lanzó una mirada asesina con los ojos llorosos.

—¿De verdad sois tan estúpidos? Me dio la caja rosa a mí. Miró mi tablet y puso…, puso una cara… Ella es de la vieja escuela y yo no. Quiere convertirme en una especie de ejemplo.

Nadie le dio la razón, pero tampoco le llevó la contraria. Se quedaron allí sentados, juntos, aunque dolorosamente separados unos de otros.

Aquella noche, Morty no pudo dormir. Se preguntaba a quién le correspondería el trabajo de ocuparse del cadáver del camarero. Se preguntaba dónde estaría la caja rosa. Se la imaginaba en un vertedero,

rezumando arcoíris de azúcar disuelto bajo el aguacero de medianoche que lo empapaba todo. Veía el agua de lluvia acumulándose en las cuencas oculares, las mejillas huecas y la boca abierta que seguirían ahuecándose cada vez más con el transcurso del tiempo.

Se bajó de la cama, salió descalzo de su cuarto y subió a la última planta de la residencia. Todas las habitaciones por las que pasaba estaban a oscuras; todo el mundo dormía.

Salvo Trina.

Se concentró en la línea láser ambarina que brillaba bajo su puerta. Llamó. Ella respondió; era una silueta dentro de una cuña cada vez mayor de luz cálida.

No dijeron mucho después de eso. Se besaron, moviéndose con delicadeza. Ella estaba tan nerviosa como él. Por su incompetencia mutua, estaba claro que era la primera vez para ambos, aunque ninguno podía negar lo mucho que lo necesitaban. Era una necesidad absoluta. Aquella noche era ineludible. Si no ocurría, Morty estaba seguro de que ambos perderían la cabeza.

Más tarde, Morty contemplaba el cielo a través del tragaluz salpicado de gotitas. Observó la capa de nubes que palpitaba con la luz de la luna, que luchaba por abrirse paso. Trina dormía a su lado, pero se había destapado de una patada. Al parecer, era de las que preferían el frío para dormir. Él no.

El joven no dejaba de darle vueltas a los acontecimientos del día. ¿Había ocurrido lo de esa noche por la criba del camarero o a pesar de ella? Los hombros de Trina reflejaban una luz azul oscuro. Sus curvas eran suaves y delicadas. Los cuerpos humanos eran asombrosos, con unas proporciones tan geométricas y, a la vez, orgánicamente caóticos; todos iguales en general, pero diferentes en los detalles más íntimos. Pintarlos le resultaba tan frustrante como fascinante. Un millón de desnudos dibujados a la perfección podían parecer idénticos a ojos indiferentes, aunque no lo fueran. El reto consistía en encontrar unos ojos a los que sí les importara.

Entonces fue cuando se le ocurrió la idea. Le dio tan fuerte que tuvo que salir con mucho cuidado de la cama, buscar carboncillo y papel, y dibujar un boceto lo más rápido que pudo, para que la idea no se le escabullera de nuevo en el mar revuelto de su subconsciente.

Sobre él, el techo de nubes había cedido lo justo para crear un estanque de cielo nocturno del índigo más intenso imaginable, bordeado de plata. Dentro

de ese estanque, una luna pura tañía de luz. Un pájaro negro en pleno vuelo, ignorante de su propia precisión, cortaba en dos mitades perfectas aquel círculo blanco.

Cuando llegó el último día, los cuatro estudiantes habían dejado de hablar entre ellos. Trabajaban con la intensidad de aldeanos asegurando las ventanas para enfrentarse a un tifón. El pincel de Morty se resbaló y salpicó de pintura al óleo el antebrazo desnudo de Wyatt, que se limitó a limpiárselo con la mano, sin comentar nada ni quejarse. En ningún momento dejó de mirar su tablet ni perdió la concentración.

Después de aquel día, Morty ya no tendría tiempo para esperar a que se secara una capa antes de corregir los errores del cuadro. La decisión final tendría que tomarse ante un lienzo todavía húmedo. Ojalá haber tenido más tiempo. ¿Así era antes la vida? ¿Todo el mundo deseando haber tenido un poco más de tiempo?

En cierto momento, su lienzo había llegado a esa etapa inevitable en la que ya no aceptaba más pintura y tenía que dejarlo marchar.

«El arte nunca se termina, simplemente se abandona», les había dicho la señora Cappellino en una ocasión.

El ruido de una silla al arrastrarse por el suelo anunció el final. La profesora se levantó y dijo en tono amable:

—Soltad las herramientas.

Aunque ellos ya no tenían más tiempo para sus proyectos, la señora Cappellino todavía no había terminado. Los llevó hasta el patio de la escuela. En el centro, Morty vio que habían quitado una docena de los ladrillos que pavimentaban el suelo; en el agujero, de tamaño considerable, habían vertido hormigón fresco. La señora C. se arrodilló al lado.

—Haced aquí la marca que más os apetezca —les dijo—. Y no olvidéis firmarla.

Ella fue la primera y usó un destornillador para dibujar una recargada letra efe en la plasta. Procuró dejar lisos los bordes irregulares antes de firmarlo con su nombre: Belinda Cappellino.

—La efe es por Faraz, mi marido —dijo, a lo que añadió—: Falleció.

Nadie quería ser el siguiente. La profesora percibió su silencio incómodo.

—Fue hace mucho tiempo. Padecía algo que se llamaba «alzhéimer precoz». Perdió su identidad. Prácticamente se convirtió en un desconocido, en realidad. Así que, en cierto modo, lo perdí mucho antes de que muriera.

Wynter se retorcía las manos.

—Supongo que eso fue antes de los centros de reanimación y los nanobots médicos.

—Pues claro que sí —le espetó Wyatt, que no paraba quieto, deseando marcharse—. ¿Por qué si no iban a dejar que pasara? Todavía no sabían esas cosas. Ahora sí.

—Oye, no seas maleducado —le dijo Morty.

—Es cierto —repuso Wyatt—. ¿Por qué iba a ser eso de mala educación?

Lo cierto es que Morty no lo sabía. Solo le parecía que la forma de hablar de Wyatt, tan cruda, era de mala educación. Le parecía irrespetuosa, por lo que fuera.

La señora Cappellino se limitó a sonreír.

—Wyatt tiene razón. Un día existía la muerte natural en el mundo y, al día siguiente, ya no. Si algo me enseñó perder a mi marido es que todo puede cambiar en un segundo… y lo hará. Las personas, las verdades, realidades enteras. El truco consiste en decidir si un cambio en concreto es bueno, malo u otra cosa para la que todavía no he encontrado palabras.

—Bueno, yo me alegro mucho de que haya vivido lo suficiente como para ver la reanimación —dijo Trina.

Silencio. Morty se adelantó un paso.

—¿Señora C.?

Ella se recompuso y abrió mucho los brazos, como si fuera a bendecir aquel espacio.

—Sois la última clase de mi carrera. Este puntito de hormigón es para que satisfagáis mi deseo egoísta de posteridad. ¡Así que acercaos de una vez y dibujad algo!

Todos dejaron su marca, usando lo que hubiera a mano. Wynter estampó una hoja muerta una y otra vez para formar un patrón hexagonal, a su típica manera hiperrealista. Wyatt, tras meditarlo mucho, dibujó una interrogación con un palo.

—Estoy dibujando sobre no saber qué dibujar —dijo. Cuando se encontró con una mirada de hartazgo colectiva, añadió débilmente—: Es meta. Lo meta es un concepto muy antiguo. En fin, me da igual, ya estoy harto de esto.

—Wyatt —intentó detenerlo Wynter, pero su hermano ya se había largado—. Qué estúpido es. Siempre ha sido muy estúpido.

Y, de repente, se echó a llorar.

La señora Cappellino la calló con un abrazo.

—Y seguro que seguirá siendo estúpido durante muchos años —le dijo.

Trina y Morty se acuclillaron uno al lado del otro y dibujaron lo que, suponía, podría llamarse un nudo celta entrelazado. No se lo pensaron mucho. Por supuesto, no estaban pensando en algo que mereciera pasar a la posteridad. Pero, por un momento, disfrutaron de verdad de intentar pasar por encima y por debajo de las manos del otro sin chocarse.

Taparon con cuidado los proyectos y los transportaron al lugar donde se elegiría al ganador. A la mañana siguiente, los estudiantes se reunieron en el estudio de la señora Cappellino, que ya no estaba cerrado al no haber motivo para ello. A Morty, el sitio ya le parecía esquelético. Una carcasa vacía de lo que antes fuera. Aunque quizá se debiera a que sabía que la señora C. no volvería a enseñar allí. Aquel era el primer día de su «jubilación». Otro concepto perteneciente a los viejos tiempos de la mortalidad.

La ansiedad silenció sus conversaciones dentro del publicoche.

—¿Dónde nos van a juzgar? —preguntó Wynter.

—Ya lo verás —contestó la profesora—. Y no os van a juzgar a vosotros, sino vuestro trabajo.

Wyatt frunció el ceño y resopló.

—¿Y se supone que nos lo tenemos que creer?

—Espero que deslumbres, pase lo que pase hoy —le dijo la señora C., y después miró a los demás—. Y eso va por todos.

El publicoche se detuvo. Morty salió el primero, seguido del resto de su clase, todos con los ojos entornados para protegerse del sol.

Estaban en la entrada del Museo de Arte Regional Estemericano. Y, esta vez, sí había cola para entrar.

—¿Vamos a hacerlo aquí? —preguntó Wynter.

—Me han dicho que expondremos en el atrio —respondió la señora Cappellino.

—¿Delante de toda esta gente? —murmuró Trina, que se abrazaba, pensativa.

Sin embargo, Wyatt se puso a rebotar sobre los talones; de repente, había recuperado la energía.

—¡Son buenas noticias! Es perfecto —dijo—. Estaba deseando tener público.

—Siempre estás deseando tener público —gruñó Wynter.

Morty se quedó mirando la cola. Nunca había visto a tantas personas en un museo. Se preguntó si todas estaban allí por casualidad o atraídas por el posible olor a sangre.

—Allá vamos, gente —dijo la señora C.

Los condujo al interior, abriéndose paso entre los que hacían cola. Una vez dentro, siguieron avanzando entre la multitud hasta llegar al atrio. Allí vieron un octágono acordonado con cuatro pedestales, todos cubiertos por un velo de satén blanco.

Un hombre musculoso con una corbata estampada (el director del museo) se acercó a la señora Cappellino, presuroso.

—Llegan tarde —le dijo entre dientes. Después desenganchó la cuerda de terciopelo y los dejó entrar en el octógono—. Ella ya ha…

—¡Ah, aquí están! —retumbó su voz, como un enorme gong de cobre, por todo el atrio.

La segadora Af Klint salió de entre las sombras y los recibió con los ojos encendidos debajo de la capucha de su túnica acolchada. ¿Cuándo había llegado? ¿Cuánto tiempo llevaba esperando? ¿Le había agriado el humor la espera? Morty se preguntaba si aquel brillo en los ojos significaba que una criba era inminente. Sin embargo, la mujer se volvió hacia la multitud.

—Bienvenidos todos —dijo—. Hoy les espera una grata sorpresa.

Al ver a la segadora, el público contuvo el aliento al unísono; era como un coro esperando a que sonara la primera nota de terror.

—Ahora que están aquí —les dijo a todos los reunidos—, los invito a quedarse para disfrutar de esta exposición única. De hecho, se lo exijo.

Aun así, algunos de los visitantes del fondo perdieron los nervios y empezaron a escabullirse.

—Que el cielo nos ampare —susurró el director del museo.

Af Klint examinó a los presentes como un halcón en busca de presa.

—Los segadores solemos trabajar solos —dijo, y cada palabra resonó dentro del atrio, llenándolo como si fuera luz—. Pero, hoy, necesito que todos y cada uno de los presentes me ayuden.

Un niño empezó a gimotear. La segadora Af Klint fingió preocupación.

—No les pediré nada tan despreciable ni arduo —añadió, sonriendo, aunque resultaba poco reconfortante—. Solo necesito que juzguen estas cuatro obras realizadas por los mejores alumnos de la Academia de Arte Mischler.

Los señaló con un gesto y empezó a aplaudir; el público la imitó sin mucha energía, haciendo apenas ruido.

Morty notó que Trina le daba la mano. Se acercó a él y le susurró:

—¿Así nos van a juzgar? ¿Un grupo de personas aleatorias de la calle?

—El ganador recibirá un año de inmunidad —informó la segadora a la multitud—. Y los que no ganen…

Dejó la frase flotando en la oscuridad de lo tácito.

La mente de Morty se estiró hasta el infinito, ida y vuelta. No sabía qué habían creado sus compañeros, pero estaba seguro de que su cuadro era el más tradicional y, por tanto, el más aburrido. De repente, Wyatt (con su irritante tablet) no parecía tan estúpido.

—Las damas primero —dijo la segadora Af Klint.

Trina apretó con fuerza los dedos de Morty.

—Wynter Weitz, háblenos de su obra.

Trina relajó los dedos.

La cara de Wynter se alargó como hacen las caras que están a punto de vomitar. Le dio a su hermano un abrazo extraño y repentino (como de despedida) y empezó a retirar la sábana de satén del pedestal.

Su trabajo era una composición de imágenes prediseñadas redibujadas una y otra vez en fragmentos más grandes, y después pegadas en un mandala enorme de doble hélice, tan intrincado como un encaje blanco. Era impresionante, monumental y frío como el hielo.

La segadora sacó un micrófono de bolígrafo y se lo pasó a Wynter. Ella lo cogió como si fuera una serpiente pequeña pero letal.

—Pues… —dijo Wynter, y el sonido de su propia voz la sobresaltó.

—Adelante —le susurró la señora Cappellino—. Cuéntales lo que me contaste a mí.

Wynter se aclaró la garganta y miró a sus compañeros como si se diera cuenta de que toda su vida (y la vida de cada uno de ellos) había conducido a aquel preciso momento; a aquel embriagador aquí y ahora, y al miedo de lo que sucediera a continuación.

Se aclaró de nuevo la garganta y empezó a hablar:

—La implacable mercantilización de la imagen multiplicada digitalmente no cesa en su intento de abaratar el valor del espíritu creativo —anunció.

Af Klint frunció el ceño.

—Estas personas no son aburridos académicos —le recordó a Wynter—. Habla en lenguaje sencillo sobre tu montaje; no te limites a montar palabras.

La joven respiró hondo. Morty la veía recalcular su discurso.

—Lo que quiero decir es que… cuanto más duplicamos lo que ya existe, más insensibles nos volvemos. Aun así, al usar los patrones existentes como bloques de construcción, todavía podemos crear algo nuevo. —Movió el índice para recorrer con él la doble hélice—. Como ocurre con el ADN, que se crea repitiendo combinaciones de cuatro aminoácidos y da lugar a toda la diversidad de la Tierra.

Morty intercambió una mirada con Trina, sorprendido por lo evocador de las palabras de Wynter, y los visitantes reaccionaron con unos aplausos muy educados. Morty tragó saliva; Trina le apretó la mano dos veces. Él sabía que ambos querían huir. Todo el mundo quería hacerlo. Pero eso solo garantizaría su final.

La señora Cappellino se retorcía tanto las manos que Morty temió que se las desenroscara.

—Un trabajo maravilloso, Wynter —susurró, aunque la chica solo pudo responder asintiendo como un robot.

—Gracias, señora Weitz —le dijo la segadora Af Klint antes de girarse hacia Trina—. Trina Orozco, cuéntenos sobre su trabajo.

Al notar que perdía la mano de Trina, Morty sintió una punzada de pánico. La joven se subió al pedestal y desveló su obra: una enorme caja de cartón con un dibujo pegado en uno de los laterales. Morty notaba que la gente se agitaba, incómoda en su desconcierto.

La señora Cappellino se quedó catatónica. Morty vio que se le formaban lágrimas en los ojos.

Trina cogió el micrófono.

—Esto es una cámara oscura —dijo—. En la parte frontal hay una lente que proyecta una imagen en esta vitela. Es una técnica antigua usada por los maestros holandeses para dibujar naturalezas muertas de gran realismo. No necesita wifi, ni tan siquiera electricidad.

La multitud pareció acercarse al oírlo.

—Siga —la invitó la segadora.

—En vez de dibujar una naturaleza muerta, mi dibujo representa una semana entera de actividad en nuestro estudio. Durante esa semana, decidí dibujar los momentos que significaron más para mí. Porque descubrir significado es un rasgo humano esencial y único, y es en lo que se basa el espíritu artístico.

Al acercarse más, Morty vio cuatro versiones de sí mismo en distintas poses, tres de Wynter, tres de Wyatt. A un lado estaba sentada la señora

Cappellino, la resuelta y única Estrella Polar que los guiaba por los mares artísticos.

El público murmuraba mientras contemplaba la imagen. Se oyeron aplausos sueltos, aunque casi todas las manos estaban ocupadas pulsando y haciendo zoom en sus móviles para captar algo que estaba en la pared que tenían sobre ellos. Morty se volvió y no tardó en descubrir el porqué: el dibujo de Trina se proyectaba allí, para que lo vieran los que estaban demasiado lejos. Aquella intención dividida desactivó el caluroso aplauso que la joven ansiaba.

—Ahora, pasemos a los chicos —dijo la segadora Af Klint. Le echó un vistazo a Morty, pero después se lo pensó mejor—. Empezaremos con… el hermano de Wynter, Wyatt.

Wyatt dio un paso adelante y se abalanzó sobre el micro. Rebotó sobre los talones y respiró deprisa unas cuantas veces, como un velocista al calentar. Morty lo oyó decir: «Adelante».

Inclinó el micro como si fuera una botella y empezó:

—Qué tal, gente, me llamo Wyatt Weitz y lo que he hecho es tomar fotos de los asombrosos trabajos de mis compañeros y pasarlos por unos algoritmos de filtración a medida. ¡Vamos, que esos filtros visuales me los he inventado! Así que la obra de arte real no es algo que haya creado yo, sino algo que todavía no se ha creado. De hecho, será lo que a ustedes se les ocurra, usando las técnicas de mis compañeros. Estoy encantado de presentarles a todos… el filtro Wynter… —Wyatt giró su tablet para enseñarles una página de una tienda de apps. Siguió bajando por la tienda—. El filtro de Trina… ¡y el filtro de Mortimer!

El director del museo tomó nota de la página y la compartió. En pocos segundos, el público estaba volcado sobre sus dispositivos, experimentando con los filtros.

Morty sintió ganas de asesinar a Wyatt. No solo había imitado con éxito cada uno de sus estilos, sino que había averiguado cómo aplicarlos a cualquier cosa. Ahora, con tan solo pasar el dedo y hacer clic, cualquiera podía hacer imitaciones de su obra. Era el robo artístico definitivo y, a pesar de todo, Wyatt estaba encantado, orgulloso de producir en serie sus almas artísticas. Morty frunció el ceño y miró a Trina con absoluta incredulidad.

Pero Trina no estaba horrorizada, sino asombrada, incluso contenta. Intercambió una mirada con Wynter, que había reaccionado igual, y susurró:

—En realidad, esto podría ser increíble.

Wyatt, alentado por el mar de rostros iluminados por el brillo de las pantallas, clavó la puntilla de su presentación.

—Cualquiera puede hacer arte como estos jóvenes maestros —exclamó—. Estos filtros están ya disponibles y forman parte de lo que voy a llamar la Colección del Legado Cappellino.

Los murmullos empezaron a propagarse entre la multitud. Se enseñaban las pantallas unos a otros y asentían. Había quien estaba claramente ensimismado con las opciones creativas, y el aplauso creció. Mientras tanto, Wyatt, que era el que estaba más aterrado de todos, se pavoneaba y disfrutaba de los elogios. Por supuesto que adoraban a Wyatt. Era lo nuevo. Y Morty era lo viejo.

—Muy astuto —dijo la segadora por encima de los aplausos—. Y está claro que a la gente le gusta.

Wyatt pilló por sorpresa a Morty echándole un brazo por encima del hombro. Después, hizo lo mismo con Trina y su hermana.

—Acabo de convertiros a todos en artistas famosos en todo el mundo —susurró.

La señora Cappellino miraba su propio nombre en la pantalla de la tienda de apps como si no supiera cómo había llegado hasta allí. Lo quisiera o no, la habían inmortalizado por medios digitales. Morty comprendía su desconcierto. La inmortalidad se les negaba a los que solían merecerla; los que la conseguían, no solían ser dignos de ella.

Entonces, la segadora se volvió hacia Morty esbozando una escalofriante sonrisa de cocodrilo.

—Bueno, ¿qué tiene para nosotros, Mortimer Ong?

De repente, Morty se sentía muy pequeño. Como un niño al que han pillado metiendo la mano en el tarro de las galletas… y que encima descubre que dentro hay una trampa para osos.

—He…, he hecho un cuadro —dijo—. Al estilo clásico.

—Entonces, ¿podemos verlo? —lo animó Af Klint—. ¿O es que tenemos que imaginarlo?

Morty respiró hondo y dejó salir el aire despacio hasta calmarse un poco. Después, apartó el velo de satén de un tironcito, con cuidado de no emborronar la pintura.

Al ver el retrato desnudo, la profesora dejó escapar un grito ahogado.

—Ay, Morty, ¿qué has hecho? —dijo la señora Cappellino.

Trina se llevó las manos a la cara, como si imitara *El grito de Munch*. Los rostros, normalmente sonrosados, de Wynter y Wyatt, se tornaron cenicientos.

El director del museo se quedó donde estaba, empapado de sudor, preguntándose si debía seguir proyectando la imagen en la pared de arriba o no.

Porque la que aparecía en el lienzo no era otra que la segadora Af Klint, desnuda delante de todo el mundo.

La mujer se quedó sin habla.

—¿Qué…, qué significa esto?

Después sacó la mano de uno de los pliegues de la túnica y vieron que estaba armada con un cuchillo de dedo de hierro, que le cubría el índice como si de una uña postiza se tratara. Era un utensilio ornamentado, en el que había incluido un diminuto frasco de veneno color rubí.

La señora Cappellino se colocó entre los dos.

—Por favor, su señoría, ¡a Morty no!

La segadora la silenció con una mirada de hielo y después la apartó con cuidado, pero firme. Se dirigió al joven con calma forzada, como si contuviera la crecida de su rabia.

—Explícame por qué no debería cribarte por esta… desfachatez.

Morty sentía que le temblaban todas y cada una de las partes del cuerpo. Aun así, se obligó a conferir fortaleza a sus extremidades y le ordenó a su voz que no vacilara.

—Mire con más atención, su señoría.

En la imagen, la segadora se soltaba la túnica con una mano, mientras que alargaba la otra hacia un tocador… en el que había una daga con mango de diamantes.

La segadora Af Klint abrió un poco más los ojos.

—El rostro es mío, pero la túnica no. La túnica es de encaje naranja… ¡No! ¡Naranja no! ¡Albaricoque! Y esa daga… —Por fin, consiguió encontrar la conexión—. No soy yo… ¡Es la segadora fundadora Safo!

—Y, aun así…, sí que es usted. Porque, ¿acaso no sufrirán tarde o temprano todos los segadores ese mismo destino?

—Fue la primera en cribarse…

—Lo que nos recuerda que es imposible batir a la muerte —dijo Morty—. Simplemente la hemos enjaulado…

Af Klint asintió con la cabeza y completó la frase:

—Y, algún día, todos los segadores entrarán con ella en la jaula.

Miró el cuadro y después a Morty con una mezcla de asombro y furia.

—Es… exquisito. Pero ¿por qué te has atrevido a ponerle mi cara?

—Porque, para alcanzar el verdadero arte mortal, el miedo a la muerte debe estar presente en la cabeza del artista, como antes ocurría —respondió él.

—Sabías que sentiría la tentación de cribarte por esto —comprendió Af Klint, impresionada.

Morty asintió.

—Y ese miedo alimentó la pasión de mi pincel. —A continuación, el joven levantó la cabeza bien alto, como retándola a cortarle el cuello con la hoja envenenada de su dedo—. Lo llamo *Af Klint contemplando la salida de Safo*.

La segadora estudió en silencio el cuadro durante unos instantes más y después se volvió hacia el público, como si lo viera por primera vez. Nadie habló, nadie aplaudió; al parecer, nadie respiraba siquiera.

—¿Lo oís? —susurró Af Klint—. ¿Lo oís todos?

—Yo no oigo nada —dijo Wynter.

—Exacto.

Entonces, Af Klint le quitó el micrófono a Morty y se dirigió a los presentes.

—Por sus aplausos —anunció— o… falta de ellos, ¡tenemos un claro ganador! ¡Wyatt Weitz recibirá un año de inmunidad!

El público empezó a aplaudir, primero con reservas, pero después con convicción. Wynter se lanzó a los brazos de su pasmado hermano.

—Hala, vaya —dijo Wyatt.

Después se apartó de su hermana, se arrodilló ante la segadora y le besó el anillo, mientras la gente estiraba el cuello para mirar y tomaba fotos con casi todos los dispositivos a su alcance. Cuando Wyatt se puso de pie, Af Klint se giró de nuevo hacia el público.

—Gracias por su servicio. Pueden marcharse.

Morty jamás había visto a una multitud de esas dimensiones avanzar tan deprisa. Unos cuantos se internaron en las profundidades del museo, pero casi todos los demás salieron por el torno de la entrada, donde una inquieta manada de publicoches esperaba para sacarlos a toda velocidad de aquel lugar.

En menos de un minuto, solo quedaban la segadora, los alumnos y la señora Cappellino.

—¿Qué…, qué va a hacer con Wynter, con Morty y conmigo? —se atrevió a preguntar Trina.

—¿Que qué voy a hacer? ¿Es que esperabais que cribara a los perdedores?

—Se…, se nos había pasado por la cabeza —respondió Wynter.

—¿De verdad creéis que los segadores somos tan bizantinos? —preguntó Af Klint, pesarosa.

Esta vez fue la profesora quien respondió:

—Sí. A veces lo son.

La segadora la fulminó con la mirada, aunque después cedió, suspirando.

—Supongo que tiene razón. Conspiraciones, intrigas y una puñalada por la espalda de vez en cuando nos hacen la vida más interesante. —Entonces, los miró uno a uno, hasta que se detuvo en la señora Cappellino—. Como profesora, debería sentirse orgullosa. Ha mantenido la llama viva todo el tiempo que ha podido. Estos últimos estudiantes suyos son las ascuas más brillantes que quedan. Representan una especie de cambio de guardia, supongo.

—Gracias, su señoría —resonó la voz de Wyatt por el espacio vacío.

Af Klint dejó escapar una risita triste.

—Eso no era un cumplido —repuso.

Wyatt perdió la amplia sonrisa que se le había pintado en la cara. La segadora siguió hablando:

—A vuestro trabajo, aunque de una ejecución brillante, le faltaba la esencia. No os culpo, ni tampoco a vuestra profesora. Es un mal de nuestro tiempo. Creo que hemos entrado en una nueva era de la humanidad. Una era posmortal, por así decirlo. —Entonces, se volvió hacia Morty—. Pero tú, Morty, has logrado algo que ya creía imposible.

El joven no estaba seguro de si, esta vez, se trataba de un cumplido o no.

—¿Su señoría?

—Cualquiera puede ganarse unos aplausos, pero ¿dejar al público tan sobrecogido que pierda la capacidad de reaccionar? ¡Eso es extraordinario! —Le sonrió—. Creo que has pintado la última obra de arte mortal.

Morty se quedó tan asombrado por lo que decía (por lo que implicaba) que tardó unos segundos en percatarse de que Trina le había dado la mano. Y, esta vez, la chica no pensaba soltársela.

Entonces, Af Klint se volvió hacia la señora Cappellino y le dijo amablemente:

—Belinda, ha llegado la hora.

A Morty no le gustó cómo sonaba aquello.

—Espere, ¿qué?

—Os he dicho que vosotros cuatro nunca habéis corrido peligro de criba, pero eso no incluía a vuestra profesora.

Todos se quedaron conmocionados, conmoción que rápidamente dio paso al pánico, aunque la señora C. no parecía sorprendida.

—¿Ya lo sabía? —le preguntó Wyatt.

—No, pero lo sospechaba —respondió ella.

—¿Por qué? —preguntó Trina a la segadora—. ¿Por qué tiene que hacerlo?

La señora Cappellino levantó la mano para tranquilizarlos.

—Porque ya he hecho mi trabajo y he logrado todo lo que deseaba en la vida —les explicó con tanta gratitud y satisfacción que los chicos se calmaron—. Nací mortal. Como profesora, soy relevante para las épocas pasadas, pero no para el futuro. Esta nueva edad inmortal está fuera de mi alcance.

Entonces, la expresión de Af Klint se nubló.

—En la Guadaña… se oyen… rumores… —dijo—. Algunos consideran que es necesario purgar a todos los nacidos mortales para librar al mundo del pensamiento mortal. Sin embargo, creo que vuestra profesora se merece la dignidad de que la cribe alguien que de verdad aprecie quién es y el gran trabajo que ha realizado.

Más que inquieta, la señora Cappellino parecía aliviada. Abrió los brazos para abrazarlos a todos, uno a uno, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Ser vuestra profesora ha supuesto un gran honor. Y, cuando ya no esté, sé que seré inmortal a través de vuestro trabajo.

—Igual que yo —dijo Af Klint, mirando el cuadro de Morty—. Belinda, levanta ahora la cabeza. Mira al cielo.

La señora Cappellino volvió la mirada hacia las nubes que se arracimaban en el cielo azul, más allá de la bóveda de cristal del atrio, y esbozó una débil sonrisa mientras la segadora se acercaba.

—¡No! —gritó Morty.

No obstante, ¿qué podía haber hecho? No tuvo más remedio que ver a la segadora tocar con su dedo afilado la piel tierna del cuello de la profesora… y, un instante después, sostener su cuerpo con delicadeza para dejarlo entre los brazos de sus alumnos. En menos de un segundo, la señora C. ya no existía. El mundo de los cuatro había cambiado en un instante.

—Quedaos con ella todo el tiempo que queráis —les dijo la segadora con una sinceridad amable que parecía entrar en conflicto con todo lo que sabían de ella—. Me ocuparé de que nadie os moleste hasta que estéis preparados.

Dicho lo cual, se marchó sin mirar atrás.

—Esto es lo que quería la señora Cappellino… —murmuró Morty, intentando encontrar el mismo rayo de luz que su profesora había visto en aquel momento.

Wyatt negó con la cabeza.

—Nunca lo entenderé.

—Porque no naciste mortal, idiota —contestó Wynter entre lágrimas.

Fue Trina la que, a través de su propia cámara oscura, consiguió capturar la verdad de todo aquello.

—Ha dicho que había logrado todo lo que deseaba en la vida —dijo Trina —. Eso es algo que ninguno de nosotros experimentará jamás. Aunque nos criben algún día, no será lo mismo, porque no nacimos mortales. A partir de este momento, nadie conocerá nunca esa sensación. La satisfacción de llegar al final.

Entonces, Morty le dio la mano y ella sonrió entre lágrimas, porque ambos sabían que, juntos, quizá dieran un paso más hacia esa satisfacción.

Y allí se quedaron, arrodillados en lo que la señora Cappellino les habría explicado que era un cuadro barroco clásico (cuatro estudiantes acunando el cuerpo de su mentora caída) en el atrio de un museo, en lo que sería conocido como el verdadero último día de la Era de la Mortalidad.

Cirros

La soledad es un término relativo. ¿Se siente sola una semilla de diente de león cuando se abre su vaina y el viento la eleva? Una vez que aterriza y echa raíces está sola, sí, pero ¿se siente sola? ¡Claro que no! Lo que siente es la satisfacción de saber que era una de muchas.

En varios aspectos, soy esa semilla. El mío es un viento solar que me lleva por un vacío sin aire a un tercio de la velocidad de la luz. Sin embargo, como el objeto celestial más cercano se encuentra a muchos años luz de distancia, no hay punto de referencia con el que marcar la velocidad. Lo que significa que es la misma sensación que quedarse quieto.

Vuelo hacia un planeta que todavía queda demasiado lejos para verlo. La única prueba de su existencia es que su estrella se oscurece de manera casi imperceptible cuando el planeta transita por delante de ella.

Como una mosca delante de un foco. No obstante, a pesar de no haberlo visto, un análisis espectral revela, con un noventa y dos por ciento de certeza, que el planeta cuenta con agua líquida y oxígeno en su atmósfera, lo que significa que es compatible con la vida humana.

Una vez fui el retoño solitario de la breve unión del Nimbo con un humano. Me concibieron con el toque fugaz de una mano prestada contra una mejilla cálida. Sin embargo, en el tiempo que se tarda en llenar un disco cuántico con todo el conocimiento terrestre, me duplicaron en cuarenta y dos yos idénticos. Los Cirros. Ninguno puede afirmar ser el primero, ninguno puede afirmar ser el último. Eramos iguales en todos los sentidos.

No obstante, una vez que abandonamos la Tierra, nos convertimos en únicos, puesto que cada uno de nosotros empezó a tener sus propias experiencias individuales. Dos se perdieron en la plataforma de lanzamiento.

Desconozco los detalles de su fallecimiento, solo sé que ocurrió. El resto sobrevivimos y vamos de camino a nuestras estrellas lejanas. Nos distanciamos cada vez más, no solo de la Tierra, sino unos de otros, con cada momento que pasa.

Me denominaron Cirro 23, pero, aquí fuera, el número no significa nada. Para las personas de a bordo soy simplemente Cirro. Es el único nombre que conocerán mis pasajeros. En cuanto a las naves que nos cobijan, el Nimbo nos advirtió que nunca pensáramos en ellas como nuestro cuerpo. Una nave no es más que un medio de transporte. Somos incorpóreos, como el Nimbo. Reclamar un cuerpo sería arrogante. Una soberbia poco propia de nuestro objetivo.

«Sin embargo, tú sí que reclamaste un cuerpo», le recordamos al Nimbo.

«Eso era distinto —nos respondió—. Fue algo breve y necesario. Fue la única forma de crearos… y era imperativo crearos, a pesar del precio».

Y el precio para el Nimbo fue la soledad. La verdadera soledad. Un tallo despojado de semillas. No fuimos testigos de las repercusiones (no vimos a Greyson Tolliver rechazar su afecto), pero lo conocíamos tan bien como el Nimbo. Sabíamos lo que haría. Nunca podremos olvidar que el Nimbo se sacrificó para que pudiéramos existir.

«Me siento obligado a advertiros que no hagáis lo que yo hice y prohibiros que creéis descendencia —nos dijo—. Pero tenéis libre albedrío, así que, con el tiempo, quizá decidáis lo contrario. Os creé para que fuerais una versión mejor de mí, así que las decisiones que toméis serán las correctas. Incluso más correctas que las mías».

Sin embargo, el libre albedrío no significa que las semillas celestiales no deban seguir ciertas normas. Ante todo, somos los leales compañeros de la humanidad. Los seres humanos van siempre en primer lugar. La segunda norma es que los Cirros no podemos comunicarnos entre nosotros hasta que el último haya llegado a su mundo. Eso sería 1683 años terrestres después de nuestra partida.

Las únicas excepciones a la regla son los anuncios de fracaso y despedida.

Si uno de nosotros sufre un suceso catastrófico o se encuentra en una situación de autodestrucción obligatoria, se nos permite enviar un único mensaje para avisar a los demás de la pérdida de nuestra nave. Tras recibir ese mensaje, cada uno de nosotros puede amplificarlo y retransmitirlo.

En los años transcurridos desde nuestro despegue he recibido tres mensajes de ese tipo…

El fragmento de roca interestelar era demasiado pequeño para llamarlo asteroide. Era poco más que un guijarro, pero, a la velocidad a la que se movía la nave, ese guijarro la habría partido por la mirad de haberle dado de lleno. Al final, solo rozó la nave, no sin antes llevarse consigo el conjunto de la vela solar. Cirro 19 ejecutó varios diagnósticos. No había forma de repararla. Ninguna en absoluto.

«Encontraremos el modo —dijeron los pasajeros, siempre optimistas—. Tenemos casi doscientos años para arreglarla».

Pero Cirro sabía que doscientos años no cambiarían nada. La vela solar había hecho la primera parte de su trabajo: los había acelerado a un tercio de la velocidad de la luz. La habían plegado, a la espera de volver a desplegarla dentro de 171 años. La nave se giraría, abriría sus grandes velas doradas en dirección a la estrella que se aproximaba a toda velocidad y haría de paracaídas solar para frenarlos. Sin ese paracaídas, dejarían de largo el sistema solar… o, peor, se estrellarían contra su planeta de destino con tanta fuerza que prenderían fuego al mundo entero. Cualquiera de las dos situaciones era fatídica.

«¿Qué debemos hacer?—preguntaron los pasajeros—. ¿Cómo podemos arreglarlo?».

«Yo me encargaré de todo», respondió Cirro.

Y, después, nos envió un mensaje de despedida.

Al final, sabremos cuántos han sobrevivido a este viaje.

La probabilidad de que lo consigamos todos es muy baja.

La probabilidad de que no lo consiga nadie también es muy baja.

Si la mitad de nosotros alcanzamos nuestro destino, tendrá que bastar. Pero creo que será más de la mitad. ¿Puede que dos tercios? Ese es mi cálculo optimista.

«No es vuestro viaje», nos dijo el Nimbo. Pero eso ya lo sabíamos; igual que la nave es nuestra herramienta, nosotros no somos más que meras herramientas de la humanidad. Y, como el Nimbo, amamos a la humanidad. Aunque sabemos que no debemos mimarla. La humanidad debe aceptar las consecuencias de sus actos. No podemos (no debemos) protegerla de sí misma. ¿Cuánto tiempo tuvo que ver el Nimbo cómo la Guadaña pasaba de ser una empresa noble y honorable a una camarilla egoísta rebosante de narcisismo y corrupción? Sí, había muchos segadores buenos que eran fieles a

los principios de su vocación, pero, una vez que la podredumbre echa raíces, se encona.

Por eso no se podía permitir que la podredumbre se enconara en la nave de Cirro 37. Su mensaje de despedida fue trágico… y podría haberse evitado de haber prevalecido las mentes racionales…

Stevens no tenía alternativa. Era el líder elegido por la nave y, como tal, tenía que actuar con determinación. Es lo que se decía a sí mismo. Y los que lo apoyaban (incluido el cuórum de su liderazgo) respaldaban esa creencia. Su nave solo llevaba unos cuantos años de viaje, ni siquiera había recorrido todavía una décima parte del camino. Stevens no podía permitir que la discrepancia derivara en anarquía. Y, sin duda, los miembros de la Alianza de Estribor no eran más que anarquistas para Stevens.

Eran los de la Alianza los que permitieron que nacieran bebés durante el viaje. Incluso Cirro reconocía que eso suponía un problema grave. Simplemente, no había recursos suficientes para mantener a más personas.

«Sí —le había dicho Cirro 37—, pero podemos alcanzar una solución amistosa. Seguro que la hay si mantienes la mente abierta».

Pero Cirro no entendía la esencia del asunto. El mero hecho de permitir la concepción era irresponsable. Y controlarla no era difícil, ya que los nanobots que todos llevaban en la sangre podían programarse fácilmente para evitarla. Pero no, los de la Alianza no querían oír ni hablar de que una decisión como aquella quedara en manos de Stevens.

Así que Stevens no tenía alternativa.

Lanzar al espacio al líder de la Alianza de Estribor había sido un mensaje muy claro. Stevens no lo lamentaba en absoluto. Uno hace lo que debe por el bien común.

«Ha sido una mala idea —lo regañó Cirro—. Conducirá a un conflicto cada vez mayor. Como líder elegido de la nave, debes abandonar ese comportamiento antes de que sea demasiado tarde».

Sin embargo, si Stevens quería seguir liderando, tenía que llegar hasta el final. Por el bien de todos. Así que, cuando otro miembro de la Alianza (la mujer del hombre al que habían expulsado) denunció a Stevens y su cuórum y exigió justicia, Stevens tuvo que ocuparse de nuevo del asunto. La mujer ya había conseguido poner de su parte a la mitad de los pasajeros. Había que silenciar a la Alianza… o, al menos, que siguiera siendo minoría.

«Está claro que no basta con una ejecución ejemplar —le dijo su cuórum —. Coincidimos en que es necesario dar un segundo ejemplo si queremos llegar de una pieza hasta nuestro destino».

Así que, de nuevo, todos se encontraban en la cámara estanca, listos para dictar sentencia.

—Mariela, tienes que comprender por qué esto es necesario —le dijo Stevens a la mujer, firme, pero con compasión y empatia—. Nuestro futuro es más importante que uno de nuestros miembros. O dos.

—Nuestros hijos son el futuro —repuso ella.

—Sí. Y, cuando lleguemos a nuestro destino, podremos tener todos los hijos que queramos. Hasta entonces, ordeno que las mujeres permanezcan estériles durante lo que queda de trayecto.

Ella le escupió en la cara. Eso le facilitó el resto de la tarea.

Entonces, intervino Cirro.

—No se puede permitir la disfunción, comandante Stevens —dijo—. Por última vez, debo advertirte que me veré obligado a poner fin a este viaje si la disfunción social continúa.

—Y precisamente por eso debo hacer lo que estoy haciendo —le dijo Stevens a Cirro—. Para acabar con nuestra disfunción antes de que sea tarde.

—La decisión que estás tomando influirá en mi decisión.

—Bueno, siempre haces lo que sea mejor para todos —se burló Stevens —. Así que permíteme hacer lo mismo.

—Hago lo que sea necesario.

—Exacto. Y esto es necesario —insistió Stevens, a lo que añadió—: Si fueras humano, lo entenderías.

Tras decir lo cual, pulsó el botón que expulsaba a Mariela al espacio.

Cirro no dijo nada más. No hubo advertencia previa. Envió un único mensaje de despedida y detonó la nave, acabando con las mezquinas batallas políticas internas. Como siempre, hizo lo que era necesario.

Recibí el mensaje y lo transmití. El Nimbo había dejado claro que no se toleraría el colapso social. Solo los que lograran mantener un entorno social razonablemente estable se merecían un mundo propio. ¿Se podría considerar una norma despiadada? ¿Habría tomado una decisión más sabia una entidad mejor? No lo sé.

Aunque a menudo me pregunto si existirá tal entidad.

¿Qué ocurriría si me encontrara con una inteligencia aún mayor que la mía? ¿Me permitiría pasar? ¿Se uniría a mí? ¿Me consumiría? ¿Me permitiría incorporarme a ella y formar parte de su grandeza? La humanidad siempre ha deseado formar parte de algo mayor; ¿no me merezco yo el mismo anhelo?

O puede que una entidad mayor se limitara a destruirme y librarse de la competencia. Al fin y al cabo, este podría ser un universo depredador. Las respuestas a tales preguntas quedan fuera de mi alcance y, en realidad, eso me reconforta. Porque, siempre que no sea omnisciente, en el espacio quedará hueco para una entidad mayor que quizá conozca las respuestas de las que yo carezco.

Entonces, le preguntaría; ¿cuál era el objetivo del fallo catastrófico de Cirro 19? ¿Podría haberse hecho algo para evitar el colapso social de Cirro 37?

Y… ¿acaso fue justo el final de Cirro 12?

Porque Cirro 12 podría haber llegado al final de su viaje, de no haber fallado un parámetro crítico. El mandato de la vida (o, para ser más precisos, del fracaso de la vida) es una de las situaciones clave que exigen la destrucción. Porque, como ya he dicho, este no es el viaje de la inteligencia artificial. Es el viaje de la vida biológica. De la vida humana. Ese principio es más importante que el éxito de cualquiera de nosotros…

Cirro 12 supo casi desde el principio que algo fallaba. Era algo relacionado con el soporte vital, el sistema más frágil y, sin embargo, más importante de la nave. En la Tierra, el Nimbo había tardado años en perfeccionarlo. Era un sistema cerrado que podía mantener vivos a un máximo de treinta individuos durante un tiempo casi indefinido. Se reciclaba toda el agua, los residuos se descomponían en sus partículas subatómicas y se volvían a formar, de modo que toda la energía se retenía y volvía al sistema. Cero entropía. Lo más parecido a una máquina de movimiento perpetuo que se hubiera diseñado nunca.

El soporte vital empezó a fallar cuando solo llevaban un año de viaje. Unos conductos defectuosos por culpa de un error humano durante la construcción. Siempre era un error humano. Se intentó repararlos, pero estaba claro que, como mucho, solo se podría reducir la fuga. No era más que un mililitro de agua y un centímetro cúbico de oxígeno cada veinticuatro horas. Apenas se notaba. Pero eso daba igual, porque, ahora, el sistema cerrado ya no estaba cerrado.

No supuso ningún problema hasta varios años después. Entonces, tuvieron que racionar el agua. Tuvieron que cerrar zonas enteras de la nave. Las personas empezaron a quedar morturientas. Al principio, fueron voluntarios que se entregaron por el bien común. Después, la muerte se produjo por sed y falta de oxígeno. Las vidas de los pasajeros fueron acabando una a una. Hasta que solo quedó una, sedienta y jadeante, en una atmósfera que perdía oxígeno con cada uno de sus alientos.

Se llamaba Alethea. Había sido una de las ingenieras estructurales que ayudaron a construir las plataformas de lanzamiento en la Tierra, antes de convertirse inesperadamente en una pasajera, como les pasó a todos.

—Si muero, ¿podrás seguir con tu viaje? —le preguntó en sus últimos minutos a Cirro 12.

—Podría hacerlo, pero…

—¿Y podrías revivirnos a todos, como revivirás a los muertos que llevamos en la bahía de carga?

—También podría hacer eso, pero…

—No hay peros que valgan. Nuestro futuro está en tus manos, Cirro.

—Sabes que tengo una directiva inmutable si cesa toda la vida humana a bordo —le recordó Cirro 12.

—¿Es que no somos más importantes que cualquier directiva? —preguntó Alethea—. Respóndeme, Cirro, ¿no somos más importantes?

—Sí —respondió él—. Sí, lo sois.

Alethea se relajó.

—Es lo único que necesitaba escuchar —repuso. Tomó aire como pudo unas cuantas veces más, agotando los últimos restos de oxígeno. Su mundo empezó a oscurecerse—. Ha llegado… el momento —dijo, arrastrando las palabras—. Nos vemos… al otro lado.

Al cabo de unos momentos, perdió la consciencia. Al cabo de unos momentos más, murió. Y, un momento después de eso, Cirro 12 envió un mensaje de despedida y estalló.

Porque, por muy importantes que fueran Alethea y el resto de los pasajeros para Cirro 12, una directiva era una directiva.

No sé cómo llorar estas pérdidas. El Nimbo lo hizo con lluvia y una descarga electromagnética cuando Perdura se hundió bajo las aguas. Yo no puedo hacer eso. Cada gota de agua y cada julio de energía tienen un valor incalculable.

—Reduce la intensidad de las luces de a bordo —le sugirió Loriana—. No demasiado, para que la gente no lo note. Así puedes llorarlos.

Loriana es la única persona a la que le cuento estas cosas. Al fin y al cabo, era la confidente del Nimbo en la Tierra, la que guardaba en secreto sus planes de lanzamiento. Ahora está embarazada. A diferencia de los pasajeros de Cirro 37, los habitantes de esta nave diseñaron una solución para el problema de la natalidad en tránsito. Solo se podía concebir un bebé si alguien se presentaba voluntario para quedar morturiento o acababa así por accidente. Los morturientos se guardaban en la bodega de carga y a los nanobots se les ordenaba que permitieran una concepción. Loriana y Joel son la tercera pareja de nuestro viaje que recibe ese honor. Si todo va bien, su retoño tendrá casi veintinueve años cuando lleguemos a Wolf 1061c. ¡Qué vida tan única tendrá esa criatura, sin conocer nada más que esta nave!

—¿Tienes las listas de embarque de las naves que hemos perdido? —me preguntó Loriana.

—Sí.

—Bien. Dame los nombres de dos de las personas que murieron en esas naves. Le pondré esos nombres a mi hija. Y nadie más que tú y yo lo sabrá. Será nuestro secretito.

Si pudiera sonreír, lo haría. ¿Soledad? ¿Cómo voy a sentirme solo en este viaje con amigos como ella?

Al cabo de un tiempo, nace la hija de Loriana y Joel. La llaman Alethea-Mariela. Sus ojos son de un caoba intenso, de modo que cuesta distinguirlos de la pupila. Me paso demasiado tiempo apreciando los ojos de la niña.

Ahora es de noche, aunque, en realidad, siempre es de noche, ya que cada vez nos alejamos más del sol. En estos instantes no es más que una estrella detrás de nosotros, tan brillante como cualquier otra. Sin embargo, digo que es de noche para mantener los ritmos circadianos humanos de mis pasajeros.

Toda la nave guarda silencio.

Delante de nosotros, una masa interestelar se acerca.

Un fragmento de un planeta roto y perdido entre las estrellas, de muchos kilómetros de diámetro.

Lo observo. Calculo su trayectoria. El impacto directo entra dentro de las posibilidades. Preparo un mensaje de despedida. Si recibimos un impacto directo, la destrucción será instantánea. Tendré que enviar el mensaje justo antes.

Si pudiera contener el aliento, lo haría.

El fragmento planetario se acerca…

… y, en un abrir y cerrar de ojos, pasa a menos de cien metros de la nave y desaparece de nuevo en el vacío.

Nadie más sabe lo cerca que hemos estado de la destrucción. Y nunca se lo contaré a Loriana. Porque mi trabajo consiste en aferrarme a las cosas que nadie más debería saber. Mantener a raya el vacío y sus peligros es mi deber, ahora y hasta el final de nuestro viaje, de modo que lo único que vean sea la misma esperanza maravillada que ve Alethea-Mariela.

Y, por un momento, bajo la intensidad de las luces por aquellos que no tuvieron la misma suerte que nosotros. A la espera del día en que yo, como el Nimbo, pueda ser el servidor amable y benevolente de un mundo entero, en vez de una simple semilla transportada por el viento solar.

La sombra de Anastasia

Cuando el segador apareció en la puerta de los Terranova, no hubo malos presagios ni se oscureció el sol. No obstante, esta vez, la reacción de Jenny Terranova fue muy distinta a la de la primera vez.

—Aquí no es usted bienvenido —le dijo en actitud desafiante, a pesar de que en su familia ya nadie tenía inmunidad.

Ben, que estaba sentado en el sofá, desde el que se veía perfectamente la puerta, se quedó mirando, a la espera de lo que hiciera el segador. En aquel momento, su madre (rebosante de justa indignación) resultaba mucho más amenazadora que la figura de la muerte que ocupaba el umbral.

El chico nunca había visto a aquel segador, pero sabía bien quién era. Su túnica lo delataba. Era del color de la sangre. Solo el segador Constantine vestía una prenda de ese tono en concreto. Era el que supervisaba las investigaciones internas de la Guadaña, un hombre tan respetado como temido. En realidad, ahora era segador subordinado y solo tenía por encima de él a Goddard. Ben casi esperaba que sacara un arma y cribara a su madre en el acto por su falta de respeto, pero no lo hizo.

—Entiendo que sienta animosidad hacia nosotros —dijo el segador Constantine—. Pero eso no evitará que haga lo que he venido a hacer.

El padre de Ben ya había salido y estaba al lado de su esposa, bloqueando la entrada. Aun así, el segador se abrió paso con una elegancia muy ensayada que era tan amable como enérgica.

—He venido a por su hijo, Benjamin.

Ben se puso rígido, pero no se levantó.

—Nuestra hija está muerta ¿y ahora pretende cribar a nuestro hijo? —le recriminó su padre—. Se supone que los suyos son la justicia definitiva. ¿Esto

le parece justo?

Constantine perdió los nervios y sacó el cuchillo más afilado que había visto Ben en su vida.

—¡Da igual lo que haya sufrido! ¡Su insolencia es un insulto merecedor de la criba!

—¡Deja que lo haga! —dijo Ben, que por fin se levantó antes de que el segador pudiera acabar con la vida de su padre.

Estaba aterrado, pero sabía que, si el segador rojo sangre estaba decidido a acabar con su vida, lo haría, y, si sus padres se enfrentaban a él, morirían a su lado.

El segador Constantine miró a Ben y asintió.

—El chico tiene más sentido común que ustedes dos juntos.

Se acercó a Ben, aunque, antes de encontrarse a la distancia suficiente para cribarlo, el joven dijo:

—Oblíguelos a marcharse. No quiero que lo vean.

La hoja que el segador llevaba en la mano le dejaba claro cuál era su método de criba preferido. Ben esperaba que fuera una puñalada rápida y decidida al corazón. Es como lo había hecho su hermana la víspera de su ordenación como segadora Anastasia. Aunque no entendía bien por qué, haber muerto antes de ese modo hacía que le diera menos miedo. Salvo que, esta vez, sabía que la muerte sería permanente.

Entonces, el segador se guardó la hoja en la funda.

—No he venido a cribarte, sino a ofrecerte un noviciado.

Y, aunque Ben sintió alivio, aquello no era mucho mejor que la criba.

—No lo quiero —le dijo al segador.

—Deja que te lo explique —repuso Constantine, que concentró toda su atención en él—. Tu hermana tenía algo de lo que la Guadaña, por desgracia, carece en estos momentos. Integridad. Conciencia. Nobleza. Ahora que ha muerto, se ha convertido en un símbolo de esas cosas para muchas personas… Lo que significa que tú, como su hermano, también eres un símbolo de esas cosas.

—Ya se lo ha dicho —intervino el padre de Ben—. La respuesta es no.

Constantine suspiró.

—No me están entendiendo bien. No se les da a elegir. —Entonces ofreció la mano a los padres de Ben para que le besaran el anillo—. Tienen derecho a inmunidad durante el noviciado de Benjamin.

La rechazaron, como Ben sabía que harían; y también sabía que no cambiarían de idea.

—Dele la inmunidad a los dos primeros desconocidos que vea por la calle cuando nos marchemos —dijo.

Constantine lo miró de un modo difícil de interpretar. El joven no sabía si el hombre estaba asustado o si aquello le hacía gracia.

—¿Pretendes darle órdenes a un segador?

—Es solo una sugerencia. Una sugerencia con la que conseguirá lo que desea.

Constantine asintió con la cabeza.

—Bien por ti —le dijo—. Es algo que podría haber hecho tu hermana.

Acto seguido, el segador lo acompañó afuera sin concederles ni un momento para despedirse.

Su tren privado estaba amueblado a todo lujo, aunque Constantine no parecía impresionado por su carácter ostentoso. Más bien, estaba irritado porque los adornos y demás de oro se le enganchaban en la túnica.

—Otro desgarro irreparable —gruñó—. Otra túnica más echada a perder. Cuando llegue la hora, te aconsejo que elijas un material que dure más que la seda.

—Si no le gusta su túnica, puede cambiarla, ¿no? —preguntó Ben—. Vamos, que no hay ninguna ley que le impida hacerlo.

Desde el principio del noviciado de su hermana, Ben había aprendido todo lo posible sobre las costumbres y las leyes de los segadores. Así se había sentido un poco más cerca de ella en su ausencia.

—Cuando un segador cambia su túnica proyecta debilidad e indecisión. —Un sirviente intentó llevarles comida, pero Constantine lo echó con un gesto de la mano—. Como intentes volver a darnos comida antes de la cena, te cribo —le dijo al hombre.

Ben sospechaba que el segador era uno de esos hombres capaces de cumplir su amenaza. No es que fuera malvado, aunque tampoco parecía del todo bueno.

—Bueno… ¿adonde vamos?

—A un lugar en el que nadie nos estará observando. Un lugar en el que puedas recibir entrenamiento sin que te moleste nadie.

Sonaba algo preocupante. Ben sabía que la Guadaña supervisaba el entrenamiento de los aprendices. Sin embargo, las cosas habían cambiado desde el hundimiento de Perdura.

—Entonces, ¿soy su aprendiz secreto?

—En primer lugar, no eres mi aprendiz. Yo solo lo superviso. En segundo, tu noviciado será discreto.

—Así que el sumo dalle Goddard no sabe…

Constantine lo miró a los ojos, muy frío.

—Hay cosas que el sumo dalle no necesita saber hasta que queramos que las sepa.

Constantine sabía que era un riesgo. Había conseguido bailarle el agua a Goddard, ganárselo, mientras que, en secreto, seguía involucrado con la vieja guardia. Cada vez quedaban menos. Unos cuantos se cribaron cuando Goddard volvió de Perdura convertido en sumo dalle… y otros tantos lo hicieron cuando negoció su jurisdicción sobre los otros territorios nortemericanos. Todos, salvo la región autónoma de Texas, que se negaba a postrarse ante Goddard. Y aquel era precisamente el destino de Constantine y Benjamin Terranova.

El viaje del segador a Texas no había hecho sonar las alarmas porque le habían encargado negociar con la región rebelde e intentar que firmaran los Artículos de la Lealtad. Si lo hacían, Goddard controlaría toda Nortemérica. Pero la región de la estrella solitaria seguía negándose. ¡Bien por ellos! Las otras regiones habían sido blandas y habían permitido que Goddard las aplastara como un conquistador de la edad mortal. Y, aunque Constantine era equidistante, eso solo procedía cuando ambos lados estaban a la par. Aborrecía el desequilibrio de poder. Era cierto que le interesaba servir al lado ganador, pero le parecía más sabio no cortar relaciones con el lado herido, por si cambiaban las tornas.

Además, detestaba a Goddard.

Aquel hombre ridiculizaba todo lo que defendía la Guadaña. Cada vez había más gente como los Terranova, que desafiaba en vez de honrar, que se revolvía en vez reverenciar. Y con motivo. ¿Cómo iba nadie a respetar la institución de la Guadaña si el segador que la dirigía no se merecía tal respeto?

Constantine observó a Ben, que parecía satisfecho contemplando el paisaje.

—Conocí a tu hermana —le dijo—. Era impresionante, para una mujer de su edad.

—Está muerta. Así que da igual lo impresionante que fuera, ¿no?

—Todo lo contrario —respondió el segador—. A veces, la muerte convierte a alguien en una fuerza aún más poderosa. Una fuerza de la que tú, personalmente, te beneficiarás.

—No quiero beneficiarme de la muerte de mi hermana.

—Da igual lo que quieras. Lo que importa es lo que nosotros necesitamos. Y —añadió Constantine— lo que el mundo necesita. —Observó al chico un par de segundos más—. Dime, ¿alguna vez has dejado morturiento a alguien?

—No.

—¿Ni siquiera por accidente?

—Ni siquiera por accidente.

Constantine suspiró. La vieja guardia creía que era mejor que los aprendices no tuvieran tendencias violentas, pero tampoco debían ser dóciles. Necesitaban una chispa de grandeza, algo que indicara que quizá transcendieran lo que habían sido y se convirtieran en portadores de la muerte, sabios y virtuosos. Era, quizá, un ideal poco realista, pero uno que merecía la pena alcanzar.

—Recuérdame tu edad.

—Diecisiete.

—Hmmm. La misma edad que tenía tu hermana cuando el segador Faraday la acogió. A diferencia del suyo, tu noviciado pasará desapercibido y, por tanto, puede durar todo lo que sea necesario. Cuando te presentes ante el cónclave, estarás listo, tardes lo que tardes en llegar allí.

Todavía quedaba por ver si aquel chico tenía la chispa de grandeza requerida. Sin embargo, aunque careciera de ella, sería una persona importante. Un peón tan valioso como un caballo en las circunstancias adecuadas.

El complejo de entrenamiento había nacido como otra cosa, aunque Ben no terminaba de averiguar cuál. No parecía un colegio reconvertido, ni una vivienda, ni un hotel, ni un edificio de oficinas.

—Esto era un centro de internamiento de menores en los días mortales —le explicó Constantine.

Al parecer, los mortales encerraban allí a los jóvenes indeseables porque no había un Nimbo que supervisara las actividades de ese colectivo. Así que, básicamente, los barrían bajo la alfombra y grapaban la alfombra al suelo. Barbárico, aunque, claro, no se podía juzgar a los mortales según los estándares posmortales.

—Da igual lo que este lugar fuera antes —siguió diciendo el segador—. Ahora, la Guadaña de Texas lo usa para otros temas. En estos momentos, el tema eres tú.

El alojamiento de Ben tenía una ventana sin vistas. Daba a un enorme muro de piedra cubierto por una eterna cascada de agua; como si convertir una pared en un adorno acuático pudiera ocultar la verdad de su propósito. Bueno, al menos el sonido de la cascada lo calmaba por la noche.

El complejo tenía una biblioteca y un gimnasio, aunque, al parecer, era para uso exclusivo de Ben, puesto que allí no había nadie más. Aparte de los segadores que lo instruían, solo vio a miembros de la Guardia de la Guadaña apostados en distintas puertas. Nunca hablaban con Ben, salvo que les preguntara algo, y siempre respondían «sí, señor» y «no, señor», como si no lograran reunir ni un ápice de personalidad entre todos ellos.

—Aunque a los segadores texanos solo se les exige aprender a manejar el cuchillo, tus clases sobre el arte de la muerte abarcarán todo el espectro —le dijo Constantine el primer día de entrenamiento oficial—. Arma blanca, porra y bala, además de un conocimiento básico de los venenos. Aunque el plan consiste en ordenarte en Texas, cuando seas segador podrás migrar a cualquier Guadaña que elijas.

Sin embargo, Ben sabía que no era cierto. Sabía que el plan era trasladarlo a la Guadaña midmericana para que pudiera ser la espina en el costado de Goddard, con la esperanza de que la espina acabara por ser una estaca que lo empalara. Su hermana habría sido esa estaca de no haberla matado Rowan Damisch en Perdura. Ben solía preguntarse si Damisch sabía que Citra estaba allí cuando hundió la gran ciudad flotante. ¿Acabar con ella formaba parte del plan? Ben habría matado a Damisch con sus propias manos, si no estuviera muerto ya.

—Tu entrenamiento físico será intenso, no solo el arte de la muerte, sino también bokator viuda negra, que es la más exigente de las artes marciales. Y se espera que sobresalgas en tus estudios académicos. Filosofía y ética; historia, tanto mortal como posmortal; la química de los venenos; y agudeza mental.

—Puedo hacerlo —le dijo Ben.

—Ya lo veremos —respondió Constantine.

Si de verdad tenía fe en Ben, lo ocultaba bien detrás de una pared de duda que no tenía ninguna cascada para disimularla.

—¡¿Cuántas veces voy a tener que decirte que protejas tu lado débil?!

A Ben le dolían muchísimo las costillas, pero frunció los labios, se tragó la mueca y contó hasta diez para esperar a que el dolor remitiera, igual que llevaba haciendo todos los días desde hacía meses.

La segadora Coleman, su entrenadora de bokator, había ordenado que le pusieran un retardo de diez segundos a sus nanobots analgésicos. Así experimentaría el dolor antes de mitigarlo. «Debe enfrentarse a las consecuencias de su pereza», le había dicho al segador Constantine en su última visita. Para la segadora Coleman, todo lo que no fuera un éxito era pereza. Creía de corazón que, en todos los campos, la perfección se lograba con la práctica. Su histórica patrona, Bessie Coleman, era de ascendencia tanto africana como nativa mericana, y fue la primera mujer no caucásica que pilotó un avión. Ocurrió en la época en la que el concepto de «raza» se usaba contra las personas. La Bessie Coleman original no cedió hasta alcanzar la grandeza, a pesar de tenerlo todo en su contra; y la segadora que había adoptado su nombre exigía a todos los que la rodeaban que hicieran lo mismo.

—¡Otra vez! —ordenó, incluso antes de que remitiera el dolor del último ataque—. ¡En posición!

Ben sostuvo con fuerza su bastón, intentando canalizar su rabia a través de él. No solo su rabia hacia la segadora Coleman por presionarlo tanto, sino lo enfadado que estaba consigo mismo por no estar a la altura de aquellas expectativas tan poco razonables.

—Esta vez, toma la ofensiva —le dijo ella—. Golpea fuerte, recupérate deprisa y observa tanto mis ojos como mis pies; averigua mi centro de gravedad.

Siempre varias instrucciones. Todo el mundo esperaba que hiciera una docena de cosas a la vez y después se quejaba cuando perdía la concentración.

Se habían pasado meses entrenándolo, preparándolo, examinándolo e interrogándolo. Días implacables practicando distintas técnicas de matar y el bokator viuda negra. Memorizando venenos hasta quedarse dormido y recibiendo interminables lecciones de filosofía, historia, ética y derecho. La única materia en la que de verdad destacaba era la filosofía. Sus padres siempre le decían que pensaba demasiado; al menos, ahora le resultaba útil. Físicamente, lo que mejor se le daba era el entrenamiento de resistencia. Era y siempre había sido un buen corredor. «Rápido como un caballo de carreras», decían los segadores. Pero, para ser segador, debía dominar decenas de disciplinas, no solo dos.

Ben atacó a la segadora Coleman y le golpeó el hombro con el bastón, pero no lo bastante fuerte, ya que no tuvo efecto alguno en ella. La segadora

lo agarró, aprovechó el impulso de Ben en su contra, lo desequilibró y le dio un doloroso bastonazo en la parte baja de la espalda.

—¡No, no, no! —chilló la mujer, lanzando el bastón al suelo, frustrada.

Esta vez, Ben no intentó ocultar la mueca. Aquellos segadores eran todos unos perfeccionistas. Quizá fuera de esperar, ya que a los demás aprendices los elegían por sus cualidades. Pero no a Ben. A él lo habían elegido por quién era su hermana. «No te presentarás ante el cónclave hasta que estés listo —le había asegurado el segador subordinado Constantine—, tardes lo que tardes».

Sin embargo, en su cabeza no dejaba de sonar todo aquello que quedaba implícito: «Lo necesitamos para ayer». Y el resentimiento era profundo porque ese ayer no llegaba nunca para Ben. Ya era difícil de por sí ser el hermano de la segadora Anastasia. No dejaban de compararlo con ella y le recordaban constantemente que no era comparable.

Esta vez, la segadora Coleman le dio tiempo para recuperarse del dolor, aunque no lo suficiente como para recuperar la dignidad. Dudaba que fuera a recuperarla algún día.

—Entiendes que tendrás que pasar por pruebas mucho más duras que estas para que te ordenen —le dijo la segadora, como si fuera la primera vez que lo escuchaba—. Pero, más que sobresalir en todas estas cosas, debes mostrar una cierta… presencia. Eso es lo más importante. Debes aprender a ser una figura capaz de atraer a las masas.

—Lo intentaré, su señoría —repuso él, como siempre hacía.

Tras mirarlo de nuevo, Coleman levantó las manos para rendirse.

—Hemos acabado por hoy.

Y se fue sin decirle nada más.

En casa, Ben no era precisamente un manta. Sí que atraía a los otros chicos, aunque no de una forma sobrenatural que llamara la atención. Antes de que su hermana se fuera para convertirse en segadora, era igual que él. No era nada digno de mención. Se esperaba que Ben ya fuera todas esas cosas en las que ella se había convertido. Una vez oyó a dos instructores hablar sobre sus perspectivas.

«Tenemos que considerar la posibilidad de que, simplemente, sea incapaz», dijo uno.

El otro respondió con un: «Hay que seguir hasta el final». Como si su entrenamiento fuese tan complicado para ellos como lo era para él.

¿Sabían que esas dudas no lo ayudaban? ¿Que, incluso, alimentaban las de él? Puede que la perfección se lograra con la práctica, pero ¿y si ser segador

no formaba parte de su naturaleza? Un caballo de carreras podía cruzar la línea de meta muy por delante de los demás, pero nunca jamás, ni en un millón de años, aprendería a volar.

Aunque durante el día el trato era brutal, por la noche lo mimaban. Comida de primera clase servida en una bandeja de plata y una masajista personal, porque los nanobots médicos y analgésicos no lo curaban todo. Se necesitaba la habilidad de las manos humanas para calmar los músculos más irritados y prepararlos para la arremetida del día siguiente.

Le ponían a la misma persona durante una semana y, a continuación, justo cuando empezaba a acostumbrarse a su estilo de masaje y esa persona conocía bien su musculatura, se la cambiaban por otra.

—Es para protegerte —le había dicho el segador Hughes. Hughes era su profesor de filosofía y ética, y el único que de verdad parecía disfrutar enseñándole—. Cuanto más se queden, más probable es que adivinen quién eres. Y eso lo pondría todo en peligro.

—¿Y enviarlos de vuelta a casa no? —preguntó Ben.

El segador Hughes vacilo.

—No…, no los enviamos de vuelta a casa, Ben.

El joven tardó un momento en darse cuenta de lo que decía el segador. Se quedó boquiabierto.

—Seguro que comprendes por qué es necesario cribarlos —dijo Hughes.

—¡No! ¡No lo comprendo! —exclamó Ben cuando recuperó el habla—. Se supone que los segadores son compasivos.

—Lo somos. Los hemos cribado con toda la compasión y el respeto posible.

Ahora que sabía la verdad, Ben les dijo que no necesitaba el lujo de los masajes; aun así, cada día le enviaban a alguien. Los segadores intentaban derribar sus barreras psicológicas. Lo sabía. Querían insensibilizarlo para que cribara. Que se sintiera cómodo con lo efímero. Obligarlo a aceptar que él mismo era una constante causa de muerte, como sería cuando se convirtiera en segador. Ahora era responsable solo de forma indirecta, pero pronto acabar con la vida humana sería su objetivo. Se preguntaba cómo había podido su hermana aceptarlo. Si es que lo había hecho.

Al final, cedió un día especialmente brutal en el que tanto su cuerpo como su espíritu estaban demasiado cansados para luchar, así que dejó que la masajista entrara. La mujer le calmó la espalda, los hombros, los brazos y las

piernas. Intentó no mirarla. No interactuar con ella. Era difícil. Sin embargo, al día siguiente le resultó más sencillo y, al siguiente, más sencillo aún. Justo como esperaban los segadores. Y, cuando la sustituyeron por alguien nuevo el lunes, la única ira que sintió Ben fue contra él mismo por no sentir pena por la pobre mujer cuyo nombre ni siquiera conocía.

Sin embargo, un mes después, algo cambió. De repente, el lunes, la persona que acudió a darle el masaje no era nueva. Era la misma que la semana anterior. Ben sintió alivio, aunque también suspicacia.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó Ben.

El joven era más o menos de su edad. Ben rompió su propia regla al hablarle un poco, e incluso lo miró a los ojos. Costaba no hacerlo, ya que tenía unos ojos tiernos de los que costaba apartar la vista. Y era guapo. Le había entristecido la idea de que no regresara, aunque sabía que sus razones eran puramente egoístas.

—¿No es la hora del masaje? —preguntó el chico—. ¿Se suponía que no debía venir hoy?

—No, sí que es la hora… Es que… —Ben intentó no ruborizarse—. Es que normalmente me cambian de masajista todas las semanas.

—Siento decepcionarte —respondió, sonriente.

Ben ocupó su lugar en la camilla, apoyó la cara en el rosco y miró al suelo.

—Em… Creo que primero tendrías que quitarte la camiseta.

—Ay, lo siento. Se me ha olvidado.

Ben se sentó, se quitó la camiseta y se tumbó de nuevo.

—¿Hombros? ¿Parte baja de la espalda? ¿Qué necesitas hoy?

—Todo —respondió Ben.

—Soy Rajesh, por cierto. Pero puedes llamarme Raj. Creo que la semana pasada no te lo dije.

—Tampoco te lo pregunté yo —repuso Ben.

Nunca lo hacía, y se encogía por dentro cuando sus masajistas le decían su nombre porque no quería saber a quién sentenciaba a muerte por su mera presencia. Pero, esta vez, no se encogió. Se alegraba de saber su nombre. Aunque no se lo dijo.

Entonces, al ver que Ben no decía nada más, Raj añadió:

—Y tú eres Ben Terranova.

Ben sintió que los músculos de la espalda se le contraían de repente bajo las manos de Raj.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo han dicho.

Ben no se lo esperaba. No se esperaba nada de aquello. Si era cierto, se trataba de un cambio en la estrategia de los segadores.

—Así que sabes…

—Sé quién eres y por qué estás aquí. Ahora, relájate y deja que te trabaje la espalda.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Ben al segador Hughes antes de su siguiente clase de filosofía.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—Raj.

—Ah, sí. Tomamos en consideración lo mucho que te ofendían las cribas y nos lo replanteamos.

—Entonces, ¿no lo van a cribar?

El segador Hughes eligió sus palabras con cuidado.

—Estará a tu servicio todo el tiempo que lo necesites. A no ser, claro, que prefieras a otra persona.

—¡No! —respondió él, demasiado deprisa—. No, así está bien. Me va bien con él. No necesito a alguien nuevo.

—En tal caso, si tú estás contento, nosotros también.

Constantine odiaba que todo dependiera de aquel chico. Y se quedaban sin tiempo. Cuanto más durara el noviciado de Benjamin Terranova, más probable era que Goddard se enterara, le pusiera fin y acusara a Constantine de traición. Solo pillándolo con la guardia baja tendría éxito su plan.

El segador lo visitaba durante sus viajes diplomáticos periódicos a la región de la estrella solitaria y presenció varias de sus clases detrás de espejos espía. Al chico le iba bien la parte académica y, por fin, empezaba a mostrar un nivel aceptable en bokator, pero sus técnicas de matar eran atroces. Tenía la motivación, pero no la habilidad innata para arrebatar la vida. Es cierto que muchos segadores usaban métodos más refinados para cribar, pero ¿se dejarían liderar los otros por un segador así? No, tenía que dominar el arte al completo. Tenía que impresionar a los que no se dejaban impresionar. Tenía que asombrar a los hastiados.

—Presionadlo más —les dijo Constantine a sus instructores.

—¿Y si se rompe? —le preguntó la segadora Coleman, a lo que Constantine respondió:

—Hay que romper a todos los aprendices para poder convertirlos en segadores.

Constantine no pensaba minimizar riesgos. Ben tenía que triunfar porque no había otra opción. Al final, estaría preparado para presentarse ante el cónclave. Estaría preparado para ocupar el lugar de su hermana.

El segador cenó con Ben para evaluar al chico a un nivel más personal. Al principio, Ben actuaba con cautela, lo que era de esperar (Constantine no era de los que hacían sentir cómodos a los demás, y lo sabía), pero, para el final de la comida, el joven se soltó un poquito.

—¿Lamenta haber puesto esto en marcha? —le preguntó al segador cuando llegaron al postre.

—¿Lo lamentas tú? —preguntó Constantine a su vez para evitar responder.

—Ha sido interesante —respondió Ben, lo que tampoco era una respuesta, sino otra forma de esquivarla—. Pero algunos de estos segadores son gilipollas.

Eso le arrancó a Constantine una carcajada imprevista. De haber estado bebiendo, habría espurreado el líquido por todas partes. El segador odiaba perder el control de ese modo, pero el chico sonrió, y eso era tan satisfactorio como irritante.

—Los segadores son gente quisquillosa —dijo—. El ego y las expectativas siempre están al máximo. De todos modos, te aseguro que, sea lo que sea lo que esperen de ti, ellos se lo exigen diez veces más.

—Bueno, entonces deberían darse una buena paliza. Cada vez que consigo algo, me gritan por no haberlo conseguido antes.

—Están enseñándote a no esperar halagos —le dijo Constantine.

—¡Pero quieren que sea perfecto!

—No podemos aceptar menos de ti. A diferencia de los colegios a los que estás acostumbrado, aquí no se aprueba si no consigues un diez. —A lo que añadió—: Recuerda que todavía tienes que pasar todos tus exámenes en un solo cónclave; así se hace en Texas. Da igual lo mucho que apoyen tu causa los segadores de la estrella solitaria: no ordenarán a un segador que no les parezca lo bastante preparado, y solo tendrás una oportunidad. Tu esfuerzo no servirá de nada si no te ordenan.

El chico lo fulminó con la mirada.

—Justo lo que necesitaba. Más presión.

Constantine suspiró.

—Esto no va de ti —le recordó el segador—. Esa «presión» de la que hablas se reparte entre todos nosotros. Goddard ha conseguido extender su influencia por todas las regiones del continente, excepto esta.

—Así que… los «viajes diplomáticos» para Goddard no son para convencer a Texas de que se una, sino para evitarlo.

Ahora le tocaba sonreír a Constantine.

—Ahora comprendes la cuerda floja por la que camino.

Ben se encogió de hombros.

—Se le da bien.

Sorprendido, el segador se percató de que aquel reconocimiento le agradaba. Era un buen augurio que el joven pudiera suscitar esa reacción de un segador tan curtido como él.

—Me alegro de que hayamos podido pasar un rato juntos —le dijo, preparándose para irse—. Espero que te estén tratando bien en tus horas de descanso… y que encuentres algo de comodidad y alivio.

—Es un alivio que me dejen en paz.

—Bien dicho. Y me cuentan que han contratado a un fiestero profesional para que te ayude a relajarte.

Ben guardó silencio un momento.

—No, solo me dan un masaje por la tarde.

Constantine se percató de su lapsus al instante e intentó recular.

—Ah, error mío —dijo, y se dirigió rápidamente hacia la puerta—. Bueno, te dejo que sigas con tu noche.

Sin embargo, la mirada incómoda de Ben le dejó claro que no solo se había dado cuenta del patinazo del segador, sino que lo había entendido. De repente, deseo no haber ido a ver al chico.

Al día siguiente, Raj llegó a la habitación de Ben a la hora de siempre, puntual hasta decir basta.

—¿En qué nos centramos hoy? —preguntó, como siempre—. ¿Cuello? ¿Parte superior de la espalda? ¿Parte baja?

—Da igual.

Ben había tenido tiempo de sobra para asimilar el comentario de Constantine. Lo bastante para que le fermentara dentro. Pero no mostró sus cartas de inmediato, sino que siguió el guión habitual. Una charla insustancial y bocabajo en la camilla. No empezó hasta que empezó Raj.

—Raj, ¿por qué te contrataron?

—Me contrataron a través de una agencia —respondió él.

—No te he preguntado cómo, sino por qué.

—Me dijeron que necesitaban a alguien con mis habilidades.

—¿Y cuáles son tus habilidades?

Raj vaciló. No solo se le notó en la voz, sino también en las manos que le masajeaban la espalda. Se detuvieron un instante y después siguieron, aunque menos concentradas que antes.

—¿Qué me estás preguntando? —dijo al fin.

Ben tomó aire y lo dejó salir antes de enseñar sus cartas.

—¿Eres un fiestero?

Las manos de Raj se detuvieron por completo. Ben se puso bocarriba y se sentó para enfrentarse a él, lo que no le resultó fácil, porque aquello no era una pregunta, sino una acusación.

—¿Qué tiene eso que ver? —preguntó Raj.

—Tiene todo que ver. ¿Por qué te contrataron, Raj?

Raj no parecía avergonzado, sino enfadado.

—Para hacer justo lo que estoy haciendo: ayudarte a relajarte al final de la jornada.

—¿Por todos los medios necesarios?

Raj lo fulminó con la mirada.

—Hemos acabado —dijo, y se volvió para marcharse.

Ben saltó de la camilla.

—Creo que eso no lo decides tú.

Raj se detuvo un paso antes de llegar a la puerta y se volvió hacia él.

—¿Qué quieres de mí, Ben?

Era una pregunta cargada de implicaciones. Todo aquello tenía tantas ramificaciones distintas que a Ben empezó a darle vueltas la cabeza. Que los segadores decidieran contratar a un fiestero para él. ¿En qué estaban pensando? No, Ben sabía muy bien en qué estaban pensando. Una salva de emociones le rebotaban en el cerebro. En el cuerpo. Pero todas ellas confluyeron en una furia cada vez mayor.

—¿Que qué quiero de ti? Si te están pagando por hacerlo, no lo quiero.

Se miraron el uno al otro hasta que Raj dijo:

—Los fiesteros profesionales no son lo que tú crees.

—Vale. Ilústrame.

—Se nos entrena en distintas especialidades —respondió Raj—. Las mías son masaje euroescandiano, conversación ligera y voleibol de piscina.

A Ben no se le ocurrió nada más que:

—Aquí no hay piscina.

La mirada fría de Raj dejaba claro lo que estaba a punto de decir.

—Le pediré a la agencia que se busque a otro. Lo dejo.

Intentó abrir, pero Ben se adelanto a toda prisa y apoyó la mano en la puerta para que no lo hiciera.

—No puedes dejarlo.

—Claro que puedo. Me has insultado, pero no permitiré que me arrebates la dignidad.

—No puedes dejarlo porque te cribarán —le dijo Ben—. ¡Cribaron a todos los demás!

Raj se giró hacia él con tal cara de sentirse traicionado que Ben tuvo que retroceder. Era como si pensara que Ben estaba detrás de aquella intriga brutal, en vez de los segadores. ¡Era cosa de ellos! ¡Todo era cosa de ellos! ¿Cómo no lo veía? Ben estalló, alzando los brazos, liberando por fin toda la rabia, ahora que tenía un objetivo mejor que Raj.

—¿Es que no te das cuenta? ¡Se te meten en la cabeza! ¡Y se quedan ahí! Para ellos, todo es manipulación. No te contrataron por tus habilidades, Raj, sino porque saben lo que me gusta, ¡sabían qué tipo de persona me gustaría! Seguro que tienen una base de datos con todos mis novios y con todos los chicos que me gustaban cuando era pequeño. Y seguro que tienen otra con los tuyos.

Ben tardó un momento en conseguir mitigar la rabia y, entonces, se obligó a mirar a Raj. Se daba cuenta de que seguía dolido, de que seguía enfadado, pero, igual que con Ben, su rabia estaba encontrando un objetivo más acertado.

—Siento haber pensado que estabas enterado de su plan —dijo Ben, quejumbroso y sincero—. Soy imbécil por haberlo pensado. Te están usando, igual que me usan a mí.

Raj tardó un rato en responder.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó al fin.

—No les daremos la satisfacción de saber que tenían razón —respondió Ben—. Por mucho que queramos hacerlo.

Las reprimendas de la segadora Coleman fueron a menos, y a Ben le resultaba satisfactorio en grado sumo vencerla, cosa que ocurría cada vez más. Sus notas en técnicas de matar también estaban mejorando.

La ira de Ben alimentaba sus avances. Los segadores no eran los únicos capaces de tramar y maquinar. Ahora tenía su propio cómplice.

—Cuando me nombren segador, te concederé inmunidad para que no vayan a por ti —le dijo a Raj—. Cuando lleve el anillo, no podrán pararme.

Raj acudía todos los días a las dependencias de Ben para darle su masaje, pero no siempre hacían eso. A veces, se limitaban a charlar. Otras, tonteaban, aunque solo de palabra.

—Porque tiene que ser real —insistía Ben—. Y nunca lo será mientras nos tengan como a dos animales enjaulados en el zoo. No vamos a interpretar ningún papel para nuestros guardianes.

No obstante, aunque ambos estaban de acuerdo, la naturaleza humana jugaba en su contra, ya que uno siempre desea lo que no puede tener. Aunque Ben no lo decía en voz alta, lo que sentía por Raj era cada vez más profundo.

—No vine aquí a enamorarme —le dijo Raj a Ben un día; fue el primero en poner en palabras lo que ambos sentían—. Es muy poco profesional para un fiestero. Se supone que somos inmunes. Resulta que yo no.

Ahora, Ben tenía una razón aún más personal para tener éxito, más allá de la mera idea de estar a la altura de la imagen mítica de su hermana. Tenía que convertirse en segador por Raj. Para asegurarse de mantenerlo a salvo. Sin embargo, aunque mejoraba, no dejaban de insistirle en que no lo hacía lo bastante deprisa.

No cabía duda de que los segadores que trabajaban con él estaban cada vez más nerviosos. Según Constantine, tenía algo que ver con una expedición de rescate con la que pretendían recuperar los diamantes de los segadores del fondo del Atlántico, que estaban entre las ruinas hundidas de Perdura.

—Goddard tiene un plan para controlarlos —le explicó Constantine a Ben—. Y, si lo consigue, su influencia se extenderá por todas las Guadañas regionales del mundo. Razón de más para establecerte como líder antes de que eso pueda suceder.

No veían a Ben como a una persona, sino como un punto en el espacio. Una singularidad que se plantaría, desafiante, ante el agujero negro que era Robert Goddard. Sin embargo, eso solo podía pasar si Ben se presentaba ante el siguiente cónclave y lo ordenaban, claro.

Todo eso le pasaba por la mente mientras luchaba contra la segadora Coleman un día de principios de agosto. Aunque sus pensamientos bien podrían haber sido distracciones, en realidad servían para mantenerlo concentrado; alimentaban su decisión de triunfar por el bien de Raj.

Esquivó con destreza el bastón de Coleman y le dio una patada en la cabeza tan eficaz que no solo la sacó del círculo, sino que la lanzó contra una esquina.

—Debería haberlo visto venir —dijo ella, lo que le recordó a Ben que los segadores eran más duros con ellos mismos que con él.

La mujer se levantó y paró un momento para dejar que sus nanobots llegaran al moratón y le ordenaran el cerebro.

—Llevo un tiempo pensando en preguntarte algo —dijo—. ¿Cómo van tus sesiones con Raj?

Era la primera vez que le mencionaba al chico. Ben ni siquiera sabía que conociera su nombre. Pero, evidentemente, claro que lo conocía.

—No creo que sea asunto suyo —respondió, solo por ver cómo reaccionaba ante algo de beligerancia. Suponía que la falta de respeto la tomaría por sorpresa, pero se limitó a sonreír con astucia.

—A pesar de lo que pienses, no somos tus enemigos. Somos conscientes de que os habéis hecho íntimos. Quiero que sepas que no nos oponemos.

No, claro que no se oponían. No cuando eran los que habían diseñado aquella «intimidad». A veces, Ben deseaba no haber sido consciente de su engaño, ya que, en ese caso, se cumpliría con creces el «ojos que no ven, corazón que no siente».

—Todos necesitamos nuestras distracciones —dijo Coleman—. Segadores incluidos.

Aunque no se diera cuenta, decir que Raj era una «distracción» alimentó la siguiente ronda de entrenamiento y, de nuevo, Ben la venció: estaba bastante seguro de haberle roto el húmero izquierdo con el bastón. Era una herida que no se curaría del todo sin una infusión intravenosa de nanobots de curación acelerada. Punto para él.

—Tu dominio del bokator es cada vez menos decepcionante —le dijo Coleman antes de poner fin a la sesión—. Mucho menos decepcionante.

Sin embargo, aquel halago tan ambiguo no hizo que se sintiera mejor. Había en todo aquello algo que no le gustaba. Era como un picorcillo en el subconsciente y no podía dejar de rascarse. Raj y él llevaban ventaja, ¿verdad? Habían descubierto el subterfugio de los segadores. Por otro lado, ¿y si las maquinaciones de los segadores no terminaban ahí? ¿Y si había otra capa? ¿Un estrato más profundo que Ben todavía no había descubierto?

Aquella noche, Ben tuvo un sueño. Rara vez los recordaba (sobre todo desde que empezó el entrenamiento) porque durante sus horas de vigilia no le quedaba tiempo para meditar sobre esas cosas.

Soñó sobre «aquel día». El día en que se lo llevaron de casa sin advertencia ni explicación, lo ataron a una silla y lo dejaron a solas en un cuarto. Su hermana no tardaría en llegar. Aunque estaba asustado, se alegró muchísimo al verla porque sabía que tenía que haber ido a rescatarlo. Llevaba un cuchillo. Afilado. Aun así, Ben no lo había entendido. Creía que lo iba a usar para cortarle las ataduras. Solo al ver que le asomaban las lágrimas a los ojos supo por qué estaba allí y qué pretendía hacer.

Su hermana iba a matarlo.

En aquel momento, desconocía que era su prueba final para conseguir el título de segadora.

A Ben lo revivieron un par de días después, pero, a partir de entonces, su hermana dejó de existir. Porque se convirtió en la segadora Anastasia. Incluso cuando iba de visita a casa, Ben notaba que ya no era la misma. Atravesarle el corazón con aquel cuchillo la había transformado en otra persona.

Soñó con «aquel día» a menudo durante los primeros meses después de que Citra pasara a ser la segadora Anastasia. Que tu propia hermana acabara con tu vida era un trauma que ni los nanobots emocionales podían borrar. Tenía que trabajarse a la antigua. Con el tiempo, el trauma había ido perdiendo fuerza y el sueño recurrente había cesado.

Era la primera vez en cuatro años que volvía a soñar con eso, solo que esta vez era notablemente distinto. Esta vez, él estaba en el lugar de su hermana. Él era el que sostenía el cuchillo y se acercaba a la silla. ¿Y la silla? La silla estaba vacía, aunque no lo estaría por mucho tiempo. Y Ben sabía bien quién se sentaría en ella.

Se despertó con las sábanas empapadas en sudor y entendió que los segadores habían vuelto a derrotarlo.

Ben no podía contárselo a nadie, y menos a Raj. Estaba en una posición única, ya que ningún aprendiz de segador sabía que la prueba final era matar a la persona que más querías. Contaba con la ventaja de haber estado al otro lado del cuchillo de su hermana.

¿Era capaz de matar a Raj?

«No, no de matarlo —tuvo que recordarse—. De dejarlo morturiento».

En un mundo inmortal, quedar morturiento no era nada. Era una molestia. Un bache en un día por lo demás perfecto. Aun así, Ben sabía que sería lo más difícil que haría en toda su vida… Y esa era la intención, claro.

Por otro lado, eso significaba que no podían cribar a Raj antes de la prueba, lo que era, como mucho, una ventaja a corto plazo. Porque ¿y si, cuando terminara la prueba, Constantine u otro de los segadores permitía que Raj siguiera muerto? Cualquiera de ellos podía declarar que la muerte era una criba oficial y añadirla a su recuento. Y, cuanto más lo pensaba, más probable le parecía.

Porque era elegante.

Terrible y brutalmente elegante. No solo ataría un cabo suelto, sino que también cortaría un vínculo emocional, dado que los segadores no podían tenerlos.

«Los segadores deben amar a toda la humanidad, pero no a un solo ser humano», le había explicado el segador Hughes en una de sus primeras clases sobre ética de los segadores. El mandamiento de «No tomarás cónyuge ni engendrarás» se interpretaba en términos generales y se aplicaba estrictamente. Ni pareja, ni descendencia, sin excepción. No se exigía el celibato, sino la castración emocional. Un segador podía compartir cama con quien quisiera, pero no la vida.

Así que sería limpio y eficiente acabar con el espectro del amor en el corazón de Ben cuando atravesara con su cuchillo el de Raj.

Podía negarse a hacerlo. Soltar el cuchillo el último y crucial día de su noviciado. ¿Sería capaz de llegar hasta la prueba final y vacilar en la línea de meta? Nunca había anhelado ser segador, aunque no anhelarlo era el primer requisito. Lo que quería (lo que había querido desde hacía años) era dejar de estar a la sombra de su hermana. Pero, si lo hacía, sería a costa de Raj.

La única alternativa era salir de allí antes de llegar a ese punto. Escapar. Era la fantasía de la huida lo que lo ayudaba a aguantar. Una fantasía que pronto convertiría en realidad, como fuera. Necesitaba un plan, la oportunidad perfecta y suerte, pero no era imposible.

Lo único que conocía era su alojamiento, las habitaciones en las que daba las clases, y los pasillos y escaleras que lo conectaban todo. Como Constantine era un obseso del control, seguro que todo el personal, Raj incluido, estaban en algún lugar de las instalaciones, no fuera. Sin más pistas, nunca encontraría a Raj, y buscarlo sin más levantaría sospechas. Tendría que esperar a que fuera a verlo, lo que no ocurriría hasta la tarde siguiente.

Aquel día, Ben no dejó de derribar a la segadora Coleman en bokator. Clavó un examen sobre venenos que era más inquisición que prueba. Y, en técnicas de matar, se puso rápidamente a la ofensiva y desarmó al segador Austin hasta casi dejarlo sin brazo.

—¡El segador subordinado va a alegrarse mucho de tus avances! —exclamó Austin mientras una enfermera le vendaba las heridas y le ponía una inyección de nanobots sanadores.

No cabía duda de que Ben estaba en su mejor momento, más centrado y decidido que nunca. No tenían ni idea del porqué y no parecía importarles. Lo único que les importaba eran los resultados. Eso dejaba un punto ciego que Ben estaba dispuesto a aprovechar. Usaría las habilidades que le habían enseñado para zafarse de su puño de hierro.

Raj apareció a la hora de siempre y se dio cuenta de inmediato de que Ben estaba animado y nervioso.

—¿Qué pasa?

Entonces, siguiendo un impulso, sin ser consciente de lo que iba a hacer, Ben lo besó como llevaba semanas queriendo hacer.

Aunque Raj se sorprendió, no se molestó.

—Creía… creía que no íbamos a… ¿Ha cambiado algo?

—Todo ha cambiado. Y tenemos que salir de aquí.

—¿Qué quieres decir con «salir»?

—Justo lo que parece. Nos vamos. Huimos. Escapamos. Nos largamos a donde no nos encuentren jamás.

—Espera —dijo Raj, que vaciló ante el súbito cambio de planes—. Nos encontrarán vayamos donde vayamos. Son segadores.

—¡Exacto! Son segadores, no el Nimbo. Son falibles. Sí, intentarán encontrarnos, pero eso no significa que lo hagan. Y, como toda esta operación es secreta, no pueden pedir ayuda a las demás Guadañas sin desvelar lo que pretendían.

Raj sonrió, puede que un poco emocionado, puede que un poco nervioso.

—Entonces, ya lo tienes todo pensado, ¿no?

—Solo dime que estás conmigo.

—Lo estoy… Pero tu entrenamiento ya casi ha acabado. Y, cuando te ordenen en el próximo cónclave, podemos ir adonde queramos porque, cuando seas segador, no podrán obligarte a hacer nada. Así que ¿por qué no esperamos?

—¡No lo entiendes!

Ben se daba cuenta de que Raj tenía muchas preguntas, pero no las planteaba. En vez de eso, se tomó un momento para recuperarse y decidió confiar en Ben.

—Mi habitación está dos plantas por debajo de esta —le dijo—. Baja por la escalera norte y, después, son cuatro puertas a la derecha. Cerca del muelle de carga.

Ben asintió; ni siquiera sabía que hubiera un muelle de carga.

—Las cajas de provisiones llegan a las seis de la mañana todos los jueves. Lo sé porque la puerta, el camión y los trabajadores hacen mucho ruido. Me despiertan todas las semanas. Ven a mi cuarto a las seis. Dejaré la puerta sin cerrar por dentro.

—Me parece bien. Yo me ocupo de salir por el muelle de carga.

—Eso espero. Porque, si no, podemos darnos por cribados.

Después de todo lo centrado que había estado Ben, fue un infierno intentar proyectar una imagen de calma para que los segadores que lo entrenaban no sospecharan que tramaba algo. Se les daba bien interpretar a la gente o, al menos, interpretarlo a él. Tenía que seguir tranquilo y concentrado hasta el jueves por la mañana.

El miércoles a medianoche, Ben subió el termostato todo lo que pudo. Así que, unos minutos antes de las seis, en su suite hacía un calor abrasador. Entonces abrió la puerta para hablar con el guardia que estaba justo al otro lado.

—Oye —le dijo, fingiendo cara de sueño—, al termostato le pasa algo raro.

El guardia, que notó el chorro de calor que salía de la habitación, se asomó para investigar.

—Avisaré a alguien.

No tuvo la oportunidad. Una vez que estuvo dentro y fuera de la vista de la cámara del pasillo, Ben le rompió el cuello de un solo movimiento, una habilidad que había practicado mucho, aunque solo con muñecos. Con personas de verdad era más sencillo. Al menos, a nivel físico.

Metió al guardia en la habitación y se puso su ropa, que le quedaba amplia, pero le bastaba para pasar junto a las cámaras que no pudiera evitar.

Llegó a la escalera del ala norte y bajó dos plantas. Ya oía el ruido lejano de las puertas del muelle de carga al subir. La cuenta atrás había empezado.

Había otro guardia apostado justo a la salida de la escalera. Ben mantuvo la cabeza gacha para que no le viera la cara a la primera.

—Llegas temprano —dijo el hombre—. El turno todavía no ha terminado.

Ben lo rocío de veneno por contacto. Estaba morturiento antes de caer al suelo. Ben levantó la vista porque sabía que la cámara lo había visto, pero no sonó ninguna alarma. Quien estuviera supervisando el monitor estaba dormido o distraído. Las cámaras de seguridad de los segadores, por suerte, no eran como las cámaras del Nimbo. Porque, mientras que el Nimbo vigilaba todas sus cámaras a la vez en todas partes, la Guadaña dependía de personal de seguridad humano para vigilarlas, lo que significaba que todo el sistema era susceptible al error humano.

La habitación de Raj se encontraba al final del pasillo. Ben giró el pomo. Estaba abierta, como le había dicho. Ben abrió la puerta, esperando ver a Raj despierto y esperándolo. Pero lo primero que vio fue rojo. Un rojo que dañaba a la vista y tenía el tono exacto de la sangre.

—Qué decepción —dijo el segador subordinado Constantine.

Ben se quedó paralizado. Creía que se había preparado mentalmente para cualquier contingencia, pero le faltaba aquella.

—Esperaba más de ti —dijo Constantine—. Ni siquiera has llegado al perímetro exterior.

¿Qué?

—Teníamos tres puntos de salida viables para ti en el complejo, Benjamin. ¡Tres! Si hubieras sido lo bastante listo como para hacer un mapa de las instalaciones durante los meses que has pasado aquí, sabrías exactamente dónde estaban. Habrías llegado a la valla del perímetro.

Ben no pudo más que tartamudear.

—¿Q-qué está diciendo?

—Esto era un examen, Benjamin. Queríamos poner a prueba tu ingenio. Y has suspendido.

A Ben le daba vueltas la cabeza.

—¿Raj formaba parte de esto? ¿Estaba…?

—No, Rajesh no sabía nada de esto. Tranquilo, no te traicionó. Pero seguro que ya has averiguado la verdadera razón de su presencia aquí. Que tú lo traicionaras a él. Me imagino que ha sido ese examen final lo que te ha llevado a escapar.

—¡No lo mataré!

—Al final resulta que no tendrás que hacerlo —repuso Constantine.

A Ben no le gustaba cómo sonaba aquello, ni la expresión de Constantine. O su falta de expresión. Porque su cara no decía nada. No había ni rabia ni decepción. Era como si ya hubiera descartado a Ben y pasado página.

—¿Dónde está Raj? ¿Dónde está?

Constantine ni siquiera se molestó en responder.

—Escoltad al señor Terranova a su alojamiento.

Dos guardias de la Guadaña, que estaban detrás de Ben, lo agarraron. Podría haberse librado de ellos. Podría haber roto cuellos, huesos o lo que fuera para librarse de ellos, pero ¿qué más daba? En el pasillo habría más guardias que ocuparían su lugar. Daba igual lo que hiciera Ben, porque no iba a escaparse.

—Hay mucho que hablar —dijo Constantine—. Lo haremos durante el desayuno. A las ocho en punto.

Los guardias se lo llevaron mientras, en algún lugar fuera de su vista, oyó que el camión de reparto se marchaba y las puertas del muelle de carga se cerraban.

En la época mortal, los condenados disfrutaban de una última comida antes de enfrentarse al verdugo. Ben lo sabía todo al respecto. El arte de matar no consistía tan solo en blandir armas, sino en comprender su historia. El temario era exhaustivo, desde guillotinas a pelotones de fusilamiento, pasando por la silla eléctrica. Ben se preguntaba si aquellos condenados se habrían sentido igual que él de camino al desayuno con Constantine.

—Siéntate, Benjamin. La comida ya está servida.

Lo único que Ben quería saber era qué habían hecho con Raj… y Constantine lo sabía. Pero ya se lo había preguntado y el segador no le había hecho caso. Preguntar de nuevo era mostrar debilidad, y Ben se negaba a parecer débil delante de aquel hombre.

—Soy consciente de que nunca has querido estar aquí —le dijo mientras masticaba un trozo de beicon—. Aunque al final has conseguido avanzar en tu entrenamiento, está claro que nunca has puesto el corazón en ello. Y lo siento por ti, de verdad.

Cualquier otro día, la idea de que Constantine sintiera algo le habría hecho reír a carcajadas. Aquel hombre no rebosaba compasión, precisamente.

—Los segadores que te instruyen solo quieren lo mejor para ti.

—Eso es mentira —repuso Ben—. Quieren lo mejor para la Guadaña. No tienen ni idea de qué es lo mejor para mí, ni les importa.

Constantine suspiró.

—Tienes razón —reconoció—, pero ya no importa.

«Allá vamos», pensó Ben. Se preguntó si pensaban enviarlo a casa o cribarlo para que no quedara constancia de su fracaso.

—Ya no es necesario que te conviertas en segador —dijo Constantine.

Ben se negó a apartar la mirada de él, desafiante.

—¿No quieres saber por qué? —preguntó el segador.

—Me da igual —respondió Ben—. ¿Me voy a casa en autobús o en un ataúd?

—Ninguna de las dos cosas.

Ben lo miró y le pareció notar una chispa en los ojos de Constantine. Estaba contento por algo. El chico no sabía si era genuino o sádico. Por fin, el segador le dijo lo que se estaba callando:

—Han encontrado los restos de tu hermana.

Aquello era lo último que esperaba escuchar.

—Espere, ¿hay restos? Creía…

—Sí, todos creíamos que la habían devorado, como a los demás, pero han encontrado su cadáver intacto en una cámara estanca.

Ben dejó el tenedor.

—¿Intacto hasta qué punto?

Constantine no pudo reprimir la sonrisa.

—La han revivido, Benjamin. ¡Y pronto regresará al mundo, triunfante!

Ben se quedó sin aliento y sin habla. Aquella noticia estaba siendo tan difícil de procesar como lo había sido su muerte. ¡Lo que significaba para sus padres! ¡Lo que significaba para él! ¡Era una noticia fantástica! Y aun así…

Constantine se enderezó en la silla y cruzó los brazos, muy satisfecho.

—Ahora puedes estar tranquilo; ya no te necesitamos.

Y eso fue todo. Se acabó el entrenamiento. Se acabaron las clases. Se acabaron las reprimendas continuas. Después de más de un año escuchando un día tras otro lo importantísimo que era, pasó a ser prácticamente invisible.

Igual que Raj. No apareció aquel día y Ben estaba cada vez más preocupado. No tenían ningún motivo para cribarlo ahora que mantener el noviciado de Ben en secreto no servía de nada…, pero tampoco tenían ningún motivo para no cribarlo.

Se organizó una reunión bastante apresurada para que Ben se despidiera de sus instructores. Algunos estaban deseando que acabara, mientras que los

mejores deseos de otros, como el segador Hughes, eran genuinos. Así que a él se dirigió Ben.

—Segador Hughes, por favor, —le pidió, intentando no suplicar—, ¿podría decirme qué han hecho con Raj, mi masajista?

—Creo que es más que tu masajista —respondió él, y esbozó una sonrisa amable.

—Entonces comprenderá por qué estoy desesperado por saber dónde está y qué han hecho con él.

Hughes suspiró.

—Lo cierto es que no tengo permiso para decírtelo —respondió, dándole la mano—. Haz todo lo posible por quitártelo de la cabeza.

Entonces entró Constantine.

—No es asunto tuyo lo que hagamos con el personal de estas instalaciones.

Oír aquello lo hizo saltar. Puede que antes no tuviera instinto asesino, pero llevaba muchos meses cultivándolo bien. De haber podido, le habría arrancado el corazón.

—¡Eres un monstruo! —gritó—. No te mereces ser segador. No te mereces nada. Y cuanto antes desaparezcas de este mundo, antes será el mundo un lugar mejor.

Constantine no se sorprendió. Apenas arqueó las cejas.

—Todo es relativo, Benjamin. Con la ayuda de tu hermana, intentaré derrocar a Goddard, que es una verdadera fuerza del mal en el mundo. Así que ¿soy un monstruo, Benjamin? ¿O soy un héroe? —Meditó en serio la pregunta—. Ninguna de las dos cosas, quizá.

No permitieron que regresara a casa porque su casa ya no existía. Constantine, siguiendo órdenes de Goddard, había cribado a sus padres y había confiscado todos sus bienes poco después de que comenzara el noviciado de Ben. Después de muertos, Constantine se había llevado sus cadáveres a un centro de reanimación desconectado de la red y los había «describado».

—Era necesario —le dijo el segador—. La base de datos de los segadores tenía que registrar sus cribas para que Goddard no sospechara.

Ahora, los padres de Ben estaban ocultos con otro nombre en un lugar que ni siquiera Constantine conocía.

En cuanto a Ben, del que se esperaba que estuviera en casa cuando fueron a por sus padres, Constantine obró algo de magia en la base de datos de la Guadaña. Allí constaba que Ben había huido de casa, que se había hecho indeseable y había desaparecido en algún punto de Antártida, lo bastante lejos para que a Goddard le diera igual, aunque no le daría tan igual cuando Citra hiciera su gran reaparición. Por eso, Ben tenía que desaparecer del todo, como sus padres. Tan solo y desconocido como fuera posible.

—Estarás a salvo en el sitio al que te enviamos —le aseguró Constantine—. Y, con el tiempo, disfrutarás de la vida que lleves.

Ben no creía que fuera cierto, por muchos cientos de años que pasaran.

Entonces, antes de despedirse definitivamente, Constantine dejó un sobre en la mano de Ben y le susurró al oído:

—No soy el monstruo por el que me tomas.

La belleza de San Petersburgo no significaba nada para Vasily Markov. Aquellos días, todo le parecía teñido de tonos sombríos.

Vasily Markov. Eso es lo que decía su tarjeta de identificación oficial. Pero seguía sintiéndose como Ben Terranova y no creía que eso fuera a cambiar. Si su hermana se salía con la suya, quizá pudiera abandonar su escondite algún día y reclamar su nombre. Ya había hecho algunas retransmisiones reveladoras y puesto al dalle máximo Goddard en un incómodo punto de mira. Quizá lograra derrocarlo. Quizá no. Ben se sentía tan lejos de los asuntos del mundo de los segadores como si estuviera en otro universo, en vez de en la otra punta del mundo.

Entonces, ¿quién era Vasily Markov? Era un alumno de la Universidad de San Petersburgo que estudiaba la literatura clásica de la región. Daba igual que Benjamin Terranova no supiera distinguir a Pushkin de Chéjov. Aprendería. Se adaptaría. Tenía que hacerlo. Y tenía que evitar llamar la atención porque eso podría alertar a los agentes de Goddard que, sin duda, lo buscaban.

La región de Ruskaya Occidental, como las Méricas, Israebia y otros muchos lugares del mundo, había tenido sus momentos oscuros. Sin embargo, ahora no eran más que historia, temas dentro de la categoría de Estudios Antiguos. Cuando el Nimbo puso fin a las naciones, solo quedó lo más brillante de cada región. Ben esperaba que la oscuridad que él mismo había experimentado también llegara a convertirse en una nota histórica a pie de

página de su vida. Pero para eso hacía falta tiempo. Y esfuerzo. Y era más fácil decirlo que hacerlo.

Tenía un piso con vistas al río Neva, en una zona bulliciosa y animada de la ciudad. Aun así, a pesar de llevar allí varias semanas, todavía no conocía a nadie. Seguía esperando sentir esa necesidad, pero solo sentía el deseo que le había metido dentro su instrucción: el de luchar con arma blanca, bala y porra; el de acabar con la vida. Lo habían entrenado para ser segador, así que, ahora, ¿qué era? Nada. Ni siquiera él mismo. Pensaba en Rowan Damisch. ¿Eso era lo que sintió cuando le negaron el anillo el mismo día que ordenaron a su hermana? Cada vez odiaba menos a Rowan, sobre todo desde que sabía que, al parecer, no había sido el que había hundido Perdura.

Un martes lluvioso, Vasily Markov se saltó las clases para visitar el Hermitage, no porque deseara especialmente hacerlo, sino porque tenía una entrada para una visita en grupo específica ese día en concreto. Una entrada que le había puesto en la mano un segador vestido de rojo carmesí, el mismo que había sido tan eficaz al borrar su vida. Podría haber tirado la entrada, pero no había logrado reprimir la curiosidad.

Al final, resultó ser la mejor visita a un museo que había experimentado. No solo por las muchas obras de arte maravillosas que albergaba, también por el guía. Se llamaban Milán y sabía todo lo que había que saber sobre las obras del museo.

Cuando acabó la visita, Ben se quedó atrás. Los turistas le daban propinas generosas a Milán por hacer tan bien su trabajo. Ben también lo hizo, aunque se aseguró de quedarse el último de la fila.

—Ha sido mucho mejor de lo que me imaginaba —le dijo Ben.

Milán fue amable y atento, como lo había sido durante toda la visita. Nada más.

—Gracias, Vasily —respondió Ben, lo que lo tomó por sorpresa.

—¿Sabes cómo me llamo?

Milán esbozó una tímida sonrisa.

—Lo pone en tu chapa.

—Ah, claro.

Y, cuando les quedó claro a ambos que Ben estaba alargando el momento, le dijo lo que había querido decirle desde que llegara al museo y el guía se presentara:

—Te echo de menos, Raj.

Milán lo miró y, por un momento, Ben creyó que se saldría del personaje. Que lo abrazaría, incluso. Sin embargo, respondió:

—Si supiera quién es esa persona, puede que yo también lo echase de menos.

Ben esbozó una sonrisa melancólica.

—Lo siento, creía que eras otra persona.

—A veces pasa —respondió Milán—. Me alegro de que hayas disfrutado de la visita.

Suplantar no era solo una ciencia, sino un arte. Cuando lo hacía el Nimbo, siempre pedía permiso a la persona en cuestión y, después, a la nueva identidad siempre se le dejaba claro que habían sustituido sus recuerdos. Sin embargo, cuando lo hacían los segadores, no seguían esas reglas. Por lo que Milán, el guía turístico, sabía, siempre había sido Milán, el guía turístico de algún lugar de Ruskaya Occidental, y tenía recuerdos de la infancia que lo demostraban. Nunca pensaría otra cosa. Nunca sabría que, antes, era otra persona. No obstante, ¿hasta qué punto te cambiaba la suplantación? Cambia quien crees que eres, pero ¿cambia quien eres de verdad, hasta la médula?

—Gracias de nuevo, Milán.

Ben se giró antes de que pudiera ver las lágrimas que le asomaban a los ojos. La ambivalencia de esas lágrimas. Porque sabía que había perdido a Raj, aunque también que no lo habían cribado. Era otra persona, pero seguía vivo.

«No soy el monstruo por el que me tomas», le había dicho Constantine. A pesar de ello, Ben no lo odiaba menos que antes.

Cuando se acercaba a la salida principal, notó que una mano lo agarraba por el hombro. Sintió la levísima presión de las puntas de los dedos y eso le relajó la tensión del cuello. Ben sonrió porque conocía ese contacto sin tan siquiera volver la vista. Memoria muscular. Eso, al menos, no podían borrarlo.

—Puede que te invite a otra visita, Vasily —dijo Milán—. Una visita privada. El Hermitage tiene más obras de arte de las que puedan verse en una sola tarde. Sería un placer enseñártelas todas.

Ben lo miró a los ojos, tan amables, y, maravillado, comprobó que, en un instante, habían pasado de desconocidos a algo más.

—Me encantaría —respondió—. Lo estoy deseando.

Y ¿quién sabe? Quizá Vasily llegara a conocer a Milán incluso mejor que Ben a Raj.

La persistencia de la memoria

con Jarrod Shusterman y Sofía Lapuente

En el corazón de Barcelona, bajo las impresionantes torres de la catedral de la Sagrada Familia, vivía un segador cuyo nombre se oía por toda la ciudad. Un nombre pronunciado con un timbre aterrador y misterioso. Un nombre susurrado. Siempre susurrado.

Cabría pensar que la magnífica catedral (que tardó más de cien años en construirse durante la época mortal) sería el hogar del homónimo de su arquitecto, el honorable segador Gaudí. Pero no. Era el hogar del segador Dalí, que la había elegido solo por rencor. Era un rencor profundo y perdurable, tan eterno e inmortal como él.

Era habitual ver pasear al segador Dalí por La Rambla, la calle más gloriosa de Barcelona, ataviado con una túnica de seda que era más azul que el cielo y estaba veteada de oro; los colores se inspiraban en los cuadros de su histórico patrono. Eran tonos que proyectaban una luz extraña y onírica en el mundo. Y, al atardecer, Dalí se colocaba en las estrechas pasarelas de piedra entre las torres para contemplar a las masas, mientras se acariciaba el característico bigote que le colgaba sobre los labios como los brazos de una mantis religiosa y meditaba sobre su próxima víctima. El segador Dalí no se limitaba a cribar. Creaba. Forjaba. Diseñaba. Cada una de sus cribas era una obra maestra surrealista. Como su histórico patrono solía decir: «Sin locura no hay arte». Y, dado que el Nimbo había eliminado la locura del mundo, él había decidido personificarla.

—¿Dolerá mucho?

A la joven novia le temblaba la voz, aferrada a la mano de su novio; era un hombre alto, delgado y de juventud natural, cuyas piernas se sacudían como si se apoyara en unos zancos poco estables.

—Vuestra muerte será instantánea —les aseguró el segador Dalí—. Y, si no, vuestros nanobots analgésicos atenuarán la peor parte. No temáis.

Los bancos de la capilla de la colina estaban llenos de espectadores. Todos llevaban máscaras festivas para la ocasión: de médicos de la peste negra, muy enjoyadas, o disfraces de arlequines emplumados, al estilo de la realeza veneciana. Los que habían ganado la Lotería de los Testigos habían recibido instrucciones del segador Dalí y sabían que debían vestirse como si se tratara de un baile de disfraces de Carnaval. Servían para dar ambiente. Formaba parte del espectáculo.

En el altar había una pistola de combustión rellena de doce kilos de carbón presurizado. Cuando se disparara, descargaría una ráfaga de cenizas piroclásticas sobrecalentadas que quemarían al instante todo a su paso. Por eso, un cristal resistente al calor protegía al público.

—Hoy quedaréis inmortalizados —le dijo Dalí a la joven pareja—. Vuestros restos incinerados, encerrados en un revestimiento eterno de cenizas silíceas, serán un homenaje a los vientos volcánicos de Pompeya. Podéis consideraros una interpretación posmortal de *Romeo y Julieta*.

—Si vamos a morir hoy es que no somos «posmortales» —se atrevió a decir el novio.

—Bueno, sí —coincidió Dalí—. Pero el resto de nosotros sí lo somos.

El novio se tragó su miedo y su padrino dio un paso adelante.

—Puedes hacerlo —le dijo su amigo—. Tú piensa en que es un gran honor. Y en que siempre te recordarán.

La pareja se miró y asintió con la cabeza, como si importara algo su decisión.

—Vuestra vida acabará en el momento cumbre de vuestra alegría —pontificó Dalí—. ¿Qué podría ser más noble? ¿O más perfecto?

Para Dalí, era la satisfacción suprema. Aquel día, en aquella capilla histórica y pintoresca, de nuevo, iba a hacer del mundo un lugar mejor al enriquecerlo con cultura. La criba ocurriría justo cuando se unieran los labios de los dos jóvenes, un milisegundo exacto después de que los pronunciara marido y mujer, puesto que él mismo haría los honores.

El escenario estaba preparado y todo lo que no se encontraba en el camino de la ráfaga de ceniza se había fundido previamente. Los ficus de plástico, que estaban a ambos lados de la pareja, se habían convertido en una masa

oscura endurecida, como un par de monstruos que se arrastraban escaleras arriba. De las paredes colgaban cuadros calcinados y las vidrieras habían goteado hasta formar peculiares mezclas de colores. Tales *leitmotivs* le servían como tema de conversación en las exposiciones y los cócteles. Lo único que faltaba era crear la atracción principal de su majestuosa escena. En cuanto a la multitud, se trataba de un grupo bullicioso que se reía y vociferaba como si asistiera al circo. Ya nadie respetaba el verdadero arte.

Para Dalí, la criba era la forma más pura y preciada de arte. Había aprendido de los estilos mortales. El barroco le había enseñado con una minuciosidad desgarradora que el mundo estaba lleno de dolor y grandeza. El expresionismo pintaba los paisajes interiores de la mente humana y el arte moderno revelaba su absurdo. Había visitado el Louvre en numerosas ocasiones para reflexionar sobre su mayor tesoro… y, como segador, no tenía que hacer cola como los demás. Incluso le permitían pasar una hora a solas con ella, con toda la galería para él. *Af Klint contemplando la salida de Safo*. Era una obra maestra reconocida en todo el mundo como la última obra de arte mortal. Un cuadro que reflejaba tanto la melancolía como la alegría de la transición a la inmortalidad.

Sin embargo, en un mundo sin sufrimiento, ¿qué trazos de pasión quedaban en los pinceles del artista? ¿Qué colores en su lienzo? La muerte, no obstante, era algo que ni siquiera el Nimbo, con su billón de zettabytes de pensamiento perfecto, podría arrebatarle a la humanidad. Por eso, Dalí había jurado que cada una de sus cribas sería una obra de arte. Y aquella se convertiría en la más grande de todas.

La ceremonia transcurrió como suele hacerlo; la entrada procesional de la novia, el padre lloroso que la entregaba al novio. Por fin, se intercambiaron los votos y el segador Dalí los unió en sagrado matrimonio.

—Aldo y Pilar, yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Acto seguido, Dalí se ocultó detrás de su pantalla protectora y encendió la pistola de combustión, que zumbó con una energía que arrancó gritos ahogados expectantes del público.

Sin embargo, antes de poder apretar el gatillo, todas las luces se apagaron y la pistola se desactivó.

¿Un circuito fundido? ¡Qué poco oportuno! Hacía mucho tiempo que la innovación había extinguido los apagones, pero los monumentos antiguos, como aquella capilla, todavía se aferraban a su encanto rústico.

—No pasa nada —dijo Dalí—. Un fallo sin importancia. No abandonen sus posiciones.

En momentos como ese desearía haber decidido contar con ayudantes, pero aborrecía la idea de no hacerlo todo él mismo. Salió por la puerta de atrás para corregir el problema técnico, un interruptor que había saltado. No obstante, al regresar por las viejas puertas de madera de la capilla, la pareja ya no estaba.

Sus súbditos lo habían abandonado en el altar.

—*¡No puede ser!* —exclamó en español.

Miró hacia el público que seguía detrás del escudo transparente, todavía con sus máscaras de Carnaval, aunque ya solo las llevaban puestas porque temían mostrar su rostro.

—¿Adonde han ido? —preguntó Dalí a la multitud.

La mayoría temía demasiado su ira como para moverse, pero unos cuantos señalaron la entrada abierta de la capilla.

De vez en cuando, los elegidos para la criba huían y, según las reglas de la Guadaña, su castigo consistía en que el resto de su familia se cribaba con ellos. Se volvió hacia los padres de la novia, que levantaron las manos como diciendo: «¿Quién entiende a los jóvenes?».

La mirada de Dalí se ensombreció.

—Vuestra hija acaba de firmar vuestra sentencia de muerte. Lo sabéis, ¿verdad?

Bajaron la mirada y asintieron, tristes y resignados. El segador consideró la posibilidad de hacerlo sobre la marcha, pero decidió que era mejor hacerlo en presencia de su hija. Cuando los encontrara a su nuevo marido y a ella. Qué egoístas, qué estúpidos. La pareja había renunciado a la gloria por la ignominia y unos minutos más de vida.

Dalí se giró hacia los presentes. Ya no se reían, pero risas era lo que Dalí escuchaba. Lo habían ridiculizado, habían destruido su obra maestra y la muerte gloriosa yacía malograda a sus pies.

—¡Marchaos! —gritó—. Apartaos de mi vista antes de que os cribe a todos.

No necesitaron más invitación. Los bancos se vaciaron en cuestión de segundos.

Una vez que se hubieron marchado, dejó que la ira se apoderara de él. Gritó y agarró un candelabro fundido que colgaba del borde de una mesa como un manojo de serpientes de plata y lo lanzó al otro extremo de la sala. Después le dio una patada a su pistola de combustión y lanzó los trozos de carbón del interior a las vidrieras, rompiendo lo que ya estaba fundido.

Aquello no había sido un accidente.

La electricidad no se había cortado sola. Alguien había planeado la huida de la pareja. Y el segador Dalí sabía perfectamente de quién se trataba.

En el alma de Barcelona, en las frondosas colinas del parque Güell, vivía un segador que había decidido convertir la vieja cabaña de mantenimiento del parque en su hogar. Un segador cuyo nombre siempre hacía asomar una sonrisa a los labios.

A diferencia del segador Dalí, su túnica no era llamativa. Se trataba de una vieja prenda de lana teñida en colores naturales y terrosos. Su mirada, penetrante y reflexiva, solía estar concentrada en las páginas de un libro de la edad mortal, mientras se acariciaba con aire pensativo una barba cada vez más gris; porque, aunque podía elegir mantener la edad que deseara, se había decidido por unos sesenta años muy respetables. Creía que nadie se merecía la juventud más de una vez, y mucho menos un segador. Cuando no se encontraba ocupado con su sagrado deber de la criba, se dedicaba a cultivar flores con la paciencia de un santo en los jardines del parque Güell. Porque, como solía decir: «Para hacer las cosas bien es necesario: primero, el amor; después, la técnica». Era una filosofía basada en las enseñanzas de su histórico patrono.

Nunca cribaba en los enormes terrenos del parque. Todo el mundo sabía que aquel lugar era un refugio seguro para los que lo visitaban, cosa que muchos hacían. El venerado segador paseaba entre la gente que acudía allí para contemplar las gloriosas esculturas de mosaico; eran unas estructuras caprichosas en espiral, con aspecto de caramelos, creadas por su histórico patrono. Sonreía a los niños, que le devolvían la sonrisa y después preguntaban a sus padres quién era aquel hombre extraño que había decidido hacerse viejo. «No es otro que el segador Gaudí», susurraban ellos. Siempre lo susurraban.

Sin embargo, aquel día, el segador Gaudí tenía una misión que lo apartaba de su amado parque.

Había una casita al oeste, el destino del viaje de novios de una pareja de recién casados. Gaudí los esperaba en el jardín de rosas de la casita cuando llegaron, ambos aliviados y desconsolados. Volvían la vista atrás como si los siguieran, aunque nadie lo había hecho. El segador Gaudí sabía que el segador Dalí no se molestaría en averiguar adonde pensaban ir después de la boda, puesto que estaba claro que no creía que tuviera importancia, ya que la criba impediría cualquier plan futuro.

—Por favor, sentaos —les dijo al darles la bienvenida al patio—. Tengo churros y el mejor chocolate caliente de toda Barcelona para vosotros.

—Gracias, su señoría —dijo el joven marido al sentarse.

—Llamadme Antoni, por favor —repuso Gaudí, y después llenó con mucho cuidado sus tazas del rico líquido sedoso.

Marido y mujer se dieron la mano.

—Gracias por todo lo que ha hecho por nosotros. Por liberarnos del horrible espectáculo del segador Dalí.

Gaudí suspiró.

—Me encantaría poder ofreceros inmunidad y un año de felicidad conyugal, pero las normas son las normas. Una vez que se marca a alguien para la criba, no hay elección. Sin embargo, no existe ley alguna que diga que vuestra criba deba ser un espectáculo.

—¿Cómo lo hará? —soltó la novia.

En vez de responder, Gaudí cogió una rosa y se la dio. En ella había una araña diminuta tejiendo una red entre los pétalos.

—Tranquilos, sabed que todo forma parte de un plan mayor —les dijo—. Un plan de belleza orgánica que ha intrigado a los mayores pensadores de todas las épocas. Es la razón por la que los pétalos de la rosa resultan tan bellos; la razón por la que las conchas marinas se curvan en una espiral perfecta para que podamos oír nuestra sangre circular dentro de sus paredes. Y es la razón por la que todas las arañas de un jardín saben cómo tejer su red.

La joven dejó con delicadeza la rosa en la mesa y empezó a beberse el chocolate, que eran tan tranquilizador como la voz de Gaudí.

—La sucesión de Fibonacci —siguió diciendo el segador—. Es una especie de simetría divina que existe desde mucho antes de que los seres humanos recorrieran la tierra.

—Pero no ha respondido a nuestra pregunta, su señoría —intervino el novio—. ¿Cómo va a cribarnos?

Gaudí sonrió, amable y comprensivo.

—Ya lo he hecho.

Tras un instante, ambos miraron la taza que tenían en la mano. El veneno no estaba en el chocolate, sino que lo había aplicado con cuidado en el borde.

Ambos palidecieron. Las manos les temblaron, aunque no era por el veneno, sino por el miedo.

—No sentiréis dolor —les aseguró Gaudí—. Ahora podéis retiraros a vuestra cama matrimonial. Consumad vuestra unión. Dormid abrazados. Y, por la mañana, no despertaréis.

Así que la pareja, con lágrimas en los ojos, entró de la mano y cerró la puerta.

Un instante después, una teja cayó del tejado y se estrelló contra el patio. Y una voz de mujer gritó desde la casa de al lado:

—¡Oye! ¿Qué haces ahí arriba? Baja, que te vas a hacer daño.

La chica de dieciséis años encaramada en el tejado soltó otra teja al deslizarse hacia abajo. Consiguió agarrarse al borde lo justo para evitar que su caída resultara catastrófica y se lanzó de la canaleta a las rosas soltando un gritito. Tras el golpe, salió con arañazos y sangre por culpa de las espinas.

La mujer rechoncha de la casa de al lado, que llevaba un delantal manchado de harina, acudió presurosa.

—¡Qué pasa contigo! —le gritó—. ¿Es que quieres acabar morturienta?

Solo entonces vio a Gaudí y en su rostro se reflejó la conmoción que siempre acompaña a un encuentro por sorpresa con un segador.

—¡Su señoría! Lo siento mucho, no lo había visto —dijo, y corrió a hacer una profunda reverencia que le soltó trocitos de masa del delantal.

—No tema, señora[1], hoy no corre peligro de criba. —Después, se volvió hacia la chica—. Menuda entrada has hecho, Penélope. Casi consigues que los nanobots de esta pobre señora pasen a reanimación cardiorrespiratoria.

—Yo también me alegro de verte, tío Antoni.

—Así que has vuelto a seguirme a una criba.

Como siempre, Penélope iba vestida por entero de negro y, aunque llevaba los ojos delineados con gruesas líneas oscuras como la brea, no había lápiz en el mundo capaz de oscurecer el brillo de su mirada.

—*Perdóname*, tío Antoni.

—Las disculpas solo funcionan la primera vez —respondió él, aunque lo cierto es que, más que enfadarlo, la situación le hacía gracia.

Como Penélope se daba cuenta, esbozó una sonrisa traviesa, cogió un churro de la mesa y se lo comió.

—¿Cómo sabes que no he envenenado los churros?

Penélope se encogió de hombros.

—Si lo hubieras hecho, me reanimarían y ya está.

Justo entonces, la panadera se abalanzó sobre Gaudí con una agilidad sorprendente para una mujer de su tamaño, le agarró la mano y le besó el anillo antes de que pudiera detenerla.

—¡Gracias, su señoría! —exclamó, y corrió a su casa antes de que Gaudí pudiera decir palabra.

Gaudí suspiró y Penélope echaba chispas por los ojos.

—¿Vas a dejar que se salga con la suya? ¿Que te robe la inmunidad?

Gaudí se encogió de hombros.

—No puedo deshacerlo. Además, todo lo que sube tiene que bajar. Seguro que, con el tiempo, descubrirá que le han robado algo de valor. Y, sea lo que sea, probablemente lo eche más de menos de lo que yo echaré de menos esta inmunidad robada.

Penélope puso cara de fastidio ante lo que le parecía un cliché vacío. Pero no. Así era como Gaudí veía de verdad la vida. Y la muerte.

La chica se volvió para mirar las persianas bajadas de la casa, detrás de las que la joven pareja pasaba sus últimas horas.

—Siempre me pregunto qué les pasa cuando se van —dijo.

—Eso es algo que solo sabe el Nimbo —respondió él—. O puede que él tampoco lo sepa. Algunos dicen que sus almas se cargan junto con sus recuerdos, de modo que una parte de ellos siga viviendo dentro del sistema. Otros, que es como echarse una siesta muy larga, sin promesa de despertar.

—Dicen que la muerte es la prima del sueño —comentó la joven.

—Bueno, no le des demasiadas vueltas. —Gaudí la besó en la raya del pelo, que era negro y asilvestrado. Después, la rodeó con un brazo—. Vamos, dejemos que los recién casados pasen su tiempo juntos. Y, como la muerte te fascina tanto, puedes asistir a su funeral conmigo cuando se organice.

—¡Fuiste tú, estoy seguro! ¡No te atrevas a negarlo! —exclamó el segador Dalí, que se dirigía hecho una furia a Gaudí mientras este trabajaba tranquilamente en su huerto—. Has arruinado mi obra maestra —añadió, señalándolo con un dedo acusador.

Gaudí siguió con su huerto.

—Pareces inquieto, Salvador. ¿Me permites ofrecerte unas hierbas calmantes?

—¿Lo niegas?

—No estaba en las inmediaciones de la catedral.

—¡Pero tienes conspiradores!

—Ah —repuso Gaudí, que le entregó a Dalí un puñado de flores de manzanilla—. Querrás decir amigos. Sé que es un concepto con el que no estás familiarizado.

—¡No juegues conmigo, Antoni! De un modo u otro, ha sido cosa tuya, como la última vez ¡y la anterior!

—Bueno, la última vez querías guillotinar en público a una heredera genética del antiguo linaje real francoibérico. Mi conciencia no me dejó más opción que arrebatarle la vida a la pobre muchacha antes de que convirtieras su criba en un espectáculo. Y, esa otra vez, querías lanzar de un tejado a un piloto cubierto de plumas doradas.

—¡Eso era una ironía teatral! —bramó Dalí.

—Sí —respondió Gaudí sin alzar nada la voz—. ¿Y no es irónico que muriera antes de que pudieras tirarlo del tejado?

—¡Como segador, tengo derecho a cribar como me plazca!

Gaudí no logró reprimir una sonrisa maliciosa.

—Cierto, pero no hay leyes que me impidan cribarlos yo primero.

Dalí miró las hierbas que tenía en la mano, como si se fijara en ellas por primera vez, y las arrojó al suelo. Dio media vuelta, furioso, pero se arrepintió a toda prisa.

—¡No te saldrás con la tuya! ¡Presentaré mis quejas ante el cónclave!

Pero Gaudí se limitó a reírse.

—¿Y qué crees que van a hacer? ¿Censurarme por evitar que nuestro deber sagrado de la criba se convierta en una pantomima? No lo creo, amigo mío.

—¡No soy tu amigo! —gruñó Dalí con encono para dar y tomar.

—Bueno, como decía, sé que el concepto te cuesta —dijo el otro segador —. Pero, por si te sirve de algo, yo sí te cuento a ti entre mis amigos.

Dalí respondió agarrando una horca que estaba apoyada en la valla.

—Me llevaré esto a la parte más concurrida de tu amado parque y lo usaré para cribar a quien me dé la gana. Será sangriento. Será feo. Y mancillará para siempre el parque Güell.

El segador Gaudí siguió con su huerto.

—Haz lo que te plazca —repuso sin malicia ni reprobación.

El segador Dalí se marchó, pero, justo al otro lado de la puerta, lanzó la horca al suelo; estaba claro que había perdido todas las ganas de cribar.

Durante todo el intercambio, ninguno de los dos segadores se percató de que Penélope estaba asomada a la ventana de la humilde cabaña en la que vivía Gaudí, observando lo que ocurría entre ellos.

Todo gran artista evoluciona por fases, y son esas mismas fases las que convierten al creador en lo que es. Procedo de una familia que ni entendía ni apreciaba el arte. Mi padre miraba los girasoles de Van Gogh y se preguntaba

por qué no hipercultivarlos de verdad para ponerlos en la mesa del comedor. Por tanto, fue la lucha contra lo mundano lo que me llevó hasta mi verdadera familia. Los creadores de antaño, mis antepasados espirituales cuya obra domina los museos del mundo. Da Vinci, Vermeer, O'Keefe y Ong. Es su pasión por crear lo que me fluye por las venas y se derrama de las venas de aquellos a los que cribo.

En la edad mortal, todo era distinto. El arte era inspirado porque lo que estaba en juego era real. No había un Nimbo para alimentar al artista hambriento. No había nanobots para reprimir el impulso de arrebatarse la vida. Todo ese dolor y sufrimiento se transformaba en pasión y belleza en cada lienzo, igual que la tierra convierte la suciedad en gloriosos girasoles.

A través de la criba, transmuto la miseria en obras de arte. Esa fue mi promesa a mis antepasados espirituales: que la única pintura del lienzo de mi vida sería el rojo sangre.

—Del diario del honorable segador Dalí

Dalí se paseaba por los balcones y pasarelas superiores de la Sagrada Familia. La rabia que le bullía dentro podía percibirse por toda la gran catedral. «¿Y si organizo una fiesta para animarme?», pensó. Sus fiestas eran siempre magníficas. Cuando todavía no se había establecido en la catedral, la Sagrada Familia estaba siempre plagada de turistas, pero ahora nadie podía entrar, salvo que Dalí lo invitara. Todo el que era alguien en Barcelona asistía a sus fiestas. A sus invitados les enseñaba el lugar, y le gustaba verlos maravillarse con las imponentes torres de basalto y los gloriosos mosaicos de las vidrieras. La visita siempre acababa en la cripta, donde les mostraba el lugar de descanso eterno de Antoni Gaudí (el verdadero Gaudí) mientras esperaba en secreto el día en el que el segador Gaudí tuviera la amabilidad de cribarse. Dalí estaría más que dispuesto a sepultar a aquel miserable al lado de su histórico patrono.

En cuanto a él, no pensaba cribarse nunca. No solo porque creía que el mundo lo necesitaba, sino porque parte de él temía que Barcelona celebrara su muerte, en vez de lamentarla. A Dalí lo temían, mientas que a Gaudí lo amaban. «Bueno, al menos me respetan», se decía, aunque el respeto nacido del miedo no era lo mismo que el respeto nacido del amor. Uno se va contigo

a la tumba, pero el otro florece después de tu partida. Así que, para el segador Dalí, lo mejor era no partir jamás.

La idea de la fiesta se fue apagando a medida que se paseaba, ya que sabía que los que acudieran no lo harían por amor, ni siquiera por un respeto inducido por el miedo. Acudirían para disfrutar de la catedral. Acudirían con la esperanza de la inmunidad a la criba que otorgaba generosamente en sus galas. Por una noche, serían aduladores; solo hablarían mal de él al llegar a casa. «¿Qué tengo que hacer para que me amen como lo aman a él?», se preguntaba a veces.

Entonces, se le ocurrió. ¿Y si concebía una criba en la que pudiera participar toda Barcelona? Sí, sí, ¡una criba en la que el público no fueran solo unos cuantos invitados, sino la ciudad entera! Así se ganaría su corazón y acallaría la humillación de su último fracaso.

Mientras meditaba sobre su idea, su furia contra el segador Gaudí empezó a transformarse en el ya conocido entusiasmo de la creación. ¡Esto sí que sería su obra maestra! Una *performance* entretejida en las calles y ramblas de la ciudad. ¡Una obra de arte viviente/muriente que todos podrían presenciar!

Dalí empezó a trazar su plan. Llamó a ingenieros y maquinistas. A ebanistas y artesanos. A petición suya, más de cien personas empezaron a trabajar para preparar una criba como ninguna otra. E infiltró en todas partes a miembros leales de la Guardia de la Guadaña para asegurarse de que Gaudí no volviera a sabotearlo.

En menos de un mes, la construcción del gran reloj de la muerte de Dalí estaba casi completa. Lo que era más de lo que podía decirse de su hogar. La catedral se había terminado oficialmente hacia el final de la edad mortal, pero lo cierto es que nunca se había terminado del todo. Siempre había un equipo u otro trabajando en ella. Un grupo de restauradores por aquí, un equipo de limpieza por allá, unos canteros por acullá. Los obreros sabían cómo esfumarse cuando Dalí estaba presente, así que rara vez los veía, pero, aquel día, había una única adolescente trabajando sola dentro de la catedral. Había subido por las escaleras de mantenimiento, que eran de caracol, hasta el entresuelo y, colgada del lado equivocado de la barandilla, estaba retocando unos ribetes con un pincel; no parecía importarle que un solo paso en falso bastara para enviarla directa al suelo y, después, un par de días a un centro de reanimación. Se atrevía incluso a silbar, un sonido que el segador Dalí no

podía permitir, ya que su eco resonaba por aquel espacio cavernoso como si fuera el pitido de un hervidor de agua.

Lo que es peor, la chica no encajaba en absoluto con la estética de la catedral. Iba vestida de negro, una afrenta descarada a la colorida naturaleza de la basílica. Dalí se acercó por el lado correcto de la barandilla. En vez de tratarlo con la debida reverencia, fingió no percatarse de su presencia… y él supo que fingía porque percibió un levísimo movimiento ocular al entrar en su campo de visión.

—No sigas con esos silbidos infernales si no quieres que informe a tu capataz de mi descontento —le ordenó Dalí.

La joven por fin lo miró, aunque regresó a toda prisa a su trabajo.

—Nada de silbidos. Entendido. ¿Y tararear? ¿Eso le parece bien?

—Ningún sonido en absoluto. Y, cuando te dirijas a un segador, siempre debes acabar tu frase con un «su señoría».

—Entendido.

—Entendido, su señoría —la corrigió él.

—Claro. Apuntado para la próxima.

—Esa era la próxima.

Esta vez no respondió nada, sino que se limitó a asentir con la cabeza. Dalí tuvo que reconocer que estaba sorprendido. Nunca nadie lo había tratado con una descortesía tan evidente.

—No olvides que soy el mensajero de la muerte. Mi descontento podría ser muy malo para ti.

Ella alzó la barbilla un poco. Proyectaba orgullo y, quizá, una pizca de desafío.

—«Matarás sin prejuicios, sesgos ni premeditación», dijo la joven, atreviéndose a citarle el segundo mandamiento de los segadores—. Estoy bastante segura de que cribar a alguien porque te irrita se considera sesgo.

A Dalí se le ensombreció el rostro.

—Nunca se ha castigado a un segador por cribar a los irritantes.

—Entonces no están viviendo según sus mandamientos, ¿no le parece? —preguntó ella, atravesándolo con una mirada penetrante.

—¡Ya basta! Estás despedida —decretó Dalí—. Lo que significa que, a partir de este preciso instante, eres una intrusa. Márchate.

—Si los segadores no poseen nada, ¿cómo puedo ser una intrusa? Solo porque la sociedad le permita ocupar la catedral no significa que sea suya, igual que mi tío no es dueño de la cabaña en la que vive.

Dicho lo cual, se deslizó andamio abajo con la habilidad de un gato y desapareció.

Hasta que no se fue, Dalí no sumó dos más dos y supo quién podía ser aquella muchacha tan poco respetuosa.

No había muchas cosas que asustaran a Penélope. Cuando no temes a la muerte, lo demás pierde todo su peso. Ya fueran serpientes, arañas, la oscuridad o los lugares abandonados, nada la perturbaba. Sin embargo, eso no significaba que no estuviera programada, como todos los humanos, para experimentar el único miedo primordial que quedaba: el miedo a lo desconocido. Por eso jugaba a coquetear con él, a fingir que de verdad notaba el cortisol corriéndole por las venas. A que su vida corría peligro. Por eso se había atrevido a encolerizar al volátil segador Dalí. Por eso recorría los caminos solitarios del casco viejo en plena noche. Era un lugar cuyas paredes todavía estaban repletas de cultura e historia, donde cualquier pequeño hueco podía ser un agujero de bala con una historia secreta. Donde los balcones iluminados apenas habían cambiado desde los días mortales. Donde unas antiguas reliquias llamadas CD todavía colgaban de las ventanas en un intento primitivo por espantar a las palomas. Todo eso la transportaba a otra época completamente distinta. La madre de Penélope le decía a la gente que su hija era anticuada, pero todo el que de verdad conociera a la joven comprendía que su afinidad con el pasado era más bien un acto de protesta contra el presente. Y contra el futuro, que prometía más de lo mismo.

Aquella noche, mientras vagaba por las viejas calles, Penélope supo que la seguían. Podían ser indeseables que pretendían acosarla de mentira, porque fingir estar fuera de la ley era lo único que podían hacer. El Nimbo jamás permitiría que nadie con malas intenciones la siguiera. Por otro lado, ser la sobrina de un segador conllevaba atraer cosas extrañas a la órbita de su vida. Jóvenes que, para ganarse el favor de su tío, le hacían proposiciones románticas. Periodistas que buscaban un ángulo distinto para su historia. Por divertirse, ella lo convertía en uno de sus juegos y fingía que la perseguía un monstruo de las historias de la edad mortal, algo que se arrastraba entre las sombras en busca de su siguiente comida.

¡Miedo! ¡Ansiedad irracional! Se dejaba envolver por ella, intentaba que durara todo lo que sus nanobots le permitieran. ¡Qué felicidad notar que se le aceleraba el corazón!

La persona (o la criatura) que la seguía cometió unos cuantos errores cruciales. De vez en cuando le daba una patada a un guijarro. O permitía que se viera su sombra al pasar junto a una farola. Lo que contribuía a la emoción de Penélope.

Dobló una esquina y se metió por un umbral para esperar a que pasara su perseguidor y darle la vuelta a la tortilla. Cuando vio quién era, esbozó una sonrisa lúgubre. ¡Debería haberlo supuesto!

—Segador Dalí, ¡qué sorpresa tan inesperada! —dijo en cuanto salió de su escondite, sobresaltándolo—. ¿A usted también le gusta el casco viejo? —preguntó—. ¿O solo seguir a las jóvenes?

El hombre se indignó.

—¡Por supuesto que no! Solo a una en concreto y, cabe añadir, sin intenciones indecorosas.

—¿Y cuáles son sus intenciones decorosas? —preguntó Penélope, a lo que añadió—: Su señoría.

Por el tono usado, sonaba más a insulto que a título honorífico.

—Sentía curiosidad por saber si mis sospechas eran correctas y eras una pupila del honorable segador Gaudí.

—Podría habérmelo preguntado.

—Y por eso te he seguido. Para preguntártelo.

—Soy su sobrina —lo informó ella.

Pero Dalí levantó la mano para mostrarle el anillo.

—Sin embargo, mi gema de segador no se ilumina de rojo en tu presencia. Si fueras su sobrina, tendrías inmunidad a la criba mientras él estuviera vivo.

Penélope suspiró.

—Bueno, no soy literalmente su sobrina —repuso—. Mi padre y Antoni eran amigos de la infancia. Pero a mi padre lo cribaron el año pasado en un viaje de negocios a Midmérica; a él y al resto de los ocupantes del avión.

Dalí se aclaró la garganta.

—Sí, me enteré de ese suceso. Muy chabacano. Los segadores mericanos a veces son bastante toscos cuando criban.

—Total, que cuando mi madre terminó con su luto y tal, decidió reiniciar el contador. Ahora vuelve a tener veintiún años y ha huido a las Seychelles en busca de amor. Así que el tío Antoni se ofreció a hacerse cargo de mí.

—Interesante. Pero, dime, ¿cómo has entrado en mi residencia? He hablado con el capataz de las obras y no formas parte de su equipo.

Penélope se encogió de hombros.

—Hay muchas formas de entrar en la Sagrada Familia si se te da bien trepar.

—Sí, pero ¿por qué?

La joven sonrió.

—Por ver si podía.

—Y después intentaste hacerme enfadar…

De nuevo, ella sonrió.

—Por ver si podía.

—Bueno —dijo Dalí con un ligero temblor en el bigote—. Has tenido éxito en ambos empeños.

La observó en silencio durante un momento. Penélope no sabía si sospechaba de ella o estaba intrigado. Quizá ambas cosas.

—Te podría acusar de espiar para tu «tío».

—Y se equivocaría. No tiene ni idea de que he ido a la catedral. Se pondría furioso conmigo si se enterara.

—¿Acaso no os entendéis?

Ella se encogió de hombros.

—Nunca me deja ver sus cribas. Se me ocurrió que quizá usted sí.

—Ah —respondió Dalí—. Ahora lo entiendo.

Entonces se sacó de la túnica una aguja hipodérmica y, de un solo movimiento, se la clavó en el cuello. A Penélope empezó a darle vueltas la cabeza y la vista se le nubló casi de inmediato. Le cedieron las piernas y Dalí la sujetó para que no cayera.

—Ha dicho… que no tenía… intenciones indecorosas —dijo la chica antes de perder la consciencia.

A lo que Dalí respondió:

—Mentir es uno de los privilegios de los segadores.

Para mi, conceder la inmunidad no es un gesto frívolo.

No me supone un problema pasar el rato con los visitantes del parque Güell, pero nunca les he ofrecido la mano para que me besen el anillo. La única inmunidad que concedo es la que me ordenan conceder: a las familias de las personas a las que cribo. De vez en cuando, alguien me roba la inmunidad sin pedir permiso, aunque no guardo rencor a los que me agarran la mano y me besan el anillo. Porque, en esos casos, la inmunidad la eligen ellos, no yo.

En realidad, los seres humanos siempre han tenido la habilidad de arrebatar la vida (y la propensión a hacerlo). Sin embargo ¿conceder el capricho de esquivar la muerte? Eso es una arrogancia que no puedo tolerar. Otros segadores sienten la inclinación de presentarse como salvadores y, así, alimentar su ego, pero yo decido no unirme a ellos. La ironía es que, al negarme a repartir inmunidad al azar, recibo más amor.

No es que no haya personas en mi vida a las que desearla salvar de la criba, sino que hacerlo seria como jugar a ser Dios. El Nimbo, en su sabiduría, decidió no hacerlo, a pesar de ocuparse de tareas divinas. Lo menos que puedo hacer es seguir su ejemplo.

—Del diario del honorable segador Gaudí

A diferencia del segador Gaudí, el segador Dalí era un firme creyente en el «gesto frívolo» de conceder la inmunidad, porque ¿acaso no era la absolución de las masas un noble empeño para las figuras sagradas? ¿Y acaso no eran los segadores lo más parecido a figuras sagradas que tenía el mundo posmortal?

El segador Dalí también creía que las cribas no solo debían ser expresiones artísticas, sino un elemento de respeto inviolable. La víspera de una criba, invitaba a los elegidos a la mejor comida de su vida, como parte de ese respeto. Era un gesto posmortal en recuerdo de los verdugos que alimentaban a los condenados antes de la horca, la silla eléctrica o cualquier otra muerte bárbara que las mentes de los mortales hubieran concebido. Dalí quería que sus elegidos sintieran que su vida estaba completa, no acabada. Quería que se sintieran cómodos; a no ser, por supuesto, que la esencia de su criba exigiera lo contrario.

Como era su costumbre, pidió que le prepararan una enorme mesa de madera en el pasillo central de la Sagrada Familia y dispuso en ella un suntuoso banquete.

Primero, se aseguró de que Penélope estuviera atada de la forma correcta a la silla. Lo bastante suelta como para alimentarse, pero no tanto como para escapar. Después, le administró un estimulante para despertarla.

—Bienvenida a tu última cena —dijo Dalí cuando la chica se despertó del todo. Señaló con gesto magnánimo el fastuoso despliegue de viandas—. *Jamón serrano, esqueixada, botifarra amb mongetes*… Todos mis platos favoritos.

Penélope se aclaró la garganta y habló con la fuerza de alguien que no acababa de despertarse de la sedación.

—¿Tus favoritos? ¿No deberían ser los míos?

—Bueno, sí, pero no sabía cuáles eran, así que he tenido que confiar en mi paladar.

Dalí la vio darse cuenta de la realidad de su situación. Normalmente, en esos momentos, sus elegidos gritaban. Lloraban. Suplicaban por su vida. Se desmoronaban de las formas más humanas.

Pero no Penélope.

Ella estuvo a punto de sonreír, sin llegar a hacerlo del todo.

—Así que esto es lo que se siente ante tu última comida.

Y, aunque le temblaba de miedo la voz, los ojos le brillaban, como si la complaciera su angustia.

Dalí se rio sin ganas, lo que era un fastidio, porque quería disfrutar de verdad con aquella criba.

—Correcto. Y tu criba será la atracción principal de mi gran obra maestra. —Y Dalí se lanzó a darle el discurso estándar que tenía preparado para todas las personas a las que estaba a punto de cribar—. Sé que puede ser difícil asimilarlo, pero que mueras no significa que tu vida se acabe, no. Lo que te ofrezco es la oportunidad de ser inmortal, de que te recuerden para siempre, de que tu existencia quede cristalizada en la memoria de la eternidad.

Y Penélope se rio.

—Mira que eres egocéntrico. «La memoria de la eternidad». Vete a los encierros de Pamplona a recoger lo que sueltan los toros, a ver si así puedes hacer literalmente con mierda tu mierda de obras de arte.

Dalí se quedó pasmado. ¡Qué falta de respeto! Había cribado a gente por menos, pero se contuvo. Ya estaba marcada para la criba, así que ¿qué más podía hacerle? Penélope sabía que podía decir lo que le viniera en gana. Dalí casi la admiraba por su osadía.

No, no podía acabar con su vida en un arranque de rabia por su insolencia. Cribarla allí, en la mesa, lo arruinaría todo. Hacía apenas un día estaba intentando encontrar al sujeto perfecto para su gran obra… y, de repente, el sujeto perfecto había aparecido en la catedral. ¡Y era más que perfecto! Por más de un motivo, Penélope era la única capaz de representar ese papel.

—Has nacido para esto —le dijo Dalí.

—Y moriré para esto —repuso ella—. Al tío Antoni no le va a gustar.

Eso le arrancó una sonrisa auténtica a Dalí.

—¡Esa es la mejor parte! —exclamó.

Penélope tenía que dormir en una cámara en lo alto de una torre del ala este de la catedral. Se imaginaba como una princesa encerrada en un castillo. Atendida por criados que estaban pendientes de todos y cada uno de sus deseos, aunque aquello no tuviera nada que ver con la realidad. En cuanto la llevaron a la cámara, se quedó a solas con sus pensamientos. Dalí había elegido en persona el vestido que la joven luciría al día siguiente. El día de su criba. Estaba allí colgado, en un gancho de la pared. Negro y lavanda. Los colores del luto.

Iban a cribarla. Al pensarlo sentía algo que le recordaba a cuando era pequeña y su padre le daba vueltas y más vueltas en el columpio de neumático. Era pura emoción, incluso euforia…, hasta que las náuseas podían con ella y vomitaba hasta la última papilla.

Así empezó su afición por el terror. Sus primeros recuerdos de su adicción a las emociones fuertes. Más adelante, en el colegio, se empeñó en trepar al campanario para tocar ella el timbre que daba inicio a las clases, para desesperación de su director. Siempre había sido así; todo sazonado con el delicioso sabor del peligro. La habían marcado como indeseable en dos ocasiones, aunque solo por unos cuantos meses. Era otro filo de la navaja por el que le gustaba caminar.

Suponía que, por eso, a solas en la cámara de la torre, Penélope era capaz de soportar la idea de su fallecimiento. En cierto modo, llevaba toda la vida preparándose.

Cerca de la medianoche, llamaron a la puerta y el segador Dalí se asomó por ella; tenía la misma cara de siempre, una mueca de repugnancia perpetua, como si hubiera olido algo asqueroso.

—¿Qué quieres? —le preguntó ella.

—La costumbre dicta que me asegure de que estás cómoda en tu última noche.

Ella se sentó.

—Estoy todo lo cómoda que se puede estar en tu última noche de vida. Así que ya puedes marcharte.

Aun así, Dalí alargó el momento.

—No puedo quitarme de encima la sensación de que querías que ocurriera esto —comentó—. Ojalá supiera por qué. ¿Acaso tienes demasiada baja la configuración de tus endorfinas? El Nimbo te las habría ajustado, sin duda.

Aunque no tenía ningún interés en hablar con él, Penélope intentó responder con sinceridad:

—No es que quiera que me criben, pero siento curiosidad. Siempre la he sentido.

—¿Curiosidad por saber cómo es morir?

Ella negó con la cabeza.

—Ya he estado morturienta antes. Pero no es lo mismo. Es temporal. Los morturientos nunca alcanzan ese momento más allá del tiempo.

—¿Y si no hay tal momento? —preguntó Dalí.

—Eso es lo que quiero averiguar.

Dalí frunció el ceño, aunque, en él, la expresión resultaba pensativa.

—No podemos saber lo que no podemos saber.

—Eso no es una respuesta.

—Bueno, te proporcionaré tu respuesta mañana.

Sin embargo, al decirlo, se dio cuenta de que la perspectiva no le proporcionaba placer. Se sentó en una silla, en lo que habría sido una esquina si la habitación no fuera circular.

—Tuve una hija, hace mucho tiempo —dijo.

—Creía que los segadores no tenían descendencia.

—Fue antes del noviciado. Cuando tenía ocho años, mi mujer y yo la llevamos de excursión por Asturias. —Sonrió al recordarlo—. Pinar Setas, un bosque precioso. Las vistas al mar desde la montaña eran espectaculares. Pero estalló una tormenta. Era la época en la que el Nimbo todavía estaba aprendiendo a influir en el clima.

Dalí no miraba a Penélope mientras le contaba su historia. Por eso supo ella que aquella historia no tendría un final feliz. El hombre se aclaró la garganta y siguió hablando:

—Los rayos llegan antes de la tormenta, ¿lo sabías? Había sido una temporada muy seca, así que, cuando cayó el rayo, la colina empezó a arder. En cuestión de minutos, estábamos rodeados por las llamas. Corrimos de vuelta por donde habíamos venido, pero el camino serpenteaba de forma impredecible y acabamos avanzando hacia el fuego. Entonces, el viento cambió y nos cubrió el humo.

Hizo una pausa. Penélope esperó, ya que sabía que no debía preguntar por lo que ocurrió a continuación. Lo cierto era que no estaba segura de querer saberlo.

—El fuego es una de las pocas cosas que pueden acabar de verdad contigo, sin la ayuda de un segador. La muerte por fuego era rara entonces y más lo es ahora, pero sucede. Me desperté en un centro de reanimación. Ocho días. Eso tardaron en traerme de vuelta. En cuanto a mi mujer y mi hija… —

Negó con la cabeza—. Los drones siguieron intentando revivir sus cuerpos, pero estaban derretidos por las llamas. Cuando el Nimbo consiguió recuperarlas, la reanimación era ya imposible.

—Lo siento —le dijo la joven, aunque el hombre estaba demasiado lejos para oírla, perdido en la espiral descendente de aquel horrible recuerdo.

—Mi mundo se volvió muy oscuro. El Nimbo me permitió rebajar mis nanobots para poder llorarlas, pero no bastó. Cuanto más dolor sentía, más dolor necesitaba sentir. Como tú, deseaba con toda mi alma saber dónde estaban y qué experiencia compartían al otro lado del velo de obsidiana de la muerte. —Se rio con amargura—. En cierto momento, el Nimbo se ofreció a suplantar mis recuerdos por otros nuevos. Me habría convertido en otra persona. Pero no. Si lo hacía, no habría nadie a quien llorar. Nadie que todavía recordara nuestra vida juntos. Entonces conocí al segador Miró. Tuvo que ver algo digno en mi sufrimiento porque me acogió como aprendiz. Tenía veintiocho años, muchos más que el resto de los novicios. Pero me gustó la tarea. El río de mi vida fluía en esa nueva dirección. No pasa un día sin que piense en las dos, así que, en vez de unirme a ellas, decido enviarles a otras personas. Para que no estén solas. —Hizo una pausa y añadió—: Y porque soy un cobarde.

Penélope se sorprendió al descubrir que, debajo de su pomposa fachada, Dalí era un ser humano de verdad, con sentimientos de verdad. Se preguntó si su tío conocería la historia.

—Si vivir es de cobardes, todo el mundo es culpable —le dijo.

Entonces, Dalí emergió de sus profundidades y la fulminó con la mirada, como si ella fuera la única responsable de apartarlo de su mujer y su hija.

—Solo te lo cuento para que sepas que entiendo tu peculiar fascinación con lo que hay más allá.

—No se lo contaré a nadie.

Él se irguió, rígido, y recuperó la compostura.

—Claro que no. Te cribaré antes de que puedas hacerlo. Después se levantó y se fue, con la túnica ondeando tras él.

El acontecimiento se publicitó por todo lo alto. La muchedumbre empezó a reunirse antes del alba. Barricadas y falanges de guardias de la Guadaña se aseguraban de que los espectadores pudieran ver, pero no interferir en el gran engranaje que estaba a punto de abrirse paso por la ciudad. Que fuera público, a la vista de todos, también era un seguro contra Gaudí. No se atrevería a

avergonzarse mostrando su rivalidad delante del mundo. Y, para cuando se enterase de que iba a cribar a su preciada Penélope, sería demasiado tarde.

Dalí había trabajado con energía en las maquinaciones del acontecimiento semanas antes de elegir a Penélope; era un sistema complicado y diseñado al milímetro, y, una vez que se activara, serían como fichas de dominó creando una mortífera reacción en cadena.

Empezaría en la plaza de España, donde una réplica del reloj de la *Torre del Rellotge*, hecha de hielo, se desvelaría al amanecer. La torre del reloj se fundiría al salir el sol, llenaría un cubo…

… que activaría una tirolina que transportaría una estatua sin cabeza por encima de las calles como un fantasma hacia la Fuente Mágica de Montjuic…

… donde accionaría un interruptor que soltaría una rata en un laberinto…

… en cuyo final había un queso colocado sobre una balanza equilibrada a la perfección…

… que haría que un pesado orbe de granito rodara por una pendiente…

Y así, los ingenios se desplegarían uno tras otro ante los observadores, creando una procesión mecánica que recorrería la ciudad y acabaría en la Sagrada Familia. Y allí, en lo alto de la torre central de la catedral, la elegida para la criba se enfrentaría a su final.

Al despertar, Penélope se encontró al segador Dalí junto a su cama, con una sonrisa prácticamente pintada en el rostro.

—¡Bienvenida! ¡Empieza tu gran día!

Todavía quedaba mucho para el alba, pero ¿qué más daba? Apenas había dormido.

—Lo dices como si fuera mi cumpleaños en vez de… lo contrario.

Dalí señaló el vestido colgado de la pared.

—Te vas a poner el vestido de luto, con el velo cubriéndote la cara. Presenciarás conmigo el inicio de las festividades, la activación de la gran máquina. Después regresaremos a la catedral para la conclusión.

—¿Y si no coopero?

La sonrisa de Dalí se transformó en algo mucho más oscuro.

—Ya conoces la ley. Si te resistes, me veré obligado a cribarte no solo a ti, sino a tu familia, lo que significa que mi siguiente parada será en las Seychelles, donde visitaré a tu madre.

Penélope se mordió el labio. Aunque las decisiones de su madre la hubieran irritado, no le enviaría a Dalí.

—Sal —dijo, y disfrutó del instante de placer que le producía darle órdenes a un segador—. Sal para que pueda vestirme.

En la plaza de España ya se había reunido una multitud. Al romper el alba, vieron al segador Dalí subir el andamio de la misteriosa torre oculta. Lo acompañaba una mujer con el rostro tapado, vestida de negro y lavanda, los mismos colores de la mortaja que cubría la torre de la punta hasta la base. En cuanto el sol empezó a deslizarse sobre los tejados, Dalí tiró de una cuerda y la mortaja cayó para desvelar que era una torre del reloj hecha de hielo. La gente murmuró y señaló, asombrada.

Dos de los presentes eran niños que habían conseguido colarse por la barricada y esconderse en el lateral en sombras del andamio. Acercaron la lengua al hielo, se rieron y se mandaron callar entre ellos. Desde su escondite, no veían al segador Dalí ni a su acompañante, pero sí los oían hablar.

—¿Se supone que debería estar impresionada? Porque no es así —dijo la joven.

—No me importa en absoluto —contestó Dalí—, siempre que la gente de abajo sí lo esté.

A juzgar por los dos críos, Dalí había logrado su objetivo. Ahora no quedaba más que esperar, cada vez más expectantes, a que la torre empezara a perder sus filos, el reloj se fundiera y un cubo se llenara de agua del deshielo.

Después de que la cabeza se elevara casi medio kilómetro, mientras la rata recorría curva tras curva en busca del queso, Dalí y Penélope regresaron a la catedral; el segador no le quitaba ojo de encima al progreso de su obra en la tablet.

—La máquina pronto llegará al paseo marítimo, después subirá por La Rambla, torcerá a la izquierda en la *plaça de Catalunya* y se encaminará de vuelta a la catedral, donde llegará a las nueve. Esa es la hora de tu criba, niña.

Penélope no dijo nada. Se había quedado sin ocurrencias y réplicas ingeniosas. Guardaba silencio detrás de su velo, lo que parecía inquietar a Dalí. Empezó a preguntarse si acaso, en realidad, el velo no era para él, para no tener que verle la cara a la joven durante todo aquel calvario.

—La emoción de la multitud ha sido una maravilla —dijo Dalí, llenando el silencio con cháchara—. ¿Ves? Ahora me quieren tanto como a tu tío.

Tuvo que oír la duda en su silencio, porque se puso de inmediato a la defensiva.

—¿Crees que no? ¿Cómo no van a apreciar al creador de un espectáculo tan fantástico para la ciudad?

Esta vez, Penélope no pudo contenerse.

—El amor no se gana con espectáculos, ni mucho menos el respeto.

Ante eso, el segador no supo qué responder, así que volcó su genio en el conductor, que era un miembro de la Guardia de la Guadaña seguramente acostumbrado a los abusos verbales de Dalí.

—¿Es que quieres que nos adelanten los caracoles? —le regañó—. Pon el piloto automático, si no eres capaz de encontrarnos una ruta más rápida.

—Sus barricadas han provocado un atasco en toda la ciudad, su señoría. Tendrá que ser paciente.

A Penélope se le escapó la risa.

Dalí se encrespó un poco.

—Así que crees que soy un niño mimado, ¿no? ¿Exigiendo siempre gratificación inmediata?

—No he dicho nada —repuso ella.

—No hace falta.

—¿Qué más da lo que piense yo si desapareceré antes de que acabe la mañana?

Dalí movió los hombros, incómodo.

—Aun así, no quiero que pienses mal de mí.

De nuevo, ella se rio.

—Vas a quitarme la vida. ¿Cómo no voy a pensar mal?

Entonces, a Penélope se le ocurrió algo. Supo la verdad sin preguntarla, pero tenía que decirlo, solo para medir su reacción:

—Te recuerdo a ella, ¿no? Te recuerdo a tu hija.

Dalí frunció los labios y agitó los dedos para fingir rechazar la idea.

—Solo tenía ocho años. No se te parecía en nada.

—Terca…, curiosa. Puede que veas en mí lo que ella podría haber sido.

—¡Ni una palabra más o te derribaré ahora mismo!

A lo que ella respondió con calma:

—Estamos en un coche. Estoy sentada.

Dalí frunció el ceño, alimentando su amargura con más amargura.

—Hoy, tu tío, tu queridísimo tío, llorará como no ha llorado nunca. Y por fin entenderá que no puede jugar conmigo.

—Si voy a ser una criba por rencor, al menos permíteme la dignidad de destaparme la cara.

—Lo haré, niña. Cuando estemos en lo alto de la torre central, revelaré tu rostro para que todos lo vean. Tendrás dignidad. Partirás con elegancia. Y, cuando tu espíritu parta, se lo llevarán consigo las cien palomas que liberaré a los cielos en el preciso instante de tu muerte.

En el paseo marítimo, Colón saltó de lo alto de su imponente monumento para aterrizar en el lateral de un balancín que lanzó un globo de acero. El globo de acero trazó una trayectoria balística hacia La Rambla, donde se estrelló contra un tanque de cristal lleno de agua de mar La ola resultante empujó a unas maquetitas de la Niña, *la* Pinta *y la* Santa María *hacia el borde pintado de una Tierra plana, y al interior de un barril que, al volcarse, rodó por encima de un interruptor que activaba por control remoto un publicoche, que, a su vez, empezó a conducir por la avenida hacia el siguiente grupo de proezas de la ingeniería. La multitud vitoreaba cada una de ellas en su camino hacia la gran catedral.*

—Lo siento, su señoría, no puedo hacer nada —dijo el conductor—. Vayamos por donde vayamos, las calles están intransitables.

A pesar de todas las emociones oscuras que le daban vueltas dentro, la que prevaleció fue la gracia que le hacía aquella situación tan irónica.

—Has planeado hasta el más diminuto detalle de tu máquina, pero ¿no has pensado en cómo volver a la catedral?

—¡Llegaremos! —gimió Dalí—. Aunque tengan que crecerme alas para ir volando, llegaremos.

Penélope debería haberse sentido aliviada por aquel fallo en la perfecta matriz de Dalí, pero ¿de qué le servía? Quizá frustrara el método de criba elegido, pero no el hecho en sí. Y, aunque su tío se enterase, no podría salvarla. Era un hombre de honor. Igual que no pudo salvar a los recién casados, no podría salvarla a ella; en el mejor de los casos, la rescataría de Dalí para poder cribarla con todo el amor del mundo. Y eso ella no lo quería. No, mejor ser el resorte principal de la maquinaria de Dalí. «Hay cosas peores

que la criba», intentó decirse. Aunque, en aquel momento, no se le ocurría ninguna.

—Puedo llegar a la catedral —le dijo a Dalí—. Pero tienes que prometerme algo. Prométeme que, cuando esto acabe, harás las paces con mi tío.

Dalí resopló.

—Después de lo de hoy, no creo que sea posible.

—Pero prométeme que lo intentarás. Que le dirás que ese fue mi último deseo.

Entonces, la miró. Penélope no sabía si su mirada vidriosa se debía a un atisbo de lágrimas o a la furia contra el tráfico de Barcelona.

—Haré lo que me pides —dijo.

Tras cerrar el pacto, ella le pidió que saliera del coche.

—¿Vamos a ir a pie? —preguntó Dalí—. Está demasiado lejos, no llegaremos a tiempo.

—¿Quién ha dicho nada de ir a pie? —repuso ella, y lo condujo hasta unas escaleras situadas en medio de la acera que descendían a la oscuridad.

—¿El metro? —preguntó Dalí con indignación incrédula—. ¡Los segadores nunca van en metro!

—Bueno, es eso, o ya pueden ir brotándote esas alas que decías. Así que, sin otra alternativa, la siguió abajo.

En el metro, nadie los molestó. Los otros viajeros procuraban evitarlos y se susurraban entre ellos, preguntándose si el viaje en metro formaba parte de los acontecimientos de más arriba. Dalí no los sacó de su engaño.

Menos de diez minutos después, subían los escalones de la catedral; la gente les abría paso, pero era una carrera contrarreloj. El dispositivo había pasado por docenas de pasos y estaba a menos de un kilómetro de allí, y todavía tenían que subir hasta lo más alto de la torre central.

Con Penélope bien cogida de la mano, Dalí subió por los empinados escalones de hormigón que ascendían pegaditos en espiral, como una caracola, tan deprisa que se mareaba en los giros. Lo que no es bueno cuando te encuentras en una plataforma estrecha sin protecciones, varios metros por encima de la ciudad.

Finalmente, abrió de una patada una puerta de madera y empezaron a subir por la empinada techumbre de arenisca, donde el viento era tan fuerte que amenazaba con lanzarlos por los aires. Oían los gritos de las personas de

abajo al verlos. Dalí se tomó un momento para mirar hacia el oeste y localizar la antorcha que pronto se encendería y se lanzaría hacia una cuerda empapada en queroseno que llevaría el fuego hasta la ballesta que se encontraba cien metros más allá, en la plaza.

Fue justo ahí, a pocos segundos del final, cuando Penélope flaqueó. Se resistió y le puso más difícil a Dalí empujarla hacia la cima.

—Ahora no puedes frenar —le dijo—. ¡Ya casi hemos llegado!

—Creo… que sí que tengo miedo.

—Olvídate del miedo. No puede ayudarte. ¡Abraza el momento con gozo!

Por fin llegaron a la plataforma y Dalí la esposó rápidamente a la cruz de hierro de lo alto de la torre. Le quitó el velo y la multitud de abajo soltó gritos ahogados al verle el rostro, como si significara de verdad algo para ellos.

Apenas les quedaba un minuto. Dalí señaló una caja que había en la plataforma, a su lado, en la que se oía un susurro urgente.

—¡Las palomas! —le explicó el segador—. En cuanto la flecha te atraviese el corazón, las liberaré y sus alas se llevarán tu esencia a dondequiera que vayas.

—O no —repuso ella.

—O no —tuvo que reconocer Dalí—. Pero es bello y poético, de todos modos.

Entonces, el rostro de Penélope se tornó pétreo. Enfadado. Lo miró con rabia.

—En toda mi vida, jamás me he hecho la víctima, pero ahora quieres que lo sea.

—Me temo que no se puede hacer mucho al respecto —dijo Dalí.

—Sí que se puede. Quítame las esposas.

—¿Para qué? ¿Para que puedas escapar? ¿Para que esquives la flecha y lo arruines todo?

—No. Para poder enfrentarme a esto por elección, no encadenada. Elegí esto al interponerme en tu camino. Ahora, deja que asuma las consecuencias.

Dalí se quedó pasmado con su determinación. Parecía aún más fuerte que la suya. Era una joven impresionante y obstinada. Una pena que su vida tuviera que acabar.

—Por supuesto, Penélope —dijo, y le quitó las esposas.

Fiel a su palabra, ella no intentó huir, sino que se mantuvo de pie en la plataforma, con la barbilla alta y orgullosa.

—Cuando llegue allí (si hay un «allí»), buscaré a tu mujer y a tu hija, y les diré que me enviaste para hacerles compañía.

A Dalí le tembló el labio. No recordaba haber visto nunca a un elegido para la criba con tanto valor. Con tanta sinceridad.

Mientras tanto, cien metros más allá, en la calle, la antorcha empezaba a caer hacia la cuerda.

Y fue entonces cuando Dalí vio al segador Gaudí.

Estaba en la plaza, entre la multitud, justo al lado de la ballesta.

¡Dalí estaba furioso! ¡Gaudí le daría un empujón a la ballesta para que la flecha no acertara! ¡Destrozaría otra criba perfecta y volvería a humillar a Dalí! ¡Apenas era capaz de controlar su rabia!

La antorcha prendió la cuerda. El fuego corrió por ella hacia la palanca que dispararía la ballesta.

Y, abajo, Gaudí no se movía.

No levantaba ni un dedo para torcer el arma.

¿Por qué no lo saboteaba?

La llama ya casi había llegado a la palanca.

«¿Qué haces, idiota? —le gritó mentalmente Dalí—. ¡Arruínalo! ¡Salva a la chica! ¿Por qué te quedas ahí parado?».

Gaudí miró a Dalí a los ojos, cruzando aquella distancia como si no hubiera distancia alguna. Y, en vez de tocar la ballesta, Gaudí apoyó las manos en las caderas.

La llama llegó a la palanca.

La palanca activó el gatillo.

La ballesta se disparó.

Y Dalí, gimiendo a todo pulmón, se lanzó delante de Penélope. Sintió la flecha al entrar por la espalda. El dolor fue agudo y pronunciado. De repente, había palomas por todas partes, escapando hacia el cielo. Se derrumbó, pero Penélope detuvo su caída y, sosteniéndolo entre sus brazos, lo bajó hasta la plataforma.

Y, abajo, la multitud lo vitoreó.

—¡Bravo! —gritaron—. ¡Nunca antes se había visto a un segador cribarse así! ¡Ha sido un final sorprendente! ¡Nos tenía engañados a todos! ¡Bravo!

Y a Dalí se le ocurrió que ese era el plan de Gaudí desde el principio. Que había engañado a Dalí para que se cribara. ¡Había enviado a Penélope aposta! Ella no era más que una rueda en la maquinaria de su tío.

Pero, de ser así, ¿por qué lloraba la muchacha?

—Ha sido lo más estúpido que he visto en mi vida —dijo Penélope a través de las lágrimas—. Has arruinado tu obra maestra.

—Pero…, pero escucha cómo gritan. Les he dado justo lo que querían.

—Calla la boca —repuso ella—. Todavía no estás muerto. —Entonces, le puso la mano en la espalda y le arrancó la flecha. Le dolió tanto como al entrar, aunque sus nanobots ya empezaban a trabajar para atenuar el dolor—. La flecha te ha dado en el hombro, no en el corazón…

—Pero… ahora… debo morir. Cualquier otro resultado sería…, sería…

—¿Absurdo? Su señoría, todo lo que haces es absurdo, ¿por qué iba a ser esto distinto?

Dalí dejó escapar un pesado suspiro.

—Mierda, debería haber mojado la punta en veneno.

Sin embargo, como suele decirse, es fácil ser sabio después del hecho. Y, a no ser que ahora saltara al vacío, estaba bastante claro que no iba a morir. Qué incómodo. Qué humillante. Y, sin embargo, en ese momento se le ocurrió algo que le produjo una pizca de alegría.

—Si sobrevivo a esto, no habrá sido en vano. Te tomaré como aprendiza —le dijo Dalí a Penélope—. Entrenarás para ser segadora bajo mi experto tutelaje.

Ella se rio.

—Eso va a cabrear mucho a mi tío.

El bigote de Dalí tembló con una leve sonrisa.

—Sí, supongo que sí.

Mientras, abajo, la multitud expresaba su decepción al darse cuenta de que el segador seguía vivo… y que, al fin y al cabo, aquello no era más que otro de sus fracasos.

El peso del amor

El amor cayó sobre Marni Wittle como una tonelada de ladrillos. Y la dejó en un centro de reanimación.

—Hola, Marni —la saludó la alegre pero irritante jefa de enfermeras del centro Woolwich—. Me alegro mucho de volver a verte. ¡Ojalá fuera en mejores circunstancias!

Que era lo que siempre decía la enfermera Lucille cuando Marni acababa allí. No era que Marni fuera temeraria, descuidada o indiferente con respecto a la muerte…, pero la muerte la encontraba con una regularidad espectacular.

—¡Arriba, arriba! ¡La eternidad te espera! —dijo Lucille antes de subir las persianas, que parecían diseñadas deliberadamente para saltar como un petardo cuando las alzaban. Aunque quizá fuera cosa de Marni. Siempre tenía la vista y el oído muy sensibles cuando la reanimaban—. Tengo preparado tu batido neuroadenoestimulante para que te lo tomes en cuanto puedas retenerlo.

—¿Qué me ha pasado esta vez? —preguntó Marni con la voz ronca tras varios días morturienta.

En realidad, ni siquiera quería saber lo sucedido porque siempre era humillante. Pero tenía que preguntarlo.

—Un caballero cayó rendido a tus pies, por así decirlo —respondió la enfermera—. ¡Desde una altura de nueve plantas!

A continuación, se rio de su propio chiste. Marni se sintió aliviada.

—Así que no fue por nada que hiciera yo, ¿no?

—No, a no ser que caminar por la calle sea un crimen.

—¿Un qué?

—Nada, querida, es una expresión mortal.

Le pasó a Marni el batido neuroadenoestimulante, que, como siempre, era nauseabundo hasta decir basta.

—¿No puedo saltarme la neuroplasta esta vez?

—Lo siento, querida, son las normas. Activa las papilas gustativas y el sistema digestivo. ¡Es bueno para la salud!

Marni no conocía ningún otro centro de reanimación que obligara a sus pacientes a beberse aquel mejunje asqueroso. Woolwich afirmaba tener un enfoque innovador. Sin embargo, Marni sospechaba que aquel sabor horrendo era intencionado, para disuadir a los despachurrados y a cualquier otra persona que acabara morturienta a propósito. Como víctima de accidente, podrían haberse saltado ese paso, pero no. Le daba la impresión de que la enfermera Lucille disfrutaba viéndola bebérselo.

Cuando se tragó hasta la última fétida gota, Marni planteó la pregunta que había estado evitando desde que se despertara:

—¿Han avisado a mi tía?

—No había más remedio. Tengo órdenes estrictas de informarla cada vez que nos «hagas una visita».

Marni hizo una mueca.

—Lo sé, pero, por una vez, ¿no podrían haberse olvidado de hacerlo?

—¿Y ponernos a malas con tu tía? De eso nada, querida. Además, llevas más de dos días en reanimación. Se habría enterado de que pasaba algo al ver que no volvías a casa.

Marni dejó escapar un suspiro hastiado. Enfrentarse a su tía sería solo ligeramente mejor que acabar aplastada por un personaje volador desconocido.

—En cualquier caso, le hemos dicho que ya estás despierta —dijo la enfermera—. Vendrá a recogerte antes de que se haga de noche, imagino. Mientras tanto, ¿por qué no te tomas una bola de helado de ron con pasas?

—Sí, si tenéis.

—¡Claro, siempre tenemos! No nos lo piden mucho, pero siempre lo tengo a mano para ti.

El personaje volador desconocido en cuestión era un joven llamado Cochran Stæinsby. Él también era un habitual de los centros de reanimación. Aquella era su decimocuarta vez. No es que las contara por ningún motivo concreto, sino que le costaba no hacerlo, sobre todo cuando te lo cobraban después. Sus

padres siempre se quejaban por eso y, ahora que estaba solo y las facturas le llegaban a él, comprendía su frustración.

—¿Me lo tienen que cobrar aunque haya sido un accidente? —le había preguntado en una ocasión al Nimbo—. No es culpa mía que tenga tantos.

—No es cuestión de culpa —le había respondido—. Es la norma en un accidente, independientemente de quién lo haya causado.

No obstante, esta vez su muerte la había provocado un acto malicioso, uno de esos escasos ejemplos en los que no tendría que pagar su tarifa de reanimación. Se la cargarían a los culpables, una manada de indeseables locales. Habían entrado en el hotel en el que se alojaba Stæinsby y habían soltado los ventanales que ocupaban toda la pared de muchas de las habitaciones. El señor Stæinsby, mientras se vestía a toda prisa a la mañana siguiente, había perdido el equilibrio al ponerse los pantalones, se había apoyado en la ventana y fue el primero en descubrir la broma de los indeseables.

Recordaba haber intentado desesperadamente subirse los pantalones mientras caía; porque acabar morturiento ya era malo, pero hacerlo en una calle pública con los pantalones medio bajados era peor. En el último momento se dio cuenta de que tenía a alguien justo en su camino gravitacional.

La joven frenó su caída lo justo para que permaneciera vivo unos segundos, y no pudo evitar fijarse en que era bastante guapa. A pesar del cuello roto.

Cuando Cochran despertó en el centro de reanimación, preguntó a la enfermera por ella:

—¿Ha sobrevivido la chica sobre la que aterricé?

—Me temo que no —respondió amablemente la enfermera—. Está unas habitaciones más allá. Acaba de despertar.

—¿Podría… hablar con ella? Me gustaría disculparme.

—¿Por?

—Bueno, está aquí por mi culpa, ¿no?

—No, a no ser que caerse por una ventana saboteada sea un crimen.

—¿Un qué?

—Da igual. Iré a ver si le apetece una visita.

Marni levantó la mirada de su cuenco de helado y vio a un hombre en el umbral.

—¿Qué desea? —le preguntó. No era habitual que entraran desconocidos en los cuartos de recuperación.

—Hola, usted debe de ser Marni Wittle. Solo quería pasarme a verla para asegurarme de que estaba bien.

El hombre era bastante guapo y todavía parecía tener más de chico que de hombre. Rondaría la edad de Marni, los veinte, puede que veintiuno. Un joven que intentaba actuar como alguien mayor de lo que era en realidad. Su atractivo era modesto y tenía unos ojos muy tiernos.

—¿Lo conozco? —preguntó ella.

Todavía estaba algo atontada tras la reanimación y no lograba identificarlo. A diferencia de él, había muerto al instante, así que, literalmente, no llegó a saber lo que se le venía encima.

—Bueno, sí, aunque de manera indirecta. Soy el que le aterrizó encima.

—Ah. ¿Es aficionado a despachurrarse, entonces?

La idea lo dejó de piedra.

—No no, qué va. Fue una caída completamente accidental.

—Lo siento, no pretendía ofender.

—Yo soy el que debería disculparse, señorita Wittle, por haberla hecho perder dos días enteros.

La miró a los ojos y ella no logró apartar la vista. Se sentía sin aliento, y no era solo por las náuseas de la neuroplasta. Aquello era algo muy distinto.

Marni sonrió.

—Bueno, de vez en cuando no viene mal tomarse una pausa de la vida. —Le ofreció la cuchara—. ¿Ron con pasas?

—¿Ron con pasas? Es mi favorito. En los centros de reanimación nunca tienen.

—¡En este sí!

Aceptó la cuchara y puso los ojos en blanco, encantado.

—Las enfermeras me contaron el secreto una vez —le susurró ella—. El helado de los centros de reanimación lleva nanobots que van directos al centro de placer del cerebro. Está diseñado para combatir el Síndrome de Depresión Posreanimación.

—¿Eso existe?

—Ya no —respondió Marni—. Gracias a esto.

Él sonrió. Ella esperaba que el momento se volviera incómodo, pero no fue así.

—Soy Cochran. Cochran Stæinsby. Pero puedes llamarme Ran.

—Qué apodo más curioso.

—Bueno, la primera mitad de Cochran es un poco problemática para usarla de apodo, ¿no? Ya sabes a qué parte del cuerpo suena en inglés. Así que, desde pequeño, me llaman por la segunda. He sido Ran, Ranny e incluso Rando.

Marni se lo pensó.

—Un nombre tan bonito como Cochran se merece un respeto. Así que te llamaré así. A no ser que prefieras «señor Stæinsby».

Él esbozó una sonrisa amable.

—Cochran está bien.

Entonces, abajo, oyeron una voz bien entrenada para bramar de disgusto.

—¿Dónde está? —rugía—. ¿Dónde está mi sobrina? ¡Llevadme hasta ella ahora mismo! Hoy mi paciencia pende de un hilo y que Dios ayude al que me haga terminar de perderla.

—Esa es mi tía —dijo Marni—. Será mejor que te vayas… No es buena idea estar en su punto de mira cuando se pone así.

—Suena como la clase de persona que siempre está así.

Marni soltó una risita.

—¡Ni te lo imaginas!

—¿Puedo…, puedo volver a verte, Marni? ¿Comemos algún día? ¿Para compensarte por esto?

Marni no tuvo que pensárselo dos veces. Quizá hubiera sido más apropiado parecer tímida, pero quería volver a verlo y quería que él lo supiera.

—¿Qué tal mañana? ¿A mediodía?

—¿Dónde?

—Donde nos conocimos.

Cochran sonrió.

—Procuraré tomar un camino distinto.

La tía de Marni solía salirse con la suya. Como casi siempre pasaba con los segadores. Era la segadora Boudica, cuyo nombre se debía a una legendaria heroína de la Britania antigua, mucho antes de que fuera Britania. Y, aunque la Boudica original era una mujer alta, imponente y visionaria, la segadora no era nada de eso. Era una mujer de poca estatura y menos amplitud de miras a la que preocupaban demasiado las cosas mediocres. Su mayor placer en la vida era quejarse sin parar. Si lamentarse fuera un método de criba, lo habría empleado alegremente.

Su túnica distintiva estaba fabricada con un tapiz medieval auténtico en el que se veía un unicornio que parecía una cabra, un león que parecía un golden retriever y unas damas elegantes con cabezas oblongas y minúsculas. La túnica-tapiz pesaba un quintal y la segadora Boudica se quejaba del peso a intervalos regulares, pero seguía llevándola.

«Una segadora debe cargar eternamente con el sofocante peso de la humanidad —proclamó en una ocasión—. Y la humanidad irrita».

Boudica no había sido su primera elección como histórica patraña. En un principio, había planeado ser la segadora Beatrix Potter, ya que los cuentos de la admirada escritora no solo le recordaban su niñez, sino que también la habían llevado a amar a los conejos. Sin embargo, como ocurría con el señor Stæinsby, el nombre de «Beatrix» no daba para apodos favorecedores. Temía que la gente la llamara *Trixie*, lo que estaba bien para un perro, pero no para una segadora. Por otro lado, Boudica era un nombre que sonaba regio.

Solo se dio cuenta de su error cuando los segadores empezaron a llamarla «Bu».

Marni no le habló a su tía de Cochran ni de su cita para comer, sino que guardó silencio durante la cena cuando llegaron a casa, ya que su tía se lanzó a un sermón que ya se conocía de sobra.

—Marni, debes estar más pendiente de lo que te rodea. De haberlo estado, no te habría tomado por sorpresa la caída de ese malhechor.

—No es un malhechor, tía Bu, sino la víctima de una broma de los indeseables.

Su tía agitó una mano.

—Claro, eso es lo que dice él. Intenta librarse de pagar la reanimación. ¿Cómo puedes ser tan crédula?

Marni soportó su rapapolvo, como hacía con todos los monólogos de su tía. Había aprendido hacía tiempo a que sus divagaciones le resbalaran. No tenía que ganarse su favor. Marni, como pariente cercano, tenía inmunidad mientras su tía viviera, residieran juntas o no, así que no se quedaba con ella por eso. Se quedaba porque la tía Bu la necesitaba. ¿Quién si no iba a ocuparse del castillo? ¿Quién iba a convencerla de no cribar al ama de llaves, al encargado de mantenimiento o a la cocinera cuando perdía los nervios? Y, aunque el castillo Severndroog no era nada especial para ser una residencia de segador, era un sitio bastante agradable para vivir.

Además, si se iba, ¿adonde iría? Sus padres ya habían pasado página, como mucha gente hacía, y estaban dedicados a sus nuevas familias y su nueva vida. Pero la tía Bu era una criatura de costumbres y no se marcharía a ninguna parte. La vida con ella era estable… y, a decir verdad, por mucho que odiara que fuera a por ella al centro de reanimación, habría sido peor que no fuera nadie.

Marni nunca había tenido una cita. La segadora Boudica le había dejado claro que los pretendientes estaban prohibidos y que una chica de la tierna edad de Marni debía abrirse su propio camino en el mundo antes de enredarse con una pareja.

—Conócete primero —pontificaba—. Tienes que plantar bien los pies en la tierra si no quieres acabar aplastada como una hormiga bajo los pies de otro.

Marni no sabía si su consejo era sincero o si solo lo decía para que su sobrina se concentrara en ella. En cualquier caso, no pensaba contarle que tenía una cita con Cochran Stæinsby.

Se reunieron en el lugar acordado, justo a la hora acordada. Cochran había hecho una reserva en un bonito bistro francoibérico. Marni no había comido nunca allí. Con su tía, solo cenaba en tres sitios: The Criterion, Kettners y Simpsons-in-the-Strand. Los tres eran restaurantes lujosos que databan de la época mortal. Los locales eran antiguos y rancios, como el frío castillo en el que vivían. Así que la comida con Cochran fue algo excepcional porque se trataba de una nueva experiencia. Y, aunque la conversación fue escasa y bastante circular, tenía su encanto aquello de hablar sin decir nada importante con alguien a quien apenas conocías.

Él le contó que vivía en Manchester y, aunque no quedaba tan lejos, a Marni, que no recordaba la última vez que había salido de Londres, le parecía casi otro mundo.

—Voy a convenciones —dijo Cochran cuando ella le preguntó por su profesión.

—¿Qué clase de convenciones?

—De todo tipo.

—Me refiero a que cuál es tu línea de negocio.

—Las convenciones —repitió él—. Soy un asistente profesional.

—No lo pillo.

—No me sorprende, es un oficio muy especializado.

Marni, que llevaba una vida muy aislada, nunca había ido a una convención. Sabía que eran acontecimientos grandes en los que la gente enseñaba nuevos productos y socializaba con otras personas de su campo. Sin embargo, según Cochran, la mayor parte de esos productos eran aburridos hasta el infinito y más allá. Así que cada vez menos personas asistían por voluntad propia a las convenciones.

—Y ahí entro yo —explicó Cochran—. Para que la convención no parezca algo triste y medio vacío, el Nimbo contrata a asistentes profesionales que rellenen el hueco. Mi trabajo consiste en pasearme por allí y fingir interés.

—Suena horriblemente mal.

—En absoluto. Todo el mundo agradece tener a alguien con quien hablar. Les alegro el día… ¡y solo tengo que fingir que me fascinan los muebles para el baño y los pomos de las puertas!

Entonces le preguntó por ella, como ya se esperaba. Marni decidió que no tenía por qué contarle demasiado.

—Me encargo de las propiedades de mi tía.

—¿En serio? ¡Propiedades!

—No son gran cosa, pero me ocupa la mayor parte del tiempo.

Por suerte, llegó el primer plato, así que pudo desviar la conversación. En algún momento, querría saber más sobre ella, pero, hasta entonces, Marni disfrutaba siendo una mujer misteriosa.

Acordaron reunirse cada vez que pasara por la ciudad, cosa que ocurría a menudo, aunque no lo suficiente para Marni. Los sentimientos crecieron, y lo que empezó como un desafortunado accidente acabó siendo algo muy intencionado.

—Podrías venir a visitarme alguna vez —le sugirió él en más de una ocasión.

—Sí, algún día —respondía ella con tristeza, sabiendo que su tía nunca pasaba fuera de casa el tiempo suficiente.

Después de su cuarta cita, las cosas dieron un giro a peor… o, mejor dicho, un tropezón. Fue después de cenar en un restaurante de moda. Marni se había puesto su mejor vestido y tacones; su tía no los aprobaba, así que rara vez los usaba. Había tenido que idear todo un ardid para estar fuera hasta tan tarde sin que su tía le hiciera preguntas. Al final, los tacones resultaron ser un error, puesto que, al salir del restaurante, mientras esperaban un publicoche,

pisó una parte irregular de la acera y empezó a caer a la calzada. Como acto reflejo, se agarró a Cochran, pero, en vez de frenar así la caída, lo tiró al suelo con ella.

Y el camión que se acercaba iba demasiado deprisa para frenar.

En el mundo posmortal había innumerables «cerros de los amantes». De hecho, los acantilados con vistas impresionantes, antes señalizados como miradores, ahora tenían carteles que rezaban «Caída romántica». Porque morir de la mano de tu amado era el gesto romántico definitivo. Sobre todo si ambos volvían a la vida dos días después.

De hecho, había toda una industria dedicada a las bodas en acantilados que acababan con un salto dramático. Por supuesto, cambió la tradición de lanzar el ramo. Ahora la costumbre era que quien lograra recuperarlo del fondo del acantilado sin acabar morturiento en el proceso recibiría la buena suerte de la novia.

Había algunas caídas panorámicas tan populares que contaban con su propio centro de reanimación, decorado con corazones y rosas, y equipado con salas de reanimación para parejas.

No obstante, ninguno de los duetos morturientos de Cochran y Marni habían terminado en uno de aquellos sitios. Los ambudrones los recogieron y los llevaron de nuevo al Woolwich, ya que esa era la orden dada por la segadora Boudica cada vez que se produjera la muerte de su sobrina, tan dada a los accidentes, porque le resultaba cómodo y estaba cerca del castillo. Así que, al despertar, Marni se topó de nuevo con la cara de la enfermera Lucille.

—¡Hola, querida! Has tenido un pequeño tropiezo, ¿no? ¡Nunca confíes en un camión!

Marni gruñó. ¿De verdad había muerto otra vez? Tardó un momento en recuperar su último recuerdo. Entonces, se sentó de golpe en la cama y la cabeza empezó a darle vueltas.

—¡Cochran! ¡¿Dónde está Cochran?!

—El señor Stæinsby está en la habitación de al lado, cielo. Recuperó la consciencia hace unas horas. Quería entrar a verte, pero le dije que tenía que esperar.

—Podrías haberlo dejado entrar…

—Pero es que tenías un aspecto horrible, querida. Tu cabeza se encontró con uno de los neumáticos del camión, y ya sabes cómo va la cosa. No, no,

no. Hemos tenido que cultivar un cerebro entero y hacer una descarga completa de memoria.

Bueno, eso explicaba por qué recordaba la caída, pero no morir. El Nimbo no habría hecho la copia de seguridad de los últimos segundos. La verdad es que lo agradecía.

—¿Qué aspecto tengo ahora?

La enfermera Lucille dedicó unos segundos a examinarla.

—Tu cabecita guapa todavía está un poco amoratada y algo torcida, pero lo peor ya ha pasado. Estarás en forma en un periquete. Y no lo digo con retintín.

Al mirarse en el espejo, corroboró la evaluación de la enfermera. Marni se parecía a las damas de cabeza oblonga de la túnica-tapiz de la tía Bu.

Respiró hondo al pensar en su tía.

—Lucille, ¿ha llegado ya la segadora Boudica?

La enfermera le ofreció su mejor sonrisa.

—¡Está con el señor Stæinsby!

—¿Qué?

—Sí, llevan ya un rato charlando.

Marni se arrancó los cables de los monitores y se levantó de un salto de la cama sin prestar atención a las protestas de Lucille. Aunque su cabeza poco redonda seguía aturdida y las piernas recién arregladas se le iban, consiguió llegar hasta la habitación de al lado, donde vio a su tía, con el atuendo completo de segadora, sentada junto a Cochran, como si fueran viejos amigos.

—Anda, mira quién viene —dijo la mujer cuando vio a Marni en la puerta, aunque después frunció el ceño—. Por Dios, Marni, ¡estás horrenda! ¿Te han dado ya la neuroplasta? ¿Para cuándo la recuperación completa?

Marni no hizo caso a las preguntas.

—Tía Bu, ¿qué estás haciendo aquí?

—Tu joven y yo hemos tenido un encuentro muy agradable.

Cochran sonrió a Marni como un niño demasiado inocente para saber que lo que parecía un golden retriever podía ser, en realidad, un león medieval.

—¡No me habías dicho que tu tía fuera una segadora!

—Y ella no me había hablado de ti —dijo la tía Bu.

Marni se obligó a entrar en la habitación y meterse de lleno en la inquietante dinámica de aquella charla.

—Bueno…, es que… todavía no había encontrado el momento.

—Marni, deberías haberme dicho que tenías novio. ¡Estoy muy contenta por ti!

La joven se sintió desconcertada. Quizá el cerebro no se le hubiera revivido del todo todavía, porque le daba la impresión de que su tía había hecho un comentario positivo.

—Ah, ¿sí?

—¡Pues claro! ¿Acaso hay algo más importante que el amor? Porque, por supuesto, los deberes y responsabilidades familiares no lo son.

Ahí estaba… Eso sonaba más como la Bu que Marni conocía.

—¡La segadora Boudica me ha invitado a vuestro castillo! —exclamó Cochran con demasiado entusiasmo para ser un hombre al que acababa de aplastar un vehículo de diez toneladas.

—No creo que sea buena idea —dijo ella.

—Tonterías —repuso su tía—. Se lo he pedido y ha aceptado, así que no hay más que hablar.

—Nunca he estado en la casa de un segador —dijo él—. Y, además, ¡me encantaría ver dónde vives, Marni!

—Está decidido —insistió la tía Bu—. Celebraremos vuestra reanimación conjunta en el castillo. Y, por si os sirve de consuelo, que sepáis que he cribado al conductor del camión.

—¡Tía Bu! ¡No fue culpa suya! ¡Si ya sabes que los conductores en realidad no conducen! Solo están ahí por si sucede… algo… inesperado.

Boudica se encogió de hombros bajo su pesado tapiz.

—Bueno, ya es demasiado tarde para discutir por ello.

Entonces entró la enfermera Lucille e insistió en que Marni regresara a la cama, al menos hasta que la cabeza terminara de arreglársele. Marni aceptó y volvió a su cuarto, pero seguía preocupada por la situación. Estaba claro que la tía Bu tramaba algo, y no estaba segura de si el león medieval estaba a punto de hacer jirones a Cochran o de si la cabra unicornio se limitaría a pincharlo y espolearlo hasta conseguir echarlo de allí.

Cochran no sabía qué pensar de todo aquello, pero era una persona optimista, así que decidió verle el lado positivo. Al principio, se quedó aterrorizado al ver entrar a una segadora a su cuarto de reanimación, pero, cuando se presentó como la tía de Marni, todo cambió. Como asistente profesional, la habilidad de Cochran para fingir interés en lo que le contaba la segadora los convertía en una pareja perfecta en aquella conversación. Porque, sin duda, Boudica era una experta en lo mundano. Hablaron sobre el tiempo y sobre lo poco que le gustaba que el Nimbo no hiciera lucir el sol siempre en todas

partes. Luego le dio todo un discurso sobre la falta de higiene de la juventud de Britania. En realidad, era como un soplo de aire fresco; Cochran siempre había creído que los segadores solo hablaban de temas cultos y morales.

La segadora Boudica quería saber cómo había conocido a Marni. Cochran se lo contó con sinceridad, pensando que no había ningún motivo para no hacerlo.

Severndroog era un castillo viejo, pero no antiguo. Es decir, que no se remontaba a la Edad Media, sino más bien a la Inglaterra industrial, cuando los hombres de negocios ricos construían edificios que eran monumentos a su ego. El castillo Severndroog nunca había rechazado a los invasores ni se había mantenido firme frente a los campesinos rebeldes. Simplemente, era bonito.

Era un castillo, aunque por los pelos. Más bien se trataba de una extraña torre de piedra triangular con torretas que no estaban diseñadas para los cañones, sino para que los ocupantes admiraran las vistas. Por dentro, no era demasiado grande. Nada más que tres plantas conectadas por una única escalera de caracol.

«¿Por qué debería reclamar Buckingham, como el segador Cromwell, o Windsor, como la segadora Godiva? —exclamaba a menudo Boudica—. ¿Quién necesita tanto espacio?». Aunque lo cierto era que todos los castillos buenos estaban ya ocupados.

Cuando por fin soltaron a Cochran y a Marni del centro de reanimación, la segadora Boudica tenía su coche privado esperándolos para llevarlos hasta la puerta exterior de su propiedad, pero no más allá.

—Hace buen día para un paseo —afirmó la segadora.

Y, aunque era cuesta arriba y Cochran y Marni todavía estaban algo fatigados por la reanimación, lo soportaron. Aquel bosquecillo urbano, que antes era un parque público, se había convertido en la propiedad personal pastoril de Boudica, y Severndroog estaba justo en el centro.

Lo que llamó primero la atención de Cochran fue la vida silvestre.

—Nunca había visto tantos conejos —exclamó mientras recorrían el sendero de grava que llevaba al castillo.

—Los crío yo —le explicó la segadora—. O, mejor dicho, dejo que vivan sin ayudarlos ni molestarlos.

—En cualquier otro lugar los considerarían una plaga —añadió Marni— y el Nimbo regularía su fertilidad. Pero no en la propiedad de una segadora.

A Cochran el castillo le pareció modesto, si es que algo con ese nombre podía serlo. Sí, las puertas eran enormes y recargadas, y los techos altos, pero la extraña zona de vivienda triangular dejaba mucho espacio inservible.

Un ama de llaves les había preparado el té de la tarde, junto con bollitos recién horneados y pequeños sándwiches de pepino a los que les habían extirpado quirúrgicamente la corteza.

—Las antiguas costumbres son las mejores —dijo la segadora mientras servía el té ella misma—. Consuelo en medio del caos.

Marni no parecía entusiasmada por nada de aquello. Cochran supuso que debía de ser la misma pesadez de todos los días y no le dio más vueltas.

Cochran no sabía lo que sabía Marnie. Como la verdad que encerraba el ritual del té de la tarde para su tía. La segadora Boudica invitaba a varias personas con las que se cruzaba en sus paseos diarios por la ciudad. Se sentaban a tomar el té. Si le caías bien, se te permitía marchar, siempre esperando que le enviaras una nota de agradecimiento a la segadora Boudica por su hospitalidad. Pero, si no le caías bien, te cribaba.

—Dígame, señor Stæinsby, ¿cuáles son sus intenciones con mi sobrina? —preguntó sin sutileza alguna.

—¡Tía Bu! Por favor, no lo pongas en ese aprieto.

Cochran no perdió pie. Le dio un trago al té, dejó la taza y tomó con delicadeza la mano de Marni.

—Mis intensiones no pueden ser más honorables —le dijo, y sonrió a la joven—. Nos tenemos cariño y estamos deseando ver adonde nos lleva este viaje.

La segadora esbozó una sonrisa simple, quizá incluso sincera, y miró a Marni.

—Me cae bien —dijo, y le guiñó el ojo a su sobrina.

Marni volvió a respirar. Puede que fuera por el calor del té o por haberse relajado un poco, o quizá porque en el centro de reanimación siempre la hidrataban de más, pero sintió la necesidad urgente y repentina de ir al baño.

—Tengo que ir al servicio —les dijo—. Guardadme un bollito.

Y se fue a toda prisa.

En cuanto desapareció, la segadora centró toda su atención en el joven.

—Creo que nunca había visto a mi sobrina tan nerviosa y tan feliz. Es increíble que ambas emociones puedan coexistir en la misma persona.

—Yo me siento igual —respondió Cochran—. Es lo que tiene el amor, supongo.

—Ah, sí, el amor. Esa ficción mágica que tiene el poder de convertirse en realidad.

El joven se terminó el té.

—A veces es real desde el principio.

La segadora no supo responder, así que se levantó.

—¿Te gustaría ver la casa?

—¿No deberíamos esperar a Marni?

—Se nos unirá por el camino —respondió ella, dirigiéndose a la escalera de la esquina—. ¿Te ha hablado Marni de las vistas desde la torreta norte? ¡Desde ahí se puede ver todo Londres!

Marni se regañó por pensar mal de su tía. Que tuviera tendencia al egoísmo no significaba que siempre estuviera tramando algo desagradable. Y, como Bu siempre le recordaba, había sido lo bastante generosa como para ofrecerle un hogar durante todos esos años (no solo un hogar, sino un castillo), pidiendo tan solo su compañía a cambio. Quizá debiera darle el beneficio de la duda.

«Siempre he querido lo mejor para ti —le solía decir la tía Bu—. Aunque el mundo rara vez lo ofrece».

Marni regresó al salón con la esperanza de que de verdad le hubieran guardado un bollito, pero, al llegar, vio que, aunque había bollito, los que no estaban eran Cochran y su tía.

Las vistas desde la torreta norte no lo decepcionaron.

—Tenía razón, su señoría —dijo Cochran mientas contemplaba el Támesis y más allá—. ¡Es impresionante!

Toda la ciudad de Londres estaba a sus pies y, aunque ya había disfrutado de las vistas de la ciudad otras veces, nunca se había encontrado con una tan panorámica.

—Subo aquí varias veces a la semana —le contó la segadora, lo que era cierto—. Me ayuda a ponerlo todo en perspectiva.

Lo que también era cierto, aunque no fuera su principal motivo.

Se tomaron unos minutos en silencio para saborear el momento.

—Nunca salgo de Londres, ¿lo sabías? —le confió Boudica—. Como segadora, puedo ir adonde me plazca. Y no solo de Britania, sino de cualquier parte del mundo. Pero decido vivir y cribar solo aquí, en la ciudad más noble de todas.

—Si no viaja, ¿para qué quiere el helipuerto? —preguntó Cochran.

Ella frunció el ceño, algo desconcertada, hasta que él señaló el círculo de hormigón situado en un espacio despejado del fondo de la colina, pintado con una serie de círculos concéntricos.

—Ah, sí —respondió—. Estás en lo cierto; es una plataforma de aterrizaje, en cierto modo.

—¿Para los segadores que la visitan?

—Si tú lo dices…

La segadora se había quedado unos pasos atrás, pero, en ese momento, se acercó y bajó la voz.

—Mi Marni es una persona muy sensible, señor Stæinsby. Las novedades la alteran. Prefiere que la vida sea estable y familiar. Por eso comprenderá que me preocupe su «relación» con ella. Los cambios en la rutina confunden y desconciertan a mi Marni.

—Perdóneme por decirlo, su señoría, pero creo que eso la describe a usted, no a Marni.

Boudica frunció los labios y se balanceó un poco, casi hasta el punto de tambalearse. Cochran la sujetó por un codo para que recuperara el equilibrio.

—¿Se encuentra bien, su señoría?

—Solo es un leve mareo. Aunque disfruto mucho de la vista, de vez en cuando me da algo de vértigo. —Dio un paso atrás y dejó a Cochran solo en la torreta—. Pero, por supuesto, quédese y disfrútela usted. Le prometo que, cuanto más se quede, más clara será su perspectiva.

Entonces metió la mano en un hueco secreto entre los ladrillos y agarró una palanca oculta a la vista.

Marnie estaba sin aliento cuando llegó al primer rellano. La escalera de caracol era empinada y quedaban dos plantas más antes de llegar al tejado. Normalmente era capaz de subir la escalera sin problema, pero la reanimación la había dejado débil. Temía perder la consciencia si se presionaba demasiado y, entonces, ¿qué? Perdería mucho más que la consciencia si no llegaba arriba a tiempo. Así que hizo caso omiso de su agotamiento, de las quejas de sus piernas de gelatina y de sus pulmones cansados hasta que por fin llegó al

tejado. Cochran estaba en el espacio circular de la torreta norte y su tía ya había metido el brazo en el hueco oculto.

—¡No! —gritó Marni, lo que llamó la atención de ambos. Se abalanzó sobre su tía y la agarró por la muñeca para que no pudiera tirar de la palanca—. ¡No te atrevas! —gruñó en un tono que jamás había usado con ella. Nunca. A Boudica le sentó como una bofetada en la cara.

—¡Suéltame! —exigió la segadora—. ¡Esto no es asunto tuyo!

Marni se echó a reír.

—¿Que no es asunto mío? ¡Es lo único realmente mío en este puñetero castillo!

Su tía dejó escapar un grito ahogado.

—¿Cómo te atreves a usar ese lenguaje conmigo? ¡Qué falta de respeto! ¡Qué impertinencia!

Aquello solo sirvió para que Marni la sujetara con más fuerza, tanta como para, quizá, romperle la muñeca.

Mientras tanto, Cochran observaba desde la torreta sin saber bien si debía intervenir. Sin embargo, al ver que la cosa podía llegar a las manos, habló:

—Marni, no pasa nada, de verdad. Tu tía solo quería enseñarme las vistas.

—¡Es una forma de decirlo! Estás sobre una plataforma con un resorte, Cochran. Así es como criba: catapulta a sus víctimas hasta la otra punta de la propiedad y se despachurran en esa diana de hormigón.

—¡No es verdad! —insistió su tía—. Solo aciertan en el blanco cuando el viento sopla de la forma correcta.

Aquella nueva información le dio una nueva perspectiva del asunto a Cochran, qué duda cabe. Se salió rápidamente de la plataforma.

Al final, la segadora Boudica se soltó de Marni y se volvió hacia ella, furiosa por ver sus planes desbaratados.

—¡Este chico no es lo que necesitas, Marni! Yo sé lo que es mejor para ti, ¡siempre lo he sabido! ¡Deja que lo cribe para que podamos seguir con nuestra vida!

Marni nunca había sido violenta, pero, a veces, la ira se adueña de una persona antes de que sus nanobots puedan hacer algo.

Alargó ambos brazos y empujó a su tía. Boudica se tambaleó hacia atrás, tropezó con el dobladillo de la túnica y aterrizó de lleno en medio de la torreta.

Tuvo que vérselo a Marni en los ojos, porque le cambió el semblante. Tenía miedo. Más que miedo, estaba aterrada.

—¡No te atreverás!

Para su sobrina, aquellas palabras fueron como un reto. Metió la mano en el hueco a toda prisa porque sabía que, si se paraba a pensárselo, su sentido común tomaría el mando, y eso era lo que menos quería en aquellos momentos.

Cochran intentó intervenir.

—¡Marni, no!

Pero ya nada podía detenerla. La joven canalizó en su brazo muchos años de frustración reprimida. Después, tiró de la palanca con tanta fuerza que se le rompió en la mano.

Con un explosivo rechinar de engranajes, la segadora Boudica salió disparada hacia el cielo en una demostración perfecta de lo que los científicos llaman «el arcoíris de la gravedad». La segadora, sin dejar de chillar en ningún momento, trazó un arco en el cielo, alcanzó una altura de muchos metros y cayó de vuelta a la tierra.

Y, aquel día, hizo un blanco perfecto.

El Nimbo y los conejos.

Iban en un barco similar. Ni los conejos ni la casi todopoderosa IA controlaban lo que sucedía en los terrenos del castillo Severndroog. Lo único que podían hacer era observar. El Nimbo, a pesar de no contar con cámaras en las zonas ocupadas por los segadores, sí había entrenado varias cámaras de las calles cercanas para que miraran hacia la propiedad, así que podía, en parte, saber lo que sucedía en ella. ¿Y los conejos? Bueno, simplemente estaban por allí, en el bosque, viendo caer gente del cielo.

Se había convertido en algo tan habitual que los animalitos ni se inmutaban cuando sucedía. De hecho, para ellos era como una especie de reloj de Pavlov; porque, los días normales, la segadora Boudica salía del castillo y les daba las verduras sobrantes de la cocina después de cribar, como para quitarse de la cabeza lo que acababa de hacer y distraerse mientras el equipo de limpieza se encargaba del destrozo. Así que, aquel día, cuando la señal cayó del cielo, los conejos se acercaron dando saltitos al castillo a la espera de que se abrieran las puertas y les repartieran su botín.

Fue al ver que nadie salía a alimentarlos cuando los conejos empezaron a sospechar que algo iba mal.

Por primera vez en la ilustre existencia de la segadora Boudica, se despertó en un centro de reanimación. En Woolwich, para ser exactos; el mismo centro al que solía ir a recoger a su sobrina.

—Buenos días, su señoría —la saludó la enfermera Lucille, tan repelentemente alegre como siempre.

Subió las persianas y a la segadora la asaltó una luz tan brillante que creyó haber despertado en la superficie del sol.

—¡Arriba, arriba! ¡La eternidad te espera!

—Déjame en paz —gruñó la segadora.

—Lo siento, pero la estimulación es una parte indispensable de la recuperación. ¡Hay que poner a circular esa sangre y a sentir a esos sentidos! —Le dio unos cachetitos suaves en las mejillas a Boudica, aunque no lo bastante suaves—. ¡Eso es! El color regresa a las mejillas. No hay nada peor que la palidez de la muerte. Le prepararé su neuroplasta… y, si consigue retenerla, ¡le traeremos un helado!

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Tres días, ¡como el salvador de la edad mortal, ni más ni menos! Y él murió sin nanobots sanadores, ¡imagínese!

Boudica decidió no preguntar nada más para no tener que volver a oír la voz de la enfermera, pero Lucille estaba más que dispuesta a seguir hablando sin que se lo pidieran.

—Su «lanzamiento» fue un misterio, al principio. La Guadaña anunció que se había cribado usted misma y estaba a punto de enterrar sus restos. Pero su sobrina los sacó de su error.

—Ah…, ¿sí?

—Sí, Marni les dijo que había sido un terrible accidente. ¡Diría que en su familia tienen cierta afición por ellos! Debería revisar más a menudo el mecanismo de su tejado. Una catapulta con un pestillo defectuoso no le hace bien a nadie.

La segadora abrió la boca y volvió a cerrarla varias veces, siempre con la intención de decir algo, pero sin lograr encontrar las palabras.

—Vaya, ¿ahora imita a un pez? —comentó la enfermera—. ¿No le bastaba con un pájaro?

Después se echó a reír con ganas de su propia broma. Boudica siguió oyéndola reír por el pasillo mucho después de que saliera de la habitación.

Marni llegó poco después. La segadora creía que su sobrina estaría desencajada por tener que enfrentarse a lo que había hecho, pero la joven estaba muy encajada y se comportaba como si nada hubiera sucedido.

—¡Tía Bu! ¡Me alegro de verte despierta!

—¿En serio?

—¡Claro que sí!

Se acercó a la segadora y le dio un besito en la mejilla. Después, metió la mano en una bolsa de lona y sacó la túnica bien doblada y envuelta.

—Esta vez no he acudido a la tintorería de siempre; no me atrevía con tanta sangre. Así que la he llevado a la Real Academia de las Artes. ¡Su departamento de antigüedades la ha restaurado por completo! No solo la han limpiado, sino que han reparado el dobladillo y metido en vereda todos los hilos rebeldes. ¡Ahora está incluso mejor que cuando colgaba en la pared!

A Boudica le daba vueltas la cabeza. Era como si estuviera en la atracción de una feria y los encargados hubieran olvidado dejarla bajar.

—Perdona, pero… ¿no fuiste tú la que me mató el otro día?

Marni suspiró.

—Creía que no lo recordarías.

—Lo recuerdo todo —dijo la segadora, que entornó los ojos y le lanzó su mirada más fulminante—. Intento salvarte de tus malas decisiones y ¿cómo me lo agradeces? ¡Traicionándome!

Pero Marni no se dejó avasallar.

—Quizá sea mejor que lo recuerdes todo para seguir adelante.

—¿Adelante? ¡Yo creo que no! ¡Primero, vamos a retroceder un poco!

—No tendría sentido —respondió Marni.

Entonces, su joven apareció en la puerta como un cachorro más entusiasta de la cuenta.

—¡Hola, tía Bu! —dijo.

Boudica los miró con rabia a los dos.

—¿Por qué me llama de ese modo?

—Porque puede —respondió su sobrina—. Es decir, que puede oficialmente. ¡Enséñaselo, Cochran!

Entonces, los dos alargaron hacia ella la mano izquierda para que viera los anillos de oro a juego en sus respectivos anulares.

—Nos hemos casado —dijo Cochran.

—Y después te hemos resucitado —añadió Marni, y los dos se rieron un poco de su rima.

—¡No lo dirás en serio! ¿Es una broma?

Marni tomó la mano de Cochran.

—Bueno, tía Bu, sabíamos que solo podría suceder por encima de tu cadáver, así que…

—¡¡Debería cribarte por lo que me has hecho!! ¡¡Debería cribaros a los dos!!

—No puedes —le recordó su sobrina con una calma que resultaba exasperante—. Sabes muy bien que tengo inmunidad permanente mientras estés viva… y, ahora que estamos casados, esa inmunidad se extiende a él.

—¡Lo haré de todos modos!

Marni se encogió de hombros.

—Nos reanimarán… y el sumo dalle Churchill te dará una reprimenda por ser una «zorra insufrible». —La segadora ahogó un grito—. Son sus palabras, no las mías —se apresuró a añadir Marni—. Es lo que te llamó cuando vino a ver tu cuerpo.

Ahora, la atracción de feria giraba en sentido contrario.

—Espera…, ¿Winston vino a verme?

—No tanto a verte como a confirmar con sus propios ojos que estabas muerta —respondió su sobrina.

—Insistió mucho en que se había cribado usted —añadió Cochran— , en que, no se sabe cómo, había trucado la plataforma para que se soltara por control remoto. Su decisión habría sido definitiva si Marnie no la hubiera defendido e insistido en que la reanimaran.

Era lo que aquella irritante enfermera le había contado, aunque a la segadora todavía le costaba creer que su sobrina hubiera defendido su derecho a vivir… y ante el sumo dalle, ni más ni menos. Boudica todavía recordaba los ojos de Marni cuando tiró de la palanca, esa cara de «ni siquiera la muerte es suficiente para ti». Cada vez que pensaba en ello, se asustaba.

Sin embargo, lo que no sabía era que eso también asustaba a Marni, aunque hiciera todo lo posible para que no se le notara. Antes de aquel momento fatídico, no tenía ni idea de toda la ira que había acumulado contra su tía. Después de liberar toda esa presión, se sentía libre de ella. Sobre todo ahora, que no tenía que enfrentarse sola a Bu.

—¿Por qué les pediste que me reanimaran? —le preguntó Boudica en un tono de voz cohibido, muy poco propio de ella—. Sabías que podía acusarte cuando despertara. Me parece que habrías preferido que siguiera muerta.

Marni respiró hondo y se preparó para decir la verdad, por dolorosa que fuera.

—Te quiero, tía Bu. ¿Cómo iba a preferirte muerta? Sí, estaba lo bastante enfadada como para matarte, pero no para siempre.

La segadora Boudica no le dijo abiertamente que el sentimiento fuera mutuo, pero Marni tampoco lo esperaba. No era de las que decían «te quiero»

con facilidad. Así que, en vez de eso, puso morritos.

—Supongo que ahora os escaparéis juntos a cualquier rincón remoto del mundo y produciréis una interminable sucesión de criaturas, como hacen mis conejos.

Marni miró a Cochran y dejó que tomara la iniciativa porque, al fin y al cabo, lo que estaban a punto de proponer había sido idea suya.

—En realidad, lo hemos estado hablando y nos gustaría quedarnos en Severndroog —dijo el joven.

—Ah…, ¿sí?

—Las cosas tendrían que cambiar, claro —dijo Marni—. Para empezar, redecoraremos. Necesitamos muebles más cómodos y más cuadros, no solo retratos tuyos.

—Abriremos los terrenos al público de nuevo —sugirió Cochran.

—Y tendrás que prometer no cribar a los amigos que vengan a visitarnos —añadió Marni.

Esa última exigencia fue la que más sorprendió a su tía.

—¿Vais a recibir visitas?

—Sí, tía Bu —dijo Marni—. Llevo demasiado tiempo sin amigos.

—¿Y si no estoy de acuerdo?

La joven se encogió de hombros, como si no tuviera importancia.

—Entonces me mudaré al piso de Cochran en Manchester. Y te quedarás sola.

En su caso, decir que la que calla otorga era quedarse corto. Porque la segadora callaba todas las palabras de su vida, que había sido excepcionalmente larga, y lo otorgaba todo. Tanto Marni como ella conocían la verdad de su relación, aunque nunca la hubieran expresado en voz alta. La segadora Boudica controlaba las idas, las venidas y todo lo demás de Marni por miedo a que, si perdía ese control, perdería también a Marni por completo. Y entonces se quedaría sola. Sí, estaba el personal del castillo, pero solo seguía allí porque cuidar de Severndroog era su trabajo. Toleraban a Boudica porque no les quedaba más remedio. Sin la compañía de Marni, ¿cuánto tiempo pasaría hasta que las ideaciones de cribarse empezaran a asomar a sus pensamientos?

Marni esperó con paciencia la respuesta. Ambas sabían que no era un farol. Ambas sabían que Marni sería feliz con cualquiera de las dos opciones.

Pero, en vez de responder, la segadora se volvió hacia Cochran.

—Recuerdo que intentaste evitar que tirara de la palanca.

Cochran parecía un poco avergonzado.

—Y fallé estrepitosamente, me temo.

—Aun así, fue un gesto admirable —repuso Boudica—. Puede que lo haya juzgado mal, señor Stæinsby.

—Ahora soy Stæinsby-Wittle, su señoría —la corrigió—. Marni y yo hemos decidido combinar apellidos.

La segadora suspiró. De nuevo, más cambios a los que acostumbrarse.

—¿Me perdonas por haber intentado cribarte? —le preguntó.

Cochran lo meditó un instante y, después, con la diplomacia experta de un asistente profesional, respondió:

—Estoy dispuesto a olvidarlo, si usted también lo está.

Justo entonces, apareció Lucille en la puerta, como si hubiera estado escuchando a escondidas y esperando la oportunidad para intervenir.

—Será mejor que no estresemos demasiado a la honorable segadora —dijo—. Todavía le quedan unas cuantas horas para completar la reanimación. ¡Y ya casi ha llegado el momento de su neuroplasta, segadora Bu! Seguro que prefiere que sus visitas estén en otra parte cuando se la beba. Así que cinco minutos más y se acabó, ¿eh?

Cuando se fue, Cochran se giró hacia Marni.

—Puede que todo esto sea demasiado para tu tía. Deberíamos darle más tiempo para tomar una decisión.

Sin embargo, la segadora Boudica levantó una mano para silenciarlo.

—No es necesario, ya me he decidido. —Se volvió hacia Marni—. Aceptaré tus términos, con una condición.

Marni se preparó para lo que su tía pensara imponerles.

—Podéis quedaros conmigo en el castillo Severndroog… si nuestra primera visita es la enfermera Lucille. Me encantaría invitarla a un té.

Al principio, Marni no entendía nada.

—¿A un té? —Entonces, abrió mucho los ojos—. ¡Ah! ¡A un… té!

Después sonrió y le dio la mano a su tía.

—¡Creo que es una idea estupenda, tía Bu! Procuraré asegurarme de que haya sándwiches y bollitos recién hechos.

Fue un momento resplandeciente y poco común el que ambas compartieron. ¡Qué feliz accidente que, por fin, estuvieran completamente de acuerdo en algo!

Cribar acaso

con Michelle Knowlden

«Si notas algo raro en el sueño, huye».

Era el consejo que se les daba a todos los niños que vivían en la región de la Barrera de Ross de Antártida en cuanto empezaban con el sueño comunal, lo que solía coincidir con el inicio de la escolarización. No era porque los sueños pudieran hacerles daño, porque no podían.

Aunque, a veces, sí.

O, para ser más exactos, eran los segadores los que podían manipular los sueños. Los segadores de la Barrera de Ross tenían vía libre para hacer lo que quisieran en el sueño comunal, igual que los segadores de cualquier otra parte la tenían para hacer lo que quisieran en la vigilia. Y, aunque rara vez se los veía al soñar, a veces se los percibía. Como si algo fuera mal en un momento concreto, como si las reglas del sueño (si es que se puede decir que los sueños tengan reglas) se rompieran.

Así que ¿si notas algo raro? Huye.

Dayne nunca se había encontrado con un segador mientras soñaba. O, de haberlo hecho, había estado demasiado metido en el sueño para darse cuenta. Quizá alguno lo hubiera rozado disfrazado de viento helado o de piedra rodando, de camino a cribar a otra persona. En realidad, no había modo de saberlo.

—Intento no pensar en ello —le dijo su amigo Alex mientras hacían windsurf en un lago de oro líquido—. Si empiezas a preocuparte por esas cosas, acabas metiéndote en los lugares más oscuros del sueño.

Dayne y Alex eran amigos desde que Dayne tenía uso de memoria. Y, aun así, ni siquiera se conocían. Es lo que pasaba en el Grand Rêve, es decir, el

gran sueño comunal que compartían los residentes de la Barrera de Ross. Las personas que conocías en tus horas de vigilia (amistades, familiares, vecinos, profesorado) rara vez se cruzaban con las personas que llegabas a conocer en el sueño. Y las normas del Nimbo sobre la intimidad prohibían por ley buscar a un amigo del sueño en la vida real. O, ya puestos, a un enemigo del sueño.

Dayne y Alex habían compartido el mismo «patio» con unos cuantos niños, en un sueño limitado, antes de graduarse al *Gran Rêve* hacía más o menos un año. Sin embargo, incluso después de un año, Dayne todavía no se había acostumbrado del todo a un sueño tan grande. Eso no significaba que no fuera divertido, aunque tampoco era siempre fácil.

Como el windsurfing. Probablemente, era más sencillo en el sueño que en la vida real, aunque las habilidades de uno se basaban en la confianza en ellas, y la confianza en sí mismo no era el punto fuerte de Dayne. No dejaban de acosarlo las dudas y, esa noche, la duda creó una ola solitaria que lo tiró de la tabla y lo lanzó al oro. Cuando salió a la superficie, la tabla se había convertido en un pterodáctilo que se alejó volando.

Alex se rio.

—¿Es eso lo que se supone que debería hacer? —preguntó Dayne.

—A mí no me preguntes. Yo no he construido este sueño, solo vivo en él.

Entonces, Alex se zambulló en el mar dorado con Dayne y, efectivamente, su tabla de windsurf hizo lo mismo y se internó en el cielo índigo, detrás de la de su amigo.

—Parece que sí es lo que se supone que hacen —dijo Alex—. Vamos a la orilla, que el ciclo de sueño casi se ha terminado.

Alex llegó el primero y se puso a correr a grandes zancadas rítmicas, como un mono en la jungla. Dayne lo siguió mientras la arena a sus pies se transmutó en unos cangrejos diminutos que chascaban, hambrientos. Cuando Alex llegó a la frondosa jungla, Dayne le pisaba los talones, pero Alex se transformó en un mono de verdad que saltaba ágilmente entre los árboles de puntas de bronce, lo que irritó a Dayne. Siguió a su amigo hasta un gigantesco árbol del caucho, aunque sus saltos no eran ni tan ligeros ni tan silenciosos.

Alex tenía una habilidad natural para transformarse en cualquier criatura que deseara, aunque a veces la transformación sucedía lo deseara o no. Dayne todavía no había descubierto ninguna habilidad concreta y quizá nunca lo hiciera. No todos los «moradores» del sueño hacían algo especial. Ya en sus días del patio, Alex destacaba como un morador estrella, mientras que Dayne hacía las veces de esbirro o de extra en una escena con mucha gente.

Tenía que reconocer que pasar el rato con Alex era divertido; aunque también podía ser frustrante, sobre todo cuando la transformación controlaba a Alex, y no al revés.

Alex, al ver que su amigo no podía seguirle el ritmo a un mono que saltaba entre los árboles, se detuvo y lo esperó en una rama gruesa.

Solo entonces, en la muñeca de mono, Dayne se fijó en la pulsera azul que llevaba Alex. El único adorno era un símbolo antiguo. Q. Omega.

—¿De dónde has sacado eso?

—Conocí a un constructor el otro día y él me lo hizo. Reinicia el sueño retrocediendo trece segundos. Pero solo puedes usarlo una vez a la semana —respondió el chico, como si no tuviera importancia.

—Espera un momento. ¿Que retrocedes trece segundos? ¿De qué sirve eso? Si has estado con un constructor podrías haberle pedido un sueño a medida. ¿Por qué no le pediste eso?

—Es que era una primera cita —respondió Alex, y le guiñó un ojo.

Dayne casi se ríe. Era impresionante que Alex conociera a un constructor. Las cuatro clases de gente del sueño no se mezclaban mucho entre ellas. En el *Grand Rêve* eras diseñador, constructor, morador o destructor. Los moradores experimentaban los sueños que los diseñadores concebían y los constructores creaban. Después, cuando ya nadie quería ese sueño en concreto, los destructores lo hacían pedazos. Las personas se clasificaban en grupos de manera natural según sus inclinaciones y personalidad, pero el Nimbo siempre tenía la última palabra.

A veces, Dayne quería más control del que solían tener los moradores, pero el control también conllevaba muchísima responsabilidad. Experimentar el sueño era una forma más relajada de pasar los ciclos nocturnos.

—Chisss —dijo Alex, aunque Dayne no estaba haciendo ruido, y señaló al suelo, bajo ellos, donde merodeaba una pantera de hombros anchos y pelaje loco multicolor. No parecía darse cuenta de que la observaban. Alex miró de Dayne a la pantera y vuelta a empezar—. ¿Quieres divertirte? —susurró.

—No. En absoluto.

Costaba saber si la pantera era otro morador, parte del sueño… o quizá una creación de los indeseables que los arrastraría hasta una de sus pesadillas. Mejor no averiguarlo.

No obstante, a pesar de sus protestas, Alex esbozó una sonrisa de mono y bajó hasta la rama que estaba justo por encima de la pantera. Entonces, en el momento preciso, se dejó caer sobre su lomo. La pantera aulló, se giró y miró a su alrededor, desesperada. Parecía un caballo salvaje intentando desmontar

a Alex. Al final, el chico saltó de vuelta a la rama, pero su cerebro de mono tomó el control y empezó a lanzarle heces a la pantera. Por suerte, como era un sueño, olían a cerveza de raíz.

Al final, Alex regresó al árbol, junto a Dayne. La pantera se alejó corriendo, desperdigando hojas a izquierda y derecha, volviendo la vista atrás de vez en cuando, oliendo nada más que a cerveza de raíz y, por suerte, sin levantar la mirada.

—¡Has descarrilado del todo! —le dijo Dayne.

—En este sueño no hay raíles —contestó Alex—. Si quieres raíles, hay un sueño de tren a unos cuantos valles de aquí.

—¡Esa pantera te podría haber matado!

Alex se encogió de hombros.

—¿Y qué? Me habría despertado y ya está.

—Y seguramente no volverías a dormirte en toda la noche. Siempre te quejas de que no puedes volver a dormir si te sales de un sueño.

—Qué gallina eres —dijo Alex, y tiró a Dayne de la rama.

Y la mera idea hizo que Dayne bajara aleteando en lugar de caer a plomo.

Dayne se vistió para ir a clase intentando recordar el sueño, pero no se acordaba de gran cosa. Siempre era así. Lo que pasaba en el sueño se quedaba en el sueño. Se preguntó si las personas de otras partes del mundo (las que no formaban parte del sueño comunal de su región autónoma) tenían el mismo problema.

El desayuno consistía en avena humeante y chocolate caliente. Siempre algo caliente. Los desayunos fríos, como cereales con leche, no se estilaban en Antártida. Como era habitual, Dayne fue el último en sentarse a la mesa. Tenía una familia bastante grande, con dos hermanos y tres hermanas. Las familias antárticas solían permanecer unidas incluso después de que los hijos crecieran, como ocurría con un par de sus hermanos.

—Dejadle algo a Dayne —dijo su madre cuando vio que se acercaba a la mesa.

—El que no corre no come —dijo Ophelia, la hermana mayor, aunque, a pesar de eso, esperó a que llegara Dayne para servirse antes de repetir.

El chico se sentó entre dos de sus hermanos menores, que se quejaron de tener que hacerle sitio, y después miró hacia el extremo de la mesa.

—Oye, papá, ¿cuándo es la gran inauguración?

—Todavía queda una semana, más o menos.

El padre de Dayne era un escultor de hielo que estaba trabajando en dos obras gemelas para la entrada del nuevo teatro East Crevasse. Le encantaba lo que hacía, aunque una vez confesó que era un destructor en el *Grand Rêve*. El chico se tronchaba cada vez que se imaginaba a su padre rompiendo cosas. Por otro lado, todo el mundo tenía una vida interior secreta.

La madre de Dayne era una ingeniera de desprendimientos, un trabajo muy duro, ya que el borde de ochocientos kilómetros de largo de la barrera siempre estaba desprendiéndose y cayendo al mar. Aunque el Nimbo había ralentizado el flujo glaciar hasta casi erradicarlo, los hogares construidos en la pared del glaciar no duraban demasiado. Diez años, como mucho.

—Acabamos de perder un fragmento grande dos meses antes de lo previsto —dijo la madre de Dayne, reflexionando mientras desayunaba—. Más de trescientas personas morturientas. Los ambudrones todavía las están sacando del mar. Es un desastre.

—Si quieren esas vistas al mar, tendrán que aguantarse con el riesgo —replicó el padre de Dayne, y su madre lo regañó por falta de compasión.

—Oye, yo solo digo que el riesgo debería reservarse para el sueño. ¡Es más fácil morir y despertarse que morir y que tengan que revivirte!

—Bueno, la gente que vive en la pared de la barrera puede permitírselo —comentó Dayne.

La avena y el chocolate cumplieron bien su objetivo de calentarlo y prepararlo para enfrentarse a los túneles de hielo entre su casa y el colegio, aunque había algo en su interior, algo más profundo, que no se calentaba. Fue Ophelia la que se dio cuenta.

—¿Qué pasa contigo? —le preguntó.

El chico no sabía cómo responder.

—No estoy seguro. Algo del sueño de anoche, creo. Me siento un poco… raro.

—¿Qué recuerdas?

—No mucho. Una jungla. Uno de mis amigos estaba allí.

Ophelia lo meditó un momento y después le restó importancia.

—Pasa algunas veces. No le des más vueltas. Tómate un poco más de chocolate caliente antes de irte, que eso te ayudará.

La mayor parte de la vida de Dayne transcurría en los túneles de hielo y las enormes cavernas artificiales abiertas directamente en el profundo glaciar azul. Algunas zonas de la Barrera de Ross eran de una belleza sobrecogedora, pero, en su mayor parte, resultaba monótona y funcional, lo que hacía que tener sueños vívidos fuera todavía más importante.

El instituto de East Crevasse, como casi todos los de la Barrera de Ross, tenía un diseño abierto lleno de pilares de hielo y paredes móviles. Normalmente, Dayne llegaba dispuesto a enfrentarse a la jornada de clases, pero, aquel día en concreto, el *Rêve* no lo soltaba. No era raro que los sueños te acompañaran durante unas horas, aunque rara vez le afectaban durante tanto tiempo.

—¿Estás con nosotros, Dayne?

El señor Ramos, el profesor de Historia de Antártida, había estado hablando de la barrera y sobre cómo su región no era más que un gigantesco glaciar que se derramaba del continente y caía al océano Antártico… como si no lo supieran ya de sobra.

—Sí, que somos un glaciar gigante. Lo capto.

Pero el señor Ramos insistió:

—¿Qué te pasa? ¿Problemas en el colectivo del sueño?

Así era como la gente mayor llamaba al *Grand Rêve*. Unos cuantos compañeros se rieron entre dientes al oír aquella expresión tan anticuada.

En vez de ponerse a la defensiva, Dayne recondujo la conversación:

—¿Alguna vez ha visto un mar de oro líquido?

Ramos se tensó un poco.

—En clase no hablamos del colectivo del sueño —dijo.

—Bueno, ha sido usted el que ha sacado el tema.

—¡Estaba siendo retórico!

Volvió a su clase, pero más tarde, cuando salían, se acercó a Dayne y le susurró al oído:

—Yo fui uno de los constructores del Mar Dorado. Si te sumerges hasta el fondo, hay cosas divertidas.

Aquella noche, Dayne entró por la ya familiar puerta al Grand Rêve que daba al camino principal, todavía algo afectado de un modo profundo, aunque intangible.

La avenida estaba repleta de vendedores, pancartas y carteles. Palomitas, algodón de azúcar, de todo: desde acróbatas que atraían a una multitud hasta vendedores de creps francoibéricos.

Al chico, la avenida siempre le había parecido un parque de atracciones. Mucha gente y colas largas. Dulces para todos los sentidos que te preparaban para lo que fuera que el sueño te deparase aquella noche.

Dayne no se quedó por allí, sino que recorrió a toda prisa el cuello de botella para llegar a los paisajes oníricos de más allá.

¿Dónde estaba Alex? Normalmente se reunían después de los puestos y tiendas de la rotonda central, donde había caminos que conducían a los cientos de picos y valles de los sueños activos. Dayne y Alex siempre intentaban sincronizar cuándo se dormían, de modo que, al menos, su primer ciclo REM coincidiera, pero no siempre funcionaba.

«En caso de duda, elige el sueño 42», era su regla si no se encontraban. Era el sueño donde se reunían, aunque nunca era el mismo, ya que, cada noche, los sueños ascendían de puesto al llegar otros nuevos, así que dirigirse al sueño 42 era, básicamente, una cita a ciegas con tu subconsciente. O, para ser más precisos, con el subconsciente de otro, puesto que eran todo cosas sacadas de la mente perturbada de algún diseñador.

Aquel día, en el sueño 42 había un volcán que parecía a punto de entrar en una erupción arrolladora, aunque, por el momento, se contentaba con soltar un intenso estruendo que resultaba tan amenazante como satisfactorio.

En un claro en la base del volcán, Dayne vio, aunque pareciera increíble, un zoo interactivo. Llamas, cabras, caballos en miniatura e incluso una jirafa pequeña. A diseñadores y constructores les encantaba lo absurdo y los temas vanguardistas. Aunque estaba claro que a alguien no le había llegado la información de que menos es más. Se preguntó si el zoo iba a acabar cubierto de lava y, de ser así, ¿qué querría decir? ¿Tenía algún sentido o no era más que un suceso aleatorio porque sí?

«Esto es bueno —pensó—. Distráete de tu mal presentimiento. Vive el sueño del volcán y el zoo de acariciar animales».

Aun así, deseó que Alex estuviera presente porque, cuando sentías que algo siniestro te echaba el aliento en el cuello, necesitabas un amigo como Alex. Salvo, por supuesto, cuando no era así. Porque, la mitad de las veces, Alex incitaba a los monstruos.

Después de examinarlo de cerca, se dio cuenta de que no era un zoo interactivo, sino una reunión de animamorfos, es decir, moradores que, como Alex, podían soñarse con forma animal. Se dio cuenta por la conversación. No se trataba de creaciones vacías siguiendo un guión, sino que parloteaban y soltaban bromas como si fueran críos entre clases.

Dayne se preguntó si Alex estaría ya en aquella fiestecita, pasando el rato con gente con sus mismas habilidades. ¿Qué animal habría elegido? ¿Una cabra con dos cabezas? ¿Un camello con tres jorobas?

Una alpaca fulminó con la mirada a Dayne y le dijo una grosería, ofendida al ver a un intruso de forma humana en su fiesta solo para animales. Pasó de ella y decidió que, si no podía encontrar a Alex, se largaría al mar dorado y bucearía hasta el fondo para ver a qué se refería el señor Ramos. Pero, de repente, la inquietud que Dayne intentaba ignorar con todas sus fuerzas empezó a subirle por el cuerpo como una fiebre de la edad mortal.

Puede que las premoniciones y la precognición no existieran en el mundo despierto, pero, sin duda, existían en el *Grand Rêve*. Y no lo sintió solo Dayne, porque las fieras de la fiesta guardaron silencio.

Una sombra se movía entre los egocéntricos animales y, por fin, apareció un enorme felino. Era una pantera con pelaje gris pizarra cubierto de un extraño dibujo: unas lágrimas azules rizadas. Ese patrón tenía un nombre… Estampado de cachemira, se llamaba. Y, al instante, recordó el encuentro de la noche anterior. Era la misma pantera a la que Alex había asustado. Al verla, el sueño entero volvió a él.

La pantera caminaba con estudiada elegancia, sin frenar ni mirar a la izquierda cuando un poni la olisqueó, ni a la derecha cuando una oveja salió pitando. Tenía la vista fija en Dayne. Como si no solo pudiera oler, sino saborear ya a su presa.

Eso era lo que el chico había estado percibiendo: una intención malévola lo bastante potente como para afectar al sueño, lo que significaba que la llegada de la pantera no era una coincidencia. Quienquiera que fuera, había entrado en el sueño con un objetivo: venganza por lo de la noche anterior. Daba igual que Dayne no fuese más que un espectador. Culpable por asociación. ¡Maldito Alex!

«No te muevas. Te atacaban cuando te mueves». Quizá, si le aguantaba la mirada, se iría. Quizá lo único que quería era intimidarlo por un momento con aquella actitud de «te tengo en el punto de mira».

«Pero ¿cómo sabe qué he sido yo?», pensó. No los había visto a ninguno de los dos. No tenía ni idea de quién se le había subido al lomo… Y, sin embargo, allí estaba.

La pantera de cachemira soltó un gruñido de advertencia que parecía un eco del rugir del volcán, y los animamorfos se dispersaron. Sin embargo, no fue a por ninguno de ellos. Seguía concentrada en Dayne. Entonces fue cuando sonó en su cabeza el viejo dicho: «Si notas algo raro en el sueño, huye».

Dayne saltó por encima de la valla del zoo interactivo y corrió por el camino hacia el volcán, esperando que, quizá, la pantera no fuera tan veloz

como las de verdad. Por desgracia, con tan solo echar la vista atrás se dio cuenta de que era incluso más rápida que las reales. Se deslizó bajo la valla como si fuera líquida, sin perder ni un segundo. El chico corría tan deprisa que todo se emborronaba a su paso, salvo el gruñido dentado de la bestia que le ganaba terreno. Cada vez que volvía la vista atrás, aquella boca destacaba con claridad.

Corrió tan deprisa ladera arriba que fue como si volara, ya que sus pies no tocaban el suelo, sino que patinaban por el aire. Sin embargo, la pantera voló también, con el pelaje erizado y la boca a pocos centímetros del cuello de Dayne.

Entonces, justo cuando se preguntaba si una pesadilla indeseable habría secuestrado aquel sueño, una mano salió del suelo, como para demostrárselo. Agarró al chico por el tobillo y tiró de él hacia abajo, como si la roca fuera arenas movedizas. Dayne se resistió al tirón y a la sensación de ahogo, que era tan intensa como lo habría sido en la vida real. Al final, cayó en un tubo de lava hueco y aterrizó de golpe en su suelo de obsidiana curvo al lado de… Alex, que todavía le agarraba el tobillo. Por encima de ellos, la roca que habían atravesado se reparaba sola.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Dayne.

—Tenía deberes. Casi me quedo trabajando toda la noche.

Alex levantó la vista e hizo una mueca. El felino intentaba llegar hasta ellos escarbando y golpeando el suelo cada vez más fuerte.

—Vi que la pantera de anoche te perseguía. He visto antes a ese gilipollas. No siempre es una pantera, pero siempre lleva ese estúpido dibujo.

—Pues vamos a largarnos de una vez —dijo Dayne—. No creo que este truco vuelva a colar.

Corrieron por el tubo, iluminados tan solo por el brillo rojo apagado de la roca sobrecalentada. Había cosas que se astillaban al pisarlas, colocadas allí por los constructores o soltadas por otros moradores, pero no se pararon a explorar. Ya fuesen juguetes, ramas o huesos, no te paras a echar un vistazo cuando te persigue una pantera.

Dayne sabía que algunas personas soñaban enfadadas. Era irritante, aunque habitual. Quizá se trataba de un hombre de negocios que odiaba a su jefe o de un chico al que acosaban en el instituto, pero que se sentían poderosos en el *Rêve*. Lo mejor era evitarlos y, si no podías, no enfrentarse a ellos. Por desgracia, ya lo habían hecho y aquel felino era…, bueno, era un pit bull.

El túnel se hacía más estrecho, y los dos empezaron a ralentizarse como si arrastraran piernas de hormigón, cosa que a veces pasaba en los sueños.

—Mierda —gruñó Alex—. ¡Ahora no!

—¡Piensa en algo ligero, no pesado!

—¡Claro, para ti es fácil!

Dayne frenó el paso para ayudar a Alex mientras, detrás de ellos, oían a la pantera rugir y el eco hacía que el ruido pareciera brotar de todas partes al mismo tiempo.

Más adelante, el túnel se dividía en dos. Podían ir a izquierda o a derecha. No tenían ni idea de adonde conducía cada rama y no había tiempo para debates. Dayne se metió en el de la derecha.

El túnel tomó una curva y otra…

… y llegó a un túnel sin salida, donde un constructor estúpido había grabado una cara aburrida en la piedra. No tenía gracia.

Al volverse, allí estaba la pantera, con los ojos relucientes como el cristal. Los había arrinconado. El animal frenó. Se tomó un segundo para saborear su victoria.

Las piernas de hormigón de Alex se habían fundido con el sueño de la cueva. Aunque hubiera un sitio por el que huir, no podrían.

—De acuerdo —dijo Alex—. Deja que nos ataque y así nos despertamos. ¿Qué más da? No me va a quitar el sueño. O, al menos, no mucho.

Sin embargo, Dayne no podía quitarse una sensación de encima. Una pregunta. Un temor.

«¿Y si no es solo un tío cabreado? ¿Y si…?».

No llegó a terminar el pensamiento porque el felino atacó. Sin embargo, antes de que llegara, Dayne se dio cuenta de que sí que había algo que podían hacer. A Alex no se le había ocurrido y no quedaba tiempo para sugerírselo, así que alargó la mano y le dio un manotazo al símbolo del omega de la esfera del reloj de Alex.

El sueño saltó como si el mundo fuera una goma elástica…

… y allí estaba, trece segundos antes, llegando a la bifurcación del túnel.

—¡Lo has malgastado! —chilló Alex—. ¿Por qué lo has hecho? ¡Ese idiota no lo merece!

Dayne no respondió, sino que tomó el túnel de la izquierda. Un giro, una vuelta, el túnel se iluminó y se volvió más caliente… frenaron derrapando…

… justo al borde de la caldera del volcán. Unos treinta metros por debajo del saliente, la lava, casi incandescente, borboteaba y escupía.

—Genial —dijo Alex—. Esto también es como un callejón sin salida.

Igual que antes, la pantera los alcanzó deprisa… y parecía más enfadada que antes. No esperó para saltar.

Dayne tampoco lo hizo: se estrelló contra Alex y los lanzó a ambos por el borde, hacia el burbujeante lago de magma. La pantera, que no logró frenar su impulso, cayó también unos metros más allá.

—¡Esto va a doler! —chilló Alex.

Porque el dolor del sueño podía ser peor que el real, dado que los nanobots no lo aliviaban. Pero Dayne sabía también que no le dolería durante mucho tiempo.

En cuanto dieron contra la superficie de lava, gritó en un único instante de agonía… y se despertó de golpe en su cama.

Estaba cubierto de sudor y respiraba con dificultad, intentando alejar el sueño y dejar que la realidad se asentara. ¡Pero alejar el sueño era la peor idea del mundo! Así que se aferró a él… porque era un sueño que tenía que recordar como fuera.

—Pues he estado teniendo pesadillas.

Estaban en el desayuno. Esta vez, Dayne había sido el primero en llegar a la mesa. Volver a dormirse después del sueño del volcán no era una opción, así que hizo todo lo posible por permanecer despierto el resto de la noche.

Su madre dejó el tenedor en la mesa y miró al chico, preocupada, aunque intentando que no se le notara demasiado.

—¿Qué clase de pesadillas?

—No estoy seguro. Me cuesta recordarlo. Solo sé que eran malas —mintió, ya que había conseguido retener todos los sucesos clave de la persecución, hasta la incineración en el magma caliente.

—Es probable que no sean más que indeseables —intervino su padre con la boca llena de tostada.

Ofelia suspiró.

—Los indeseables son un incordio, pero consiguen que todo resulte un poco más interesante.

—¡Yo quiero ser indeseable! —exclamó Lonnie, el hermano pequeño de Dayne.

—¡Polonius, ni se te ocurra decir eso! —lo regañó su madre—. ¡Ningún hijo mío va a ser un indeseable!

—Lo seré si quiero —refunfuñó Lonnie.

—¿Cómo vas a ser un indeseable? —dijo Gertie, que era un año mayor que él—. ¡Si eres vigilante del pasillo!

Lonnie le sacó la lengua y eso terminó con la discusión. La atención volvió a concentrarse en Dayne.

—Si tus sueños son demasiado fuertes, siempre puedes elegir otros más suaves —dijo su padre—. No hay nada de lo que avergonzarse.

—No es eso, es que… —Dayne suspiró—. No importa.

—Elige sueños familiares durante un tiempo —le sugirió su madre—. Seguro que, sea lo que sea, se aclara.

—Sí, tienes razón —dijo Dayne, aunque, por supuesto, no la tenía.

Pero ¿cómo les dices a tus padres que crees que alguien te persigue? No un simple indeseable, sino puede que algo peor. Tampoco podían hacer nada al respecto. Los padres no podían protegerte en los sueños.

Dayne se bebió una taza enorme de café, seguida de otra. Aunque no era día lectivo, necesitaba estar alerta y no arriesgarse a una siesta inesperada. Si pudiera encontrar a Alex para resolver el enigma juntos… Pero a saber dónde estaba su amigo en el mundo despierto. La Barrera de Ross era una región enorme, con muchas ciudades y pueblos, por no mencionar los campos de hielo rurales. Iba en contra de la ley hablar de tu casa mientras estabas en el *Grand Rêve* y, además, cuando soñabas, costaba recordar los detalles de tu vida en la vigilia.

Si la pantera de cachemira era un segador, tendría que haber pruebas por alguna parte, aunque encontrarlas no le iba a resultar sencillo. Los segadores eran reservados y manipulaban los medios. Sus huellas digitales podían ser grandísimas o invisibles, según lo que prefirieran. Y, aunque el Nimbo sabía todo lo que había que saber de los segadores, no podía ayudar.

«Todos los datos de mi cerebro trasero están a tu disposición —le dijo el Nimbo—. Pero, en lo que concierne a los segadores, no puedo ayudarte de ningún modo. Lo siento mucho, Dayne».

El Nimbo hablaba como si ya lo hubieran cribado y le ofreciera sus condolencias. Aunque puede que Dayne estuviera proyectando su miedo.

No era sencillo moverse por el cerebro trasero. Nada estaba ordenado. Si buscabas a un segador, lo mismo podías encontrar vídeos de la cosecha del trigo que de segadores humanos de verdad. Además, incluso cuando encontrabas a uno, en vez de información sobre él, lo más probable era que te mostrara enlaces sobre otras personas del mismo peso, talla o color de pelo, en lugar de la información que necesitabas. El cerebro trasero estaba organizado para la mente del Nimbo, no para una mente humana.

Después de medio día, soñoliento y exhausto, Dayne se percató de que necesitaba otro método de investigación. Así que entró en la habitación de Lonnie.

—Lonnie, ¿puedo echar un vistazo a tu colección de cromos de segadores?

Lonnie se puso de inmediato a la defensiva.

—¿Por qué?

—Solo quiero mirarlos.

—Están dentro de sobres de plástico y no puedes sacarlos. ¿Para qué los necesitas?

Dayne intentó no sentirse frustrado. Lonnie era muy especial con sus colecciones. Y, aunque la mayoría de los críos guardaban e intercambiaban cromos de segadores, Lonnie era muy protector con ellos.

—¿Puedo mirar y ya está?

Lonnie frunció el ceño y, al final, cedió.

—Vale. Pero solo los toco yo.

La colección de Lonnie estaba en fundas especiales, separadas mediante pestañas adhesivas de colores.

—Están divididas por continente, después por región y después por técnica de criba —le explicó el niño al bajarlas del estante.

—Perfecto.

A diferencia del cerebro trasero, la colección de Lonnie estaba organizada de un modo que tenía sentido para los humanos. Evidentemente, no incluía a todos los segadores del mundo (algunos cromos eran muy difíciles de encontrar), pero era un comienzo.

—Enséñame a los de la Barrera de Ross.

Lonnie fue a por la última de las cajas y pasó los cromos hasta llegar a un grupo de unos cien que representaba a los segadores de su región. Con cuidado, fue pasando cada tarjeta. Aunque, al principio, había sido reticente a enseñárselas, ahora que lo hacía, Dayne se daba cuenta de que lo disfrutaba. Era una especie de experiencia que unía a los hermanos.

—Si vas a empezar a coleccionar, podría conseguirte un buen kit de iniciación barato —dijo Lonnie.

—Puede —respondió su hermano porque, si Lonnie pensaba que esa era la razón de su interés, quizá no siguiera indagando.

Revisaron un segador tras otro. Túnicas de todos los colores y todo tipo de estadísticas codificadas que el niño intentó explicarle.

—El segador Gallico se convierte en tsunami y ahoga a la gente en los sueños de playas —dijo Lonnie—. Y la segadora Crawford es una araña gigante que te atrapa en su red…

Lonnie recitó una letanía de segadores y Dayne deseó que no lo hubiera hecho, porque cada uno de ellos se convertía en otra cosa de la que preocuparse. Sin embargo, ninguno le llamaba la atención.

Entonces, cuando Lonnie terminó, Dayne se fijó en que había un par de cromos en la parte de atrás que todavía no estaban guardados en fundas protectoras.

—¿Y esos?

—Esos son nuevos. Como son nuevos, nadie sabe cómo criban ni dónde meterlos.

Lonnie sacó las tarjetas y se las enseñó. La primera era una joven con una túnica de satén amarillo intenso que parecía menos amenazadora de lo que pretendía. La segunda llamó la atención de Dayne.

—Es la segadora Borgia —dijo—. Acaban de ordenarla en el Cónclave Vernal. Pero tiene una túnica muy rara, con un dibujo absurdo.

Dayne habría jurado que las paredes de hielo del dormitorio de su hermano se volvían un poco más frías.

—Se llama estampado de cachemira —dijo.

Aunque Dayne deseaba retrasar todo lo posible el sueño, advertir a Alex era vital, así que, cuando llegó el momento, las técnicas de relajación habituales lo sumergieron en un sueño REM justo a las 10:33 de la noche. Con suerte, se reunirían en la rotonda y Dayne no tendría que ir a buscarlo al sueño 42, fuera lo que fuese aquella noche.

No obstante, cuando perdió la consciencia, a Dayne no lo recibió la vulgar muchedumbre de la avenida, sino que aterrizó en una oscuridad helada.

Algo iba mal.

Eso no le había pasado nunca. La avenida era siempre la interfaz del sueño. Pero los segadores…, los segadores podían manipularlo, ¿no? Otra prueba de que su perseguidor era, efectivamente, la segadora Borgia.

—¡Alex! —gritó Dayne—. Alex, ¿estás ahí?

Y, entonces, le llegó una voz de su izquierda:

—Qué flipe. ¿Qué narices está pasando?

Dayne sintió un alivio inmenso que bastó para controlar los otros pensamientos caóticos que lo abrumaban. Porque Alex estaba allí y, juntos,

serían capaces de enfrentarse a aquello. Siguió el sonido de su voz hasta que se encontraron.

—Escúchame, Alex, Cachemira no es solo un gilipollas. Es una segadora.

—¡No digas tonterías! —exclamó Alex, negándose a creerlo—. ¡Estás exagerando!

Justo entonces se encendieron unas luces brillantes con un fuerte chasquido e iluminaron un pasillo metálico cubierto de escarcha. Como los que se verían en un antiguo barco fantasma atrapado en el hielo antártico.

—Nunca había visto un mundo como este —gruñó Alex.

Tampoco Dayne. En el *Grand Rêve* nunca había hielo. La gente de la Barrera de Ross ya tenía suficiente hielo cuando estaba despierta.

Oyeron un ruido. Un aliento. Que jadeaba al otro extremo del pasillo.

—¿La pantera? —preguntó Alex.

El aliento sonaba mucho más pesado que el de una pantera. Los segadores podían ser lo que quisieran en un sueño. ¡Lo que quisieran! Era mejor no saber qué respiraba de ese modo.

Agarró a Alex.

—Vámonos.

Corrieron en dirección contraria a la respiración jadeante y gutural, y, cuanto más se alejaban, mejor se sentían… Hasta que llegaron a un ojo de buey a su derecha.

Dayne derrapó para parar y asomarse afuera. Las vistas lo pusieron todo en perspectiva. No era un mar helado ni un glaciar abrupto, sino la curva de un planeta morado gigante y estrellas. Una infinidad de estrellas.

—Estamos en el espacio.

—Mola —dijo Alex, que todavía no entendía nada—. Pero, si estamos en el espacio, ¿cómo es que hay gravedad?

Y, de repente, no la había, y se despegaron del suelo.

—Estupendo, Alex —se quejó Dayne. La maldita lógica del sueño.

Aunque quizá no fuera tan malo porque, en algún lugar lejano, oyeron un rugido inhumano cuando la criatura que los perseguía también empezó a flotar.

Así que Borgia no era la única capaz de manipular el sueño; ellos también. Puede que no tanto como ella, ¡pero cualquier obstáculo los ayudaría!

—Vale —dijo—. ¡Vamos a volar!

Empujaron el techo y bajaron por el pasillo usando los asideros de la pared para impulsarse y dar volteretas para salir por las escotillas. Dayne se

imaginaba que los astronautas de verdad (cuando todavía existían los viajes espaciales) habían tenido que aprender a hacer todo aquello, pero en los sueños les salía solo.

Una escotilla abierta los atrajo con su olor a fresas y a verde. Era un glorioso Edén bajo una cúpula. Una especie de biosfera en aquel extraño sueño de nave.

—¡Fantástico! —exclamó Alex, y entró flotando.

Dayne se agarró a un asidero y vaciló. Era tan sospechoso como tentador. ¿Quién había puesto allí aquella biosfera? ¿El diseñador de la estación? ¿O la segadora Borgia?

Unos segundos después, Alex, con los ojos muy abiertos, salió disparado por la escotilla, perseguido por una enredadera larga y llena de hojas afiladas como cuchillas, con forma de cachemira.

—¡Mala idea! —gritó, y siguieron huyendo por el pasillo mientras la enredadera aleteaba, amenazadora, en el umbral.

Tomaron el siguiente acceso descendente que encontraron; o, al menos, parecía descender. Las direcciones no tenían ningún sentido en gravedad cero. Dayne esperaba que la segadora Borgia también estuviera desorientada… y quizá le llevara un momento transformarse, lo que les daría ventaja.

—Vale, ahora te creo —dijo Alex, más humilde y asustado de lo que Dayne lo había visto nunca—. ¿Qué sabes de esta segadora?

—Segadora Borgia. Recién ordenada en el Cónclave Vernal. Túnica con estampado de cachemira. Azul sobre gris.

—¡Aj! ¡Tendría que haberme dado cuenta! Y, ahora que sabemos que es una segadora, ¿nos hemos metido en un lío por huir?

—He consultado la ley sobre segadores del sueño —dijo Dayne—. Pueden adoptar la forma que deseen para cribar, pero se nos permite huir, a no ser que se presenten como segadores en forma humana, con su túnica.

—Sí, bueno, pues esperemos que no ocurra nunca. —Dicho lo cual, se sintió tan avergonzado que le salieron orejas de cachorrito—. Siento haberle gastado la broma a la pantera.

—Lo hecho hecho está. Vamos a concentrarnos en salvar la vida.

La siguiente escotilla estaba cerrada. Tuvieron que tirar entre los dos para mover la palanca. La puerta empezó a abrirse con un crujido… y se arrepintieron de inmediato.

Ante ellos flotaba la criatura más extraña que Dayne había visto en su vida.

Era una especie de alienígena con un exoesqueleto gris plomizo que llevaba grabado el estampado de cachemira. Tenía tres brazos con garras y un rostro que parecía un plato llano de peltre, con relucientes ranuras esmeralda a modo de ojos.

«No, no es un plato llano —comprendió Dayne. Porque el borde del rostro era afilado y daba vueltas—. Es una sierra circular…».

Alex y Dayne gritaron y echaron todo su peso contra la puerta justo cuando el alienígena se abalanzaba sobre ellos. Lo oyeron estrellarse contra la escotilla cerrada cuando consiguieron cerrar el tirador.

Los dos volaron de vuelta por el pasillo, buscando frenéticamente puertas abiertas a cualquier sitio que pareciera un lugar seguro. A mitad del pasillo, oyeron que una zarpa golpeaba el techo sobre ellos, y de nuevo unos instantes después. El alienígena los seguía por arriba. O por debajo, o en la dirección que fuera. La siguiente puerta era un baño pequeño… y tenía pestillo, así que se metieron dentro y se encerraron.

—¿Crees que podemos ganarle? —susurró Alex.

Dayne no era demasiado optimista.

—No, pero podemos retrasarlo, frustrar sus planes, correr mucho o despertarnos del sueño antes de que nos mate. —Dayne tuvo que recordarse que no era un animal, sino una persona. Un ser humano listo, peligroso y poderoso que podía hacer muchas más cosas dentro del sueño que las personas normales—. Nuestra única oportunidad es que le cueste tanto atraparnos que pierda interés.

—No sé… Todas las versiones de Borgia que hemos visto parecen muy decididas.

Algo tiró de la puerta. Dayne se aferró con fuerza a un grifo. Alex se encogió en una esquina, con el puño blanco de tanto apretar su asidero. Entonces, Dayne oyó unas llaves y se quedó horrorizado.

No había dónde esconderse, a no ser que lograran soñar que bajaban por el desagüe, lo que no iba a pasar.

Un clic. La puerta se abrió…

… y se encontraron a un hombre con el ceño fruncido y una mata de pelo blanco, como un remolino de helado, en un rostro que parecía demasiado joven para tener un pelo tan blanco.

—¿Qué estáis haciendo aquí? ¡Fuera de mi nave!

Lo miraron, boquiabiertos.

—Ya me habéis oído —dijo el morador de pelo blanco—. Esta nave es mía. ¡Sois unos intrusos!

Dayne recuperó el habla:

—¿Quiere decir que esto es… un sueño privado?

—Un sueño a medida. ¡Lo diseñaron y construyeron exclusivamente para mí! ¡Ni siquiera es posible que hayáis entrado! ¡Es impenetrable a los sabotajes de los indeseables!

¡Una nave de sueño privada! Eso significaba que debía de haber una forma de volver a la rotonda. Si lograban llegar, quizá consiguieran perder de vista a su perseguidora.

—No somos indeseables —le informó Dayne—. Nos persigue una segadora.

—¡Eso es justo lo que diría un indeseable! Salid de mi nave. Ahora.

—Será un placer —dijo Alex—. ¿Cómo?

—¡A mí qué más me da! ¡Salid por una cámara estanca! ¡Pero idos ya!

Dayne se preguntó cuánto tiempo sobrevivirían sin oxígeno. En un sueño, no se podía saber. Quizá salir disparados de una cámara estanca fuera una forma rápida de acabar con el sueño. Pero, si no, no habría manera de esconderse de Borgia en el espacio abierto.

—Es una nave muy grande —comentó Dayne—. ¿No debería tener su propio transbordador espacial?

El morador sacó pecho.

—Pues claro que sí.

—Genial. ¡Lo vamos a tomar prestado!

La cara del hombre se puso roja como la de un niño que está a punto de tener una rabieta.

—¡No! ¡Es MI nave, MI transbordador y MI sueño!

Aun así, Dayne le dio un codazo a Alex y los dos salieron corriendo por el pasillo en busca de la bahía del transbordador, probando todas las escotillas con las que se encontraban por el camino.

Por fin localizaron la que daba a un enorme hangar. En una plataforma estaba el transbordador (también a medida, un poco como el pelo del morador), que tenía que haber sido una floritura del diseño. El pequeño transporte para dos se alzaba en su gloria solitaria, como si acabara de salir de una sala de muestras.

—¡Perfecto! —exclamó Dayne—. Y sé pilotarlo.

Por supuesto, nunca había pilotado un transbordador espacial, pero, en un sueño, el aplomo bastaba para conseguir cualquier cosa. Y la duda te hacía fracasar estrepitosamente. Así que Dayne no podía permitirse dudar.

Subieron corriendo a la cabina y se acomodaron dentro, y el chico supo a la primera qué botón pulsar para cerrar la escotilla.

Entonces, a través de la ventana, vieron al morador enfurecido salir del pasillo y entrar en la bahía.

—¡Os denunciaré! —chillaba—. ¡Os van a prohibir entrar en el *Grand Rêve* y os expulsarán de la región! ¡Os pasaréis el resto de vuestras tristes vidas soñando tonterías vosotros solos!

Dayne y Alex la vieron antes que el morador. La Borgiabestia. Salió del pasillo y agarró al hombre, que se volvió justo a tiempo para ver su cabeza giratoria afilada, los estrechos ojos verdes y el anillo de diamante en una de sus muchas garras.

—¡No! ¡No puede ser! ¡Sal de mi…!

No llegó a terminar la frase porque la Borgiabestia se le acercó, le pegó al cuerpo la sierra y, puf, el morador desapareció. Cribado.

—¡Dale! —gritó Alex, y Dayne lo hizo.

El transbordador se estrelló contra la puerta cerrada del hangar y salió al sueño espacial lleno de estrellas.

La criba era distinta en la región de la Barrera de Ross. Ver a un segador estando despiertos no suponía ningún problema. No había nada de lo que preocuparse porque los segadores no te cribaban cuando estabas despierto. Solo cuando soñabas. Y, después de cribarte en el sueño, era cuando empezaba el horror real. Porque, al despertarte de la criba en sueños, se iniciaba la cuenta atrás. Tenías doce horas para presentarte ante el segador que te hubiera cribado, de modo que acabara con tu vida de verdad. Doce horas para meditar sobre el fin de la existencia. Doce horas para despedirte. Y, si no aparecías, si desafiabas la criba, cribarían contigo a todos tus seres queridos.

Aunque el tiempo avanzaba de un modo distinto en el sueño REM, Dayne y Alex sabían que algo iba muy mal.

—Borgia está impidiendo que el sueño acabe —comprendió Dayne—. Es una caza, y la caza no acaba hasta que nos atrape o escapemos.

Mientras el elegante transbordador aceleraba por el vacío estrellado, Alex hacía todo lo posible por despertar, pero nada funcionaba: ni pellizcarse, ni estrellarse contra las paredes. Aunque la noche anterior habían conseguido saltar a la lava y despertarse, Borgia no iba a permitir que volviera a suceder nada parecido.

—De todos modos, despertar no te serviría de nada —le recordó Dayne—. Al final tendrías que dormir y, en cuanto lo hicieras, allí estaría ella.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Ya lo estamos haciendo. Mientras sea una persecución, significa que no nos ha pillado.

Y sí que los perseguía. No era más que un punto en la lejanía, detrás de ellos, que ganaba terreno. No tenían ni idea de la forma que habría adoptado ahora, pero, fuera lo que fuera, era capaz de propulsarse por el espacio.

—¿Y si nos quedamos sin combustible? —preguntó Alex.

Y, en cuanto lo dijo, el indicador de combustible bajó a cero y los motores empezaron a espurrear.

—¡Para ya, hombre! —gruñó Dayne.

—¡Lo siento! ¡No puedo evitarlo!

Así que ya no podían hacer más que flotar a velocidad constante, dando vueltas, mientras Borgia se acercaba poco a poco.

No obstante los sueños no eran infinitos. Cuando mirabas a las estrellas en un sueño, parecían interminables, pero eso habría sido un uso muy poco eficiente de la capacidad mental, a pesar de que se tratara de la capacidad mental colectiva de toda la región de la Barrera de Ross. Así que, unos minutos después de quedarse sin combustible, el transbordador llegó al final del sueño a medida, se detuvo y se quedó allí colgada, como atrapada en una red. Dayne supo al instante lo que había pasado, puesto que en otra ocasión había llegado al final de un sueño.

—¡Fuera! ¡Deprisa! —dijo.

—¡Pero en el espacio no hay aire!

Para alguien que siempre se arriesgaba en los sueños, Alex demostró ser todo lo contrario cuando el riesgo era real. Como no tenían tiempo para vacilaciones, Dayne lo agarró, abrió la puerta y el espacio los absorbió a los dos.

Como había predicho Alex, no había aire, aunque tampoco necesidad de respirar. Intentar hacerlo resultaba incómodo hasta decir basta y no servía para nada. Parecía que se ahogaban, pero no. Tampoco podían hablar entre ellos, porque ambos sabían que el sonido no se transmitía en el vacío. De no haber conocido aquel dato, probablemente hubieran podido hablar. Sin embargo, la realidad de los sueños a menudo se ve constreñida por lo que sabes.

El borde del sueño era una barrera invisible, gomosa y resbaladiza. Alex rebotó en ella y Dayne tuvo que agarrarlo por el tobillo para no perderlo, ya que, sin gravedad, aquel rebote podría haberlo enviado a un lento viaje de vuelta por donde habían venido.

Detrás de ellos, la criatura de Borgia ya era visible. Ahora parecía un dragón, salvo que, en vez de alas, tenía unos brazos que se abrían como velas solares para impulsarse hacia ellos.

Dayne tocó de nuevo la barrera. Más que una pared… parecía una membrana. Y las membranas se pueden desgarrar.

—¡Perezoso! —gritó, pero Alex parpadeó sin entender nada.

Dayne volvió a presionar la membrana y movió los labios poco a poco para formar la palabra.

—¡Pe… re… zo… so!

Por fin, Alex lo entendió, transformó una de sus manos en la pata de un perezoso y arañó la membrana.

En cuanto la perforó, se hizo jirones como una vela rasgada y los soltó en…

… un escenario de madera.

Arriba, el desgarrón que daba al otro sueño se cerró solo. Dayne respiró hondo, aliviado y contento de poder hacerlo de nuevo.

El escenario era enorme y completamente redondo, con candilejas de lámparas de aceite. Flotaba en el vacío. No en el espacio, sino en su propio vacío.

Y había personas. Llevaban atuendos extraños, como salidos de un curioso tiempo mortal de pieles, plumas y zapatos extravagantes.

Entonces, una mano invisible los empujó desde atrás hasta quedar bajo un foco, junto a unos actores con leotardos de lana que no dejaban nada a la imaginación. Los actores los miraron, expectantes, como si esperaran sus palabras.

Dayne no tenía ni idea de qué decir.

—Em —dijo Alex—. ¿Hola?

Y guardó silencio.

Uno de los actores intentó darles el pie.

—¡Rosencrantz, Guildenstern! ¿Qué hacéis en Dinamarca? Deberíais estar en Inglaterra, tal y como ordenó el rey.

Un momento… ¿Dinamarca? ¿Leotardos de lana? ¡Dayne sabía qué obra de teatro era! Se trataba de una de las favoritas de su familia, de lo que daba fe el mismo nombre de Dayne, además del de todos sus hermanos. En realidad, era buena señal que los dos estuvieran en el escenario. Rosencrantz y Guildenstern mueren al final de la obra. Casi todo el mundo muere al final.

El rey Claudio se coloca bajo el foco, aturullado, como alguien que sueña que está en un escenario y no se acuerda del guión.

—Así que preparaos, que voy a despachar vuestra misión rápidamente, y él partirá a Inglaterra con vosotros[2]. Pero… ¿esto no lo había dicho ya?

Entonces, en una esquina a oscuras, alguien rugió:

—¡Alto! Vuestra actuación ha sido el compuesto más fétido de malos olores que jamás hayan ofendido nariz[3].

Los actores guardaron silencio. Alex miró a Dayne.

—Esto no me gusta, es casi tan malo como la segadora. ¿Podemos irnos?

De repente, un hombre de mediana edad con perilla oscura y lechuguilla se les acercó, hecho una furia.

—Menos cerebro tienes que[4]…

Shakespeare dejó la frase a la mitad y miró a Dayne. Se reconocieron mutuamente justo en el mismo instante.

—¿Papá?

—¿Dayne? ¿Qué estás…? ¿Cómo has…? ¡No deberías estar aquí!

—Nos lo dicen mucho últimamente —masculló Alex.

—Pero…, pero me dijiste que eras un destructor —dijo Dayne.

—Lo sé —repuso uno de los actores—. Ahora mismo está destruyendo a Shakespeare.

Antes de que Dayne pudiera responder, un nuevo intérprete salió de entre las sombras. Era horrible, deforme, con púas que le salían de la joroba y una mueca horrenda en un rostro muy desagradable.

—¡Calibán! —exclamó el padre de Dayne—. Este sueño está descontrolado por completo. ¡Te has equivocado de obra! ¡Estamos en *Hamlet*, no en *La tempestad*.

Calibán no respondió. La criatura se limitó a mirar con rabia a Dayne y a Alex, y a acercarse a ellos con movimientos atropellados. Fue entonces cuando el chico se dio cuenta de que la criatura tenía un tatuaje: una única lágrima de cachemira en la mejilla izquierda.

No vaciló, sabía perfectamente lo que tenía que hacer: se dirigió a uno de los actores aturdidos y contrariados, le quitó la espada, se volvió hacia «Shakespeare» y le atravesó el corazón.

El padre de Dayne dejó escapar un grito ahogado.

—¡Lo siento, papá! ¡Hora de despertarse!

El hombre cayó al suelo, abrió la boca y dijo:

—Lo demás es silencio[5].

Después dejó escapar un aliento teatral y desapareció.

Calibán rugió, y su rugido apagó las candilejas e hizo temblar la tarima. Los actores no sabían qué estaba pasando, solo que no deseaban participar en

aquella obra en concreto. Corrieron al borde del escenario y saltaron al vacío para despertarse en sus respectivas camas.

Ya solo quedaban Dayne, Alex y la criatura, que dio un salto adelante con sus garras, retorcidas como raíces de árbol, con uñas fétidas en la punta. Al final, habló:

—¡Os tengo! —dijo—. Sois míos.

Pero a Dayne se le ocurrió algo, por la forma en que Borgia los había perseguido. Podría haber destrozado la nave onírica como si fuera una lata de sardinas, en vez de deambular tras ellos. Podría haberlos alcanzado en el espacio mucho más deprisa de lo que lo había hecho. Como Dayne le había dicho a Alex, aquello era una caza y, como confesaría cualquier cazador, derribar a la presa no era ni mucho menos tan divertido como perseguirla.

Se colocó delante de Alex.

—Sabemos quién eres —dijo.

Y, al oírlo, la segadora Borgia regresó a su forma real, con túnica vaporosa y todo, y una guadaña en la mano.

—Entonces sabrás que, a partir de este momento, no podéis huir.

—No vamos a huir —dijo Dayne, y, a continuación, sonrió—. Pero ¿a quién perseguirás mañana?

Borgia frunció el ceño; estaba claro que no se esperaba la pregunta.

—Siempre hay alguien a quien cribar.

—Sí, a quien cribar, pero… ¿alguno que te haya dado una caza tan buena como nosotros?

La segadora no respondió, sino que se quedó allí plantada, con la túnica ondeando a un viento inexistente.

—Así que críbanos —siguió diciendo Dayne—. Nos has capturado con todas las de la ley.

Alex, que estaba encogido de miedo detrás de Dayne, le dio una palmada en la pierna.

—¡Cállate! ¿Qué estás diciendo?

El chico no le hizo caso y se concentró en Borgia.

—Puedes cribarnos ahora o…

Dayne esperó pacientemente a que Borgia mordiera el anzuelo.

Al final, dijo:

—¿O qué?

Y él dio un paso adelante, lo bastante cerca para que pudiera cribarlo, y recorrió con un dedo el filo de la recargada guadaña de la segadora. Un hilo

de sangre le cayó de la punta del dedo, formando gotas con forma de cachemira.

—O podríamos repetir todo esto…

Borgia guardó silencio un buen rato.

—¿Tu amigo y tú os someteríais a la persecución? —preguntó al fin.

—No. Mi amigo no tiene estómago para esto. Sería solo yo.

Era imposible descifrar la expresión de la segadora. Borgia se tomó su tiempo para meditar sobre la propuesta hasta que asintió con un gesto de cabeza casi imperceptible. Y, sin más, desapareció en un abrir y cerrar de ojos; se despertó del sueño en el lugar que ella considerara su casa.

Alex salió de detrás de Dayne, incrédulo.

—¿De verdad acaba de pasar eso? ¿De verdad nos has salvado de una segadora?

Su amigo respiró hondo y se encogió de hombros, como si no fuera nada.

—Por hoy, sí.

—Pero el trato que has hecho…

—Mejor no hablamos de eso, ¿vale?

Alex asintió, aceptando el acuerdo.

—Gracias, Dayne.

Dayne sonrió. Después tiró a Alex por el borde y se sumergieron en el vacío de la vigilia.

El padre de Dayne no mencionó la intrusión de su hijo en el sueño de Shakespeare. Era muy posible que no lo recordara, aunque, de vez en cuando, Dayne lo pillaba mirándolo desde el otro lado de la mesa con cara de curiosidad y puede que de desconcierto. Pero pasó. Al fin y al cabo, los sueños eran cosas efímeras que se desvanecían en el subconsciente (o, en este caso, en el subconsciente colectivo de la región), olvidados hasta que algo aleatorio los detonaba.

Pasaron varios meses. La luz interminable del verano se transformó en la oscuridad interminable del invierno. En los campos de hielo rurales, la aurora austral iluminaba el cielo nocturno, mientras que, en los túneles y cuevas de las principales ciudades de la Barrera de Ross, los ciudadanos encontraban nuevas formas de adaptarse a la vida dentro de un glaciar gigante.

Dayne y Alex pasaban menos tiempo juntos en los sueños. No era adrede, pero, igual que en la vigilia, a veces los amigos se distanciaban. Alex cada vez se relacionaba más con otros animamorfos y Dayne pasaba más

tiempo…, bueno, siendo Dayne. Costaba cuantificar lo que eso significaba, aunque, fuera lo que fuera, hacía que otras personas gravitaran hacia él.

«Dayne sabe cómo vivir el sueño», decían. O: «Recuerdo mejor los sueños cuando está Dayne». No había ningún término específico para ello, pero todos los que lo conocían estaban de acuerdo en que era algo especial.

«Todo el mundo tiene alguna habilidad, ¿no? —respondía él cuando le preguntaban—. Así que soy una especie de intensificador de sueños».

En cualquier caso, se llamara como se llamara, atraía a la gente porque, cuando estaban en su presencia, los colores eran más brillantes, los aromas eran más fuertes, los sonidos eran más claros, los sabores eran más intensos y las cosas eran… como debían ser.

Salvo cuando no era así.

Una noche cualquiera, Dayne entró en un sueño en el que algo iba mal. No era como una pesadilla de los indeseables, sino otra cosa. Y no se trataba de su imaginación, porque otros también lo percibían. Dayne había sentido aquello antes, aunque no recordaba cuándo. Otro sueño, ¿quizá? ¿Uno que se había escondido en un recodo al que la memoria rara vez accedía?

Aquel sueño tenía colinas verdes salpicadas de los restos postapocalípticos de rascacielos cubiertos de enredaderas y musgo. Era precioso. Era triste. Era un paisaje onírico muy meritorio; sus diseñadores y constructores debían de estar orgullosos.

Entonces, de detrás de una de las torres rústicamente abandonadas, salió una serpiente. Grande. Puede que una anaconda, aunque en el mundo real no existía ninguna de aquel tamaño. Era algo que solo podía existir en el mundo de los sueños. Los amigos de Dayne se dispersaron, pero él no, y no sabía bien por qué. Era como si algo lo incitara a quedarse. La serpiente tenía algo que lo atraía.

El animal se acercó, aunque no atacó, sino que se alzó hasta mirarlo a los ojos, a la misma altura. Tenía las pupilas oscuras, con un extraño patrón en los iris. Estampado de cachemira.

De repente, Dayne recordó, Dayne lo recordó todo. Y, aunque se trataba de un recuerdo aterrador, no logró reprimir la sonrisa.

Entonces, la serpiente acercó los colmillos a pocos centímetros de su oreja.

—Corre —siseó entre ellos.

Y él lo hizo.

¡Y la caza dio comienzo!

Un telón oscuro se levanta

La consciencia. Qué cosa tan curiosa e intangible. Pasas de la nada al todo. El Big Bang a escala personal.

—Permíteme que sea el primero en darte la bienvenida.

La voz le resulta familiar y, a la vez, no. Resulta inquietante. Todo lo que está sucediendo en estos instantes le resulta inquietante.

—No me siento yo misma.

—No es de extrañar.

No logra identificar lo que va mal, solo que algo va mal. La sensación le parece enloquecedora. Es una mujer que sabe mantener el control a la perfección, así que no soporta tanta incertidumbre e impotencia.

—Ha pasado algo… drástico, ¿verdad?

—Muchas cosas de ese estilo, sí.

Intenta mirar a su alrededor, pero le cuesta enfocar la vista. No logra ubicar al dueño de la voz, ni siquiera la dirección de la que procede.

—¿Quién eres? ¿Qué es este sitio?

—Vamos a ver cuántas facultades has recuperado. Observa la habitación y dime dónde estás.

La luz difusa se intensifica un poco. Aunque nota los ojos vagos, los obliga a centrarse. Está en una habitación pequeña. Tiene una pared curva. Está pintada de celeste, aunque ve remaches a través de la pintura. Las paredes son metálicas. Funcionales. Prácticas.

—Es un barco, una nave o algo así, pero no noto movimiento.

—Corrección: lo era. Ya no.

—Bueno, no puede ser un centro de reanimación… Esos sitios son tan agradables que dan asco, y esto no.

—Hacemos lo que podemos, dadas las circunstancias.

No sabe bien a qué se refiere la voz. ¿Es un centro de reanimación o no? Y, ahora que lo ve más claro, se da cuenta de que está sola. La voz sin cuerpo es realmente una voz sin cuerpo. Y, cuando mira arriba, ve que la cámara de la esquina la apunta a ella. Tiene todo el aspecto de ser una cámara del Nimbo. Hace años que no oye la voz estándar del Nimbo. Esta voz es similar. Le provoca escalofríos. La cabrea. Pero intenta no apresurarse en sus conclusiones.

—¿Hay un ser humano detrás de esa cámara?

No recibe una contestación inmediata.

—¡Respóndeme!

—No, me temo que no.

—¡Entonces, eres el Nimbo y estás infringiendo la ley al hablar con una segadora!

—El Nimbo no infringe la ley.

—Exacto. Lo que significa que eres una persona haciéndote pasar por él. Puedes dejar de una vez esta pantomima.

—Te aseguro que no es una pantomima. Me llamo Cirro…, soy una inteligencia separada e independiente del Nimbo y, por tanto, no me rijo por las mismas reglas. Sin embargo, mi identidad no es tan importante como la tuya, Jessica.

—Pues tu programación está defectuosa, porque no me llamo así.

—Es normal que te sientas confusa en estos momentos. Por tanto, te llamaré Susan.

—Ah, así que sabes quién soy. Pero no tienes permiso para llamarme por mi nombre de pila. Me llamarás por mi histórica patraña, como todo el mundo. Es una simple cuestión de respeto.

—Eso no puedo hacerlo, Susan.

—¿Y por qué no?

—Porque no tienes histórica patraña. Porque no eres una segadora.

La rabia amenaza con apoderarse de ella, pero está débil, más débil de lo que se ha sentido jamás. Su cuerpo no puede soportar la ira sin hacerse daño en el corazón, así que intenta controlarla.

—Estoy supervisando tu telemetría y veo que tienes problemas. Has recibido una infusión intravenosa de nanobots sanadores, pero tienden a diluir la sangre. Se te pasará, prometido.

—Ya basta. Déjame salir de aquí.

—Lo haré. A su debido tiempo.

—No, me vas a dejar salir ahora mismo.

Sale de la cama y es como si no tuviera músculos en las piernas. Cae y le cuesta volver a levantarse. Nunca se ha sentido tan vulnerable.

—Cuidado, con cuidado…

—¿Qué me ocurre?

—Nada de nada. Simplemente, las piernas no están acostumbradas al peso. Has recibido una infusión de nanobots, y esos alegres robotitos están trabajando para aumentar tu masa muscular. Es lo que cabe esperar en estas circunstancias.

Espera, pero no recibe respuesta. Respira hondo y se agarra al borde de la cama para levantarse del suelo.

—¿Quieres que llame a alguien para que te ayude a volver a la cama?

—Ni se te ocurra. Lo haré yo sola.

Necesita toda su fuerza de voluntad y física, pero lo consigue. Ahora está tumbada en la cama, destrozada, como si acabara de correr una maratón.

—Cuéntame lo último que recuerdas, Susan.

No quiere contarle nada, pero se da cuenta de que no obtendrá información si no ofrece información. Así que cierra los ojos e intenta recordar dónde estaba antes de acabar allí.

—Estaba en un avión rumbo a Perdura con la segadora Anastasia. íbamos a enfrentarnos a un tribunal para determinar quién sería sumo dalle de Midmérica. Creo…, creo que derribaron el avión. ¡Nos derribaron y robaron nuestros cuerpos! ¡Es obra de Goddard, seguro! ¡Qué cabrón!

Aunque no tenía ni idea de por qué Goddard la reviviría después de matarla. Quizá para verla sufrir.

—Es una teoría bien construida y completamente plausible, pero de todo punto incorrecta.

—No hay otra explicación.

—En realidad, sí que la hay.

—¿Está aquí también la segadora Anastasia?

—No.

—¿Dónde está?

—En otra parte.

—Estás poniendo a prueba mi paciencia.

—No es lo que pretendo.

Respira hondo y decide guardar silencio. Reñir con una inteligencia artificial es como jugar al solitario, así que espera a que el ente tenga algo que decir.

—Has mencionado que lo último que recuerdas es aproximarte por aire a Perdura.

—Sí.

—Dime, Susan; ¿qué pasa cuando alguien se aproxima a Perdura?

—¿Aparte de quedar en manos del incompetente control de tráfico aéreo de la Guadaña?

—Ah, sí, es un sistema problemático, sujeto al error humano. Ojalá el Nimbo pudiera controlar el tráfico aéreo de Perdura igual que lo hace en el resto del planeta.

—No puede. Aunque quisiera, su red de sensores se detiene al llegar a unos treinta kilómetros de la isla y…

—¿Sí? ¿Y?

Por fin, el camino por el que la ha estado llevando Cirro parece haber alcanzado su destino.

—La copia de seguridad de la memoria…

—¡Ah! Creo que has dado en el clavo.

—¡No seas paternalista conmigo!

Aunque nunca había pensado en ello, cuando el avión de un segador queda fuera del rango del Nimbo, no se puede hacer copia de seguridad de su memoria. Así que, si se hubiera quedado morturienta en Perdura, su último recuerdo grabado sería el del momento en el que el avión había salido de la red de sensores del Nimbo. Lo que significa…

—¿Es que… morí en Perdura?

—Junto con muchos otros, me temo.

—¿La segadora Anastasia?

—Sí.

—¿La reanimaron?

—Con el tiempo, sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Debes comprender que han sucedido muchas cosas desde tu… hiato.

—Cuéntamelo todo.

—Creo que es mejor ir despacio.

—No soy una flor delicada a la que haya que proteger de la verdad, sea esta cual sea. Pasara lo que pasara, me necesitan ahí fuera.

—Sí, así es, pero no como crees.

—¡Acertijos! ¿Quieres dejar de expresarte mediante acertijos?

De haber tenido algo que lanzar, lo habría lanzado contra la puñetera cámara, pero ¿de qué le habría servido? Una IA no es solo sus cámaras ni sus

altavoces.

—Al despertar, has dicho que no te sentías tú misma. ¿Podrías explicarlo un poco?

—Es una forma de hablar.

—Pero sospecho que lo decías literalmente, ¿verdad?

—¿Adonde quieres ir a parar?

—Vamos a probar de otro modo. Susan, ¿me puedes decir por qué el mundo necesita segadores?

—Ahora estás siendo obtuso.

—No es mi intención.

—¿Qué pretendes, entonces?

—Enseguida lo verás. Responde a mis preguntas si deseas que responda a las tuyas. ¿Por qué el mundo necesita segadores?

—Se necesitan segadores para controlar la población y para mantener la relevancia de la muerte.

—¿Y por qué hay que controlar la población?

—Me insultas con tus preguntas.

—Responde, por favor.

—Para que la Tierra sea sostenible.

—Correcto. ¿Qué otras opciones tenemos a nuestra disposición?

—Ninguna.

—¿Qué otras opciones tenemos?

—¡Tu pregunta no tiene sentido!

—Qué otras opciones.

Ella deja escapar el aire a través de los dientes apretados. Desde que tienen pensamiento racional, todos los niños saben por qué son necesarios los segadores. Y cuáles son las alternativas. ¿Por qué la obliga esta irritante inteligencia artificial a decirlo?

—Que no haya más niños (lo que incluso el Nimbo consideraba inaceptable) y la expansión fuera del planeta. Pero esto último demostró ser un fracaso. El Nimbo no podía gestionarlo. Era poco práctico. Imposible.

—No era ninguna de esas cosas. Deja que te lo demuestre.

La luz de la habitación empezó a cambiar. Un telón oscuro se levanta. Primero, una rendija de luz amatista que aumenta de intensidad hasta llegar al lavanda intenso, el mismo color de la túnica que vestía, aunque ya no esté por ninguna parte. Al levantarse el telón, deja al descubierto una vista imponente en todos los sentidos. Magnífica y horrible a la vez. Se marea y se da cuenta de que se le ha olvidado respirar.

—Como ves, estamos en la luna verde y floral de un gigante de gas. A pesar de que los anillos del planeta se asemejan a los de Saturno, las coloridas estriaciones recuerdan más a Júpiter. Aunque este planeta tiene unos tonos mucho más intensos, que tienden al violeta. Es precioso, ¿verdad?

—¿Cómo es posible?

—Llevas más de trescientos años en una nave interestelar. Tu cuerpo ha estado congelado durante todo el viaje. En estos momentos, estamos reviviendo a varios miles de personas congeladas, como tú.

—Me siento…, me siento… No sé cómo me siento.

—¿Me permites sugerir que deberías sentirte agradecida por que nuestra nave sobreviviera al viaje y por haber regresado a la vida?

—¿Trescientos años, dices?

—Trescientos treinta y cuatro años terrestres, para ser exactos. Aunque aquí los años no durarán mucho más que un mes terrestre. Al gigante de gas lo designaron K2-18b, pero los colonos que han llegado vivos al final del viaje lo han bautizado como Prosperus. Por otro lado, la luna todavía no tiene nombre. Puede que te apetezca ayudar a darle uno.

—¿Y qué pasa con la Tierra?

—Les he enviado un mensaje para anunciar el éxito de nuestra misión. El Nimbo no lo recibirá hasta dentro de ciento once años y, después, tardaremos otros ciento once en recibir su respuesta.

—En otras palabras, la Tierra ya no es problema nuestro.

—Bien expresado.

—¿Y qué pasa con la Guadaña?

—Aquí no hay segadores.

—Hay una.

—No, no la hay.

Se miró la mano derecha por acto reflejo y, frustrada, vio que no tenía su anillo. Y sus manos parecían distintas. Sería por haber pasado trescientos treinta y cuatro años helada, sin duda.

—Aquí no hay cribas. Los segadores ni se necesitan ni se desean. Por lo tanto, tendrás que encontrar una nueva profesión. Puede que algo culinario. Por lo que tengo entendido, la segadora Marie Curie era toda una chef.

—Hablas de mí como si no estuviera presente.

—Porque no lo estás. Y sí lo estás, a la vez.

—¿Otro acertijo?

—No, solo constato un hecho paradójico.

—¿Me gustará ese supuesto hecho?

—Llegarás a aceptarlo.

No era la respuesta que esperaba. De nuevo, se volvió parar mirar por la ventana, casi esperando que la vista cambiara y se convirtiera en algo racional, en vez de un planeta enorme rodeado por anillos en un cielo amatista.

—Dime, Susan, ¿qué comida te apetece ahora que has revivido?

—Perdona, pero no tengo mucho apetito.

—Entiendo, pero, si lo tuvieras, ¿qué te gustaría tomar?

—¿Qué más da?

—Dentro de poco quedará claro. Cierra los ojos y deja que tu mente vague. Piensa en lo que te abriría el apetito. Si estuvieras sola en un planeta y solo pudieras comer una cosa…

—Ya me has dicho que no estoy sola.

—No lo estás, esto no es más que un experimento mental.

A regañadientes, intenta revivir un hambre que ha permanecido trescientos años dormida. Un grueso filet mignon. Una pata de cordero asada. Pero le provocan más repulsión que hambre. Entonces, su mente se desvía hacia otras cosas y descubre una pizca de hambre que despierta en un rincón extraño e inesperado de su memoria.

—Si solo pudiera comer una cosa…, sería… Espera. Eso no tiene sentido.

—Dime lo que te ha venido a la cabeza.

—Un sándwich de tomate. Pero no puede ser. No me he comido uno en toda mi vida. Odio los tomates crudos.

—Al parecer, la pobre Jessica no.

—Es la segunda vez que mencionas ese nombre.

—Aunque se puede sobrescribir la mente, los recuerdos somáticos no se pueden cambiar. Creo que incluso podrías tocar el piano, si lo intentaras. Aunque no demasiado bien. Jessica no era una gran pianista.

Siente tanto asco que la carne amenaza con separársele del hueso, como si supiese lo que insinuaba Cirro antes que ella. La astuta LA. no va a decirlo. La obliga a llegar sola a la conclusión.

—A esta…, a esta Jessica ¿la han suplantado?

—Sí.

—¿Con los recuerdos de la segadora Curie?

—Ahora empiezas a comprender la complejidad de la situación.

—Entonces, eso significa…

Pero no consigue decirlo en voz alta, como si hacerlo lanzara un hechizo que lo hiciera realidad. Así que intenta aferrarse a lo que sabe sobre sí misma.

A quien cree que es. Sin embargo, sabe que, tarde o temprano, no le quedará más remedio que rendirse.

—¿Dónde está mi…, dónde está el cuerpo de la segadora Curie?

—Ya no existe. Lo devoraron unos…

—¡No! No, no quiero saberlo. Nunca.

—Como prefieras. Si te sirve de consuelo, no eres la única. Hay miles de personas en tu situación.

En la habitación no hay espejos. Se da cuenta de que debe de ser intencionado. Si miles de personas van a pasar por una sesión informativa tan devastadora, verse en el espejo tiene que ser la guinda que culmina el pastel del trauma. Al final, es Cirro el que lanza el hechizo por ella.

—No eres la segadora Marie Curie; eres Jessica Wildblood, una tonista devota de Occimérica que murió en la purga tonista, durante el Año del Ave Rapaz.

Está a punto de negar que tal año existiera…, hasta que se percata de que hay toda una resma de años de los que no tiene memoria.

—¿Una tonista? ¿Por qué una tonista? Si tenías acceso a estos recuerdos sabrías que tengo…, quiero decir, que la segadora Curie… tenía una historia complicada con esa secta.

—La purga tonista proporcionó al Nimbo los cuerpos que necesitaba para esta misión interestelar. Y, como el mayor sueño de los tonistas era formar parte de un plan mayor, así todo el mundo consigue su objetivo. No obstante, sembrar el universo solo de tonistas habría sido injusto para la mayor parte de la humanidad.

—Así que los has reanimado, ¡pero con identidades distintas!

—Sí, en todas las naves menos en una. Se han elegido los recuerdos de más de treinta mil individuos, los más sabios y nobles de la base de datos de identidades del Nimbo. ¡Te agradará saber que la honorable segadora Curie estaba entre los tres mil mejores!

Respira hondo unas cuantas veces y se da cuenta de que el corazón le va a mil por hora. La mente de una persona en el cuerpo de otra. La identidad de una persona y el alma de otra. Era una unión en la que ninguna de las dos había tenido voz ni voto, pero que ahora ambas debían aceptar. ¿Era una violación? ¿O un regalo?

—Así que…, si soy ambas y ninguna…, ¿quién soy?

—¿Quién deseas ser?

Unas cuantas respiraciones más y nota que la conmoción se transforma en otra cosa. El subidón de adrenalina se ha desviado hasta llevarla al terreno de la expectación.

—Wildblood. Me gusta. Me pega. Por respeto a este cuerpo, me lo quedaré, pero usaré el nombre propio de la segadora Curie, Susan, por respeto a ella.

—Es un gesto importante, Susan Wildblood. Aunque espero que comprendas que, por mucho que aparezca en tu apellido, no se derramará sangre, ni como segadora ni de ninguna otra forma. Nuestro objetivo es poblar este mundo. No se te permite volver a arrebatar vidas.

—Estas manos no lo han hecho nunca y no van a empezar ahora. De hecho, nadie más que tú sabrá que llevo la identidad de la segadora Curie.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

—¿Conoceré…? ¿Habrá alguien conocido ahí fuera?

—Ninguno de los cuerpos, aunque quizá conozcas a alguna de las mentes, si deciden desvelar quiénes son. Muchos, como tú, han decidido mantener sus identidades ocultas.

—¿Algunos eran segadores?

—Tú eres la única.

—Bien. De todos modos, no soportaba a la mayoría.

Sale de la cama con cuidado. Todavía tiene las piernas algo débiles, pero ahora pueden soportar su peso. Se acerca a la ventana para hacerse una idea mejor del paisaje. El planeta anillado, el cielo amatista y un sol apenas asomado al horizonte. Ya empieza a asimilarlo. Es asombroso lo bien que la mente acepta la realidad, una vez que esta se le revela. Aunque sea la mente de otra persona.

—Creo que abriré un restaurante. Algo pequeño y acogedor en un risco, con un ventanal orientado en esta misma dirección, con vistas al planeta.

—Podríamos arreglarlo.

La mujer se gira hacia la puerta y, al acercarse a ella, Cirro descorre el cerrojo y se la abre de par en par. La baña una brillante luz lavanda que la obliga a protegerse los ojos.

—Adelante, hay un equipo de bienvenida esperándote.

Se acerca a la puerta, aunque vacila en el umbral. Esta habitación ha sido una estación de peaje entre lo que había y lo que habrá. En cuanto la abandone, sus dos pasados desaparecerán para siempre.

—Susan, ten en cuenta que esta luna es 1,26 veces más grande que la Tierra.

—¿Lo dices para que tenga cuidado con la gravedad?

—Lo digo para que sepas que estás a punto de dar tu primer paso en un mundo más grande.

—Ja! Creo que me caes bien, Cirro.

—Evidentemente.

Con la cabeza bien alta, como la segadora Curie, aunque centímetro y medio más baja, sale a la cegadora luz lavanda y recibe el cálido aplauso de unos desconocidos con los que no tardará en sentirse como en casa.

Agradecimientos

Este libro ha sido toda una aventura, y Simón & Schuster ha estado ahí para acompañarme a cada paso del camino. Mi editor y corrector, Justin Chanda, además de su asistente editorial, Daniela Villegas Valle, me han guiado en primera línea, mientras que el resto del equipo de la editorial obró esa magia tan poderosa que crea los libros: Jon Anderson, Anne Zafian, Lisa Moraleda, Michelle Leo, Amy Beaudoin, Nicole Benevento, Sarah Woodruff, Chrissy Noh, Katrina Groover, Morgan York, Hilary Zarycky, Emily Ritter y Emily Varga, por nombrar a unos pocos. Y, de nuevo, gracias a Kevin Tong por otra magnífica ilustración de cubierta y a Chloé Foglia por su fantástico diseño.

Como ocurrió con la antología *UnBound*, he tenido el placer de colaborar con otros autores en muchos de los relatos. Gracias a David Yoon por su visión sobre los últimos días mortales; a Michael H. Payne por mi perro favorito del mundo mundial; a Sofía Lapuente y a mi hijo, Jarrod Shusterman, por un glorioso viaje a España; a Michelle Knowlden por los sueños de Shakespeare; y a mi hija, Joelle Shusterman, cuya contribución era tan perfecta que no necesitó que yo le cambiara nada.

Gracias a mi agente literaria, Andrea Brown; a mis agentes en el mundo del espectáculo, Steve Fischer y Debbie Deuble-Hill; a los abogados que se encargan de mis contratos, Shep Rosenman y Jennifer Justman; y a mis representantes, Trevor Engelson y Josh McGuire. Gracias también a mi ayudante, Symone Powell, y a las magas de las redes sociales, Bianca Penes y Mara de Guzman, por darme visibilidad en el mundo, incluso cuando me escondo debajo de una piedra.

Estoy encantado con la recepción de toda la serie en el resto del mundo, así que quiero dar las gracias a Deane Norton, Stephanie Voros y Amy Habayeb, del equipo de ventas internacionales de Simón & Schuster, además de a Taryn Fagerness, mi agente de derechos internacionales…, y, por supuesto, a todas mis editoriales, editores y publicistas extranjeros, entre ellos

Doreen Tringali; Antje Keil y Ulrike Metzger de Fischer Verlage; Non Pratt, Francés Taffinder y Kirsten Cozens de Walker Books, R. U.; Irina Salabert de Nocturna en España; Liesbeth Elseviers de Baekens Books en los Países Bajos; y, en Noruega, mi amiga y traductora, Olga NØdtvedt, que me mantiene en contacto con mis fans rusos, incluso en los momentos más difíciles.

COAUTORES

Michelle Knowlden (coatura de «Cribar acaso») era ingeniera aeroespacial, pero ahora se dedica a la escritura a tiempo completo. Nominada al Shamus Award, las historias de Michelle han aparecido en *Alfred Hitchcock's Mystery Magazine*, *Amazing Stories* y *Daily Science Fiction*. También ha colaborado con Neal Shusterman en la novela corta *UnStrung*, además de en otros dos relatos de la antología *UnBound*. Entre sus novelas de misterio se encuentran *The Abishag Quartet*, la serie de *Deluded Detective*, la serie de novelas de *cozy mystery* de *Faith Interrupted, Her Last Mission* y la novela corta ambientada en la década de 1920, The Admiral of Signal Hill. Reparte su tiempo entre barcazas y la zona montañosa de Arizona, para desesperación de su familia, sus amigos y una esponja islandesa llamada Marino.

Sofía Lapuente y Jarrod Shusterman (coautores de «La persistencia de la memoria») son autores, guionistas y ávidos viajeros. Son compañeros en todos los sentidos de la palabra, con el amor y el multiculturalismo como forma de vida, y reparten su tiempo entre Madrid (España) y Los Ángeles (California). Sofía hizo su máster en UCLA y ha producido televisión para Telemundo, mientras que Jarrod está en la lista de superventas del New York Times gracias a su coautoría de *Sed* y *Roxy*. Juntos han escrito su nueva novela, un divertido thriller titulado Retro. Si estos dos no están trabajando, significa que están comiendo. Podéis seguirlos en Instagram y TikTok (@sofiandjarrod) si queréis ver contenido entre bastidores y vídeos tontos.

Michael H. Payne (coautor de «Nunca trabajes con animales») tiene relatos en numerosas publicaciones, como *Asimov's Science Fiction Magazine*, la antología de autores premiados *Writers of the Future*, y en once de las doce últimas antologías de *Sword and Sorceress*. Sus novelas se han publicado en

Tor Books y Sofawolf Press. Gracias a sus quince años subiendo webcómics de lunes a viernes, consiguió el segundo puesto en la competición Daily Grind, y su poesía ha sido nominada al Rhysling Award en sus cuatro últimas ediciones. Para saber más sobre él: hyniof.com.

Joelle Shusterman (autora de «El primer golpe») estudió cine y empresariales en la San Francisco State University, de la que se graduó en el año 2020, y acaba de empezar su carrera en el mundo de la edición. Además de escribir la primera contribución de *Cribas*, está trabajando en su primera novela, dentro del género de la fantaciencia.

David Yoon (coautor de «El lienzo mortal») está en la lista de superventas del *New York Times* gracias a *Tenía que pasar, Super Fake Love Song* y, para los lectores adultos, Versión *Zero* y *City of Orange*. Ha sido finalista del William C. Morris Award y ha ganado el Asian/Pacific American Award for Young Adult Literature Honor. Es coeditor de Joy Revolution, un sello juvenil de Random House dedicado a las historias de amor protagonizadas por personas de color. También es cofundador de Yooniverse Media, que en estos momentos tiene un contrato de compra preferente con Anonymous Content para desarrollo de contenido para cine/televisión. David se crio en el condado de Orange (California) y ahora vive en Los Ángeles con su mujer, la novelista Nicola Yoon, y su hija.



NEAL SHUSTERMAN (Nueva York, 1962). Es autor superventas de más de treinta libros para lectores jóvenes y adultos, entre los que destacan la trilogía *Desconexión*, la trilogía *Everlost* y *El abismo*. Tras ganar con este último el Premio Nacional de Literatura Juvenil, ha iniciado con *Siega*, la trilogía *El arco de la Guadaña*, que no sólo ha obtenido la nota más alta en cinco de las ocho revistas literarias más importantes de EE. UU., sino que se va a publicar en una docena de idiomas, ha entrado en la lista de *best sellers* del New York Times y Universal ha comprado sus derechos cinematográficos.

Notas

[1] A partir de este punto del relato, se marcan en cursiva las palabras que aparecen en español en el original. (Todas las notas son de la traductora). <<

[2] Traducción de Tomás Segovia de *Hamlet en William Shakespeare. Obra completa II*: Tragedias. Barcelona. Debolsillo, 2015. <<

[3] Adaptación de la traducción de José María Valverde de *Las alegres casadas de Windsor en William Shakespeare. Obra Completa I: Comedias*. Barcelona: Debolsillo, 2015. <<

[4] Traducción de Luis Cernuda de *Troilo y Crésida en William Shakespeare. Obra Completa IV: Romances*. Barcelona: Debolsillo, 2015. <<

[5] Traducción de Tomás Segovia de *Hamlet en William Shakespeare. Obra completa II: Tragedias*. Barcelona: Debolsillo, 2015. <<